Revista de

# ARQUEOLOGÍA

## DEL ÁREA INTERMEDIA

Revista de

# ARQUEOLOGÍA
## DEL ÁREA INTERMEDIA

No. 5 Año 2003

Instituto Colombiano de Antropología e Historia
& Sociedad Colombiana de Arqueología

**Editores**

Víctor González Fernández (Instituto Colombiano de Antropología e Historia)
Cristóbal Gnecco Valencia (Departamento de Antropología, Universidad del Cauca)

**Asesores**

Tamara L. Bray (Department of Anthropology, Wayne State University)
Carl Langebaek (Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Los Andes)
Robert D. Drennan (Department of Anthropology, University of Pittsburgh)
Óscar Fonsenca (Departamento de Antropología, Universidad de Costa Rica)
Arturo Jaimes (Escuela de Comunicación Social, Universidad de Venezuela)
Santiago Mora (Department of Archaeology, St. Thomas University)
Dolores Piperno (Smithsonian Tropical Research Institute, Panamá)
Ernesto Salazar (Museo Jacinto Jijón y Caamaño, Pontificia Universidad Católica del Ecuador)

**Corrección de estilo y ortografía**

Francisco Díaz-Granados M.

**Diseño y Diagramación**

Soraya Tobón Pardo

**Impresión**

Imprenta Nacional de Colombia, Bogotá D.C., 2003

© Instituto Colombiano de Antropología e Historia

María Victoria Uribe Alarcón, Directora
Víctor González Fernández, Coordinador Grupo de Arqueología y Patrimonio
Nicolás Morales Thomas, Coordinador Proyectos Editoriales
Carlos Andrés Barragán, Asistente Editorial Grupo de Arqueología y Patrimonio

Calle 12 No. 2-41, Bogotá D.C., Colombia
Teléfonos (571) 561 9896 - 341 0761 Fax (571) 561 9600
Correo electrónico: vgonzalez@mincultura.gov.co

Sociedad Colombiana de Arqueología

Luis Gonzalo Jaramillo, Presidente
Carlo Emilio Piazzini, Vicepresidente
Carlos Armando Rodríguez, Secretario
Martha Cano, Vocal
César Velandia, Tesorero

La *Revista de Arqueología del Área Intermedia* es editada por el Instituto Colombiano de Antropología e Historia y la Sociedad Colombiana de Arqueología. Su objetivo es convertirse en un espacio público para el intercambio de información arqueológica básica sobre el área comprendida entre Ecuador y Costa Rica, incluyendo la región Caribe y la cuenca del Amazonas. Tiene el triple propósito de llenar un vacío de publicaciones temáticas en la región, de propiciar diálogos académicos transnacionales y de estimular una concepción dinámica de los procesos históricos que obvie las barreras imaginarias impuestas por las fronteras geográficas actuales. Las ideas aquí publicadas son responsabilidad de los autores y no necesariamente reflejan la opinión de los editores, del Instituto o de la Sociedad.

Versión electrónica: http://www.icanh.gov.co/secciones/publicaciones/raai.htm
ISSN: 0124-4841

# Contenido

1 Editorial

Artículos

3 ¿Cacicazgos o tribus? Sistemas sociopolíticos regionales en el noroccidente de Venezuela (1000-1530 DC): evidencia arqueológica y etnohistórica
*Lilliam Arvelo-Jiménez*

39 Cochasquí y sus adeptos: los fracasados feligreses de la nación
*Hugo Benavides*

61 Chibchas, arawakos y timotes: poblamiento prehispánico de la Cordillera Andina de Mérida (Venezuela)
*Gladys Gordones Rojas y Lino Meneses Pacheco*

95 La construcción del pasado amazónico: etnografía y arqueología
*Santiago Mora*

125 Actividades domésticas en una unidad residencial prehispánica de la Sabana de Bogotá (Colombia)
*Alejandro Patiño Contreras*

155 Momificación prehispánica en la Cordillera Oriental colombiana
*Alejandra María Valverde Barbosa*

179 Estudio de los restos humanos y de fauna del sitio arqueológico Hacienda Malagana
*Gonzalo Correal Urrego, Leonor Herrera Ángel, Marianne Cardale de Schrimpff y Carlos Armando Rodríguez*

Reseñas

239 Construyendo el pasado. Cincuenta años de arqueología en Antioquia
Departamento de Antropología, Museo Universitario, Universidad de Antioquia, Medellín, 2003
*Sofía Botero (ed.)*
Reseñado por Wilhelm Londoño

246 Etnias del norte
Casa Velásquez, IFEA, Abya Yala, Quito, 2000
*Chantal Caillavet*
Reseñado por Anne Rose de Fontainieu

250 Investigación arqueológica y preservación del patrimonio en las Américas
Colección Científica, Instituto Nacional de Antropología e Historia de México (INAH), México D.F., 2002
*Robert D. Drennan y Santiago Mora (comps.)*
Reseñado por Carlos Andrés Barragán

259 Arqueología colombiana. Ciencia, pasado y exclusión
Colciencias, Bogotá D.C., 2003
*Carl Langebaek*
Reseñado por Franz Flórez

270 Habitantes tempranos de la selva tropical lluviosa amazónica. Un estudio de las dinámicas humanas y ambientales
Pittsburgh, University of Pittsburgh, 2003
*Santiago Mora*
Reseñado por Mercedes Eugenia Bravo

274 Galindo, un sitio a cielo abierto de cazadores-recolectores en la Sabana de Bogotá (Colombia)
Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Bogotá D.C., 2003
*María Pinto Nolla*
Reseñado por Carlos Eduardo López

279 El Valle del Cauca prehispánico
Universidad del Valle, Fundación Taraxacum, Cali, 2002
*Carlos Armando Rodríguez*
Reseñado por Leonor Herrera Ángel y Marianne Cardale de Schrimpff

287 Sobre los autores

# Contents

1 Editorial

Articles

3 ¿Chiefdoms or Tribes? Regional Sociopolitical Systems in Northwestern Venezuela (1000-1530 AD): Archaeological and Ethnohistorical Evidence
*Lilliam Arvelo-Jiménez*

39 Cochasquí and its followers: The Nation's Unsuccessful Parishioners
*Hugo Benavides*

61 Chibchas, Arawakos and Timotes: Pre-Hispanic Settlement in Mérida's Andean Mountain Range (Venezuela)
*Gladys Gordones Rojas and Lino Meneses Pacheco*

95 Construction of Past Notions in the Amazon Region: Ethnography and Archeology
*Santiago Mora*

125 Domestic Activities in a Pre-Hispanic Household Unit. Bogotá's Savannah (Colombia)
*Alejandro Patiño Contreras*

155 Pre-Hispanic Mummification in the Colombian Eastern Cordillera
*Alejandra María Valverde Barbosa*

179 Human and Animal Skeletal Remains from the Archaelogical Site Hacienda Malagana
*Gonzalo Correal Urrego, Leonor Herrera Ángel, Marianne Cardale de Schrimpff and Carlos Armando Rodríguez*

Book Reviews

239 Construyendo el pasado. Cincuenta años de arqueología en Antioquia
Departamento de Antropología, Museo Universitario, Universidad de Antioquia, Medellín, 2003
*Sofía Botero (ed.)*
Reviewed by Wilhelm Londoño

246 Etnias del norte
Casa Velásquez, IFEA, Abya Yala, Quito, 2000
*Chantal Caillavet*
Reviewed by Anne Rose de Fontainieu

250 Investigación arqueológica y preservación del patrimonio en las Américas
Colección Científica, Instituto Nacional de Antropología e Historia de México (INAH), México D.F., 2002
*Robert D. Drennan and Santiago Mora (comps.)*
Reviewed by Carlos Andrés Barragán

259 Arqueología colombiana. Ciencia, pasado y exclusión
Colciencias, Bogotá D.C., 2003
*Carl Langebaek*
Reviewed by Franz Flórez

270 Habitantes tempranos de la selva tropical lluviosa amazónica. Un estudio de las dinámicas humanas y ambientales
Pittsburgh, University of Pittsburgh, 2003
*Santiago Mora*
Reviewed by Mercedes Eugenia Bravo

274 Galindo, un sitio a cielo abierto de cazadores-recolectores en la Sabana de Bogotá (Colombia)
Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Bogotá D.C., 2003
*María Pinto Nolla*
Reviewed by Carlos Eduardo López

279 El Valle del Cauca prehispánico
Universidad del Valle, Fundación Taraxacum, Cali, 2002
*Carlos Armando Rodríguez*
Reviewed by Leonor Herrera Ángel and Marianne Cardale de Schrimpff

287 About the authors

# Editorial

Nos complace mucho presentar el número 5 de la Revista. Los editores estamos agradecidos por el buen recibimiento que ha tenido esta publicación, una recompensa por nuestro trabajo editorial. La investigación arqueológica en los países del Área Intermedia es muy activa; muestra de ello son los siete artículos publicados en este número que representan los trabajos recientes en la región: dos estudios del noroccidente de Venezuela, uno del norte de la Sierra Norte del Ecuador, uno de la región amazónica colombiana, uno del suroccidente colombiano y dos de la Cordillera Oriental de Colombia.

El trabajo de Arvelo evalúa la existencia de sistemas regionales en sociedades jerarquizadas e igualitarias al final de la época prehispánica en el suroccidente venezolano con información arqueológica y etnohistórica. Con una aproximación diferente el trabajo de Valverde aborda el tema de heterogeneidad regional, pero enfocándose en la momificación prehispánica de la Cordillera oriental colombiana. El artículo de Mora hace un balance de la investigación antropológica en la Amazonia colombiana, contrastando los diversos aportes de etnógrafos y arqueólogos al conocimiento de la región. El trabajo de Gordones y Meneses aborda el tema del proceso de poblamiento y la probable procedencia de los habitantes prehispánicos de la

cordillera andina de Mérida, Venezuela, utilizando información arqueológica y etnohistórica. El artículo de Patiño evalúa la relación entre ciertas actividades domésticas y sistemas de distribución de bienes con información de una unidad residencial muiscas en la Sabana de Bogotá. El trabajo de Correal, Herrera, Cardale y Rodríguez reporta y analiza información funeraria y de restos óseos recuperada de Malagana, en el valle del Cauca, en las excavaciones de 1994 y 1995. Finalmente, el artículo de Benavides, aunque no trata sobre las sociedades del pasado, sí analiza interesantes procesos políticos actuales en el Ecuador, en los que diversos actores utilizan en sus discursos la monumentalidad del sitio arqueológico Cochasquí para defender sus versiones de una historia nacional.

Esperamos que estos artículos y las reseñas de publicaciones sean de utilidad para los investigadores que estudian temas similares en otras regiones para que la revista cumpla con su función de apoyar la discusión y el intercambio de información arqueológica. ⊳

*Víctor González Fernández y Cristóbal Gnecco Valencia, Eds.*

# ¿Cacicazgos o tribus? Sistemas sociopolíticos regionales en el noroccidente de Venezuela (1000-1530 DC): evidencia arqueológica y etnohistórica

Lilliam Arvelo-Jiménez
*Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas*

Resumen

En este trabajo se propone la existencia de un sistema sociopolítico regional para el noroccidente de Venezuela durante la etapa final de la época prehispánica y los primeros años de contacto con la sociedad europea. Esta hipótesis surge como una propuesta alternativa a la larga discusión acerca de la presencia o no de sociedades cacicales en la región de estudio. En síntesis, postulamos que tanto sociedades igualitarias como jerarquizadas convivieron durante el período comprendido entre los años 1000 a 1530 DC. Asimismo, planteamos que la presencia de organizaciones regionales no es un fenómeno exclusivo de sociedades jerarquizadas. Nuestro trabajo se sustenta en evidencia arqueológica y etnohistórica.

Palabras clave

cacicazgos, Venezuela, sociedades igualitarias, sociedades jerarquizadas.

## Abstract

In this paper we postulate a regional socio/political system in northwestern Venezuela between 1000-1530 AD. This hypothesis arose as an alternative explanation in the long-term discussion concerning the existence or absence of chiefdom'types societies in the study region. Our argument is that egalitarian and hierarchical societies shared the same political space during the same historical period (1000-1530 AD). We also propose that regional socio/political organizations are not an exclusive phenomenon of hierarchical societies. Our research is based on archeological and ethnohistorical evidence.



Keywords

chiefdoms, Venezuela, egalitarian societies, hierarchical societies.

## Introducción

La negación de la coexistencia de las diferencias, esto es, "... la tendencia sistemática y persistente para colocar el/los referente/s de la antropología en otro tiempo diferente al presente del que produce el discurso antropológico ..." (Fabian 1983:31), es uno de los sesgos implícitos más radicales en tipologías evolutivas (Fried 1967; Service 1971; Friedman y Rowlands 1978; Jonhson y Earle 2000). En este sentido, cacicazgos y tribus deberían más bien considerarse sistemas políticos alternos y no sucesiones progresivas universales (Fabian 1983; Wilmsen 1989; Arvelo-Jiménez 2001). Diferentes etnógrafos y etnohistoriadores han expresado sus críticas a este respecto, sobre todo al reclamar que las tribus parecen ser la consecuencia de la expansión colonialista de Occidente, y no la representación de un estadio evolutivo, atrasado con respecto a las sociedades centralizadas (Fried 1967; Whitehead 1989). Asimismo, se cuestiona la posibilidad de que sistemas societales no centralizados o con poco nivel de centralización puedan abarcar grandes extensiones geográficas, debido a que la cantidad de territorio que puede efectivamente ser controlado por un jefe o rey y su élite es limitado (Wright 1977; Spencer 1987). Dentro de esta perspectiva, las comunidades tribales son asumidas como pequeñas y dispersas, autárquicas, aisladas y por tanto sin sistemas políticos que las integren en el nivel supracomunal.

Asimismo, cacicazgos y tribus han sido y son los únicos conceptos utilizados, implícita o explícitamente, en la elaboración de la concepción del pasado prehispánico en Venezuela. A partir de este paradigma evolucionista hemos concebido la historia prehispánica venezolana como una mecánica sucesión desde los simples y atrasados cazadores-recolectores hasta los complejos y avanzados cacicazgos (Cruxent y Rouse 1961; Sanoja y Vargas 1974; Vargas 1990) [1]. Otros autores, desde perspectivas evolucionistas más elaboradas, han mantenido activa la discusión sobre la complejidad social (Redmon y Spencer 1990, 1995; Arvelo 1995; Gassón 1998), inclusive realizando críticas a las tipologías evolutivas (Arvelo 1995; Gassón 2001). Sin embargo, el sesgo funcionalista de esta perspectiva teórica ha generado fuertes críticas por parte de algunos etnólogos acerca de las interpretaciones del pasado ofrecidas por la arqueología (Arvelo-Jiménez 2001).

En este trabajo partiremos de la propuesta de Fabián acerca de la contemporaneidad de las diferencias, para asumir que tanto las sociedades igualitarias, o tribus, como las sociedades jerarquizadas, o cacicazgos, con diferentes tipos de estructuras sociopolíticas, fueron contemporáneos en diferentes espacios y tiempos en el noroccidente de Venezuela. Desde esta perspectiva, elaboraremos modelos histórico-culturales alternativos que nos permitan elucidar los sistemas sociopolíticos aborígenes existentes allí entre los años 1000 a 1530 DC. Desarrollaremos la hipótesis de la existencia de al menos un sistema sociopolítico regional, que abarcaba lo que hoy conocemos como estados de Lara, Falcón y Yaracuy (**Figura 1**), el cual surgió probablemente alrededor de 1000 DC y estaba en pleno funcionamiento cuando se realizaron los primeros contactos con los europeos (primera mitad del siglo XVI).

---

[1] Aunque Cruxent y Rouse no utilizan la tipología evolutiva y, aún más, critican las propuestas interpretativas de Steward (1948), sí mantienen una noción de progreso cuando sostienen implícitamente que a mayor complejidad estilística debe existir mayor elaboración cultural, y viceversa.

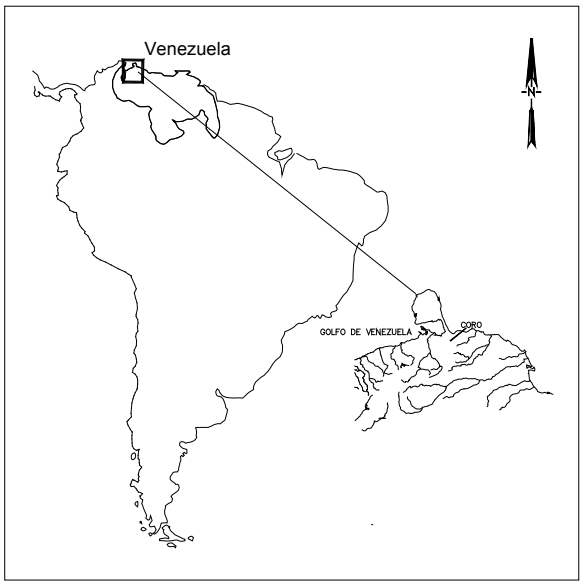



**Figura 1**
Área de estudio.

## Esferas de interacción, Sistema Mundo y sistemas interregionales

El análisis supracomunal en la arqueología ha sido elaborado desde diferentes perspectivas teóricas a lo largo del tiempo. Las más populares han sido aquellas que hacen énfasis en el estudio de redes comerciales (Sabloff y Lamberg-Karlovsky 1975; Earle y Ericson 1977), y, más recientemente, en la aplicación del Sistema Mundo (Wallerstein 1974) en la arqueología (Chapman 1989; Langebaek 1991; Peregrine y Feinman 1996). Todas estas herramientas conceptuales han sido utilizadas para explicar la complejidad espacial y temporal de las diversas expresiones e interconexiones en las formas de organización sociopolítica, que en las tipologías evolutivas se denominan cacicazgos y Estados, dejando fuera de consideración la existencia de organizaciones sociopolíticas que rebasen el nivel de la comunidad local en sociedades igualitarias o tribales.

Para el norte de Suramérica, los profesores Morey fueron los pioneros en proponer críticas sistemáticas a los esquemas evolucionistas y en plantear perspectivas regionales para el estudio de los grupos de los llanos colombo-venezolanos, los cuales incluían diversas parcialidades étnicas, con diferentes grados de desigualdad (Morey 1975). Posteriormente, diversos autores se preocuparon por analizar, en sociedades tribales, las formas políticas de organización por encima de la comunidad local. El primero de ellos fue propuesto para analizar la expansión espacial y los sistemas políticos regionales de los grupos de habla caribe, desde el punto de vista arqueológico, lingüístico, etnohistórico y etnográfico (Tarble 1985; Biord 1985; Arvelo-Jiménez y Biord 1994). Posteriormente, Vidal (1993) y Amodio (1991) utilizan modelos regionales similares para estudiar las sociedades arawaks, presentes y pasadas, que se organizaron en sistemas sociopolíticos con diferentes grados de desigualdad.

Para el noroccidente de Venezuela y el norte de Colombia se han elaborado propuestas similares, y diversos autores han abordado el estudio de redes comerciales, esferas de interacción y sistemas políticos regionales. Arvelo y Wagner (1984) postularon la existencia de una *esfera de interacción* (1000 AC-1400 DC) entre las Antillas y el noroccidente de Venezuela a través de la cual las semejanzas estilísticas cerámicas observadas en el registro arqueológico de ambas regiones no pueden ser explicadas sino por la existencia de sistemas de comunicación institucionalizados.

Langebaek (1992, 1991) utiliza la perspectiva del Sistema Mundo (Wallerstein 1974) para analizar las relaciones entre la sociedad muisca del altiplano cundiboyacense y los habitantes de los territorios circundantes, incluido el noroccidente de Venezuela, basado principalmente en evidencias etnohistóricas. Su proposición es que los muiscas constituyeron un "centro" más productivo económicamente que la "periferia" circundante, con la cual existían relaciones de intercambio asimétricas.

Oliver (1989) y Rivas (1989), en estudios que combinan la etnohistoria y la arqueología, develan tangencialmente la presencia de una estructura sociopolítica compuesta de diversas parcialidades étnico-lingüísticas con diferentes grados de

jerarquización para el noroccidente de Venezuela y el período comprendido entre 1400 y 1550 DC. Rivas (1989), en su estudio etnohistórico acerca de los grupos indígenas que habitaron el noroccidente de Venezuela, pone en evidencia la existencia de una red sociopolítica que entrelazaba diferentes grupos étnicos, con distintas formas de organización social. Por su parte, Oliver distingue al menos cinco tipos de organizaciones políticas entre los caquetíos (Oliver 1989:306-308). Las diferencias entre cada una de ellas radican en la intensidad de la centralización y jerarquización de la jefatura y en el carácter multiétnico existente.

Aceptamos que el proceso de conquista generó evidentemente un descalabro de las estructuras organizativas indígenas, sea por genocidio o por etnocidio (Gassón 2003); no obstante, también debería ser patente que las reconstituciones de identidad de las comunidades aborígenes y los procesos de etnogénesis, que incluyeron no solo aborígenes, sino africanos y europeos (Hill 1996; Schwartz y Salomón 1998), se dieron sobre la base de estructuras cognoscitivas y organizativas, con mecanismos políticos y sociales ya existentes, que debieron ser exitosos en la experiencia pasada de las comunidades indígenas americanas. En este sentido, las redes de intercambio, las conexiones políticas a larga distancia, las esferas de interacción y los movimientos migratorios son claros indicadores de la existencia de múltiples formas de comunicación e interacción, que en definitiva no pueden ser entendidas solamente como producto del contacto con la sociedad europea. Tampoco es posible reducir la explicación de estos fenómenos históricos a actos comerciales, ni puede ser excluida o negada la existencia de sistemas organizativos que superen a la comunidad local en sociedades tribales. En este sentido, el Sistema de Interdependencia Regional del Orinoco (SIRO) propuesto por Arvelo-Jiménez y Biord (1994) ofrece un conjunto de hipótesis que resultan sumamente útiles para ofrecer una imagen de conjunto acerca de los procesos político-sociales que estaban operando en el noroccidente de Venezuela entre los años 1000 a 1530 DC.

Este modelo ha sido criticado por varios autores, aunque en ningún caso sus comentarios han invalidado el modelo. Zucchi y Gassón (2003) y Gassón (2003) argumentan la imposibilidad de sustentar el modelo en el período prehispánico y proponen en su lugar explicaciones funcionales basadas en relaciones comerciales que en nada contradicen el modelo sociopolítico propuesto en el SIRO. La diferencia parecería radicar en el enfoque teórico. Para los críticos del modelo, evidentemente, las causas que explican variación o permanencia de los sistemas político-económicos son el acceso a los recursos (a través de redes comerciales), mientras que para el SIRO el mantenimiento de redes sociales de prestaciones y contraprestaciones explica el tipo, modo y función de las redes comerciales. En defensa del modelo propuesto por Arvelo-Jiménez y sus colaboradores, es necesario aclarar que estos autores no lo formularon con bases de información arqueológica, sino etnohistórica y etnográfica de los grupos caribe, estudiados por ellos a lo largo de varias décadas. Finalmente, Zent (2000:32), al discutir la historia de los patrones de asentamiento de los grupos orinoquenses, acepta como modelo hipotético las proposiciones de Arvelo-Jiménez, Biord y Mendes (Morales y Arvelo-Jiménez 1981; Biord 1985; Arvelo-Jiménez y Biord 1994; Arvelo-Jiménez 2001), aunque parece preferir las causas funcionales y no las sociales para explicar el cambio a través del tiempo. En este contexto, mi propuesta de la existencia de un sistema sociopolítico regional se basa en los principios enunciados para el Sistema de Interdependencia Regional del Orinoco (Arvelo-Jiménez y Biord 1994).

En la misma perspectiva, es muy interesante introducir en nuestro trabajo la noción de los campos sociales de Terrell (1998), utilizada también para explicar la existencia de sistemas sociopolíticos que superan el nivel comunal, que cruzan las fronteras de lo étnico y lo lingüístico y no pueden ser explicados simplemente por razones funcionales. Tanto el SIRO como la noción de campos sociales comparten la formulación de modelos políticos para grandes escalas regionales, que explican la organización supracomunal de grupos sin centralización política. La explicación de estos sistemas societales o

campos sociales no viene de los objetos de intercambio o de la escasez de recursos básicos, sino de la existencia de la interacción social, política y/o económica. En este sentido, el SIRO se conceptualiza como la creación de "... mecanismos recurrentes de conjunciones y alianzas, esto es, redes de prestaciones y contraprestaciones sociales, económicas y religiosas [dentro de las cuales] (...) ningún grupo étnico adquiere supremacía económica o política para controlar las decisiones culturales o los recursos de otros..." (Arvelo-Jiménez y Biord 1994:58). Terrell (1998) ofrece el mismo contenido conceptual al definir los campos sociales como redes de relaciones sociales, políticas y económicas generadas por el contacto cultural de diferentes agregados sociales a gran escala. Tanto en el SIRO como en los campos sociales se enfatiza la preeminencia de la acción humana en contextos históricos particulares de contacto, difusión, préstamo, intercambio e interacción. Asimismo, se destaca la inclusión de unidades étnico-lingüísticas diferentes, con organizaciones predominantemente horizontales. Ambos modelos ofrecen una alternativa teórica a la perspectiva que atomiza las sociedades no occidentales ni estatales y a la interpretación funcionalista del intercambio, ya que los conjuntos de evidencias en ambos modelos indican "... creación o refuerzo de lazos políticos con otras sociedades estructuralmente similares..." (Arvelo-Jiménez y Biord 1994:57).

Nuestra hipótesis acerca del desarrollo de este *sistema regional* nace del análisis de las concordancias y discrepancias entre los datos arqueológicos y etnohistóricos existentes para la región de estudio. En la primera sección de este trabajo analizaremos la información arqueológica con la finalidad de discutir las nuevas evidencias acerca de las variaciones en formas organizativas sociopolíticas. En la segunda parte revisaremos la evidencia etnohistórica de la región de estudio. En este punto es importante resaltar que esta proposición parte de estudios regionales, para los cuales se han utilizado como indicadores cronológicos y de identificación cultural los esquemas clasificatorios propuestos por Cruxent y Rouse (1961). Algunos análisis intrasitios (publicados y en proceso) de estos estudios regionales nos han permitido reelaborar algunas de

las interpretaciones a escala macro, propuestas por algunos autores (Arvelo 1987, 1998; Oliver 1989; Arvelo y Oliver 1999). Los datos arqueológicos provienen del valle de Quibor (Arvelo 1995, 2000; Arvelo *et al.* 1996), en el estado Lara; la zona norte del estado Falcón (Oliver 1989), y el valle del río Yaracuy (Wagner y Arvelo 1989; Arvelo y Wagner 1991) (**Figura 2**). Los datos documentales primarios y secundarios provienen tanto de cronistas europeos de la primera mitad del siglo XVI (Federmann 1916, 1958) como de estudios históricos interpretativos correspondientes a los siglos XVI-XVIII DC (Ramos 1978; Oliver 1989; Rivas 1989).

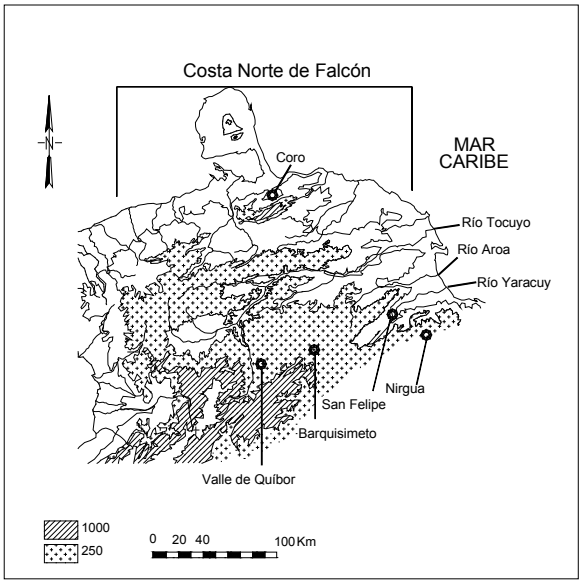



**Figura 2**
Datos arqueológicos provenientes de la región de estudio.

## El noroccidente de Venezuela entre los años 900 y 1500 DC: ¿cacicazgos y tribus?

Para el año 1000 DC ya están plenamente desarrolladas en nuestra región de estudio (**Figura 3**) las subtradiciones Dabajuroide (Oliver 1989) y Tierroide (Arvelo 1995) en la región de la costa norte de Falcón para la primera, y en el valle de Quibor para la segunda. Lo mismo sucede para el estilo San Pablo en el valle del río Yaracuy (Arvelo y Wagner 1991), y probablemente para la serie Ocumaroide (Cruxent y Rouse 1961; Colmenares 1992; Antzack y Antzack 1993) en la costa caribe del estado Yaracuy. Pensamos que la dispersión de la serie Memoide en el macizo de Nirgua (Arvelo y Wagner 1991) fue cercana al 1400 DC, y que aparentemente está relacionada con la expansión de grupos de habla caribe hacia el norte (Tarble 1985; Amáiz 2000). Basados en fechados absolutos, sabemos

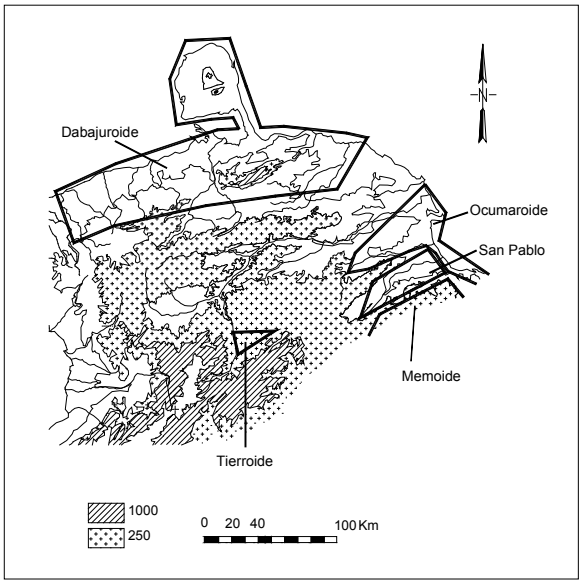



**Figura 3**
Tradiciones arqueológicas alrededor del año 1000 DC.

que para 1530 aún se estaba manufacturando cerámica de las subtradiciones Tierroide, en el valle de Quibor (Arvelo 1995), y Dabajuroide, en la costa norte de Falcón (Oliver 1989). La serie Ocumaroide ha sido fechada en su punto más tardío entre los años 1300 y 1400 DC (Colmenares 1992; Antzack y Antzack 1993), mientras que la serie Memoide tiene fechas tardías que oscilan entre 1400 y 1450 DC, en el área de los llanos (Amáiz 2000). El estilo San Pablo ha sido asociado a cerámicas europeas correspondientes al siglo XVIII en varios sitios del valle del Yaracuy (Arvelo y Wagner 1991).

Una de las características más notorias de este conjunto de series, tradiciones y estilos es que representan el producto final de un proceso de transformación estilística[2] observada en la desaparición de los horizontes pintados y plásticos que enfatizan los motivos curvilíneos, y en la gradual suplantación por horizontes que enfatizan la rectilinearidad, tanto plástica como pintada (Arvelo 1987, 1996; Molina 2002). Asimismo, se definen dos conjuntos de rasgos estilísticos estructurales, en los aspectos decorativo y formal, que comparte la mayoría de las tradiciones y series, con los correspondientes estilos definidos hasta ahora en el área. El primero de estos conjuntos de rasgos está representado en una clara diferenciación de dos componentes cerámicos: uno burdo, de grandes ollas, usualmente sin decorar, y otro fino, con una compleja combinación de elementos decorativos. Por otra parte, formalmente vemos la generalización de la presencia de vasijas multípodas, de diversos tamaños, casi siempre acompañadas de elaborados motivos pintados o plásticos, y de grandes ollas de borde saliente o engrosado (Cruxent y Rouse 1961; Arvelo 1987; Oliver 1989).

Oliver ha sugerido que la presencia de numerosos fragmentos de vasijas multípodas en entierros Dabajuroides puede estar relacionada con diferentes ceremonias y rituales para ingerir bebidas fermentadas o de otro tipo, siendo los rituales funerarios los más conspicuos (Oliver 1989:442)[3]. Asimismo, se

[2] A excepción de la serie Memoide.

encontró un entierro Tierroide con gran cantidad de material decorado fragmentado, posiblemente perteneciente a vasijas trípodes (Arvelo *et al.* 1996; López 2001)[4]. Por otra parte, sabemos por analogía etnográfica que las grandes ollas pudieron ser utilizadas para la elaboración de bebidas fermentadas (yuca o maíz) (Lathrap 1970; Gassón 1998; De Boer 2001), mientras que la evidencia arqueológica del valle de Quibor indica que este tipo de formas fue utilizado en la explotación de sal de tierra (Arvelo 1995, 2003a; López 2001). Finalmente, durante esta época (1000-1500 DC), la heterogeneidad estilística se incrementa tanto en número de series-tradiciones como en variabilidad interna para cada tradición (Arvelo 1987, 1996). No obstante, este incremento en heterogeneidad se define solo en los motivos decorativos y en variaciones sobre un mismo tema en el aspecto formal, sin modificar la distinción entre un conjunto cerámico burdo y otro fino decorado.

La información regional acerca de los cambios de patrón y de sistemas de asentamiento es muy variada. El análisis de estos para el valle de Quibor entre los años 1000 y 1500 DC no aportó ninguna evidencia acerca del desarrollo en las jerarquías en los asentamientos (Arvelo 1995). El valle estuvo habitado durante este período por comunidades identificadas

[3] La evidencia funeraria del valle de Quibor parece sustentar esta interpretación. En efecto, uno de los componentes principales del ajuar funerario del estilo San Pablo son vasijas multípodas (Toledo y Molina 1981; Toledo 1995; De Jesús 2003). No obstante, la cronología asociada a los sitios San Pablo del valle de Quibor da fechas anteriores a 1000 DC, sin tener fechas absolutas para el final de su secuencia. Por otra parte, los fechados de la zona de Sicarigua para el estilo San Pablo (Molina 2002; De Jesús 2003) indican un período anterior a 1000 AC. La ubicación cronológica del estilo San Pablo después de 1000 DC corresponde a la asociación de alfarerías San Pablo con asentamientos españoles en el valle del río Yaracuy (Arvelo y Wagner 1991).

[4] Aunque ha sido documentada una clara e importante heterogeneidad en las formas de enterramientos Tierroides y Dabajuroides, aún no se ha comprobado fehacientemente que dicha variabilidad tenga una correlación directa con la herencia de jefaturas sociales, políticas o económicas.

como Tierroides y San Pablo. No existen patrones diferenciales de distribución entre sitios o dentro de ellos para las comunidades San Pablo, por lo que es posible hablar de comunidades organizadas horizontalmente, con aparentemente poca especialización productiva, extractiva y/o económica (Arvelo 1995). Los grupos Tierroides sí presentan variabilidad intersitios, que ha sido interpretada como reflejo de una orientación económica específica: la explotación de sal de tierra (Arvelo 1995, 2003a; López 2001), mientras que los pocos análisis intrasitios indican homogeneidad interna (Rodríguez 2002). Finalmente, existen algunos indicios de territorialidad. La distribución diferencial de los sitios San Pablo y Tierroides podría indicar competencia por recursos como la sal de tierra (Arvelo 1995, 2003a), mientras que el área deshabitada hasta por lo menos el siglo XVIII DC podría interpretarse como tierra de nadie, que marcaba límites territoriales durante el período prehispánico y parte del período del contacto, en los siglos XVI-XVII (Arvelo 1995, 2000).

El registro arqueológico de la costa falconiana para este mismo período (1000-1500 DC) indica el predominio de un solo componente cerámico: la tradición Dabajuroide. De acuerdo con la información presentada por Oliver, no es posible identificar patrones de nucleación de asentamientos donde las variaciones en tamaño parecen correlacionarse con ciclos de crecimiento de los asentamientos y probablemente con orientaciones funcionales. Solo se menciona un posible sitio especializado para el intercambio con comunidades de la costa caribe colombiana, pero sin especificar la naturaleza de dicha especialización (Oliver 1989:475). Según el análisis de la cultura material, pareciera también existir una distribución homogénea intra e intersitios, con mayores variaciones de índole cronológica, lo cual no sugiere organizaciones políticas de tipo vertical.

En el valle del río Yaracuy aparecen dos aspectos fundamentales en la distribución de sitios. El primero de ellos es el predominio absoluto, entre 200 y 1500 DC, de sitios con material cerámico perteneciente al estilo San Pablo. En segundo lugar, aparentemente existieron diferencias en el tamaño de los

sitios, algunos de hasta cinco hectáreas y otros no mayores de una. No obstante, debido a la ausencia de una buena secuencia cronológica, aún no es posible aseverar que los sitios mayores respondan a procesos de nucleación. Los análisis de distribución entre sitios indican una tendencia a la homogeneidad, aunque la presencia de colecciones intrusas también señala la existencia de relaciones interétnicas entre los grupos del valle y aquellos de la sierra de Nirgua (Memoide) y los grupos de la costa (Ocumaroide) (Wagner y Arvelo 1989; Arvelo y Wagner 1991; Vierma *et al.* 1991).

Existen dos grandes modelos que explican esta variación del registro arqueológico. El primero de ellos parte de una perspectiva marxista-evolucionista y propone el desarrollo de la producción de alimentos (en contraposición con la simple apropiación de períodos anteriores) y la aparición de la desigualdad social, producto de la introducción del maíz (Sanoja y Vargas 1974; Toledo y Molina 1987; Vargas 1990). Un segundo modelo, funcional-evolucionista, propone causas migratorias para estos cambios estilísticos (Arvelo 1987; Oliver 1989).

A la luz de los datos recopilados hasta ahora, es muy difícil establecer qué los originó; lo cierto es que el registro estilístico indica que en este lapso temporal (1000-1500 DC) ocurrieron cambios importantes en el amplio ámbito geográfico que se ha denominado noroccidente de Venezuela. En nuestra opinión, los dos modelos (marxista-evolucionista y funcional-evolucionista) ofrecen parte de la clave para comprender la cadena de eventos que parecen hablar desde la arqueología. En primer lugar, tal como lo señala el modelo marxista, sí existe un posible incremento poblacional, expresado en el aumento del número de sitios, el cual es absolutamente correcto tanto en el valle de Quibor como en la parte norte del estado Falcón. Por una parte, tanto el aumento en el número de sitios como su diversa distribución permitirían inferir una complejización en la cantidad de actividades económicas extractivas. Esto podría interpretarse como enriquecimiento del conocimiento del entorno natural, para su mejor aprovechamiento en términos de subsistencia. Queda por comprobar si este enriquecimiento explicaría los cambios socioculturales propuestos.

Basados en la evidencia lingüística, se ha aceptado que los hablantes de los depósitos caribe y arawak presentes actualmente en la región de estudio provienen de la cuenca Orinoco-Amazonas (Arvelo 1987, 1996; Oliver 1989). No queremos especular sobre las posibles causas de las rutas de expansión desde la cuenca Orinoco-Amazonas hacia el norte, por lo cual se necesita información regional adicional, pero lo que sí parece ser cierto es que ello sucedió. Los tiempos de migración, por otra parte, parecen coincidir con los grandes eventos de transformación estilística y con el aumento poblacional, anteriormente señalados. En este contexto paleolingüístico, el depósito Macrochibcha parece haberse originado entre América Central y Colombia, hace por los menos 6.000 años (Constenla 1985). Con base en esto, es lógico suponer que los grupos hablantes de lenguas pertenecientes a este *stock* tienen una larga historia ocupacional en nuestra región de estudio. Estas evidencias lingüísticas y arqueológicas sugieren que la migración y el crecimiento poblacional generaron un escenario pluriétnico y multilingüístico.

## Lo que vieron y relataron los primeros expedicionarios europeos en el noroccidente de Venezuela (1530)

En 1499 se producen los primeros encuentros entre europeos y aborígenes en el territorio venezolano. Ya para 1510 se había fundado en Coro la primera ciudad española del noroccidente. En 1530, Nikolaus Federmann, de la casa alemana de banqueros de los Welser, realiza la primera entrada que recorre la región actualmente comprendida por los estados Falcón, Lara y Yaracuy. Las impresiones de este viaje quedaron registradas en una obra, que es la fuente fundamental para esta sección del trabajo, ya que constituye una narración directa del conquistador teutón de sus peripecias, las primeras realizadas por un europeo en esta parte del territorio venezolano. Con esta información, analizaremos los registros escritos de los cronistas del siglo XVI, para reconstruir el o los sistemas sociopolíticos aborígenes imperantes en la región.

Federmann inició su recorrido por buena parte de lo que actualmente conocemos como la región centro-norte de Venezuela. Este conquistador alemán viajó en dirección sur desde Coro, y atravesó los territorios de los xideharas, ayamanes, cayones, xaguas, caquetíos, cuybas, cuyones, guaycaríes y ciparicotos (Federmann 1916, 1958) (**Figura 4**). Es importante destacar que la parte del recorrido correspondiente a la entrada en los llanos está fuera de los límites de nuestra área de estudio; no obstante, ofreceremos una breve descripción de la totalidad del viaje de Federmann. El primer grupo que encontró fueron los xideharas, que según el relato del alemán estaban aliados con los caquetíos de Coro. Oliver afirma que la esposa "caribe" de Manaure, el gran jefe caquetío de Coro, era de hecho una mujer xidehara (Oliver 1989:282).

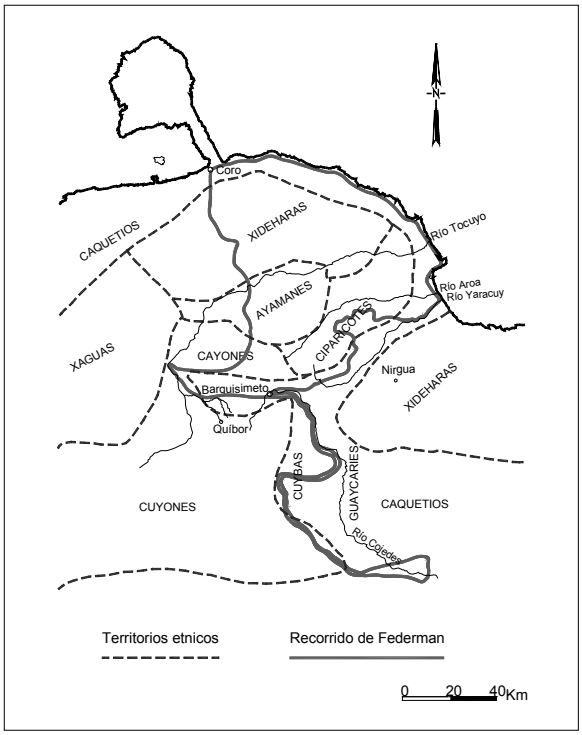



**Figura 4**
Ruta de exploración de Nikolaus Federmann.

Esto explicaría la adhesión política de todos los pueblos xideharas a Manaure, lo que permitió el viaje de Federmann a través de territorio xidehara (Federmann 1958:40). Este grupo también estableció alianzas matrimoniales con los ayomanes, en un período de crisis poblacional ocasionado por una epidemia. Ante esto, los ayomanes puros (de baja estatura), aquellos que no se mezclaron con los caquetíos, no reconocieron estas alianzas entre ayomanes mezclados y caquetíos. No obstante, Federmann logró restablecer las alianzas entre mezclados y puros y cruzar sin dificultad su territorio.

Los coyones, el siguiente grupo encontrado, por ser enemigos de los ayomanes no permitieron alianzas con los viajeros europeos. Los xaguas, habitantes del territorio contiguo a los coyones, eran sus enemigos. Estos xaguas eran aliados de los caquetíos de Barquisimeto, con los cuales comerciaban sal. Los caquetíos de Barquisimeto estaban organizados en una confederación, ya que eran enemigos de todas las parcialidades que los rodeaban. Ya en el área llanera, Federmann se topó con el sexto grupo, los cuybas, con quienes estableció alianzas. Después de cinco días de viaje, entró en el pueblo de Hacarigua, integrado por cuybas y caquetíos. El conquistador germano continuó su camino y penetró el territorio de los guaycaríes, que también eran aliados de los caquetíos, pero que no vivían en pueblos mixtos, sino contiguos, y cuyo jefe caquetío habitaba en el poblado de Itabana. Más tarde, de regreso vía Coro, al entrar en el valle del río Yaracuy, Federmann encontró otro conjunto de confederaciones de aldeas caquetías, contiguas a los caquetíos de Barquisimeto, pero enemigas entre sí. Ambas confederaciones estaban separadas por una franja de tierra sin habitar. Las montañas que flanquean la margen izquierda del río Yaracuy estaban habitadas por grupos ciparicotos, con los cuales Federmann estableció alianzas. En la zona costera, el teutón se encontró con caquetíos costeros que facilitaron su viaje de retorno a Coro.

Basados en las descripciones ofrecidas por Federmann en su diario de viaje, es posible extraer algunos aspectos interesantes de la organización sociopolítica de los grupos que encontró así como datos acerca de los patrones de asentamien-

to de los grupos humanos visitados. Esta información ha sido muy útil para establecer, para el área de estudio, la relación de estas crónicas tempranas con la información arqueológica correspondiente al mismo siglo y región.

En primer lugar, y con respecto a la organización sociopolítica, Federmann señala que para 1530 existían alianzas interétnicas y confederaciones de tres tipos: *a*) alianzas basadas en relaciones de parentesco, principalmente por matrimonios interétnicos (jirajara-caquetío, jirajara-ayomán); *b*) alianzas económicas, en las cuales la especialización era la característica, tal como el comercio de sal entre axaguas y caquetíos, o, en la región llanera, el intercambio de pescado por productos agrícolas entre guaycaríes y caquetíos, y *c*) las confederaciones aparentemente estaban limitadas a situaciones intraétnicas, solo reportadas para los caquetíos de Barquisimeto y Yaracuy.

En segundo lugar, así como había alianzas y confederaciones, existían hostilidades intra e interétnicas. Federmann reportó escaramuzas entre los ayomanes y los gayones, y encuentros a mayor escala entre los caquetíos de Barquisimeto y los del Yaracuy, y entre estos y sus vecinos. Asimismo, la presencia de líderes guerreros entre los grupos arawaks de Barquisimeto y Yaracuy era consecuencia del enfrentamiento entre ellos y entre los arawaks del valle del Yaracuy y sus vecinos.

Tercero, Federmann diferencia claramente el poder de los "jefes" o caciques que conoce a lo largo de su recorrido. En una gradación que va de mayor a menor en el poderío político, estarían en primer lugar los grandes "jefes" de Itabana y Hacarigua; luego vendrían los de los caquetíos de Barquisimeto y Yaracuy, todos aparentemente de filiación lingüística arawak, y, finalmente, los jefes de los grupos ayomanes, gayones, jirajaras y coyones. El poder de los grandes caciques arawaks se basaba en el control de un asentamiento muy extenso, con muchos guerreros, como en el caso de Hacarigua, o en que tenían bajo su control un extenso territorio, como en el caso de Itabana. Es importante resaltar que, a pesar de la ausencia de cualquier referencia acerca del gran cacique Manaure de los caquetíos de Coro por parte de Federmann, este cacique combinaba en su poder de mando lo secular con lo religioso, y que,

de acuerdo con el estudio de Ramos (1978), el poderío de este gran señor estuvo basado en las alianzas políticas y sociales y no en la fuerza militar.

Cuarto, existía un sistema de comunicaciones entre todos estos grupos, a través del cual circulaban informaciones diversas, seguramente sustentado en las redes de caminos y vías indígenas (Vidal 1993). Por esta red Federmann realizó su recorrido, y por lo mismo fue de conocimiento general su travesía para los habitantes de la región. Como ejemplo podemos señalar que Federmann, antes de llegar al valle del río Barquisimeto, ya había sido informado del poderío de los caquetíos. En general, las nuevas sobre el explorador germano se dispersaban rápidamente, ya que Federmann muy a menudo encontró pueblos recientemente abandonados. Otro componente importante de este sistema fueron los guías indígenas, quienes hicieron posible el viaje de Federmann, la mayoría de los cuales pertenecía a cada parcialidad, cuyo territorio era explorado y/o atravesado. Estos guías, cuya información se obtenía en buenos o malos términos, tenían un buen conocimiento del terreno, las vías de comunicación y la localización de los pueblos, tanto propios como de sus vecinos, enemigos o amigos. Relacionado con esto, Federmann encontró en más de una ocasión individuos que hablaban más de una lengua[5]. Estos traductores fueron cruciales para la expedición, ya que Federmann dependía de ellos para iniciar negociaciones con nuevos grupos.

Con respecto al patrón de asentamiento, de las descripciones ofrecidas en el diario de viaje de Federmann pudimos inferir el tamaño y la composición interna de los pueblos, así como la distancia entre ellos y, en menor medida, la extensión de los territorios étnicos. La mayoría de los grupos tenía un

[5] Esto fue reportado para los caquetíos de la costa, que hablaban caquetío y jirajara (Federman 1958:39); para los jirajara, que hablaban jirajara y ayomán (41); para los ayomanes, que hablaban ayomán y gayón (54); para los caquetíos de Barquisimeto, que hablaban caquetío y cuyba (77); y para los ciparicotos, que hablaban ciparicoto y caquetío (119).

patrón de asentamiento disperso, sin mayores diferencias en tamaño. Cada comunidad estaba compuesta de varias estructuras, que Federmann denominaba "casas". Solo los grupos caquetíos de Barquisimeto y Yaracuy tenían asentamientos, que consistían en la aglomeración de comunidades, casi siempre fortificadas. En Barquisimeto, 23 comunidades estaban aliadas en una sola confederación, y se distribuían apretadamente a lo largo de las riberas del río del mismo nombre, mientras que en el valle del río Yaracuy las comunidades se agrupaban en varios conjuntos de aldeas, que formaban confederaciones.

Por otra parte, los caquetíos de los llanos tenían una distribución espacial y política diferente a la de los grupos reportados en nuestra región de estudio, ya que sus pueblos eran multiétnicos, como en el caso de Hacarigua, o compartían el territorio con otras parcialidades, como los guaycaríes.

La distancia[6] entre las comunidades jirajara, cuyón, axagua, cayón y cuyba oscilaba entre una y tres millas, es decir, entre 4 y 12 km (Federmann 1958:42, 47, 56, 61, 80). Federmann indica que la distancia que separa el territorio de los ayomanes mezclados de los ayomanes puros es de cinco millas, esto es, 20 km (1958:50). Asimismo, menciona la existencia de una porción de tierra de nadie entre los caquetíos de Barquisimeto y los del Yaracuy, que exigía por lo menos un día y medio de viaje (1958:107). Otra porción de tierra de nadie es mencionada a lo largo del río Cohaherí, hoy Cojedes, entre el territorio de los caquetíos y el de los cuybas, sin dar detalles de la extensión del mismo.

Federmann era absolutamente consciente de la existencia de los territorios y de que cada grupo visitado o contactado respetaba los límites territoriales de los demás, aunque

[6] El cálculo en metros utilizado para este trabajo se basa en la conversión ofrecida por Friede (Friede, en Federmann 1958:129-131). Friede explica que aquel usó la milla germánica, que equivale a 7.420 km. Sin embargo, dice que las millas usadas por éste en realidad equivalían a tres o cuatro kilómetros. Acá utilizo como media cuatro kilómetros para estimar las distancias entre comunidades descritas por Federmann.

no entró en detalles acerca del procedimiento para establecer estos límites, ni de su posible apariencia física. La extensión de estos territorios étnicos no está claramente establecida, pero aparentemente eran muy extensos; por ejemplo, Federmann menciona que cruzó 30 millas (aproximadamente 120 km) de territorio jirajara. Tal como fue su estrategia en todo el viaje, debió realizar toda la ruta en una línea más o menos recta, ya que su interés central era la búsqueda del mar del sur. Por tanto, el territorio jirajara debió ser mucho más extenso.

Aunque Federmann partió obviamente desde una perspectiva etnocéntrica para describir cada uno de los grupos humanos que él consideraba inferiores, se percató de la existencia de territorios étnicos bien demarcados. También describió claramente las diferencias de organización social y las relaciones intra e interétnicas de tipo comercial, social y políticas, pacíficas o no, las cuales reflejan la existencia de un complejo sistema de comunicaciones. Este sistema debió necesitar normas y patrones que regularan la pertenencia al sistema. La existencia de territorios implicaba reglas para traspasarlo y sanciones para quienes las infringieran, además de las interacciones sociales, políticas y económicas, con un conjunto de patrones de conducta social y simbólica que los regían. Estos podrían constituir los elementos básicos para identificar, en este registro documental, el sistema sociopolítico regional que agrupaba diferentes agregados sociales, fueran igualitarios (tribales) o centralizados (cacicazgos).

Las fuentes documentales de años posteriores al viaje de Federmann, en 1545 (Gabaldón 1954), indican que ya se habían establecido alianzas entre antiguos enemigos, tales como los caquetíos del Yaracuy con los jirajaras de Nirgua y los ciparicotos de Aroa. Asimismo, la evidencia documental de Rivas parece indicar que los jirajaras de Nirgua adoptaron como estrategia ante la conquista española la centralización con fines militares (Rivas 1989). Este reacomodo de alianzas y sistemas políticos locales indica claramente la flexibilidad y dinamismo de las estructuras sociopolíticas de los grupos aborígenes para organizarse ante retos como la conquista europea. Igualmente, la flexibilidad y dinamismo parecen indicar que

existían los elementos culturales estructurales aceptados entre diversas parcialidades étnicas para realizar los nuevos conjuntos de alianzas políticas.

## Discusión

¿Cómo proponer la existencia de un sistema sociopolítico regional que interconectaba diferentes unidades políticas, entre los años 1000 y 1530 DC? Comencemos por la discusión de la evidencia arqueológica para trazar la posible profundidad temporal de este sistema regional.

De acuerdo con el registro arqueológico, podríamos especular que la desaparición de los componentes incluidos en los horizontes estilísticos cerámicos tempranos del noroccidente de Venezuela, es decir, Tocuyano, Lagunillas, Tortolitas, etc. (Arvelo 1987; Oliver 1989), unida a la aparición de nuevos componentes estilísticos, analizados en este trabajo, entre 700 y 1000 DC, podrían ser indicadores arqueológicos de un proceso de reacomodo de identidades, alianzas y enfrentamientos entre diferentes grupos indígenas o, como propone Terrel, agregados sociales (1998). En resumen, podríamos establecer como hipótesis que como resultado de la migración y el crecimiento poblacional se originó una situación de contacto cultural (Cusick 1998) y un posible proceso de etnogénesis (Hill 1996). Este proceso se produjo entre grupos hablantes de diferentes lenguas, con historias particulares, lo que a su vez generó diversas respuestas en varios procesos de diferenciación regional entre grupos que compartían formas de organización social y política similares, cuya expansión geográfica y duración es posible trazar en la diversidad de estilos y series del período analizado.

Pero esta heterogeneidad estilística tiene una contrapartida en la presencia de la homogeneidad estructural del ajuar cerámico, reflejada en la presencia, ya discutida, de dos conjuntos claramente diferenciados dentro de los ajuares cerámicos de cada tradición y estilo. Reiteramos que esta característica común debe reflejar la participación de las comunidades

portadoras de tales tradiciones y estilos en diferentes ritos y festejos que permitieron la interacción comunitaria y regional (Dietler y Hayden 2001).

Al final de nuestra secuencia prehispánica, la evidencia arqueológica y la documental parecen converger en algunos aspectos fundamentales. En primer lugar, para la primera mitad del siglo XVI podemos afirmar, con base en la distribución espacial y temporal de estilos arqueológicos y grupos étnicos, que existe una clara correlación entre el Dabajuroide y los caquetíos de Falcón, y entre San Pablo y los caquetíos del valle del río Yaracuy, así como una estrecha relación entre el Tierroide del valle de Quíbor y las parcialidades coyonas-gayonas-ayomanes reportadas por los cronistas en la región de El Tocuyo. Con respecto al Ocumaroide, podríamos especular, basados en las similitudes reportadas con el Dabajuroide y su distribución espacial en la planicie aluvial de los ríos Tocuyo, Aroa y Yaracuy (Vierma *et al.* 1991), que esta serie tiene alguna relación con los caquetíos que se distribuían en la costa noroeste de Falcón. Por último, si aceptamos la relación entre el Memoide y la expansión de grupos caribe hacia el noroccidente, podríamos estar frente una posible frontera de expansión tardía de estos grupos amazónicos. Esto parece sugerir que la diversificación de estilos y/o tradiciones parece reflejar la heterogeneidad étnico-lingüística registrada para la región de Lara-Falcón-Yaracuy durante el siglo XVI.

En segundo término, existen coincidencias en el patrón de asentamiento. Federmann registra, en el trayecto comprendido entre Coro y Barquisimeto, asentamientos dispersos, sin mayores variaciones de tamaño, característica que tienen también los sitios arqueológicos tanto del valle de Quibor como de la costa norte de Falcón. Los sitios grandes (de cinco hectáreas o más) registrados para el valle del río Yaracuy pudieron representar las aglomeraciones de aldeas reportadas por Federmann para el mismo valle. En general, él nunca reseñó diferencias en tamaño o distribución de bienes dentro de los poblados visitados, a excepción del área llanera, lo cual se corresponde con la homogeneidad en la distribución interna de la cultura material para los sitios del valle de Quibor y de la costa norte de Falcón.

Esto parece sugerir el predominio de estructuras sociopolíticas horizontales en las comunidades. No obstante, los datos suministrados para los grupos de habla arawak, específicamente los caquetíos, indican claramente la existencia de confederaciones mono o multiétnicas con la presencia de caciques poderosos que controlaban un gran número de guerreros o una extensa red de alianzas políticas. Pero la evidencia arqueológica, por su parte, no confirma la existencia de sociedades cacicales, en la forma en que ha sido documentada arqueológicamente en los llanos de Barinas, Venezuela (Spencer y Redmond 1992; Gassón 1998; Redmond *et al.* 1999).

El panorama que surge del conjunto de datos utilizados parece acercarse a la presencia de lo que en la literatura se conoce como "grandes hombres" (Sahlins 1962); por supuesto, esto lo proponemos como hipótesis de trabajo que guíe futuras investigaciones en nuestra zona de estudio. Podríamos especular, tomando en cuenta las hipótesis migratorias y demográficas, que la posible existencia de alternabilidad entre sistemas sociopolíticos horizontales y verticales pudo depender de los diferentes tiempos, modos y ritmos de los encuentros culturales implícitos en las teorías migratorias aplicadas por Oliver y Arvelo al noroccidente de Venezuela, cuya máxima expresión se ha considerado hasta ahora que fue el encuentro colonial con el mundo occidental. En este sentido, la capacidad de mantener un control cultural de los recursos propios de cada etnia (Bonfil 1989) fue puesta a prueba una vez más, generándose una eclosión de nuevas identidades que aún estamos tratando de comprender, pero que tienen como base una estructura que permitía:

1. La diversidad étnica y el plurilingüismo.
2. La combinación de organizaciones políticas horizontales y verticales, sin el dominio de ninguna de las dos formas organizativas, con una tendencia estructural hacia la horizontalidad en las comunidades locales. En este contexto, el cacicazgo como tipo organizativo parece surgir en coyunturas históricas específicas, y podría funcionar en el ámbito interétnico.

3. La flexibilidad, en términos del surgimiento y desaparición de diferentes tipos de liderazgo; la fluidez en la intensidad de las relaciones interétnicas, y el dinamismo en la capacidad de respuesta ante nuevos retos.

## Conclusiones

El panorama presentado en la información arqueológica correspondiente a los últimos quinientos años antes de la llegada de Colón y la del primer europeo en atravesar el territorio de lo que hoy en día conocemos como estados Falcón, Lara y Yaracuy, nos dibuja un paisaje político complejo, donde la simple enumeración de tipos evolutivos sólo ha servido para tender una cortina de humo que ha impedido percatarnos de la compleja realidad política de ese período.

Nuestra hipótesis acerca de este *sistema regional* no pretende en absoluto resolver la discusión en torno a los cambios en las organizaciones políticas aborígenes pre y poscontacto en la región. Al contrario, pretendemos que el modelo histórico que acabamos de elaborar deje abiertas muchas preguntas, ya que si bien este sistema regional se desarticuló a partir del siglo XVI, no podemos afirmar que efectivamente fue destruido. Tal como señalan las fuentes escritas, los años iniciales de conquista fueron desastrosos para las comunidades que interactuaban en este sistema, pero una vez asimilado el primer golpe, toda la evidencia acumulada hasta ahora indica que las poblaciones aborígenes que sobrevivieron, y los inmigrantes huidos o desechados en la empresa conquistadora, tanto negros como europeos, se reorganizaron y utilizaron diferentes estrategias, pacíficas y violentas, con el fin de enfrentar, negociar, adaptarse o integrarse al nuevo orden global y vertical impuesto por la sociedad colonial.

Aunque nuestro análisis se limitó a las poblaciones aborígenes, queremos dejar como conclusión la siguiente propuesta: este tipo de sistemas sociopolíticos regionales pudo haber funcionado como el sustento organizativo estructural sobre el cual se reorganizaron: *a*) los remanentes de las diferentes

parcialidades indígenas sobrevivientes, manteniendo o no sus identidades o trabajando y generando nuevas identidades y *b*) los africanos huidos y los europeos renegados, rechazados o perdidos, quienes se integraban o eran integrados con otras identidades. Estos complejos procesos de reestructuración permitieron, en resumen, generar nuevos y múltiples procesos de etnogénesis.

## Agradecimientos

Este trabajo es el resultado de un largo proceso de crecimiento profesional al lado de Erika Wagner, por lo cual siempre le estaré agradecida. Las largas y sabrosas horas de discusión con mis amigos José Oliver, Kay Tarble, Franz Scaramelli y Rafael Gassón fueron el sustento sobre el cual este artículo fue lentamente diseñado. Finalmente, y no menos importante, mis estudiantes, presentes y pasados, se han constituido en un constante estímulo para generar síntesis explicativas y nuevos modelos históricos y teóricos. Gracias a todos.

## Referencias

Antczak, Andrzej y Antczak, María M.

1993 Avances en arqueología de las islas venezolanas. En Francisco Fernández y Rafael Gassón (comps.) *Contribuciones a la arqueología regional de Venezuela*. Fondo Editorial Acta Científica Venezolana, Caracas, pp. 53-92.

Amáiz, George

2000 *El espacio habitado: Modelo de organización interna de un asentamiento memoide*. Trabajo final de grado, Escuela de Antropología El Cedro, Universidad Central de Venezuela, estado Guárico, Venezuela.

Amodio, Emanuele

1991 Relaciones interétnicas en el Caribe indígena. Una reconstrucción a partir de los primeros testimonios europeos. *Revista de Indias* LI (193):571-606.

Arvelo, Lilliam

1987 *Un modelo de poblamiento prehispánico para la cuenca del Lago de Maracaibo*. Tesis de maestría, CEA-IVIC, Caracas.

1995 *The Evolution of Prehispanic Complex Social Systems in the Quíbor Valley, Northwestern Venezuela*. Ph.D. Dissertation, University of Pittsburgh, Pittsburgh.

1996 Modelo de poblamiento del Lago de Maracaibo. En Carl Langebaek y Felipe Cárdenas A. (comps.) *Caciques, intercambio y poder: Interacción regional en el área intermedia de las Américas*. Universidad de Los Andes, Bogotá, pp. 75-106.

1998 Tribus, analogía etnográfica y arqueología. Los grupos tocuyanoides tempranos del noroccidente de Venezuela. *Acta Científica Venezolana* 49:248-256.

2000 Change and Persistence in aboriginal Settlement Patterns in the Quíbor Valley (Sixteenth-Nineteenth Centuries A. D.), Northwestern Venezuela. *Ethnohistory* 47(3):669-704.

2003a *Aboriginal Salt Production in the Quíbor Valley (Northwestern Venezuela): Social and Historical Implications*. Manuscript on File in the Department of Anthropology, Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas, Caracas.

2003b *The Genesis of Rural Communities in the Quíbor Valley, Northwestern Venezuela (1530-1994 A.D.): an Archaeological Perspective*. Manuscript on File in the Department of Anthropology, Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas, Caracas.

Arvelo, Lilliam y José Oliver

1999 El noroccidente de Venezuela. En Miguel Arroyo, Lourdes Blanco y Erika Wagner (eds.) *El arte prehispánico de Venezuela*. Fundación Galería de Arte Nacional, Editorial Ex Libris, Caracas, pp. 120-135.

Arvelo, Lilliam y Erika Wagner

1984 Relaciones estilísticas cerámicas del noroeste de Sudamérica con las Antillas. En Erika Wagner (ed.) *Relaciones prehispánicas de Venezuela*. Fondo Editorial Acta Científica Venezolana, Caracas, pp. 51-66.

1991 Investigaciones prehistóricas y etnohistóricas en la depresión del Yaracuy, Venezuela. En F. Fernández y R. Gassón (comps.) *Contribuciones a la arqueología regional de Venezuela*. Fondo Editorial Acta Científica Venezolana, Caracas, pp. 17-52.

Arvelo, Liliam; E. Gil y Erika Wagner

1996 *Arqueología de rescate en el área de afectación del sistema hidráulico Yacambú-Quíbor*. Informe final, Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas, Caracas.

Arvelo-Jiménez, Nelly

2001 *Movimientos etnopolíticos contemporáneos y sus raíces organizacionales en el sistema de interdependencia regional del Orinoco*. Universidade de Brasilia, Brasilia, Serie Antropología No. 309, p. 24.

Arvelo-Jiménez, Nelly y Horacio Biord

1994 The Impact of Conquest on Contemporary Indigenous Peoples of the Guiana Shield: The System of Orinoco Regional Interdependence. En Anna Roosevelt (ed.) *Amazonian Indians from Prehistory to the Present*.The University of Arizona Press, Tucson.

Biord, Horacio

1985 El contexto multillingüe del sistema de interdependencia regional del Orinoco. *Antropológica* 63-64:83-101.

Bonfil Batalla, Guillermo

1989 La teoría del control cultural en el estudio de procesos étnicos. *Arinsana* 10:5-36.

Clastres, Pierre

1987 *Society Against the State*. Zone Books, Nueva York.

Colmenares, Guillermo

1992 *La cerámica prehispánica de la isla Domuski norte*. Antropólogo Guillermo J. Colmenares Rueda. Caracas.

Cruxent, José M. e Irving Rouse

1961 *Arqueología cronológica de Venezuela*. Vols. 1 y 2. Estudios Monográficos, Unión Panamericana, Washington D. C.

Constenla Umaña, Adolfo

1985 Clasificación lexicoestadística de las lenguas de la familia chibcha. *Estudios de lingüística chibcha* 4: 155-197. Serie Anual, Programa de Investigación del Departamento de Lingüística de la Universidad de Costa Rica.

Cusick, James (ed.)

1998 *Studies in Cultural Contact: Interaction, Cultural Change, and Archaeology*. Carbondale: Center for Archaeological Investigations. Southern Illinois University, Occasional Paper 25.

Chapman, Timothy (ed.)

1989 *Centre and Periphery: Comparative Studies in Archaeology*. Unwin Hyman, Londres.

De Boer, Warren

2001 The Big Drink. Feast and Forum in the Upper Amazon. En Michael Dietler y Brian Hayden (eds.) *Feast: Archaeological and Ethnographic Perspectives on Food, Politics, and Power*. Smithsonian Institution Press, Washington, pp. 215-239.

De Jesús, Isabel

2003 *Oreja de Mato-La Piscina. Estudio comparativo de dos contextos arqueológicos de la región Sicarigua-Los Arangues, noroeste de Venezuela*. Trabajo final de grado, Escuela de Antropología, Universidad Central de Venezuela, Caracas.

Dietler, Michael y Brian Hayden (eds.)

2001 *Feast: Archaeological and Ethnographic Perspectives on Food, Politics, and Power*. Smithsonian Institution Press, Washington.

Dunnell, Robert

1980 Evolutionary Theory and Archaeology. *Advances in Archaeological Method and Theory* 3:35-99.

Earle, Timothy y J. Ericson

1977 *Exchange Systems in Prehistory*. Academic Press, Nueva York.

Fabian, Johannes

1983 *Time and the other. How Anthropology makes its object*. Columbia University Press, Nueva York.

Federmann, Nikolaus

1916 *Narración del primer viaje de Federmann a Venezuela*. Manuel Arcaya (trad.). Litografía y Tipografía del Comercio, Caracas.

1958 *Historia indiana*. Juan Friede (trad.). Artes Gráficas, Madrid.

Fried, Morton

1967 *The Evolution of Political Societies*. Random House, Nueva York.

1975 *The Notion of Tribe*. Cummings Publishing, Menlo Park, California.

Friedman, Jonathan y Michael J. Rowlands

1978 Notes toward an epigenetic model of the evolution of "civilization". En Jonathan Friedman y Michael J. Rowlands (eds.) *The Evolution of Social Systems*. University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, pp. 201-276.

Gabaldón Márquez, Joaquín

1954 *Fuero indígena venezolano. Parte I: Período de la Colonia (1552-1783)*. Ministerio de Justicia, Comisión Indigenista, Caracas.

Gassón, Rafael

1998 *Prehispanic Intensive Agriculture, Settlement Pattern and Political Economy in the Western Venezuelan Llanos*. Ph.D. Dissertation, University of Pittsburgh, Pittsburgh.

2001 Tipos y grados: organizaciones políticas prehispánicas del occidente de Venezuela. En Lino Meneses y Gladys Gordones (eds.) *La arqueología venezolana en el nuevo milenio*. Museo Arqueológico, CIET-CRIAL, Universidad de Los Andes, Consejo Nacional de la Cultura, Mérida, Venezuela, pp. 179-209.

2003 Los sabios ciegos y el elefante: sistemas de intercambio y organizaciones sociopolíticas en el Orinoco y áreas vecinas en la época prehispánica. *Boletín del Museo Arqueológico de Quibor* No. 9 (en prensa).

Hill, Jonathan

1996 Introduction. Ethnogenesis in the Americas, 1492-1992. En Jonathan Hill (ed.) *History, Power, and Identity. Ethnogenesis in the Americas, 1492-1992*. University of Iowa Press, Iowa, pp. 1-19.

Johnson, Allen y Timothy Earle

2000 *The Evolution of Human Societies. From Foraging Group to Agrarian State*. Stanford University Press, Stanford, California.

Langebaek, Carl

1991 Highland Center and Foothill Periphery in 16th Century Eastern Colombia. *Research in Economic Anthropology* 13:325-339.

1992 *Noticias de caciques muy mayores. Origen y desarrollo de sociedades complejas en el nororiente de Colombia y norte de Venezuela*. Universidad de Los Andes, Bogotá.

Lathrap, Donald

1970 *The Upper Amazon*. Thames and Hudson, Londres.

López, Marcia

2001 *Salineros del valle de Quíbor: Una propuesta arqueológica*. Trabajo final de grado, Escuela de Antropología, Universidad Central de Venezuela, Caracas.

McGuire, Randall

1983 Breaking Down Cultural Complexity: Inequality and Heterogeneity. *Advances in Archaeological Method and Theory* 6:91-142.

Molina, Luis

2002 Arqueología de la región de Sicarigua-Los Arangues, noroeste de Venezuela. *Anales del Museo de América* 10:137-153.

Morales, Filadelfo y Nelly Arvelo-Jiménez

1981 Hacia un modelo de estructura social caribe. *América Indígena* 41:602-26.

Morey, Nancy

1975 *Ethnohistory of the Colombian and Venezuelan Llanos*. Ph.D. Dissertation, University of Utah.

Oliver, José R.

1989 *The Archaeological, Linguistic and Ethnohistorical Evidence for the Expansion of Arawakan into Northwestern Venezuela and Northeastern Colombia*. Ph.D. Dissertation, University of Illinois, Urbana-Champaign.

Peregrine, Peter y Gary Feinman (eds.)

1996 *Pre-Columbian World Systems*. Monographs in World Archaeology No. 26, Prehistory Press, Madison, Wisconsin.

Ramos Pérez, Demetrio

1978 *La fundación de Venezuela: Ampíes y Coro, una singularidad histórica*. Gráficas 66, Valladolid.

Redmond, Elsa y Charles Spencer

1990 Investigaciones arqueológicas en el piedemonte y los llanos altos de Barinas, Venezuela. *Boletín de la Asociación Venezolana de Arqueología* 5:4-24.

1995 Las calzadas prehispánicas de Barinas en su contexto regional. *Acta Científica Venezolana* 46:253-262.

Redmond, Elsa, Rafael Gassón y Charles Spencer

1999 A Macroregional View of Cycling Chiefdoms in the Western Venezuelan Llanos. En Elisabeth Bacus y Lisa Lucero (eds.) *Complex Polities in the Ancient Tropical World*. Anthropological Papers of the American Anthropological Associàtion, Number 9, pp. 109-129.

Rivas, Pedro

1989 *Etnohistoria de los grupos indígenas del sistema montañoso del noroccidente de Venezuela: Etnohistoria y arqueología del sitio arqueológico cueva Coy-Coy de Uria, Sierra de San Luis*. Trabajo final de grado, Escuela de Antropología, Universidad Central de Venezuela, Caracas.

Rodríguez, Yadira

2002 *Tierroides, europeos y criollos: un análisis de contexto en el sitio LJ114 del valle de Quibor*. Trabajo final de grado, Escuela de Antropología, Universidad Central de Venezuela. Caracas.

Sahlins, Marshall

1962 Poor Man, Rich Man, Big-Man, Chief: Political Types in Melanesia and Polynesia. *Comparative Studies in Society and History* 8:285-303.

1968 *Tribesmen*. Prentice-Hall, New Jersey.

1972 *Stone Age Economics*. Aldine-Atherton, Nueva York.

Sanoja, Mario e Iraida Vargas

1974 *Antiguos modos de producción y formación económico social venezolanos*. Monte Ávila, Caracas.

1987 La sociedad cacical del valle de Quíbor (estado Lara, Venezuela). En R. Drennan y C. Uribe (eds.) *Chiefdoms in the Americas*, University Press of America, Maryland, pp. 201-211.

Sabloff, Jeremy y Carl Lamberg-Karlovsky

1975 *Ancient Civilization and Trade*. University of New Mexico Press, Albuquerque.

Schwartz, Stuart y Frank Salomon

1998 New Peoples and New Kinds of People: Adaptation, Readjustment, and Ethnogenesis in South American Indigenous Societies (Colonial Era). En Schwartz, Stuart y Frank Salomon (eds.) *Native Peoples of the Americas*. Vol. III, South America, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 443-501.

Service, Elman

1971 *Primitive Social Organization*. Random House, Nueva York.

Spencer, Charles

1987 Rethinking the Chiefdom. En R. Drennan (ed.) *Chiefdoms in the Americas*. University Press of America, Nueva York, pp. 369-390.

Spencer, Charles y Elsa Redmond

1992 Prehispanic Chiefdoms of the Western Venezuelan Llanos. *World Archaeology* 24(1):134-57.

Steward, Julian (ed.)

1948 *Handbook of South American Indians*. Bureau of American Ethnology, Bulletin 143, Washington, Smithsonian Institution.

Tarble, Kay

1985 Un Nuevo modelo de expansión caribe para la época prehispánica. *Antropológica* 63-64:45-81.

Terrell, John Edward

1998 30.000 Years of Culture Contact in the Southwest Pacific. En James G. Cusick (ed.) *Studies in Cultural Contact: Interaction, Culture Change, and Archaeology*. Center for Archaeological Investigations, Occasional Paper No. 25, Southern Illinois University, Carbondale.

Toledo, María Ismenia

1995 La cerámica funeraria en el sitio Boulevard de Quibor, estado Lara, Venezuela. *Boletín del Museo Arqueológico de Quibor* 4:75-112.

Toledo, María I. y Luis Molina

1981 *Cementerio indígena de Quibor*. Informe Técnico No. 1, Fundacultura, Museo Arqueológico de Quibor, Quibor, Venezuela (mimeografiado).

1987 Elementos para la definición arqueológica de los cacicazgos prehispánicos del noroeste de Venezuela. En R. Drennan y C. A. Uribe (eds.) *Chiefdoms in the Americas*. University Press of America, Nueva York, pp. 187-200.

Vargas, Iraida

1990 *Arqueología, ciencia y sociedad*. Editorial Abre Brecha, Caracas.

Vidal, Silvia

1993 *Reconstrucción de los procesos de etnogénesis y de reproducción social entre los baré del Río Negro (siglos XVI-XVIII)*. Tesis doctoral, Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas, Centro de Estudios Avanzados, Caracas.

Vierma, Lilia; Erika Wagner y Lilliam Arvelo

1991 Informe preliminar sobre la arqueología del valle de Aroa, estado Yaracuy, Venezuela. Ponencia presentada en la XLI Convención Anual de la Asociación Venezolana de

la Ciencia (AsoVAC), Facultad Experimental de Ciencias, Universidad del Zulia, Maracaibo, Venezuela.

Wagner, Erika y Lilliam Arvelo

1989 La prehistoria y protohistoria del estado Yaracuy, Venezuela, y sus áreas de influencia. En N. A. Ayubi y Jay B. Haviser (eds.) *Proceedings of the Thirteenth International Congress for Caribbean Archaeology*. Archaeological-Anthropological Institute of the Netherlands Antilles, Curacao, Netherlands Antilles, pp. 729-749.

Wallerstein, Immanuel

1974 *The Modern World System*. Vol. 1. Academic Press, Nueva York.

Whitehead, Neil

1989 *Lords of the Tiger Spirit: A History of the Caribs in Colonial Venezuela and Guyana 1498-1820*. Royal Institute of Linguistics and Anthropology, Caribbean Studies Series 10, Foris/LITLV Press, Dordrecht/Leiden.

Wilmsen, Edwin

1989 *Land Filled with Flies. A Political Economy of the Kalahari*. The University of Chicago Press, Chicago.

Wright, Henry

1977 Recent Research on the Origin of the State. *Annual Review of Anthropology* 6:379-397.

Zent, Stanford

2000 Las bases históricas y ecológicas del patrón tradicional de asentamiento de los piaroa. *Montalbán* 33:9-84

Zucchi, Alberta y Rafael Gassón

2003 Elementos para una interpretación alternativa de los circuitos de intercambio indígena en los llanos de Venezuela y Colombia, durante los siglos XVI-XVIII. *Arqueología del Área Intermedia* 4:65-87.

Fecha recepción
02/06/2003

Fecha aceptación
15/08/2003

# Cochasquí y sus adeptos: los fracasados feligreses de la nación

Hugo Benavides
*Fordham University*

## Resumen

Este artículo analiza varios procesos históricos en el sitio arqueológico Cochasquí que contribuyen al mantenimiento hegemónico de la producción histórica nacional ecuatoriana. Uno de los principales propósitos es entender cómo contribuye a un imaginario histórico-nacional y, por ende, al mantenimiento de relaciones jerárquicas y desiguales que nutren la identidad nacional. La representación histórica de Cochasquí y los actos performativos que se llevan a cabo en el sitio permiten y contribuyen explícitamente al continuo sacrificio y opresión de identidades heterogéneas en los altares de la patria. El rescate de un pasado precolombino apoya la continua explotación de la población y el imaginario indígena, mientras que reifica y legitima una representación hegemónica y estática de la realidad blanca-mestiza nacional. Este análisis histórico-antropológico muestra cómo la historia se vuelve una sutil arma política del Estado en su proceso de reproducción social y política.

Palabras clave

imaginarios históricos, Cochasquí, Ecuador, hegemonía histórica.

## Abstract

This article analyzes several historical processes at the archaeological site of Cochasquí, which contributes to the national hegemonic production of the Ecuadorian nation-state. One of its main objectives is to assess the manner in which the site contributes to a national historical imaginary, and through it supports unequal and hierarchical relationships that support the country's national identity. Cochasquí's historical representations and the different performative acts carried out at the site not only allow, but explicitly support, the continuous sacrifice and oppression of heterogeneous identities to the nation's ideal. In this manner a recovery of the pre-Hispanic past gives way to the constant exploitation of an indigenous population while reifies and legitimizes a static and hegemonic racial representation of a white-mestizo identity. This historical/anthropological analysis, therefore, assesses the manner in which at different moments history is enabled as a subtle tool of the state's social and political reproduction.



Keywords

historical imaginary, Cochasquí, Ecuador, historical hegemony.

*La dominación política incluye definición histórica. La historia –en particular la memoria popular– es un punto esencial en la continua lucha hegemónica. La relación entre la historia y la política, como la relación entre el pasado y el presente, es, por ende, una relación interna: apunta hacia la política de la historia y las dimensiones históricas de la política.*

Popular Memory Group (1982)

Cochasquí, situado al norte de Quito, Ecuador, es un sitio arqueológico monumental. Desde hace varias décadas ha sido motivo de atención por parte de autoridades gubernamentales, arqueólogos y otros científicos de la historia, así como de la población en general. Además, a partir de 1981 Cochasquí ha sido legalmente definido como parte del patrimonio nacional bajo la jurisdicción del Consejo Provincial de Pichincha. Esta implementación jurídica e institucional y la protección gubernamental han permitido que el sitio se convierta en un importante centro de atracción turística para los extranjeros y miembros de la comunidad nacional. El proceso que permitió el reconocimiento actual que tenemos de Cochasquí fue fruto de una ardua lucha de varios individuos e instituciones, aunque la gran mayoría reconoce como fundamental el liderazgo del concejal y arqueólogo Lenín Ortiz. La historia institucional de Cochasquí ha sido objeto de varias investigaciones antropológicas (Salcedo 1985; Benavides 1999) y es un elemento básico para entender el proceso de formación histórico-nacional en el país.

En este artículo pretendo analizar varios de estos procesos históricos, que contribuyen directa e indirectamente al mantenimiento hegemónico de la producción histórica nacional ecuatoriana. Uno de mis principales propósitos es entender cómo Cochasquí contribuye a un imaginario histórico y, por ende, al mantenimiento de relaciones jerárquicas y desiguales (raciales, de clase, de género, etc.), que nutren la identidad nacional. Este proceso o proyecto de dominación hegemónico es aún más interesante cuando se tiene en cuenta que los supuestos constructores y fundadores de Cochasquí, es decir, los indígenas, son quienes menos usufructúan las relaciones de poder que emanan del sitio. Más bien, la representación histórica de Cochasquí y los actos performativos que se llevan a cabo en el sitio permiten y contribuyen, explícitamente, al continuo sacrificio y opresión de identidades heterogéneas en los altares de la patria.

De esta manera busco entender cómo en Cochasquí el rescate de un pasado precolombino contribuye a la continua explotación de la población y el imaginario indígena, mientras que se reifica y legitima una representación hegemónica y estática de la realidad blanca-mestiza nacional. Este análisis histórico-antropológico debe mucho a recientes estudios sobre la producción del pasado (e.g., Kohl y Fawcett 1995; Patterson y Schmidt 1995) que han permitido entender la investigación histórica desde una óptica más política e, inclusive, ver cómo en muchos momentos la historia se vuelve una sutil arma política del Estado en su proceso de reproducción social. Estudios de sitios arqueológicos como Zimbabwe, en Sudáfrica (Kuklick 1991); Stonehenge, en Inglaterra (Bender 1998), y Williamsburg, en el sur de Estados Unidos (Handler y Gable 1997), han contribuido a aclarar cómo las diferentes articulaciones coloniales, raciales y nacionales inherentes a estos espacios privilegiados contribuyen a legitimar proyectos nacionales diferentes en los procesos hegemónicos de identidad.

Cochasquí presenta procesos de apropiación nacional que lo convierten en un sitio privilegiado en la construcción de un pasado y una historia viva que nutre el imaginario nacional ecuatoriano. Ecuador, como todo Estado-nación, debe articu-

lar una historia coherente que justifique la realidad nacional o, al menos, la "realidad nacional" que se pretende ensalzar; de lo contrario se vería excluido del gran desfile de Estados-naciones similares. Como ya dijo Renan (1990) hace más de cien años, "parte esencial de ser una nación es glorificar una historia equivocada". Cochasquí, como patrimonio nacional, no puede menos que participar en un discurso histórico que busca justificar un presente de grandes desigualdades raciales, sociales, culturales y económicas que mantienen a la mayor parte de la población en condiciones miserables, sobre todo a la indígena y negra (afroecuatoriana), que continúan siendo racializadas con impresionante pericia.

La idea de una historia equivocada no cuestiona, o no busca cuestionar, la integridad de historiadores, arqueólogos y otros investigadores del pasado; más bien quiere entender la manera cómo la representación del pasado es activamente incorporada a un imaginario nacional muchas veces adverso, que el investigador propone o, inclusive, busca reivindicar conscientemente. El asunto, entonces, no es cuestionar al historiador sino al discurso histórico que se constituye *a priori* y *a posteriori* de las investigaciones del pasado. Solo este tipo de análisis nos permite entender el discurso sociopolítico inherente a todo trabajo de investigación y ver cómo contribuye a reestructurar tanto el proceso hegemónico como las futuras contribuciones históricas. Esto es posible porque los procesos históricos y hegemónicos son increíblemente dinámicos, aun cuando buscan usufructuar una representación estática y vital del pasado. Es esta doble realidad, de rescate histórico y de representación nacional, la que busco indagar en el siguiente análisis de Cochasquí y, de esa manera, contribuir a un mayor entendimiento del papel del pasado en la identidad nacional ecuatoriana.

# Altares nacionales: la autenticidad en Cochasquí

> *La paradoja es que los discursos históricos esconden su propio proceso hermenéutico, para de esa manera mantener su propia "credibilidad" y "autoridad" vis-a-vis su público. La historia es retórica en el hecho que busca convencer y para hacerlo debe representar equívocamente su propio proceso. Como arte realista, las narrativas históricas pretenden ser una copia de una actualidad que es "naturalizada", presentada como "evidencia" y "dato puro" (sic).*
>
> Ana María Alonso (1998)

Como centro turístico, Cochasquí es un teatro abierto a varias representaciones culturales. Las visitas de extranjeros y ecuatorianos (inclusive de estudiantes de distintos centros docentes) contribuyen a reproducir la autenticidad histórica del sitio y a legitimar aún más su importancia nacional. Este tipo de representación social, o actos performativos (Butler 1993), es todavía más visible en la organización de festivales en las pirámides de Cochasquí, que permiten una mayor cohesión de la realidad histórica del sitio con la de la identidad nacional. A continuación analizo tres celebraciones diferentes desarrolladas en el sitio que, sutilmente, articulan el pasado de Cochasquí con un presente que alienta la interpretación de estos actos. Los tres momentos performativos son la celebración de una boda sobre la pirámide 14 (la más grande), la ceremonia andina del Inti Raymi y la reunión intercontinental de chamanes.

La boda que describo y analizo a continuación se llevó a cabo a finales de junio de 1997, cuando me encontraba haciendo mis primeros estudios etnográficos en el área. Los cónyuges eran un hombre ruso y una mujer ecuatoriana que buscaban revalidar sus lazos matrimoniales, ya contraídos hacía varias semanas en Estados Unidos. Ambos querían redefinir su compromiso en un espacio casi sagrado por su relación física con las pirámides y dar mayor legitimidad espiritual a su

relación. La novia era ecuatoriana de nacimiento, pero hacía más de quince años estaba radicada en Estados Unidos, país donde había conocido a su novio. Parece que para ella, más que para él, aún hacía falta algún tipo de legitimación histórica ancestral que permitiera una transición menos problemática a su nueva vida en el extranjero con un esposo no ecuatoriano, una legitimación nada complicada para el novio, quien también buscaba un mayor entendimiento con una esposa en la que reconocía una genealogía mítica indígena. De esta forma, Cochasquí representaba para ambos el lugar ideal para definir una nueva identidad conyugal, al mismo tiempo que lograban conectar más vivamente con un pasado no presente a diario en sus nuevas vidas en Miami.

La celebración de una boda es más bien atípica en el sitio, siendo la única que presencié mientras estaba allí o que alguien del Programa Cochasquí (en el cual trabajaba) recordara. Sin embargo, tanto esta boda como las celebraciones consiguientes presentan una economía performativa similar que incorpora el aura histórica del pasado al mismo tiempo que legitima el momento presente de la representación. En este espíritu interpreté la boda para ver con más claridad varios de los elementos presentes en el Inti Raymi y la celebración chamanística, que discutiré a continuación. La boda podía ser atípica, pero no así los elementos reiterados en la representación.

Para empezar se decidió llevar a cabo la boda sobre la pirámide 14, por ser reconocida por todos como "la más fuerte" y, por ende, la que posee más "energía". Desafortunadamente, el chamán contratado para oficiar el rito nunca llegó y uno de los trabajadores locales tomó su lugar. Este trabajador fue escogido por su privilegiada posición entre los miembros del Programa por su edad y jerarquía en el sitio (era el único trabajador que asistió a los investigadores alemanes en la década de 1960, cuando Cochasquí aún no era tan conocido). Las limitaciones rituales del nuevo "chamán" se vieron suplidas por las indicaciones y direcciones de la tía de la novia, quien, como "aprendiz" de un chamán, había sido una de las más interesadas en la celebración de la boda en Cochasquí.

La ceremonia podría considerarse una especie de comedia de "horrores" históricos: grupos inexistentes, como los caras, así como deidades naturales en las cuales nadie creía (el sol, las montañas, etc.), eran constantemente mencionados. En el colmo de los errores, los lugares geográficos eran apuntados equívocamente. El monumento a la línea equinoccial en San Antonio de Pichincha era señalado hacia el este, cuando se encontraba en el lado opuesto. Aún peor, lo mismo sucedió con la antigua capital de los caras, Quitu, que era claramente visible diametralmente opuesta al lado señalado por el chamán improvisado. Sin embargo, y a pesar de estas claras limitaciones culturales y errores geográficos, durante la ceremonia y en mis conversaciones con los novios e invitados a la recepción reinaba una increíble necesidad de conectarse espiritual y espacialmente con el pasado; para la mayoría de los presentes esta conexión se logró claramente, lo cual les permitió considerar la ceremonia como un éxito rotundo.

Los errores históricos no afectaron el acto performativo que se estaba llevando a cabo. Los novios y el resto de familia, amigos y trabajadores presentes estábamos incorporados en una realidad histórica más simbólica que la que aquellas pequeñas equivocaciones podrían perturbar. Como ha sostenido Foucault (Miller 1993), la verdad muchas veces no es verdad, pero no por eso deja de tener iguales implicaciones poderosas en los presentes o en quienes participan del discurso social. Era indiscutible que en este momento performativo todos participábamos de una genealogía precolombina que, por mítica que fuera, no dejaba de tener un impresionante efecto-poder (Foucault 1980), no necesariamente sobre nuestro entendimiento del pasado sino sobre nuestra relación con él.

Este mismo proceso se presenta en las celebraciones del Inti Raymi en Cochasquí. Sin embargo, en ellas el discurso histórico aparece con mucha más sutileza y, por tanto, es aún más hegemónico en su efecto-poder, lo que se debe, en parte, a la mayor presión empirista de su representación teatral (Wylie 1992, 1995). Las festividades del Inti Raymi en Cochasquí se llevan a cabo con la asistencia de una gran cantidad de público, principalmente de grupos indígenas. Estos grupos son la pieza

principal de las celebraciones, ya que se encargan de llevar a cabo los ritos centrales de la fiesta. Los grupos indígenas suelen no ser locales por la simple razón de que ningún grupo indígena vive cerca de los restos arqueológicos. Esta distancia geográfica también contribuye a que ningún grupo haya podido apropiarse del sitio, como ha sucedido con otros centros arqueológicos como Culebrillas y Agua Blanca.

Los grupos invitados suelen dividir sus actividades en danzas y ritos. Varios tipos de danzas típicas se llevan a cabo el 21 de junio, desde las primeras horas de la mañana hasta que el sol (Inti) desaparece al atardecer. Los bailes se hacen en la plaza central, lo que permite utilizar como graderías las laderas de varias de las pirámides. En distintos momentos del día también hay ritos solemnes: el baile se transforma en una especie de rito hablado en el cual se utiliza el quechua para celebrar los espíritus de los antepasados y ofrecer libaciones al sol y a otras deidades naturales (Mama Pacha, las pirámides, etc.). El momento principal también está marcado por una pequeña participación blanca-mestiza en la cual las autoridades presentes, junto con los principales miembros del Programa, hacen pequeñas proclamas celebrando que la nación ecuatoriana participe de tan ancestral espíritu indígena.

El consumo de grandes cantidades de alcohol es un elemento central; además de dar un mayor aire de fiesta popular aligera los espíritus lo suficientemente como para dejar de lado fricciones y resentimientos nacionales. En gran medida, tomar hasta el punto de intoxicación responde tanto a tradiciones indígenas (Allen 1988), como a transformaciones modernas de la sociedad blanca-mestiza y sus fuertes influencias europeas. El Programa se hace responsable de producir grandes barriles de chicha, preparados con días de anticipación, que responden a las expectativas de autenticidad de todos los presentes, inclusive a las de los miembros de la comuna de Cochasquí.

De cierta manera, los comuneros forman un grupo intermedio entre los indígenas invitados, con los cuales comparten un similar modo de vida agrícola, y los blancos-mestizos del Programa, incluidos los turistas con quienes comparten idioma, vestuario, expectativas sociales, etc. El consumo de

alcohol por parte de los representantes de las autoridades gubernamentales, alentado por indígenas y comuneros, marca la conexión total y el clímax de la celebración. La gran familia ecuatoriana es reproducida a través de la participación en el rito (como actor o como espectador) o por medio del consumo de bebidas.

El proceso de reinserción nacional es interesante, aún más por la increíble ambigüedad con la cual se lleva a cabo. Es visible la estructura de poder, jerárquica por definición, que no solo permite un juego ambiguo sino también la reinserción de la nación ecuatoriana como eje fundamental de la identidad de Cochasquí; esta reinserción no puede menos que reificar al Estado como centro de poder y delimitador último de las reglas de juego (Abrams 1988). La reinserción de lo nacional es todavía más notoria por el juego de poder que realizan los grupos indígenas en la celebración del Inti Raymi.

Sin indios no hay Inti Raymi. Es a ellos a quienes vienen a ver los turistas y son ellos quienes, en última instancia, definen los ritos. Sin embargo, al ser objeto de la mirada turística de nacionales y extranjeros, los indígenas son asimilados a un discurso nacional que trasciende sus actos; así, el sitio se convierte en un teatro para su representación cultural. Los turistas no ven nacionalidades indias porque este es un absurdo ideológico; lo que ven son indígenas que en sus bailes, ritos y cuerpos les recuerdan una realidad histórica (importa poco que, como toda realidad histórica, sea eminentemente imaginaria) que los conecta con los (sus) ancestros precolombinos.

Los cuerpos de los turistas se conectan en un cuerpo nacional a través de los cuerpos indígenas que, a su vez, buscan ligarse con la realidad de sus antepasados. En la celebración del Inti Raymi los antepasados de los indios son rescatados y hechos dóciles (presentables) para el ávido consumo nacional. Esta celebración permite la construcción mítica de una genealogía en la cual todos los presentes pueden compartir los mismos antepasados. La imperiosa necesidad de presionar a las autoridades a emborracharse (aunque estas jueguen a resistir) invierte los patrones tradicionales de dominación. La marcada ambigüedad en el juego de roles no hace más que permitir que

el consumo de alcohol marque el sello final de la nacionalidad (familia) ecuatoriana, dividida en participantes y espectadores de manera equitativa.

La celebración del Inti Raymi, así como la reunión de chamanes, son las únicas ocasiones en las cuales el ingreso de los turistas al sitio no está marcado por restricciones específicas. A los turistas se les permite ingresar al sitio sin guía, pasear libremente e, inclusive, caminar sobre las pirámides. La reunión de chamanes del 21 de junio de 1997 marcó el día de mayor visita del año. La cantidad de personas que respondió a la invitación hizo imposible el acceso vehicular al sitio, registrándose una cola interminable de autos desde la entrada hasta bien cerca de la carretera Panamericana. Sin embargo, esto no detuvo a muchos de los turistas, que parquearon sus carros en la vía empedrada y procedieron a llegar al sitio a pie.

Decenas de chamanes, mientras tanto, habían hecho tienda, literalmente, en diferentes partes del sitio arqueológico, sin haberse establecido ningún tipo de control para salvaguardar la seguridad de los restos monumentales. Las tiendas construidas por los chamanes eran asiduamente visitadas por los turistas, quienes pagaban miles de sucres para hacerse ver y "limpiar". Muchos de los asistentes no vacilaron en quedar semidesnudos, casi a la intemperie, para participar, de alguna manera, en la sabiduría ancestral de los chamanes. Una vez más, al igual que en el Inti Raymi, el conocimiento ancestral indígena que permite la conexión con el pasado fue utilizado por los miembros de la comunidad de turistas para afianzar su genealogía nacional.

En los tres tipos de celebración existe una imperiosa necesidad (uno bien podría llamarla pánico) de marcar los linderos de la nacionalidad. No importa que la celebraciones sean aisladas (como la boda), tradicionales (Inti Raymi) o semitradicionales (reunión de chamanes); todas contribuyen a la utilización de Cochasquí como un altar nacional donde el pasado indígena puede ser exaltado para el consumo de los feligreses patrios.

# Cochasquí y el origen del género, la familia y la sociedad precolombina

> *En febrero 27 (1613) los indios representaron escenas de la historia de la nación y de la vida de Huayna Capac. "Los ejércitos de la última reina de Quito y del Inca entraron a la plaza (...) ellos representaron el combate (...) la escena concluyó con la muerte de la reina de Cochasquí y la imitación de la forma en que los indios cantaban su victoria". Estos pocos elementos nos permiten identificar la profundidad de las representaciones con la historia descrita por Montesinos del romance entre Huaina Capac con la reina Quilago, cuyo reino estaba localizado al norte del río Quisque (Pisque), es decir, Cochasquí.*
>
> Jacinto Jijón y Caamaño (1997)

Como todo sitio arqueológico, Cochasquí presenta un discurso genealógico que permite la construcción de una base histórica imaginaria para la identidad nacional. Los sitios arqueológicos son lugares privilegiados para la producción de representaciones nacionales porque, por definición, en ellos el pasado de la nación es exhibido para el consumo de nacionales y extranjeros. Turistas (y trabajadores) participan activamente en la discusión del pasado, que no por pasado deja de ser maleable y estructuralmente adaptable a las vicisitudes y realidades de la nación.

El discurso genealógico de Cochasquí hace uso de representaciones contemporáneas de género, familia y pasado indígena para revalidar "objetivamente" una identidad nacional común. Así como muchos otros sitios privilegiados por el rescate del pasado, Cochasquí también ofrece una historia de origen que permite vincular metafórica e históricamente el discurso genealógico (Alonso 1988). En este cuento de origen, la sociedad precolombina es representada por una historia de familia en la cual una mujer, no un hombre, es el eje fundamental: se trata de la reina Quilago, quien toma su lugar generativo no por haber sido la madre física de la comunidad de

Cochasquí sino por ser su protectora política y gubernamental. Quilago se impone en las guías del sitio como la última líder de la sociedad de Cochasquí: logró formar una coalición militar con otros grupos del área y enfrentó la llegada de los incas (que en este particular recuento parecen representar a nuestros contemporáneos vecinos del Perú). Quilago se impone como representante del espíritu indomable de la comunidad Cochasquí, que solo se rinde ante la superioridad militar de los incas, no sin antes haber luchado hasta la muerte y haber provocado grandes bajas en el ejército enemigo [1].

Quilago también es ensalzada como la madre (no solo la defensora) de la patria, puesto que fue forzada a contraer nupcias con el conquistador inca; esta unión fundó la nueva nacionalidad híbrida ecuatoriana. Sin embargo, está claramente definido que Quilago no contrajo esta unión por placer sino que se vio obligada a hacerlo por la necesidad política de defender su comunidad. La prueba fehaciente de su rechazo es que el inca Huayna Capac la mandó a matar cuando se enteró de una celada que ella le tenía preparada. Esta súbita muerte de la heroína nacional se torna más interesante cuando en la narrativa se menciona que fueron los miembros de su propia comunidad quienes la delataron, los mismos por quienes ella ofrendó su vida. Esta supuesta traición –no la de Quilago hacia el inca sino la de sus súbditos hacia ella– se expone ambiguamente sin ser explicada; así, como otros elementos generativos, permite una mayor realidad productiva. Aún más contradictorio es el hecho de que antes de su muerte haya logrado dar a luz al primogénito inca, Atahualpa, que logró convertirse en el líder del imperio. La narrativa local que presenta a Quilago como madre del inca Atahualpa es sustentada por otros historiadores y fuentes históricas que también ven en Quilago a la madre de la patria (e.g., Jijón y Caamaño 1997), tanto que en la década de 1930 el ejército ecuatoriano buscó el cuerpo de Quilago, supuestamente enterrado en las pirámides de Cochasquí

[1] Las similitudes entre esta narrativa y otras historias nacionales, como la batalla de Pichincha, son evidentes.

(*El Día* 1930). La presencia de la reina Quilago es amplia en Cochasquí: ocupa un lugar central como personaje protagónico en las guías y el museo del sitio lleva su nombre.

El discurso histórico sobre Quilago no es más que otro elemento de género desarrollado en Cochasquí. Junto con la narrativa de una femineidad excepcional, que rompe las normas contemporáneas del papel dado a la mujer ecuatoriana, existe un discurso de masculinidad que logra afianzarse aún más sutilmente. Si Quilago representa al tiempo coraje y cuidado materno, el sitio se ofrece como emblema de resistencia autóctona, tanto histórica como contemporánea. El lugar es masculinizado para representar la bravía con la cual sus habitantes resistieron los embates territoriales, presentes aún en los oscuros inicios de una emergente nacionalidad ecuatoriana. Este juego de imágenes hace que las narraciones desarrolladas por los guías ensalcen la valentía indígena pasada y, aún más importante, la de los ecuatorianos en general. Esto se logra en una primera instancia porque los representantes de Cochasquí son ecuatorianos. No podría ser de otra manera si el sitio es símbolo de la nacionalidad ecuatoriana; en consecuencia, los incas no son más que los precursores de los contemporáneos invasores del sur. Esto hace que, de acuerdo con uno de los guías, sea muy difícil para los turistas peruanos asistir a la visita guiada sin sentirse culpables o tener remordimientos; según el guía, esto ha causado que turistas peruanos abandonen la visita antes de concluirla, por su imposibilidad de lidiar con la "realidad histórica" del sitio. Como el mismo guía arguye: "no era mi culpa, así mismo es la historia".

En una segunda instancia, esta identificación con los problemas territoriales de la moderna nación ecuatoriana tiene sus propios beneficios hermenéuticos (Gallardo *et al.* 1995). Al identificar la narrativa con el problema territorial con Perú queda sutilmente excluida la aún más problemática articulación de las desiguales relaciones raciales que permite ensalzar un pasado indígena mientras se sigue tratando de mantener a este grupo en condiciones infrahumas y excluirlo de la cúpula del poder nacional. Una vez más la historia de resistencia, como en las fiestas tradicionales discutidas anteriormente, es

manipulada para identificarla con la de la nación –excluyendo a los grupos indígenas de cualquier continuidad histórica– que, de esa manera, es atribuida a los ciudadanos (o, más bien, a aquellos reconocidos como tales).

Sin embargo, este tipo de rescate-manipulación histórica solo es posible por estar fundamentado en una definición de género sutilmente disfrazada de esencialmente natural (o lógica). Como ha expuesto Kaminsky (1994) solo con una producción anteriormente establecida de roles de género se puede articular otra aún más problemática de raza y/o nación. En este caso la representación de una masculinidad viril y contestataria es esencial para la definición y rescate del pasado nacional en Cochasquí. Solo porque sabemos qué debe ser un hombre o, mejor aún, cómo debería comportarse un hombre de verdad, las historias narradas en el sitio logran desarrollar su poder hegemónico y contribuir a la producción de la nación.

La historia de Quilago (una mujer que logra escapar de los roles de género naturalizados con anterioridad e interiorizados casi con religiosidad) contribuye a la legitimación de una masculinidad machista y agresiva y al mantenimiento de la nacionalidad ecuatoriana, reconociendo que estas representaciones de género y nacionalidad están ligadas y pretenden significarse mutuamente (como si fueran la misma cosa). Este tipo de rescate histórico es claro en la historia de Quilago porque escapa a la definición impuesta a toda mujer ecuatoriana (y, por igual, a las del pasado) y le otorga características masculinas de fuerza, coraje y espíritu indómito. Quilago es la nación, y el Estado-nación es fuerte por naturaleza: tiene la fuerza que debe tener todo hombre (o mujer) que quiera defenderlo.

En estos cuentos de género se articula el origen del Ecuador, permitiendo una historia nacional que, de otra manera, no podría existir. En Cochasquí también se desarrolla un discurso de nacionalidad que usufructúa una producción de familia que une a todos los ecuatorianos, nutriéndolos de una genealogía común que incorpora un origen mítico de la sociedad precolombina. A través de la construcción natural de relaciones de género, estructura de familia y orígenes históricos precolombinos, Cochasquí se reifica como sitio nacional.

No es difícil entender que el Estado-nación gane con el rescate histórico, pero es casi un milagro discursivo que lo haga tan económicamente con las representaciones de un reina asexuada (Quilago pelea y engendra pero no tiene relaciones sexuales), de una familia dividida (por las traiciones de Quilago y sus súbditos) y de una sociedad en extinción (primero el reino de Cochasquí, luego los incas y finalmente la constante pérdida del territorio ecuatoriano).

## Conclusión: los fracasados proyectos nacionales

> *El triunfo de la historia corresponde a aquellos que logran capturar sus reglas, remplazar a aquellos que las han utilizado, disfrazarse para pervertirlas, invertir sus significados, y redirigirlas hacia aquellos que inicialmente las habían impuesto; controlando estos complejos mecanismos, harán que funcionen para subvertir a los gobernantes a través de sus propias reglas.*
>
> Michel Foucault (1980)

Los ejemplos que he analizado buscan indagar sobre el papel del pasado arqueológico en la producción contemporánea del Estado-nación ecuatoriano. Contrario a lo que muchos suponen, la historia juega un papel esencial en la construcción y preservación de la hegemonía nacional; más aún, la historia (y la arqueología como parte de la disciplina histórica) utiliza sus pretensiones objetivas como una cúpula de cristal que esconde las relaciones de poder y las articulaciones jerárquicas que la mantienen en su sitial privilegiado y aseguran la continuidad político-cultural de la nación. El pasado juega un papel privilegiado en la reproducción de la sociedad nacional.

Este proceso singular de legitimación histórica y de producción hegemónica se difunde a través de las narrativas históricas de Cochasquí. Por eso, la historia de Cochasquí no se limita exclusivamente al sitio; de una manera incluso más verí-

dica nos dice tanto o más del presente que del pasado (Foucault 1993). La de Cochasquí, como toda historia críticamente contextualizada y analizada, es un instrumento poderoso para entender y desarticular las relaciones de poder generalizadas en Ecuador, por lo menos desde hace dos siglos. En esta "falla discursiva" podemos vislumbrar la invención (*sensu* Anderson 1983) o la falacia de los roles de género, las relaciones de poder y la producción hegemónica de la historia en las cuales descansa la nacionalidad ecuatoriana; también podemos entender la violencia con la cual son tratados los grupos no hegemónicos (mujeres, homosexuales, negros, indios). La ruptura de la cúpula de cristal y la vulnerabilidad manifiestas en las desiguales relaciones de poder no pueden más que asustar a la nación o, más bien, a quienes (incluyendo gobiernos y autoridades de turno) creen representarla (Baldwin 1984, 1998); en la mayoría de los casos este pánico ha permitido las masacres o la muerte lenta ocasionada por la explotación de miles de ecuatorianos.

Cochasquí también deja vislumbrar una economía cultural en la forma de rescate histórico y, por ende, de manipulación nacional. Esta economía de metáforas y significaciones permite entenderlo como un altar patrio al cual acuden miles de feligreses cada año para probar su fidelidad nacional; el hecho de que no se haga conscientemente solo contribuye al poder hegemónico de este recurso espacial. Silberman (1995) ha sugerido que los grandes sitios arqueológicos (como Masada y Stonehenge) son puntos de peregrinación de miles de individuos que necesitan imaginarse como ciudadanos de la misma nacionalidad. El *allure* histórico que ofrecen sitios como Cochasquí, repletos de una esencia pasada, deja ver la fuerza constitutiva de estos modernos puntos de peregrinación. Además, estos altares nacionales cobran fuerza singular en la lógica científica sobre la cual se construye el moderno mundo de relaciones globales (Haraway 1991; Hall 1997): solo la autoridad científica, apoyada en una presunta objetividad histórica, permite ratificar la identidad nacional ante extranjeros y nacionales. El proceso de peregrinación nacional que se lleva a cabo a diario en Cochasquí lo demarca como un altar nacional y convierte a los presentes en feligreses de la nación, compro-

metidos con un proceso sutil que ayudan a definir y que, a la vez, los define como ecuatorianos. Sin embargo, también aquí, en las aspiraciones de los feligreses, parece darse una especie de proyecto nacional fracasado.

En los turistas y trabajadores entrevistados encontré una especie de desconsuelo o decepción ante una nación ecuatoriana que no llega a asemejarse a sus glorias pasadas. En este desconsuelo la producción de una identidad ecuatoriana cobra su mayor fuerza y vitalidad porque solo en este espacio y especie de fracaso –un íntimo silencio (Žižek 1996)– los ecuatorianos (o no) construyen la imagen de un país que nunca ha existido más que en la imaginación. La necesidad real de construir tal país (y, por tanto, de comprometerse con él) se vuelve requisito de vida porque define nuestra identidad. En cierta forma el pasado y la historia narrada en Cochasquí son actos performativos y de conciencia sobre lo que la nación no es pero debería ser (si es que realmente existiera). El fracaso del Estado-nación es prueba supuesta de su existencia.

Sin embargo, esta imaginaria construcción de lo ecuatoriano ha tenido impresionantes efectos de poder en nuestros cuerpos y mentes y continúa contribuyendo a una reificación todavía más poderosa. Lo que en algún momento podría parecer un fracaso nacional (el sentimiento de que la nación no es) no hace más que convertirse en la fuente central de la identidad ecuatoriana. La nación depende de miles de proyectos nacionales fracasados; en Cochasquí ocurren a diario y esto asegura la continua reproducción de su pasado y de una realidad nacional imaginaria.

## Referencias

Abrams, Phillip

1988 Notes on the difficulty of studying the State. *Journal of Historical Sociology* 1(1):58-89.

Allen, Catherine

1988 *The Hold Life Has: Coca and Cultural Identity in an Andean Community*. Smithsonian, Washington.

Alonso, Ana María

1988 The effects of truth: re-presentation of the past and the imagining of a community. *Journal of Historical Sociology* 1(1):58-89.

Anderson, Benedict

1983 *Imagined Communities*. Verso, Londres.

Baldwin, James

1984 *Notes of a Native Son*. Beacon Press, Boston.

1998 *Collected Essays*. The Library of America, Nueva York.

Benavides, O. Hugo

1999 *Telling stories, producing the nation: archaeology's role in the construction of contemporary Ecuador*. Ph.D. Dissertation, Anthropology Department, CUNY.

Bender, Barbara

1998 *Stonehenge: Making Space*. Berg, Nueva York.

Butler, Judith

1993 *Bodies that Matter: On the Discursive Limits of "Sex"*. Routledge, Nueva York.

*El Día*

1930 Búsqueda de madre de Atahualpa, septiembre.

Foucault, Michel

1980 *Power and Knowledge: Selected Interviews and other Writings 1972-1977*. Pantheon Books, Nueva York.

1993 Nietzsche, genealogy and history. En Daniel Bouchard (ed.) *Language, Counter-Memory, Practices: Selected Essays and Interviews*. Cornell University Press, Ithaca, pp. 27-52.

Gallardo, José

1995 *Tiwintsa*. El Conejo, Quito.

Hall, Stuart

1997 The local and the global: globalization and ethnicity. En Anthony King (ed.) *Culture, Globalization and the World-System: Contemporary Conditions for the Representation of Identity*. University of Minnesota Press, Minneapolis, pp. 19-39.

Handler, Richard y Eric Gable

1997 *The New History in an Old Museum: Creating the Past at Colonial Williamsburg*. Duke University Press, Durham.

Haraway, Donna J.

1991 *Simians, Cyborgs, and Women: The Reinvention of Nature*. Routledge, Nueva York.

Jijón y Caamaño, Jacinto

1997 *Antropología prehispánica del Ecuador*. Embajada de España-Museo Jacinto Jijón y Caamaño, Quito.

Kaminsky, Amy

1994 Gender, race, raza. *Feminist Studies* 20(1):7-31.

Kohl, Phillip y Clare Fawcett (eds.)

1995 *Nationalism, Politics, and the Practice of Archaeology*. Cambridge University Press, Cambridge.

Kuklick, Henrika

1991 Contested monuments: the politics of archaeology in southern Africa. En George Stocking (ed.) *Colonial Situations: Essays on the Contextualization of Ethnographic Knowledge, History of Anthropology*, vol. 7, University of Wisconsin Press, Madison, pp. 135-169.

Miller, James

1993 *The Passion of Michel Foucault*. Anchor Books, Nueva York.

Patterson, Thomas and Peter Schmidt (eds.)

1995 *Making Alternative Histories: The Practice of Archaeology and History in Non-Western Settings*. School of American Research Press, Santa Fe.

Popular Memory Group

1982 Popular memory: theory, politics and method. En Richard Johnson (ed.) *Making Histories: Studies in History-Writing and Politics*. Hutchinson, Londres, pp. 205-252.

Renan, Ernest

1990 What is a nation? En Homi Bhabha (ed.) *Nation and Narration*. Routledge, Londres, pp. 19-36.

Salcedo, José

1985 Al rescate de la identidad cultural en Cochasquí. Manuscrito sin publicar, Cochasquí.

Silberman, Neil Asher

1995 Promised lands and chosen people: the politics and poetics of archaeological narrative. En Phillip Kohl y Clare Fawcett (eds.) *Nationalism, Politics, and the Practice of Archaeology*. Cambridge University Press, Cambridge, pp. 249-262.

Wylie, Alison

1992 The interplay of evidential constraints and political interests: recent archaeological research on gender. *American Antiquity* 57(1):15-35.

1995 Alternative histories: epistemic disunity and poltical integrity. En Thomas Patterson y Peter Schmidt (eds.) *Making Alternative Histories: The Practice of Archaeology and History in Non-Western Settings*. School of American Research Press, Santa Fe, pp. 255-272.

Žižek, Slavoj

1996 "I hear you with my eyes": or, the invisible master. En Slavoj Žižek y Renata Salecl (eds.) *Gaze and Voice as Love Objects*. Duke University Press, Durham, pp. 90-126.

Fecha recepción
03/00/2003

Fecha aceptación
18/07/2003

# Chibchas, arawakos y timotes: poblamiento prehispánico de la Cordillera Andina de Mérida (Venezuela)

Gladys Gordones Rojas y
Lino Meneses Pacheco
*Universidad de Los Andes*

Resumen

En el artículo se presentan las propuestas que elaboraron en distintas épocas diferentes intelectuales venezolanos en relación al origen étnico de los antiguos habitantes de la cordillera andina de Mérida, Venezuela, para postular, a partir de las evidencias arqueológicas y de los topónimos y antropónimos presentes en los documentos de los siglos XVI y XVII, un nuevo modelo que explique el poblamiento y el origen étnico de los habitantes prehispánicos de los Andes merideños.

Palabras clave

Cordillera Andina de Mérida, arqueología, toponimia, antroponimia, chibchas, arawakos, timotoes.

## Abstract

The article presents the propositions that venezuelan intellectuals of different times have elaborated concerning the ethnic origin of the ancient people of the Andes Cordillera of Merida, Venezuela. The purpose of this paper is to propose, parting from the archeological evidence and from the toponymy and anthroponymy that are present in the documents of the 16th and 17 th centuries, a new model that can explain the ethnic origin and settlement of the prehispanic people of the Merida Andes.



Keywords

Mérida's Mountain Range, archaeology, toponomy, anthroponomy, chibchas, arawakos, timotoes.

## Planteamientos de los pioneros

El interés por descifrar cuáles fueron los antiguos grupos étnicos que habitaron los Andes merideños se remonta a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, época que marca los inicios de la ciencia antropológica en Venezuela. Los trabajos de José Ignacio Lares (1950), Adolfo Ernst (1913), Gaspar Marcano (1971), Julio César Salas (1971), Tulio Febres Cordero (1921) y Alfred Jahn (1973) muestran un reiterado empeño por esclarecer la procedencia étnica de los antiguos habitantes de la cordillera.

Para conmemorar el centenario del nacimiento de El Libertador, Simón Bolívar, José Ignacio Lares escribió en el año 1883 el opúsculo titulado: *Etnografía del Estado Mérida* (1950), donde expone su tesis sobre las primeras razas que poblaron la Cordillera Andina de Mérida; en la obra el autor afirma, por ejemplo, que: "Con frecuencia se han llamado Muiscas los pueblos indígenas que habitaban la antigua provincia formada de Táchira y Mérida" (Lares 1950:13). Según este autor, había en la cordillera merideña una multitud de pueblos más o menos populosos con distintos nombres que se adjuntaban bajo la denominación de timotes y eran gobernados cada uno por un cacique (Lares, 1950). Para Lares

> Los Timotes (...) tenían por confinantes los pueblos siguientes: al norte, o sea sobre las orillas del Lago, los Bobures y Motilones; al sur sobre el arranque de los lla-

> nos, los Toboros, Caros y Coyones. Al Oeste los Mombures y Aviamas del Táchira, dependientes o confinantes de los Chitareros; y al Este la nación de Cuicas, que, compuesta de pueblos de distintos nombres, habitaban lo que es hoy Estado Trujillo. Los límites que tenían señalados entre sí, los Timotes y Cuicas, son precisamente los mismos que dividen hoy los estados Mérida y Trujillo (Lares 1950:14).

Por otro lado, Adolfo Ernst, en sus *Apuntes para la etnografía precolombina de la Cordillera de los Andes* plantea, a diferencia de Lares, y a partir del análisis de algunas piezas arqueológicas y del vocabulario compilado por el primero, que los habitantes precolombinos de la cordillera de Mérida pertenecían al "... grupo étnico cuyo centro fue la altiplanicie de Cundinamarca, y así no es extraño que se encuentren también en los santuarios de Mérida y Trujillo numerosas figuras de ranas, hechas de serpentina, puesto que entre los chibchas la rana era símbolo de la benéfica diosa que en la lluvia daba a la tierra nueva fertilidad, y nuevas cosechas al hombre" (Ernst 1913:791).

Entre los años 1890 y 1891, Gaspar Marcano publica en el *Bulletin de la Société D'Anthropologie de Paris* la etnografía precolombina de Venezuela relacionada con los indios piaroas, guahibos, goajiros, cuicas y timotes. A partir del análisis de restos óseos y de piezas arqueológicas de cerámica y lítica, Marcano se pregunta qué nombre tenían los habitantes precolombinos de Mérida y señala que "en Mucuchíes habrían residido los indios del mismo nombre; en Burrero los Cuicas (...) el señor Lares sostiene que timotes es la designación colectiva que convendría aplicar a todas las tribus precolombinas que han habitado la Cordillera de Mérida hasta el valle de Motatán. Los timotes se subdividían en veintiocho tribus" (Marcano 1971:305).

En principio, en el mismo debate de José Ignacio Lares, Julio César Salas propone que el territorio que actualmente ocupa el estado Mérida estaba habitado, entre otras, por una familia indígena llamada chama. Así, este autor afirma:

> La familia indígena que convencionalmente apellidamos chama la componen un multitud de tribus independientes que para la época de la conquista habitaban el territorio del actual estado Mérida de Venezuela, naciones que poseían unas mismas costumbres y nexos muy estrechos entre sus diferentes lenguas; afirmación esta última que se basa en la identidad de nombres geográficos (Salas 1971:143).

Posteriormente, en su obra *Etnografía de Venezuela* (1997), indica:

> En otra parte denominamos chamas a los aborígenes de Venezuela de suave natural del estado Mérida, nombre convencional del nombre indígena del río (en) cuya cuenca están situadas casi todas las tribus en cuya toponimia es superabundante la radical *Mucu*, pero en atención a que las tribus tucanes, torondoyes y las varias que comprende la nación timotes, tienen también en su toponimia la radical *Mucu* y quedarían fuera de aquella denominación, por pertenecer a otras hoyas hidrográficas, creemos más comprensivo para todas estas tribus de suave natural de Mérida el nombre de indios mucus ... (Salas 1997:14).

Para Julio César Salas (1997) existían en la Cordillera Andina de Mérida diversos grupos étnicos con distintas parcialidades. El mapa étnico de Mérida estaba integrado, según él, por: 1. los indios mucus que se localizaban en las cuencas de los ríos Chama, Motatán y Torondoy; 2. los indios giros o giraharas ubicados hacia el extremo de la cordillera de Mérida, que vierte hacia los llanos de Barinas a través de las aguas de los ríos Canaguá, Caparo, etc., y hacia la zona de Bailadores y Guaraque, y 3. los indios quiriquires o güigüires y motilones, que vivían hacia las tierras del sur del Lago de Maracaibo.

Por su parte, Alfred Jahn plantea la existencia de un solo grupo denominado timote para toda la región de los Andes venezolanos. Este planteamiento se sustentaba en que "Los kuikas o sea los aborígenes trujillanos, hablaban la misma len-

gua que sus vecinos occidentales, los merideños, y por esta razón debemos considerarlos como miembros de la gran nación timote, pobladora de toda nuestra región andina de Trujillo y Mérida" (Jahn 1973:87), porque "la lengua timote y todos sus dialectos de Trujillo y Mérida forman un grupo aparte que no tiene cabida en ninguno de los grupos lingüísticos establecidos" (Jahn 1973:114). De igual forma, expone que "El contacto en que vivían aruacos y timotes, en lo que corresponde a Mérida, ha debido ser la causa de las concordancias lingüísticas que algunos autores han denunciado entre ambas lenguas" (Jahn 1973:137).

Miguel Acosta Saignes, basado en el análisis de las fuentes históricas, define a partir de las características lingüísticas y culturales el área de los Andes venezolanos como una "prolongación, dentro del territorio venezolano, de las culturas andinas, representadas por los timoto-cuicas" (Acosta 1954:67).

## Los nuevos planteamientos

La definición de timote es la que ha sido utilizada con mayor frecuencia para referirse a los antiguos pobladores de los Andes merideños. Al respecto, Jorge Mosonyi (1987:35) considera muy probable la hipótesis de Jahn sobre la existencia de una sola lengua denominada timote, que "hasta donde se sabe hoy en día era lingüísticamente autóctona y no formaba parte de los arawacos, ni de los caribes, ni de los chibchas". Los hermanos Mosonyi aseguran que "En los Andes venezolanos, particularmente en la zona de Mérida y Trujillo, tenían su asiento los pueblos timoto-cuicas, los cuales, hasta donde se sabe hoy en día, eran lingüísticamente autónomos, y no formaban parte de los arahuacos, ni de los caribes, ni de los chibchas, aunque guardaban afinidades culturales y económicas con estos últimos" (Mosonyi y Monsonyi 1999:54).

Jacqueline Clarac de Briceño (1985:46) agrega: "La generalización del nombre timotes no tiene ninguna base (...) Los documentos que consultamos no indican jamás un nombre que pudiera servir de base para clasificar genéricamente a los

indios andinos". En este orden de ideas, propone, de acuerdo con Salas, el nombre de mucu-chama para el grupo étnico que ocupó los territorios que hoy conforman el estado Mérida. Así, los mucu-chamas, según ella, "ocupaban la región que conocemos en la actualidad como estado Mérida, y cuyos principales centros prehispánicos fueron aparentemente Zamu, Macaria (¿o Mucuria?), Chama, Mucuchíes y Timotes" (Clarac 1985:50). Ahora bien, Clarac también apunta que se podría clasificar conjuntamente a los cuicas y a los mucu-chamas, pues "pertenecían todos a una misma cultura con pocas variantes" (Clarac 1985:50).

Recientemente, Clarac (1996:27) propone para la "sociedad que precedió durante varios siglos en la cordillera de Mérida el nombre de *tha-ku'wa* que le dan hoy los tunebos colombianos, o el de *'Mu-Cu'* que los propios habitantes utilizaron con tanta frecuencia para referirse a sí mismos y a su tierra". En 1996, Clarac plantea que la población de la cordillera se constituyó con el devenir del tiempo por diversas oleadas migratorias. La primera, según su hipótesis, fue un grupo instalado desde un tiempo indeterminado, del cual, en el estado actual del conocimiento arqueológico, no se puede reconstruir la historia. El segundo grupo étnico llegaría al comienzo de nuestra era, y por su cultura, religión, patrones funerarios, técnicas agrícolas y mitología puede ser ubicado en la cultura chibcha, siendo la población actual de la Cordillera de Mérida descendiente de él. Un tercer grupo relacionado con la cultura arawak llegó más tarde hacia el siglo IX de nuestra era.

Para Clarac (1996:26), "El nombre del segundo grupo habría sido *u'wa* (nombre también de la 'tijereta' que es un tipo de golondrina) (...) según la mitología tuneba (grupo chibcha actual) acerca de los orígenes y migración de sus antepasados (...), los tunebos habrían migrado a Colombia saliendo de la Cordillera de Mérida, a la cual llaman todavía en su lengua (tronco chibcha) 'La Mujer Joven del Sol'." Basada en Ann Osborn (1985), sugiere que "El nombre particular del grupo de Mérida habría sido *'thakuwa'* o *tha-k-u'wa*, lo que significaría en tunebo 'Gente Mayor' o 'Gente hacia atrás'" (Clarac 1996: 26).

Sobre esta discusión, la perspectiva arqueológica en sus inicios ha aportado muy poco, debido a que la mayoría de los trabajos han estado orientados a la descripción de los materiales arqueológicos. Los primeros trabajos en este campo se inician en los años cuarenta del siglo XX con las investigaciones A. Kidder II (1944), C. Osgood y G. Howard (1943) y J. M. Cruxent (1982). Con estos trabajos se realizan –en el caso de la Cordillera de Mérida, por primera vez– construcciones tipológicas y estilísticas del material arqueológico.

En el año 1948, José María Cruxent trabajó un sitio de habitación prehispánico en la cuenca alta del río Chama, en Chipepe, Mocao Bajo, Mucuchíes. Cruxent localizó un mintoy (cámara funeraria) superficial y 224 tiestos cerámicos aflorados que posteriormente le sirvieron para postular, junto con Irving Rouse, el estilo Chipepe (Cruxent y Rouse 1982), que, según ellos, está relacionado con el estilo Mirinday del estado Trujillo, perteneciente al horizonte Tierroide; sobre la base de esta comparación, lo incluyen cronológicamente en el período IV, es decir, en la época de contacto.

A finales de los años sesenta del siglo XX, se comienza a estudiar sistemáticamente la Cordillera Andina de Mérida a través de proyectos arqueológicos adelantados por Erika Wagner (1970, 1980) y Mario Sanoja e Iraida Vargas (1967, 1970). Los proyectos de investigación van a suministrar datos importantes para la comprensión de la dinámica étnica de la cordillera en tiempos prehispánicos.

En el marco del proyecto Arqueología del Occidente de Venezuela (Sanoja y Vargas 1967, 1970), Iraida Vargas realiza investigaciones arqueológicas en la localidad de Tabay, más específicamente en San Gerónimo, que es tipificado por ella como un sitio de habitación que se remonta, según las fechas radiocarbónicas obtenidas, a los años 970 a 1310 DC (Vargas 1969).

La tradición plástica presente en San Gerónimo está relacionada así:

> Hacia el norte (Trujillo y Lara), existían con anterioridad (...) otras fases posiblemente pertenecientes a la misma tradición plástica. La Fase Miquimú (Wagner 1967)

> comparte con San Gerónimo las vasijas trípodes del tipo incensario, las vasijas globulares o subglobulares trípodes de patas sólidas, las asas acintadas de sección circular, las asas festoneadas de sección oval, así como las cadenetas incisas, las tiras de arcilla aplicadas onduladas y los pectorales de piedra (Vargas 1969:124).

Igualmente, Vargas plantea que "La tradición plástica de la cual San Gerónimo parece formar parte, debe haber persistido hasta períodos muy tardíos, lo cual se evidencia por la presencia de elementos característicos de esta tradición mezclados con cerámica polícroma en el Chao y Mirinday, Fase Mirinday (Wagner 1967), y en Carache (Kidder II, 1944), Guadalupe (Sanoja 1963), etc." (Vargas 1969:124).

De manera simultanea al trabajo de San Gerónimo realizado por Vargas en la localidad de Chiguará, en la cuenca baja del río Chama, Mario Sanoja realiza excavaciones arqueológicas y obtiene material cerámico considerable y enterramientos en urnas funerarias (Sanoja y Vargas 1967). Para estos autores (1967:42) existen diferencias entre la Fase Chiguará y la Fase San Gerónimo, ya que la primera se vincula más con los sitios arqueológicos ubicados hacia el sur del Lago de Maracaibo.

A finales de 1967 y comienzos de 1968, Erika Wagner excava los sitios de La Era Nueva y Mocao Alto, en Mucuchíes, cuenca alta del río Chama (1970, 1980). El primero lo considera como un sitio de habitación y el segundo como un sitio de habitación asociado a un cementerio y un taller de placas aladas, remontándose ambos, según fechas radiocarbónicas obtenidas de estas excavaciones, a un período de ocupación que oscila entre 450 y 1120 AP, es decir, al período IV (1000-1520 DC) de la cronología regional de Cruxent y Rouse (Wagner 1970). Según Wagner,

> El material arqueológico de los yacimientos de Chipepe, San Gerónimo, El Mocao Alto y La Era Nueva es lo suficientemente similar como para considerar que es producto de un solo grupo humano y lo hemos asignado a la fase Mucuchíes (...) La fase Mucuchíes comparte una serie de rasgos con otras fases dentro y fuera de

> Venezuela. Así notamos similitudes con Mirinday, Betijoque, La Mulera, Dabajuro y Tierra de los Indios del occidente de Venezuela. Mucuchíes también comparte una serie de rasgos con la fase Miquimú del área de Carache (cerámica tosca y la presencia de "alas de murciélago"). Cronológicamente, Miquimú es anterior a Mucuchíes (período III) y es muy probable que Mucuchíes recibió (sic) influencias del área de Carache... (Wagner 1970:181, 183).

Los avances de las investigaciones arqueológicas sistemáticas en los estados Lara y Trujillo le han permitido a Sanoja plantear que:

> Las áreas de distribución de la alfarería decorada con técnicas plásticas y la de la alfarería polícroma en el norte de la región andina, parecen sugerir una gradual ocupación de los valles bajos y el piedemonte norandino por los fabricantes de esta última y un repliegue de los fabricantes de la alfarería decorada con técnicas plásticas hacia las regiones altoandinas. Es posible que las poblaciones de ambas etnias, como parecen demostrarlo los datos arqueológicos, hubiesen mantenido relaciones de cooperación e intercambio de productos agrícolas y manufacturados, pero conservando –sin embargo– la definición territorial de sus unidades sociopolíticas. (Sanoja 1986:13).

Por otra parte, las movilizaciones de los grupos hacia los Andes "estarían dadas por los requerimientos territoriales de los cacicazgos en general, y del cacicazgo norocidental en particular. Esta necesidad de obtener territorios y de someter a los grupos que los ocupan es intrínseca a este modo de vida e, incluso, a la formación económico social como un todo" (Vargas 1986:28). Para Vargas, "La ocupación de la región altoandina parece haber comenzado en el siglo VI DC, y ya para los siglos IX y X DC, se habían constituido como una comunidad

cacical añadiendo una serie de medios de producción que, lógicamente, respondían a necesidades objetivas de la región alta" (1986:30).

A partir de los años ochenta del siglo XX el Museo Arqueológico Gonzalo Rincón Gutiérrez de la Universidad de Los Andes empieza a desarrollar con intensidad las investigaciones arqueológicas en el área metropolitana de la ciudad de Mérida, en la cuenca alta del río Chama, y en Lagunillas, en la cuenca media del mismo río (Niño 1988a, 1988b; Ramos 1990; Gordones y Meneses 1992; Meneses y Gordones 1993; Gordones 1995).

Por un lado, las excavaciones arqueológicas en el área metropolitana de la ciudad de Mérida –más específicamente en Loma de la Virgen (Ramos 1988a), Loma de San Rafael (Ramos 1988b) y la Hacienda San Antonio (Gordones y Meneses 1992) en La Pedregosa, Cerro las Flores (Niño 1988a, 1988b) en la Hechicera; y por el otro, en Escagüey (Niño 1990) y Mucurubá (Meneses y Gordones 1993), en la cuenca alta del río Chama–, permitieron documentar y complementar las evidencias arqueológicas presentes en San Gerónimo (Vargas 1969) y Mocao Alto (Wagner 1970) que mencionamos en líneas anteriores.

Las excavaciones arqueológicas en el sitio de Llano Seco, Lagunillas, cuenca media del Chama (Ramos 1990), permitieron obtener, para esta zona de la Cordillera de Mérida, poco estudiada, entierros primarios, y en urnas, abundante cerámica y fechamientos. Para Llano Seco la datación por medio de termoluminiscencia permitió obtener

> ... fechas de 1510 y 1520 años AP. Tales datos relacionan a Llano Seco con otros sitios de la Cordillera de Mérida datados entre 600 y 1300 años DC, como Mucuchíes y Tabay. Sin embargo, atendiendo al análisis comparativo de la alfarería de estos yacimientos y otros de la cuenca baja del Chama, observamos una estrecha relación entre Llano Seco y sitios del sur del Lago de Maracaibo, como Zancudo, Onia y El Guamo... (Ramos 1990:37).

En el aspecto cerámico, Llano Seco está estrechamente relacionado con el sitio de Estánquez en la misma cuenca media del río Chama (Gordones 1995). La muestra del material cerámico de Estánquez se encuentra relacionada

> ... con el material cerámico de Lagunillas (Estado Mérida) que se caracteriza por presentar una decoración plástica con incisiones lineales que en su conjunto forman motivos geométricos, apliques antropomorfos ubicados en el borde de las vasijas (...) además de pintura roja ubicada en algunos casos en la zona del labio y el borde (...). [A su vez] La presencia de esta muestra de alfarería con una superficie alisada y pulida, decoración incisa, aplicados y pintura roja sobre natural, relacionada, en algunos casos, con la decoración plástica incisa o modelada y la presencia de una pequeña, pero significativa muestra de pintura roja sobre fondo blanco, nos lleva a relacionar este material con la Fase Zancudo... (Gordones 1995:65, 66).

Partiendo de las evidencias arqueológicas, en diversas oportunidades hemos propuesto la coexistencia en la Cordillera Andina de Mérida de por los menos dos grupos étnicos distintos (Gordones 1993, 1995). Por un lado, postulamos, para la cuenca alta del río Chama, un grupo que se caracterizaba por la presencia de una cerámica sencilla, en la mayoría de los casos "tosca", con una decoración plástica basada en la incisión corta en forma piramidal, cadenetas aplicadas con impresión de dedos, asociada con construcciones de piedra, la presencia de talleres líticos y la práctica funeraria asociada a cámaras funerarias (mintoyes); y por el otro, en la cuenca baja del mismo río, otro grupo que se caracterizaba, en términos generales, por poseer una cerámica con decoración plástica con incisiones lineales, apliques antropomorfos, pintura roja en los labios y piezas completas, entierros directos y secundarios en urnas (Gordones 1993; Meneses y Gordones 1995).

## Topónimos y antropónimos de la Cordillera Andina de Mérida en los siglos XVI y XVII

La comparación de antropónimos y topónimos recopilados en los documentos de los siglos XVI y XVII y el establecimiento y diferenciación de elementos lingüísticos como la presencia o no de ciertos afijos constituye las metodología que orienta el estudio paleolingüístico de este trabajo. Los datos antroponímicos y toponímicos fueron compilados en los censos de población aborigen contenidos en los documentos resultantes de las visitas realizadas por los oidores de la Real Audiencia de Granada: Bartolomé Gil Naranjo (1586), Antonio Beltrán Guevara (1602), Alonso Vázquez de Cisneros (1619 y 1620) y Diego de Baños y Sotomayor (1657).

El manejo de una lengua en común constituye un elemento fundamental en la afinidad étnica de cualquier grupo humano. Las lenguas se presentan universalmente determinadas en un área geográfica particular. La antroponimia y la toponimia dentro de un espacio geográfico se corresponden lingüísticamente con un idioma históricamente determinado.

Consideramos entonces que un estudio sobre los datos toponímicos y antroponímicos de la región andina de Mérida, al ser estos correspondientes de una lengua, nos permitirá establecer para los siglos XVI y XVII áreas lingüísticas globales y, por consiguiente, lenguas estructuralmente iguales o diferentes en la Cordillera de Mérida.

Las evidencias lingüísticas nos permiten establecer, sin ninguna duda, que la Cordillera Andina de Mérida no estaba poblada para el período de contacto por un solo grupo étnico. Desde el punto de vista de los topónimos y antropónimos, en la Cordillera Andina de Mérida coexistieron a la llegada de los españoles varios grupos étnicos.

A partir de los datos toponímicos y antroponímicos hemos definido la información por grupos. El Grupo 1 estaba ubicado geográficamente en el área suroccidental de lo que hoy es el estado Mérida. En este grupo se encontraban representadas las parcialidades de Los Estánquez o Uchuara, Los Moquitilagua de Lagunillas, Nutea y La Cabana, actual

pueblo de La Sabana. El mismo se caracterizaba, fundamentalmente, por poseer los lexemas /ana/, /asa/, /ina/, /gua/ al final de los antropónimos o topónimos. Estos lexemas sufijados también los podemos encontrar muy escasamente como sufijos o infijos (**Tabla 1**) (Gordones 2001).

**Tabla 1**
Antropónimos y topónimos Grupo 1.

| **Grupo 1** | |
|---|---|
| Muquytulagua | Tibygua |
| Titelagua | Ayanquesina |
| Qusina | Piagua |
| Quenasa | Bynuagua |
| Tocobalasa | Cinquesina |
| Aguarquetena | Guasinasa |
| Guata | Vrasa |
| Enasa | Iguanasa |
| Cabana | Chiaguana |

Fuente: Biblioteca Nacional Tulio Febres Cordero. Archivo Histórico de la Nación. Visitas de Venezuela. Tomos 1 al 10.

En este grupo encontramos el morfema /ana/, característico de la lengua chibcha *Dobokubi-Barí* (Wilbert 1961) llamada también *Dobokubi-Kunaguasayá* (Rivet y Armellada 1965), lo que permitió establecer su relación con lenguas habladas hacia el área suroccidental del estado Mérida (**Tabla 2**) (Gordones 2001).

También se encontraba presente en esta muestra el morfema /asa/, el cual, según Constenla (1995), se derivaría del étimo muisca y tunebo /hase/, correspondiente al pronombre de primera persona en singular. El mismo se presenta en el tunebo como /asa/, no en otras lenguas de la región del Magdalena, Colombia, pero sí fuera de ésta, como es el caso del cuna, y en el particular de Mérida en los antropónimos y topónimos de Los Estánquez y Noro (Gordones 2001).

Otra característica lingüística de estas parcialidades, relacionadas geográficamente entre sí, es la presencia de una gran variedad de fonemas al comienzo de los vocablos. En Uchuara o Los Estánquez y Nutea se presentan /a/, /b/, /c/, /g/,

| **Antropónimos y topónimos de Estánquez, Lagunillas, La Sabana y Nutea** | **Vocabulario barí-dobokubí** (Wilbert 1961) |
|---|---|
| Qusina | acyína |
| Quenasa | kána |
| Tocobalasa | aríbará |
| Aguarquetena | tsabará |
| Enasa | káangbara |
| Cabana | ataidána |
| Ayanquesina | K'aína |
| Cinquesina | aiwáina |
| Guasinasa | dadará |
| Titelagua | ohkríhgua |
| Iguanasa | áana |
| Chiaguana | ñiaaná |

Fuente: Biblioteca Nacional Tulio Febres Cordero. Archivo Histórico de la Nación. Visitas de Venezuela. Tomos 1 al 10.

**Tabla 2**
Comparación de antropónimos y topónimos del Grupo 1 con el vocabulario barí compilado por Wilbert en el año 1961.

/n/ y /q/, disminuyendo su presencia, quizás por la aparición temprana de los españoles, en las parcialidades de La Cabana y Muquytulagua de Lagunillas, localizadas geográficamente al frente de las dos primeras.

En el vocabulario Mosco de 1612 (Quesada 1991), se presentan muchas palabras con morfemas /a/, /b/, /c/, /k/, /g/, /f/, /q/ y /z/ y las terminaciones con los lexemas /gua/, /que/ y /sa/. Esta característica es compartida por este grupo de parcialidades en la construcción de sus antropónimos, lo cual podría estar relacionado con la influencia de lenguas chibchas en la zona (Gordones 2001).

El Grupo 2 está representado por las parcialidades de Muchufago, Noro, Cuvachuan, Chirury, Mucunpus, Mucujubibu, Mucomamungo y Mocosnoto (**Tabla 3**). Estos topónimos se repiten de manera casi constante para designar también los hombres de estas parcialidades. Llama la atención esta característica, ya que en las otras parcialidades se evidencia mayor riqueza en la construcción. Así mismo, tenemos que hacer notar la ausencia de estos antropónimos y topónimos en las otras listas que hemos trabajado.

**Tabla 3**
Antropónimos y topónimos Grupo 2.

| **Grupo 2** | |
|---|---|
| Cacepo | Mocaque |
| Toneque | Tismabi |
| Mofote | Nachucascepo |
| Nisfuy | Moresfuy |
| Munay | Joroy |

Fuente: Biblioteca Nacional Tulio Febres Cordero. Archivo Histórico de la Nación. Visitas de Venezuela. Tomos 1 al 10.

Julio C. Salas (1997) afirma que varias de las parcialidades situadas en las cercanías de Timotes, hacia los lados del estado Trujillo, eran dominadas por un cacique nombrado "Toneque", antropónimo que se repite en estas parcialidades.

La ausencia en este grupo de los radicales /mu/ y /mo/, que hemos tomado para caracterizar subgrupos del timote en la región merideña, posiblemente nos esté refiriendo a la posibilidad de la gran variedad dialectal que el timote mismo presentaba.

El Grupo 3 estaba conformado por las parcialidades cuyos antropónimos y topónimos presentaban un predominio de la sufijación de los morfemas /mu/ y /mo/, relacionados como variantes características de la lengua timote (**Tabla 4**) (Gordones 2001).

**Tabla 4**
Antropónimos y topónimos Grupo 3.

| **Grupo 3** | |
|---|---|
| Muharacun | Morachemay |
| Mujuu | Moxontoco |
| Mucabay | Morcamoxa |
| Mustizo | Morejoto |
| Mucurupay | Morosase |
| Mujurunda | Moyrare |

Fuente: Biblioteca Nacional Tulio Febres Cordero. Archivo Histórico de la Nación. Visitas de Venezuela. Tomos 1 al 10.

Las características referidas a la presencia de estos rasgos lingüísticos se concentran en las parcialidades de Nucutacaa o Mucutaa, Capintiz, Mucuramos, Mucuchiz, Mucurua, Muquchiz, Mucipiche, Mocochiz, Mosnacho, que presentan una mayor frecuencia del radical /mo-/, mientras que en las parcialidades de Maquiguara, Tosto, Mucustunta, Mucurusturu, Muchucafan, Mucurutu, Mucumux, Musnubu, Moquechique, Muxuxoa, Mucuesjque, Mucunoque, Mucuruva, Mucurufue, Muchuetaque, y Mucuy aparece con mayor frecuencia el radical /mu-/ (Gordones 2001).

El Grupo 4 estaba vinculado con las parcialidades Xaxi, Yricuy, Curabare, Mucutate, Muruabaz, Nucay, Camucay, Mucusnupu y Mucunano (**Tabla 5**). Se caracteriza por una gran variedad de morfemas al comienzo de la construcción de los antropónimos y topónimos, característica compartida con el Grupo 1, pero diferenciada de éste por no presentar los radicales /ana/, /asa/, /ina/.

| **Grupo 4** | | |
|---|---|---|
| Yricuy | Extam | Jumiure |
| Chinto | Tutaque | Etundi |
| Purucuta | Chucucha | Cajanba |
| Cirigui | Soch | Jolong |
| Pirandu | Curubare | Quichi |
| Canti | Tamani | Cargapachi |
| Tasenbag | Mitiqui | Mobu |
| Segui | Tamani | Tiquito |
| Tanon | Sochi | Mocomn |
| chimu | Nacay | Tijo |
| Extaraque | Picarando | Muripaz |
| Cachiquine | Chicofa | Mosnachog |
| Fuente: Biblioteca Nacional Tulio Febres Cordero. Archivo Histórico de la Nación. Visitas de Venezuela. Tomos 1 al 10. | | |

**Tabla 5**
Antropónimos y topónimos Grupo 4.

También se observa en este grupo baja frecuencia de los radicales /mu-/, /mo-/, /mi-/, /ma-/; sin embargo, la gran variedad de fonemas en posición inicial la encontramos también en la lista de los vocablos timotes presentados por Arrieta (1992), por lo que consideramos que estamos en presencia de un grupo que, si bien se correspondería con el timote, se diferencia de los antropónimos y topónimos correspondientes del Grupo 3, catalogados como típicos del timote.

El Grupo 5 estaba ubicado hacia la región suroccidental, entre los límites de los actuales estados Barinas y Táchira (**Tabla 6**). Los topónimos de esta región se caracterizaban por la presencia del morfema /gua/ en posición inicial o final. Consideramos que este puede estar relacionado con la penetración de grupos de habla arawak, donde el morfema /wa/ pudo haber sufrido una castellanización en el proceso de conquista europea.

La investigación en el ámbito lingüístico nos ha permitido distinguir tres grupos con características lingüísticas emparentadas dentro de áreas geográficas específicas, donde la lengua timote y sus variantes al parecer fueron dominantes en cuanto a la extensión y permanencia de los topónimos y antropónimos localizados.

**Tabla 6**
Antropónimos y topónimos Grupo 5.

| **Grupo 5** | |
|---|---|
| Yricagua<br>Diricagua<br>Ysuguaca<br>Guaraque<br>Guaruríes | Guariquenas<br>Guarichines<br>Curvenas<br>Babiriquenas |

Fuente: Biblioteca Nacional Tulio Febres Cordero. Archivo Histórico de la Nación. Visitas de Venezuela. Tomos 1 al 10.

Los Grupos 1 y 4 deben su relación a la expansión de los grupos hablantes de la lengua chibcha emparentados con los antepasados del grupo barí, conocidos también en la etnología de comienzos del siglo XX como "motilones bravos".

Hasta el presente, y a partir de las evidencias arqueológicas, podemos establecer diferencias claras entre el grupo étnico que habitó la cuenca del río Nuestra Señora, la parte alta del valle del Chama y la cuenca del río Motatán, con respecto a otro grupo que habitó la parte baja del Chama y la cuenca baja del río Mocotíes.

## Los grupos étnicos de Mérida

Fray Pedro de Aguado relata que al arribo de los españoles, hacia el año 1558, se distinguieron básicamente dos poblaciones para la cuenca del río Chama y valles laterales del mismo. Los colonizadores europeos dividieron y apartaron entonces "dos maneras de gente", así:

> ... que la del pueblo para arriba toda en la mas gente de tierra fría de buena disposición y muy crecido, los cabellos cortados por junto a la oreja y los miembros genitales sueltos (...) las mujeres traen ciertas vestiduras sin costuras hecha a manera de saya que llaman los españoles samalayetas, que les cubre casi todo el cuerpo... (Aguado 1987:454). [Según Aguado, esta gente pobló] ... todo el valle para arriba del pueblo, hasta los páramos, con otra población que está a mano izquierda del pueblo de la otra banda de la quebrada o río que llaman de Albarregas, con la población del valle de Pernia y los valles del Pabuey y Escaguey y otros sus comarcanos, y el valle de Santo Domingo y Corpus Christi y el de la Sal, con todas aquellas vertientes de la laguna, por los altos hasta casi el pueblo de la sabana (Aguado 1987:454-455). (...)

> La gente del pueblo para abajo es más menuda y muy ajudiada: traen los cabellos largos, andan desnudos, como los demás y son para menos trabajo; traen los genitales atados y recogidos a un hilo que por pretina se ponen por la cintura, y las mujeres tienen o traen vestidas las samalayetas que los demás de arriba he dicho, que son de algodón. Hay entre ellos los principales, a los cuales llaman cepos, pero son de poca estimación y respecto, que no son tan obedecidos como en otras partes, excepto aquellos que por su tiranía y valentía se apoderaban con ayuda de sus parientes, en otras gentes, estos eran de gran veneración entre ellos (Aguado 1987:455).

Las evidencias arqueológicas y lingüísticas obtenidas hasta el momento nos permiten establecer, sin ninguna duda, que la Cordillera Andina de Mérida no estaba poblada para el período de contacto con el europeo por un solo grupo étnico. Los datos arqueológicos actuales de la Cordillera de Mérida y los territorios vecinos nos sugieren que ella fue ocupada por distintas oleadas poblacionales provenientes de la región centro-norte del país, de la cuenca suroccidental del Lago de Maracaibo, y posiblemente por grupos humanos provenientes de los Llanos Altos Occidentales (**Figura 1**).

Los resultados obtenidos hasta el presente nos permiten, por ejemplo, establecer diferencias claras entre el grupo étnico que habitó la parte alta del valle del río Chama, la cuenca del río Motatán y la cuenca del río Nuestra Señora, con respecto a otro grupo que habitó la parte baja del Chama y la cuenca baja del río Mocotíes, y otro más que posiblemente ocupó la vertiente suroccidental de la Cordillera de Mérida.

Los fechados arqueológicos, que oscilan entre 1500 y 450 AP, y los datos antroponímicos y toponímicos del siglo XVI y XVII, correlacionan con bastante seguridad los grupos de lengua timote (Jahn 1973; Arrieta 1992) con los sitios arqueológicos de Chipepe (Cruxent y Rouse 1982), San Gerónimo (Vargas 1969), La Fase Mucuchíes (Wagner 1970), Mucurubá (Meneses y Gordones 1993), Escagüey (Niño 1990), Loma de La Virgen (Ramos 1988a) Loma de San Rafael (Ramos 1988b),

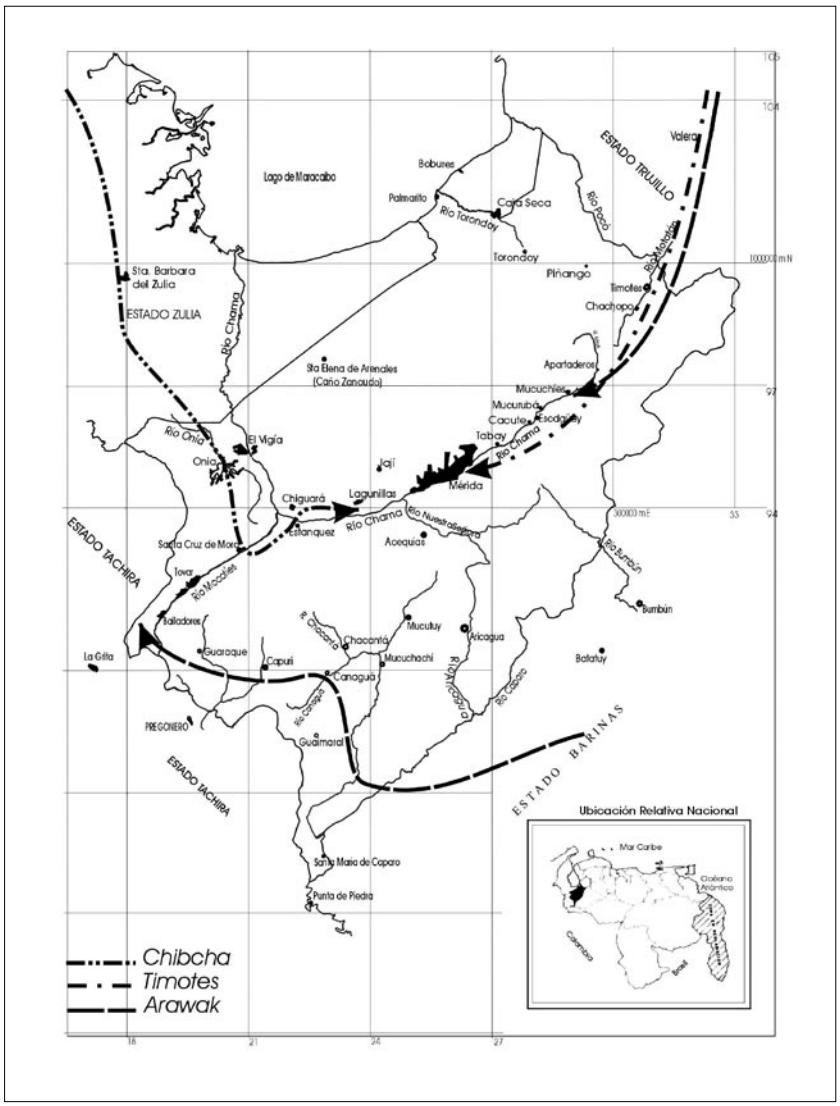



**Figura 1**
Mapa de penetración de grupos étnicos a la cordillera andina de Mérida.

Hacienda San Antonio (Gordones y Meneses 1992), Cerro Las Flores (Niño 1988a, 1988b), Motocuaró, Tabay, La Culata y Timotes, ubicados todos en la cuenca alta del río Chama, la cuenca del Mocotíes y el valle del río Nuestra Señora. Todos estos sitios se correlacionan dadas las numerosas similitudes que presentan entre sí. La cerámica se caracteriza por una decoración plástica basada en la incisión corta en forma piramidal, cadenetas aplicadas con impresión de dedos, vasijas trípodes e incensarios; además, hay presencia de construcciones de piedra, ya sean terrazas agrícolas y/o estructuras de uso habitacional, y de talleres líticos donde se elaboraban pectorales o placas aladas (Vargas 1969; Wagner 1980; Niño 1990; Gordones 1993), y evidencias de prácticas funerarias asociadas a cámaras subterráneas, conocidas también en la literatura arqueológica como *mintoyes*.

Estas características arqueológicas nos permiten correlacionar estos sitios con Miquimú, en el área de Carache, estado Trujillo, que, según la fecha radiocarbónica, fue ocupado hacia el año 650 DC (Wagner 1988). Esta coincidencia nos permite considerar a Miquimú como la ocupación más temprana relacionada con los contextos arqueológicos merideños vinculados con la lengua timote. La penetración hacia la cordillera de Mérida se debió posiblemente a la expansión desde los territorios del valle de Quíbor y Barquisimeto de grupos étnicos de lengua arawak, portadores de una cerámica plástica y polícroma representada en Carache por los tipos Chao Plástico, Mirinday Pintado y Chao Pintado-Plástico, pertenecientes a la Fase Mirinday (Sanoja 1986; Vargas 1986; Wagner 1988).

La Fase Mirinday se corresponde con la expansión de grupos arawak portadores de una alfarería pintada que se localizaban en la zona del valle de Lara y que, según Oliver (1990), comparten el mismo origen histórico relacionado con la tradición Tocuyanoide.

Las evidencias arqueológicas de la Cordillera de Mérida confirman que los portadores de alfarería polícroma relacionada con la tradición Dabajuroide y Tierroide no llegaron a penetrar todo el territorio merideño. A nuestra manera de ver, la

expansión de este grupo étnico de lengua arawak habría tenido como límite fronterizo la zona de Mucuchíes, pasando, desde luego, por las poblaciones actuales de Timotes, Pueblo Llano y Piñango, donde también se han encontrado evidencias cerámicas relacionadas con la Fase Mirinday y la tradición Tierroide.

En la zona de Mucuchíes, cuenca alta del río Chama, Wagner (1970, 1988) encontró en sus excavaciones un porcentaje bastante considerable de tiestos relacionados con el tipo Mirinday Pintado, perteneciente a la Fase Mirinday establecida por ella. La presencia de esta muestra cerámica en Mucuchíes sugiere que esta zona se convirtió en un espacio de contrastación y confrontación de ambos tipos, lo que permitía el mantenimiento de las relaciones interétnicas entre los grupos que ocuparon la zona.

Tomando en cuenta lo anterior, compartimos la tesis de Sanoja (1986), según la cual "Las áreas de distribución de la alfarería decorada con técnicas plásticas y la de la alfarería polícroma en el norte de la región andina, parecen sugerir una gradual ocupación de los valles bajos y el piedemonte norandino por los fabricantes de esta última y un repliegue de los fabricantes de la alfarería decorada con técnicas plásticas hacia las regiones altoandinas" (Sanoja 1986:13).

Las movilizaciones de los grupos hacia los Andes "estarían dadas por los requerimientos territoriales de los cacicazgos en general, y del cacicazgo noroccidental en particular. Esta necesidad de obtener territorios y de someter a los grupos que los ocupan es intrínseca a este modo de vida e incluso a la formación económico social como un todo" (Vargas 1986:28).

Todo este cuadro sociohistórico explicaría, por un lado, la influencia del arawak que presenta la lengua timote, según el análisis de la fonética y la morfosintaxis realizado por Arrieta (1992) y, por otro, la presencia geográfica de diferencias léxicas entre los grupos que hemos considerado como pertenecientes a la lengua timote en la región de Mérida. Para el timote hemos determinado la presencia de los radicales /mu/ y /mo/ como característicos de la lengua, así como una variación entre la frecuencia de uno y otro, que reflejaría la presencia de dia-

lectos locales pertenecientes a dicha lengua y que mostraría diferencias en la conformación de grupos étnicos dentro de un mismo territorio.

La otra oleada poblacional que penetra en la cordillera pertenece a poblaciones que entran desde la zona suroccidental del Lago de Maracaibo en una época anterior al siglo V DC. Este grupo étnico corresponde arqueológicamente con las fases Chiguará (Sanoja y Vargas 1967), Llano Seco (Ramos 1990), Estánquez (Gordones 1995), en la cuenca baja del río Chama, y con La Matica, en la cuenca baja del río Mocotíes.

Desde el punto de vista arqueológico, estos sitios se caracterizan, por un lado, por una cerámica que presenta una decoración plástica con incisiones lineales que en conjunto forman motivos geométricos, apliques antropomorfos en los bordes de las vasijas, pintura roja en los bordes y labios de las piezas; y por la presencia de entierros secundarios en urnas funerarias con apliques antropomorfos y entierros directos flexionados; y, por otro lado, por la ausencia de vasijas trípodes, figurinas antropomorfas y entierros en cámaras funerarias, elementos característicos de la zona alto andina de Mérida y Trujillo.

Los materiales cerámicos y las formas de enterramiento reportados para estos sitios nos permiten establecer relaciones de estos contextos arqueológicos merideños con la Fase Onia y la Fase Zancudo de la cuenca suroccidental de Lago de Maracaibo; y, más específicamente, con los tipos Zancudo Rojo, Ranchón Naranja, Zancudo Blanco (Sanoja y Vargas 1967, 1970; Sanoja 1969; Vargas 1990), Chiguará, Llano Seco, Estánquez y La Matica en la Cordillera de Mérida, que comparten con Zancudo Rojo, Ranchón Naranja, Zancudo Blanco y Zancudo Alisado el desgrasante de arena, el predominio de la decoración plástica basada en líneas incisas, el punteado, la aplicación de figuras antropomorfas y zoomorfas en la parte externa de las vasijas, los entierros secundarios en urnas y la presencia de pintura roja combinada con decoración plástica. La aparición de urnas funerarias desgrasadas con arena y apliques antropomorfos es un aspecto sumamente significativo y da cuenta de la relación entre los materiales arqueológicos de Llano Seco, cuya cerámica guarda estrecha

relación con la cerámica de Chiguará, Estánquez y La Matica, y con los sitios ubicados en la cuenca suroccidental del Lago de Maracaibo (Sanoja 1969; Sanoja y Vargas 1970; Gordones 1995). También han sido reportadas urnas funerarias con desgrasante de arena, para los sitios Zancudo (Sanoja 1969) y El Diluvio (Arvelo y Wagner 1986), en la cuenca suroccidental de Lago de Maracaibo.

Según Vargas, la Fase Onia tiene correspondencia con la penetración de grupos barí en la cuenca suroccidental de Lago de Maracaibo. Onia tiene una ocupación que abarca desde el año 1000 al 1630 DC. Las evidencias sugieren la existencia de viviendas multifamiliares; además, las vasijas cónicas de cuello alto y bases recubiertas con arcilla e impresiones de tejidos le permiten establecer una relación directa de ese tipo de viviendas con las formas de vasijas y la elaboración de tejidos de los grupos barí actuales (Vargas 1990).

Los sitios de Chiguará, Llano Seco, Estánquez y La Matica, ubicados en la cuenca baja del río Chama y del río Mocotíes, estarían relacionados lingüísticamente con el Grupo 1. Este grupo tiene como particularidad la presencia sufijada del morfema /ana/, que constituye un elemento característico de la lengua chibcha hablada por los actuales baríes. Tales relaciones nos permiten establecer que la penetración de grupos de lengua chibcha-barí se realizó desde la cuenca suroccidental de Lago de Maracaibo a través de Onia, pasando por el sitio de La Matica, en Santa Cruz Mora, Estánquez y Lagunillas (**Figura 1**).

Ahora bien, hemos estado relacionando estos sitios andinos con la cuenca suroccidental del Lago Maracaibo. Desde el punto de vista arqueológico, esta cuenca aparece como un complejo mosaico cultural que pudiera estar reflejando la diversidad étnica precolonial en esta región histórica. Es importante recordar aquí que allí existía una multitud de parcialidades étnicas de habla arawak, chibcha y caribe; estas dos últimas, clasificadas por la etnología de comienzos del siglo XX como motilones, tuvieron que ver con el proceso de etnogénesis de los actuales barí y yupa, ubicados en la Sierra de Perijá, estado Zulia. Las parcialidades de habla caribe y de habla chibcha se

encontraban en constante guerra por el control del territorio y ocupaban un área más amplia que no tiene relación alguna con los territorios donde viven en la actualidad, que para ese entonces no estaban claramente delimitados entre ellos.

Antiguamente, los caribes ocupaban un territorio que iba desde el río Palmar hasta las riberas del sur del Lago de Maracaibo, los alrededores del río Zulia y el río Uribante (Rivet y Armellada 1965; Amodio 1995). Igualmente, los grupos chibcha ocupaban los territorios ubicados entre los ríos Ariguaisá, Santa Ana, Catatumbo, de Oro, Tarra y el caño Bobuki, en la ciudad del Vigía (Rivet y Armellada 1965; Lizarralde y Beckerman 1982).

Los estudios léxico-estadísticos nos permiten plantear que los grupos de habla chibcha penetraron la cuenca suroccidental del Lago de Maracaibo antes que los grupos de habla caribe. Hace 4.500 años, los antepasados de los baríes iniciaron su penetración desde el territorio colombiano, específicamente desde Valledupar, hacia la cuenca occidental de lago; en esa época se separaron de los antepasados de los tunebos y los muiscas, que continuaron hacia el sur en dirección a la Sierra del Cocuy (Constenla 1995). Mientras que las parcialidades de habla caribe llegaron a la región hace aproximadamente mil años en diversas oleadas migratorias provenientes, por un lado, de los llanos, a través de la depresión del Táchira, y por el otro, desde la costa norte, atravesando el Lago de Maracaibo (Ruddle y Wilbert 1983; Tarble 1985).

Esta discusión tiene correspondencia con los datos arqueológicos existentes para la región en cuestión. Entre los años 700 y 1200 DC, encontramos diferenciados en la cuenca suroccidental de Lago de Maracaibo dos tipos de desgrasante: arena fina y tiestos molidos (Sanoja y Vargas 1967, 1970; Arvelo y Wagner 1986; Vargas 1990).

El desgrasante de arena fina comenzó a ser utilizado por grupos que se asentaron tempranamente (600 AC) en los alrededores del río Catatumbo, cuenca suroccidental de lago. El mismo se encuentra asociado a la fase Caño Grande y relacionado con los tipos Ranchón Naranja, Zancudo Rojo y Zancudo Blanco, ubicados en el área de Caño Zancudo, más

hacia el sur del Lago de Maracaibo (Sanoja y Vargas 1970; Vargas 1990). Este tipo de desgrasante también lo podemos conseguir más hacia el norte, en la cabecera del río Palmar, en los sitios de El Diluvio, San Martín y Caño Pescado, ubicados cronológicamente entre los años 700 y 1500 DC (Arvelo y Wagner 1986).

Según Vargas (1990), el antiplástico de tiestos molidos comienza a ser común en los sitios arqueológicos de la cuenca suroccidental de la lago a partir de 1000 DC, en los sitios El Guamo (Guamo sencillo) y El Danto, ubicados en las inmediaciones del río Zulia. Los tiestos molidos como desgrasante también los encontramos en los sitios El Diluvio, San Martín y Caño Pescado (Arvelo y Wagner 1986); lamentablemente, las publicaciones que poseemos sobre estos últimos no nos permiten definir claramente la secuencia estratigráfica de los contextos para establecer el orden de aparición de ambos antiplásticos.

Aunque la mayoría de la cerámica del área en cuestión posee una decoración plástica, cuando analizamos la distribución geográfica y las cronologías vemos matices y notamos que la dispersión de los antiplásticos se corresponde con el modelo de expansión y ocupación del territorio propuesto para los grupos étnicos de habla chibcha y de lengua caribe. A nuestra manera de ver, el antiplástico arena fina, mucho más temprano, se encuentra asociado también con urnas funerarias y se corresponde con grupos étnicos de habla chibcha; y el de tiestos molidos, más tardío, con grupos étnicos de habla caribe.

La información aportada por Sanoja y Vargas (1970) sobre las fases Caño Grande y El Guamo, evidencia, según la información etnográfica proveniente de los yukpa actuales (Ruddle y Wilbert 1983), las posibles luchas que tuvieron los caribe y chibchas por el control del territorio. En un momento determinado de su ocupación, la aparición brusca en Caño Grande de elementos típicos del Guamo, es decir, de cerámica con antiplástico de tiestos molidos, podría indicar la penetración y control de este territorio en un momento determinado por grupos étnicos de lengua caribe.

Los topónimos y antropónimos de la Cordillera de Mérida también nos permitieron establecer la existencia de un grupo étnico relacionado con la lengua arawak hacia la vertiente suroriental de la cordillera. Hipotéticamente, la penetración de este grupo se pudo producir desde los Llanos de Barinas hacia esta porción de la cordillera de Mérida, que colinda con el estado Táchira.

Los grupos de lengua arawak a los cuales nos estamos refiriendo estuvieron asentados en el área que ocupan las poblaciones actuales de Santa María de Caparo, Guaimaral, Canaguá, Capurí, Guaraque y Bailadores.

Lamentablemente, hasta la fecha no contamos con trabajos arqueológicos sistemáticos sobre estas poblaciones andinas merideñas; sin embargo, para el territorio tachirense tenemos contextos arqueológicos muy cercanos con Santa María de Caparo, Guaimaral y Bailadores. Por su parte, El Palmar, San Miguel y Los Monos, en el municipio Libertador; El Porvenir, en Uribante; Colinas de Queniquea, en Sucre, y Angostura, en Jáuregui (Durán 1998), nos permiten establecer una caracterización general del área en cuestión.

Consideramos que la presencia de una pequeña muestra de alfarería con engobe blanco y pintura roja sobre blanco, presente en el material de Estánquez y Llano Seco, guardaría relación con la expansión de la fase El Guamo hacia Onia y Estánquez, de donde posiblemente se desprende hacia Llano Seco. La penetración de esta alfarería bícroma en la zona no llega a desarrollarse, prevaleciendo una cerámica con decoración plástica basada en la incisión asociada a pintura roja en el borde, elemento que podría estar relacionado con la alfarería de los grupos chibchas que penetraron en la zona y que se encuentra presente en el registro del material arqueológico de Estanquez, Llano Seco, La Matica y, en menor proporción, de Chiguará.

La presencia de engobe blanco y pintura roja sobre blanco es relacionada por Sanoja y Vargas (1967, 1970) con la fase El Guamo a partir de la presencia de pintura blanca, la cual habría penetrado en Onia y luego pasaría a la fase Zancudo,

dando origen al tipo Zancudo Blanco, para después decaer al final del primer período, que va de 864 AC a 1168 DC, y estaría marcando, según ellos, un desplazamiento de los grupos portadores de la alfarería del occidente de Maracaibo hacia el piedemonte andino.

## Referencias

Acosta Saignes, Miguel

1954 *Estudios de etnología antigua de Venezuela*. Instituto de Antropología y Geografía, Universidad Central de Venezuela.

Aguado, Fray Pedro de

1987 *Recopilación historial de Venezuela*. Tomo II, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Caracas.

Amodio, Emanuele

1995 Los chinatos de San Faustino. Siglos XVII y XVIII. *Tierra Firme* 49:21-63.

Arvelo, Liliam

1996 Modelo de poblamiento en el Lago de Maracaibo. En Carl H. Langebaek y Felipe Cárdenas Arroyo (eds.) *Caciques, intercambio y poder: Interacción regional en el área intermedia de las Américas*. Universidad de Los Andes, Bogotá D.C.

Arvelo, Liliam y Erika Wagner

1986 La serie Berlinoide de la cuenca del Lago de Maracaibo y sus nexos culturales. *Acta Científica* 37:239-350.

Arrieta E., Anita

1992 *Tipología fonológica y morfosintáctica del timote*. Tesis para optar al grado de Magíster Linguisticae, Sistema de Estudio de Postgrado, Universidad de Costa Rica.

Carrocera, Buenaventura de

1973 Los indios motilones en el segundo centenario de su primer contacto pacífico (1772-1972). *Misionera Hispánica* 89.

Clarac de Briceño, Jacqueline

1985 *La persistencia de los dioses. Etnografía cronológica de los Andes venezolanos*. Universidad de Los Andes, Mérida.

1996 Las antiguas etnias de Mérida. En Jacqueline Clarac de Briceño (ed.) *Mérida a través del tiempo*. Museo Arqueológico, Universidad de Los Andes, Mérida.

Constela Umaña, Adolfo

1995 Sobre el estudio diacrónico de las lenguas chibchenses y su contribución al conocimiento del pasado de sus hablantes pasado. *Boletín Museo del Oro* 38-39:13-55.

Cruxent, José María e Irving Rouse

1982 *Arqueología cronológica de Venezuela*. Ernesto Armitano (ed.), vols. I y II, Caracas.

Durán, Reina

1998 *La prehistoria del Táchira. Excavaciones arqueológicas*. San Cristóbal, estado Táchira.

Ernst, Adolfo

1913 Apuntes para la etnografía precolombina de la Cordillera de Los Andes. *Revista Técnica del MOP* 36:789-791.

Febres Cordero, Tulio

1921 *Historia de los Andes: procedencia y lengua de los aborígenes*. Tipografía El Lápiz, Mérida.

Gordones, Gladys

1993 La etnicidad en las sociedades prehispánicas de los Andes merideños. *Boletín Antropológico* 28:15-22.

1995 La cerámica de Estánquez. Un análisis tipológico para el conocimiento de los procesos étnicos prehispánicos de la Cordillera de Mérida. *Boletín Antropológico* 35:51-69.

2001 *Grupos étnicos y territorios en las sociedades prehispánicas de la Cordillera Andina de Mérida*. Tesis presentada para optar al título de Magíster Scientiae en Etnología. Escuela de Historia, Universidad de Los Andes, Mérida.

Gordones, Gladys y Lino Meneses

1992 Excavaciones arqueológicas en la Hacienda San Antonio, Pedregosa Alta, estado Mérida. *Boletín Antropológico* 26:7-33.

Jahn, Alfred

1973 *Los aborígenes de occidente de Venezuela*. Tomo II, Colección Científica, Monte Ávila, Caracas.

Lares, José Ignacio

1950 *Etnografía del Estado Mérida*. Universidad de Los Andes, Mérida.

Kidder II, Alfred

1944 *Archaeology of Northwestern Venezuela*. Paper of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, Harvard University, vol. 26, N° 1, Cambridge, Massachusetts.

Lizarralde, Roberto y Stephen B.

1982 Historia contemporánea de los barí. *Antropológica* 58:3-52.

Marcano, Gaspar

1971 *Etnografía precolombina de Venezuela*. Instituto de Antropología e Historia, Facultad de Humanidades y educación, Universidad Central de Venezuela, Caracas.

Meneses, Lino y Gladys Gordones

1993 Investigaciones arqueológicas en la cuenca alta del río Chama, Estado Mérida. *Boletín Antropológico* 28:62-67.

1995 La organización social y la etnicidad de la sociedad prehispánica alto andina de Mérida. *Boletín Antropológico* 34:67-86.

Mosonyi, Jorge

1987 Lenguas indígenas de Venezuela. *Boletín de Lingüística* 6:20-40.

Mosonyi, Esteban y Jorge Mosonyi

1999 *Manual de lenguas indígenas de Venezuela*. Tomo I, Serie Orígenes, Fundación Bigott, Caracas.

Niño, Antonio

1988 a Aproximación a una tipología de mintoyes para el área de la Cordillera de Mérida y proposición metodológica para su excavación. *Boletín Antropológico* 14:29-50.

1988 b Excavaciones arqueológicas en el cerro Las Flores, La Hechicera, Mérida. *Boletín Antropológico* 15:16-26.

1990 Presencia de talleres de placas aladas en la cuenca alta del río Chama, Cordillera Andina de Mérida. *Boletín Antropológico* 20:36-48.

Oliver, José R.

1989 *The Archeological, Linguistic and Ethnohistorical Evidence for the Expansion of Arawakan into Northwestern Venezuela and Northeasten Colombia*. Ph.D. Dissertation, University of Illinois at Urbana-Campaing.

1990 Reflexiones sobre el posible origen wayú (Guajiro). En Geraldo Ardila (ed.) *La Guajira. De la memoria al porvenir*. FEN, Colombia, pp. 83-135.

Osborn, Ann

1985 *El vuelo de las tijeretas*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Bogotá.

Osgood, C. y G. Howard

1943 *An archaeological survey of Venezuela*. Yale University Publications in Anthropology, No. 27, New Haven.

Quesada P. y Miguel A.

1991 El vocabulario mosco de 1612. En *Estudios de lingüística chicha*, Serie Anual 10, Universidad de Costa Rica.

Ramos, Elvira

1988a Loma de la Virgen: Un nuevo sitio arqueológico en el área de Mérida. *Boletín Antropológico* 14:20-28.

1988b Excavaciones arqueológicas en la loma de San Rafael, La Pedregosa, Mérida. *Boletín Antropológico* 15:8-15.

1990 El cementerio indígena de Llano Seco como expresión de la formación de centros jerárquicos en las antiguas sociedades de los andes merideños. *Boletín Antropológico* 18:23-38.

Redmon, Elsa y Charles Spencer

1990 Investigaciones arqueológicas en el piedemonte andino y los llanos altos de Barinas, Venezuela. *Boletín de la Asociación Venezolana de Arqueología* 5:4-25.

Rivet, Paul y Cesareo de Armellada

1965 Los indios motilones. *Anuario Revista del Instituto de Antropología e Historia*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, pp. 309-354.

Ruddle, Kenneth y Johannes Wilbert

1983 Los yukpa. En Roberto Lizarralde y Haydée Seijas (eds.) *Los aborígenes de Venezuela. Etnología contemporánea de Venezuela*. Monografía No. 29, Fundación La Salle, Caracas, pp. 33-124.

Salas, Julio César

1971 *Tierra firme: Estudios sobre etnología e historia*. Universidad de Los Andes, Facultad de Humanidades y Educación, Mérida, Venezuela.

1997 *Etnografía de Venezuela*. Colección Temas y Autores Merideños. Academia de Mérida, Ediciones del Rectorado, Universidad de Los Andes, Mérida.

Sanoja, Mario

1969 *La Fase Zancudo. Investigaciones arqueológicas en el Lago de Maracaibo*. Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela, Caracas.

1986 La formación del área cultural andina. *Gens* 1:4-17.

Sanoja, Mario e Iraida Vargas

1967 Proyecto de arqueología del occidente de Venezuela. Primer informe general, 1967. *Revista de Economía y Ciencias Sociales* 2:25-60.

1970 Arqueología del occidente de Venezuela. Segundo informe general, 1968. *Revista de Economía y Ciencias Sociales* 3:26-44.

Tarble, Kay

1985 Un nuevo modelo de expansión caribe para la época prehispánica. *Antropológica* 63-64:45-81.

Vargas Arenas, Iraida

1969 *La Fase San Gerónimo. Investigaciones arqueológicas en el alto Chama*. Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela, Caracas.

1986 Desarrollo histórico de las sociedades andinas de Venezuela. *Gens* (2)1:18-40.

1990 *Arqueología, ciencia y sociedad: ensayo sobre teoría arqueológica y la formación económico-social tribal en Venezuela*. Editorial Abre Brecha, Caracas.

Wagner, Erika

1970 Arqueología en la región de Mucuchíes en los Andes Venezolanos. *Acta Científica Venezolana* (21) 5:180-185.

1980 *Prehistoria de Mucuchíes*. Universidad Católica, Convenio Andrés Bello, Caracas.

1988 *La prehistoria y etnohistoria del área de Carache en el occidente Venezolano*. Universidad de Los Andes, Mérida.

Wilbert, Johanes

1961 Identificación etno-lingüística de las tribus indígenas del occidente de Venezuela. *Memoria de la Sociedad de Ciencias Naturales La Salle* (XXI) 58:5-27.

## Fuentes documentales

1. Visitas por el Juez Poblador Don Bartolomé Gil Naranjo, 1586. Archivo Histórico de la Nación. Visitas de Venezuela. Biblioteca Nacional Tulio Febres Cordero, Mérida.

2. Visitas del Capitán Antonio Beltrán de Guevara, 1602. Archivo Histórico de la Nación. Visitas de Venezuela. Biblioteca Nacional Tulio Febres Cordero, Mérida.

3. Visitas del Oidor Alonso Vázquez de Cisneros, 1619. Archivo Histórico de la Nación. Visitas de Venezuela. Biblioteca Nacional Tulio Febres Cordero, Mérida.

4. Visitas del Oidor Juan Modesto de Meler, 1655. Archivo Histórico de la Nación. Visitas de Venezuela. Biblioteca Nacional Tulio Febres Cordero, Mérida.

5. Visitas del Oidor Diego de Baños y Sotomayor, 1657. Archivo Histórico de la Nación. Visitas de Venezuela. Biblioteca Nacional Tulio Febres Cordero, Mérida.

Fecha recepción
21/04/2003

Fecha aceptación
03/07/2003

# La construcción del pasado amazónico: etnografía y arqueología

Santiago Mora
*St. Thomas University*

## Resumen

La investigación antropológica en la amazonia se puede caracterizar por una gran abundancia de trabajos etnográficos, la cual contrasta con el reducido número de investigaciones arqueológicas. Pero esta no es la única ni la más importante diferencia en la producción antropológica en la región; a pesar de ser miembros de una misma disciplina, antropólogos y arqueólogos tienen una visión contrastante de los habitantes de la amazonia. En este escrito se intenta hacer un examen histórico de las relaciones entre etnografía y arqueología en la región amazónica. Esperamos explorar algunas de las diferencias entre los estudios realizados por etnógrafos y arqueólogos y en entender por qué han sido diferentes en el pasado y ver si deben serlo en el futuro.

Palabras clave

Amazonas, análisis arqueológico, análisis antropológico.

## Abstract

Amazonian anthropological research can be characterized by its abundant ethnographic research, which contrasts with few archaeological research programs. But this is not the only and most important difference between anthropological and archaeological research in the region; archaeology and anthropology had produced a contrasting representation of native amazonians, notwithstanding that both are part of the same discipline: anthropology. This article attempts to evaluate the relationship between ethnography and archaeology in Amazonia. We hope to explore the differences between anthropological and ethnographic research and to understand how and why they have been different in the past. Do they have to be different in the future?

Keywords

Amazon, archaelogical research, anthropological research.

*The histories we compose are after all our history. In so many ways, from selection of topics through notions of significance and causation, they respond to our present purposes.*

Marshall Sahlins (2000)

Hace veinte años, Stephen L. Nugent (1982) publicó un artículo titulado "'Civilization' 'Society' and 'Anomaly' in Amazonia". El mismo apareció en el libro titulado *Theory and Explanation in Archaeology*. Eran los buenos viejos tiempos en los cuales los "nuevos arqueólogos" se dedicaban a desarmar las arcaicas interpretaciones que realizaron sus antecesores, al tiempo que daban paso a una nueva visión del pasado. Así demostraban que la ciencia había llegado hasta esta apartada provincia del conocimiento que representaba la arqueología. Varios arqueólogos de renombre, como L. Binford, C. Renfrew, M. Rowlands y F. Plog, habían contribuido a este volumen, avalando su seriedad y poniéndolo a la vanguardia de las transformaciones que generaba la Nueva Arqueología.

En el texto, Nugent, antropólogo desligado de la investigación arqueológica, hacía una importante observación respecto a la relación entre ésta y la etnografía. Para él resultaba desconcertante que si antropólogos y arqueólogos hablaban de las mismas cosas –los habitantes de la amazonia– lo hicieran empleando categorías que reflejaban, desde cualquier punto de vista, mundos incompatibles. Nugent notaba cómo unos y otros trabajaban en universos que, cuando se intentaba mi-

rarlos en conjunto, eran tan dispares que resultaba imposible compararlos. Era evidente una profunda contradicción. La antropología en general y la etnología en particular, obsesionadas con el método comparativo, basaban sus estudios en aquel entonces en "unidades tribales", las cuales no se podían contraponer a los datos y teorías que habían generado las investigaciones arqueológicas. Los arqueólogos, por su parte, trabajaban definiendo horizontes y tradiciones desde las cuales era imposible ver las unidades tribales que buscaban los etnólogos y describían los etnógrafos. Aparentemente, esta contradicción no era la única consecuencia de una división surgida por el uso de una metodología específica para identificar el sujeto de estudio [1]; era ante todo producto de una visión y una percepción muy particular de las sociedades humanas. Percepción que en parte surgía del desarrollo mismo de la antropología como una forma de conocimiento occidental. Los etnógrafos de la época intentaban ver las sociedades amazónicas desde dentro, y por ello se esforzaban por entender la organización interna de las mismas; se empeñaban en describir sociedades en apariencia aisladas del resto del mundo. De este modo era preservado uno de los pilares de la antropología: el estudio de un mundo exótico, remoto y autocontenido. En tanto, los arqueólogos empleaban tipologías que definían sociedades a partir de la identificación de materiales culturales, los cuales veían e interpretaban en un espacio amplio –por ejemplo, la cuenca amazónica–. Así se levantaba un muro inexpugnable entre la formulación de aquellas sociedades que habitaron la región con anterioridad al contacto con los europeos y aquellas posteriores a este trascendental evento. Al definir el objeto

[1] Una de las discusiones centrales en antropología es la definición de las unidades de análisis que deben ser empleadas para permitir comparaciones significativas entre diferentes sociedades. Esta discusión es tan vieja como la misma antropología y se encuentra en autores tan diversos como Boas (1896; 1996) con su particularismo histórico, las áreas culturales de Steward y Faron (1959), y Kroeber (1939), entre otros. Recientemente, la revista *Ethnology* ha dedicado un número a este tema. Véase Munck (2000) y Ember y Ember (2000).

de estudio, arqueólogos y antropólogos "crearon" sociedades incompatibles. Todo esto ocurría a pesar de que unos y otros aceptaban que estas sociedades del presente etnográfico eran parte de un continuo pasado-presente, el cual se veían forzados a redefinir, dados los alcances y enfoques empleados en sus estudios. Así surgía el presente etnográfico y la historia –arqueológica–, delimitados y conectados, a pesar de ello y de la mirada de unos y otros.

Esta división en los enfoques, así como la búsqueda de un espacio común para estas dos aproximaciones, ha tenido una profunda influencia en la arqueología amazónica, al punto de definir los problemas a estudiar y, por ende, su historia. Efectivamente, ningún arqueólogo que haya trabajado en la amazonia ha sido "inmune" a los nativos. Los datos etnográficos han sido siempre una fuente inagotable para crear las explicaciones arqueológicas, comprobarlas o simplemente ilustrarlas. Son innumerables los ejemplos que se podrían citar en la arqueología amazónica a este respecto; los mismos comprenden, además, un amplio espectro de variaciones. Por ello resulta curioso que a pesar del destacado papel que estas comunidades vivas han tenido en la "prehistoria" amazónica su "uso" no fue objeto de una elaborada construcción teórica en la región, a pesar de haberlo sido a nivel general en la arqueología. En efecto, estas comunidades vivas habían sido y son el eje central para la formulación de la *Middle Range Theory*. A pesar de ello, en la amazonia el estudio de ellas asumió un desarrollo divergente, que permitió que el movimiento generado por la Nueva Arqueología fuera marginal e irrelevante en la región, para quienes practicaron la arqueología durante las décadas del sesenta y setenta. No podemos acusar a un solo arqueólogo de la época de haber sido parte de este movimiento renovador.

En las siguientes páginas me centraré en la historia de la investigación arqueológica en la amazonia. No obstante, no intento hacer una historia, en el sentido clásico de la palabra, que incluya las investigaciones arqueológicas en la región o en una subregión en particular. Tampoco deseo hacer un inventario de los resultados más destacados, de los cuales ya existen varias y muy buenas versiones (Reichel 1987; Herrera 1989;

Whitehead 1996; Barreto 1998; Oyuela 1998; Neves 1999; Roosevelt 1999). Intento delimitar los objetos de estudio y los enfoques desarrollados, "mirando" desde las relaciones entre etnografía-etnología y arqueología. Así espero aproximarme a una historia que explique cómo estas relaciones han afectado la construcción del pasado amazónico y la práctica de la arqueología de la región. Tres preguntas guían mi trabajo: ¿Hasta qué punto es posible emplear la etnografía en la construcción del pasado amazónico? ¿Ha sido adecuado el uso del dato etnográfico en la construcción de la prehistoria amazónica? ¿Qué tan diferentes deben ser los estudios etnográficos y etnológicos de los arqueológicos?

## La construcción del pasado precolombino

Es posible interpretar el surgimiento de la historia prehispánica en el noroeste amazónico como un subproducto de la explicación o, mejor, de la carencia de una adecuada explicación, para los problemas de ordenamiento del dato arqueológico en regiones mejor conocidas, tanto de los Andes como de la costa Pacífica suramericana. En efecto, las incongruencias registradas en los contextos y materiales arqueológicos hacían indispensable poder contar con un costal mágico del cual se pudieran extraer hipótesis sobre contactos que explicarían lo inexplicable[2]. Solo hasta bien entrado el siglo XX fue posible contar con un conjunto de informaciones que permitiera crear, por primera vez, una prehistoria amazónica. Ésta nacía bajo la dependencia del mundo andino y se nutría de las especulaciones que habían realizado durante siglos los europeos y sus descendientes en Suramérica.

[2] Para el caso colombiano, el ejemplo más conocido es la interpretación que hiciera Reichel-Dolmatoff (1972) de la fauna representada en la escultura agustiniana, que para este autor demostraba las relaciones entre esta región andina y la región oriental.

Estos modelos pioneros, principalmente interesados en la explicación del poblamiento y los desarrollos posteriores, eran construidos a pesar de la incapacidad de los arqueólogos para ver unidades tribales; a lo sumo, podían distinguir objetos materiales basándose en hipotéticas semejanzas culturales reveladas por las apariencias físicas y tecnológicas de los artefactos recuperados. La estrategia investigativa seleccionada implicaba el uso de herramientas conceptuales entre las cuales las más importantes fueron los horizontes y las tradiciones, en la acepción que les habían dado a estos términos Gordon Willey y Philip Phillips (1958). Así se esperaba "componer" la historia perdida en el tiempo de la cuenca del Amazonas; una historia opuesta al presente etnográfico, pero ilustrada con el mismo, como fue evidente desde sus inicios. A pesar de los evidentes problemas en términos de la definición de aquello que estudiaban los arqueólogos –unidades de análisis–, la arqueología de ese entonces y en ese lugar creía fervientemente en la comparación como medio para explicar el cambio en las sociedades o, a lo sumo, para contar sus historias culturales.

A pesar del interés de los arqueólogos por realizar comparaciones entre diferentes unidades culturales, solo habían producido escasos datos que en muy pocas ocasiones revelaban comportamientos humanos del pasado. Adicionalmente, estos datos contaban con enormes dificultades para su interpretación. Posiblemente una de las más destacadas era la posibilidad de "extrapolar" las informaciones para comprobar, según quién hiciera uso de las mismas, la teoría en boga. En consecuencia, era muy difícil obtener conclusiones claras respecto a las posibilidades planteadas. Ciertamente, las diferencias cronológicas y estilísticas propuestas por Lathrap (1970) para soportar su teoría sobre un origen autóctono para las sociedades complejas de la amazonia, en oposición a los planteamientos de un origen alógeno postulado por Meggers y Evans (1961, 1983), no se podían constatar con base en la identificación y distribución de los grupos culturales en la vasta selva amazónica. Simplemente, el tipo de datos "recuperados" era insuficiente y omitía importantes aspectos para validar su empleo. Los datos parecían dar la razón a uno y a otros, de acuerdo con las incli-

naciones de quien escribiera. Esta "inclinación" se derivaba de los puntos de vista teóricos en los cuales se colocaban las relaciones entre los materiales con los cuales se identificaban los grupos humanos. Así que, en última instancia, la discusión se centraba en estas presuposiciones conceptuales adosadas a los modelos y no en los datos recuperados, aunque los informes fueran prolíficos en los mismos. En resumen, las comparaciones y las conclusiones que se podían alcanzar por esta vía eran ambivalentes, por decir lo menos.

Meggers (1971) en su publicación "Amazonia, un paraíso ilusorio" intentó demostrar que el ecosistema amazónico es y era inapropiado para el desarrollo cultural, entendido como el camino de la complejización. Las sociedades que tomaban esta ruta requerían de un aumento de la población y una continua especialización, la cual era imposible conseguir en esta región de selva tropical con un arsenal tecnológico poco desarrollado. Estas ideas, expresadas por esta autora con anterioridad en sus escritos arqueológicos (Meggers 1954, 1957), ahora eran corroboradas con datos etnográficos. Así, el modelo propuesto por White (1943) y su particular concepción de la evolución, sumados a unos cuantos datos biológicos, que para la época en la cual Meggers escribía sus primeros ensayos estaban lejos de poder visualizar el mundo amazónico como un ecosistema, constituían las bases para la interpretación. La información etnográfica corroboraba y construía de este modo el pasado amazónico. Lathrap (1970), por su parte, había visto un mundo completamente diferente. Basado en datos semejantes y haciendo uso de nuevas fuentes, como la lingüística, propuso que en la amazonia existía un mundo soportado por la definición de un sistema de producción –la cultura de selva tropical– que variaba y se acomodaba a condiciones locales específicas, de tal modo que permitía, en ciertas condiciones ecológicas, la sobreproducción necesaria para generar sistemas sociales complejos. Con el tiempo este proceso daría origen a una encarnizada competencia por los recursos más apetecidos. A pesar de esta brillante definición, que lógicamente debía llevar al examen detenido de las condiciones sociales y ambientales en historias particulares, el desarrollo de la idea tomó un rumbo inespera-

do. Pronto el modelo propuesto por Lathrap entró a competir con aquel postulado por Meggers en las mismas condiciones –horizontes y tradiciones–; los datos disponibles en ese entonces no permitían alimentar una discusión diferente.

Si examinamos estas dos ideas –horizontes y tradiciones–, en la conceptualización de la arqueología amazónica, tanto en su definición como en la forma en la cual fueron aplicadas, comprobaremos que las dos representan modelos que describen racionamientos circulares. Cada uno de estos conceptos limita alguno de los ejes arqueológicos –espacio o tiempo– mientras que deja a su contraparte abierta a una infinidad de transformaciones, al menos teóricas, que constituyen el objeto que ha sido previamente explicado por el modelo social y ecológico propuesto como "guía" para el estudio. Por ejemplo, la rápida distribución de los estilos en el espacio amazónico –horizontes– requiere de una explicación social y ecológica –adaptación– que demanda una nueva definición de la cultura y el ámbito y su presentación en el registro arqueológico, si es que era esto lo que intentaban estudiar estos arqueólogos. Sin embargo, el problema no es abordado de esta manera, sino que se enfatiza la semejanza estilística, limitada en muchas oportunidades a un tipo de decoración o al empleo de ciertos colores y diseños. Así es posible conectar varios puntos en el espacio y reemplazar el interés por el desarrollo local –adaptación–, que resulta ser irrelevante, para centrarse en la historia y narrativa de la distribución de aquello que se considera como diagnóstico y característico de los conjuntos humanos que se estudia. Esta narrativa toma la forma de un mapa, y se constata con la observación etnográfica, puesto que el presente etnográfico hace patentes estas limitaciones y las presuposiciones de carácter ecológico y tecnológico, que definen el modelo. Una forma segura de viajar, aunque tautológica por definición. No menos infortunada es la aproximación a la tradición, para la cual se usan los mismos datos –estilos– y se intenta delimitar el espacio como una consecuencia del registro de los artefactos –identificación cultural–. ¿Durante cuánto tiempo es necesario registrar ciertos elementos (estilos) en un área de la amazonia para que podamos afirmar con certeza que nos encontramos

ante una tradición? Obviamente, es una pregunta que resulta por lo menos difícil de responder basados en los datos con los cuales se construyó la prehistoria amazónica y ante la ausencia de secuencias locales muy bien definidas.

Si bien las especulaciones basadas en los datos y los modelos propuestos para explicar los modos de vida de los agricultores amazónicos y su posición relativa en un marco evolutivo fueron infortunados, aún más lo fue la aproximación a los cazadores-recolectores. Los mismos fueron borrados de la prehistoria, al considerarlos como desventurados "desplazados" del modo de vida agrícola. En efecto, Lathrap (1968) los eliminó de cualquier programa de investigación al presentarlos como un subproducto de la competencia por las áreas agrícolas más productivas; solo los más débiles entre los agricultores se veían condenados a vivir en esas circunstancias. Por ello, hasta las sociedades de cazadores y recolectores que viven y vivían en la amazonia hasta no hace mucho resultaron ser poco atractivas para los investigadores. Cuando se las estudia, de forma recurrente se mencionan los procesos de deculturación sufridos[3].

La propuesta arqueológica de los años sesenta a ochenta para la amazonia es básicamente de corte culturalista y se encuentra soportada por una clara aceptación de la dicotomía entre la cultura y la naturaleza que la fundamenta. Esta última impone limitaciones, mayores o menores, que pudieron ser superadas o no, como lo demuestra la distribución de los estilos (horizontes y tradiciones). Obviamente, uno de los resultados más importantes del empleo de este racionamiento y estas estrategias es la homogeneización del espacio, el cual es rápidamente delimitado, al menos en sus características formales, para dar paso a otros elementos que son considerados

[3] Baleé dice, refiriéndose a algunos grupos amazónicos: "These groups are mainly hunter-gatherers or trekking peoples who had been subjected over time to the progressive loss of other aspects of aboriginal technology, such as the use and processing of bitter manioc, in addition to other domestic crops" (2000:402). Este y otros ejemplos semejantes ilustran la concepción que se tiene del origen de los cazadores y recolectores en la amazonia.

más importantes en la representación del fenómeno estudiado. De este modo, el problema ecológico y adaptativo es, a lo sumo, un telón de fondo, en tanto que los ejemplos etnográficos se emplean para ratificar las características de las pocas variables ambientales y tecnológicas incluidas en los modelos. Esto es particularmente cierto para el estudio de los sistemas productivos, derivados de las observaciones etnográficas y asumidos como constantes a lo largo del tiempo. Por esta vía, los modelos propuestos produjeron historias culturales simplistas basadas en un reducido número de variables, cuya relevancia y significación resultan cuestionables inclusive en la construcción de las historias culturales. A pesar de ello, estos modelos ofrecieron una historia antigua de los habitantes de la amazonia; historia que únicamente se podía construir con la ilusión creada por el uso de las tradiciones y horizontes. Aparentemente, a aquellos que abogan por la construcción de las síntesis arqueológicas en la amazonia les resulta imposible crear una historia regional sin recurrir a la construcción de un modelo que emplee estas categorías; la más reciente síntesis publicada lo sugiere. Cerca de treinta años después de iniciado el debate entre las tradiciones y los horizontes, A. Roosevelt (1999) se ve forzada a retomar estas categorías para crear una sinopsis de la historia prehispánica de la amazonia.

En breve, con el uso de los horizontes y las tradiciones en la amazonia no se intentó contrastar la realidad con el modelo propuesto, sino forzar la misma en un modelo prediseñado con axiomas errados. ¿Era necesario embutir la realidad en ese pequeño y confuso espacio que habíamos diseñado, empleando el ejemplo etnográfico, para producir el efecto de una historia prehispánica coherente? ¿Es esta la única vía para producir una síntesis de la antigua historia amazónica? ¿Son estas síntesis una homogeneización de las interacciones entre la historia y la naturaleza en una vasta región? ¿Por qué son necesarias estas síntesis?

## Los nativos y los arqueólogos: la mirada del etnógrafo

En 1982, Stephen L. Nugent hablaba desde la perspectiva de una etnografía inmersa en una profunda transformación. Pocos años antes, Napoleón A. Chagnon (1968) había publicado por primera vez *Los yanomamo*, libro que se transformaría en un clásico de la antropología y en lectura obligada en muchos de los programas de antropología. Reichel-Dolmatoff, en el mismo año, publicó *Desana: simbolismo de los indios tukano del Vaupés* (1968). El siguiente año saldría *Nomads of the Long Bow: the Siriono of Eastern Bolivia*, de Allan Holmberg (1969), y solo dos años más tarde Irving Goldman publicaría *The Cubeo: Indians of the Northwest Amazon* (1972). En ese mismo año empezaría a pasar de mano en mano la disertación doctoral de Peter Silverwood-Cope, *A Contribution to the Ethnography of the Colombian Maku*. En 1972, Clastres publicó su *Chronique des indiens Guayaki*. Todos estos trabajos se transformaron rápidamente en clásicos y representaron la idea de una antropología y una etnografía que han servido de ejemplos y, en muchos casos, de definición del oficio del antropólogo.

En una perspectiva más amplia –etnológica–, la descripción de estas sociedades podía dar claves para entender los procesos de cambio en las sociedades humanas, e inclusive contribuir a descifrar la evolución cultural; problema que había regresado a la discusión teórica a partir de los años cincuenta. En efecto, en ese entonces las largas secuencias cronológicas de cambio cultural no eran sólo una preocupación de los arqueólogos, como sucede hoy en día. La etnología y la arqueología eran consideradas disciplinas complementarias en el estudio de estas transformaciones, aunque cada una tenía un papel diferente. Los datos etnográficos, como aquellos recolectados en la amazonia, eran la fuente para alimentar y construir los modelos que intentaron explicar los procesos. Un ejemplo de ello es la preocupación de Goldman, un etnólogo que trabajara en la amazonia, alrededor del surgimiento del poder político. Su trabajo en la zona puede ser visto como un estudio de caso; a lo largo de su vida profesional, lo contrastó con los datos

obtenidos por él y por otros respecto al surgimiento del poder político. Los ejemplos iban desde la simple organización igualitaria, si es posible llamarla así, hasta las complejas sociedades de la costa occidental de Norteamérica (Goldman 1975) o la gama de organizaciones sociales y políticas del Pacífico (Goldman 1967, 1970, 1993). Las preguntas que estos antropólogos se formulaban eran: ¿Cómo surgieron los cacicazgos? ¿Cómo se originaron los Estados? ¿Cómo aparecieron los clanes? ¿Qué funciones tiene el parentesco en el surgimiento y mantenimiento del poder político? Recientemente, Carneiro realizó una evaluación crítica de este programa de estudios. En el capítulo final de su libro (Carneiro 2003:284) afirma que para que un estudio de la evolución cultural sea convincente debe encontrase representado por diferentes estadios y procesos, así como por la descripción de los mecanismos que lo hacen moverse hacia adelante. Para este autor esto significa el surgimiento de una verdad más: la etnografía y la prehistoria están entremezcladas de una manera sistemática y organizada. Estas eran las ideas que justificaban el arduo trabajo etnográfico.

Las etnografías publicadas en aquel entonces presentaban una vívida interpretación de algunas de las sociedades nativas que habitaban en la amazonia. Fueron escritas por antropólogos profesionales que se habían internado en la selva por largos períodos, para después sentarse a narrar el mundo por ellos vivido. Así creaban una importante parte de la realidad amazónica, en contraste con las descripciones de la época de la exploración de los conquistadores y misioneros, o con aquellas realizadas por los viajeros de finales del siglo XVIII y principios del XX. La voz del antropólogo emergía aislada en medio de este mundo exótico, alejado del orbe occidental. La lectura de estos textos casi hace que uno olvide que Occidente ha estado penetrando estos espacios por cerca de quinientos años. Es posible percibirlos como mundos aparte, primigenios, únicos, sin historia. Así se creaba la imagen de un universo autocontenido del cual era necesario explicar –traducir para el mundo occidental– su organización desde el interior, en el cual el antropólogo había llegado a estar inmerso. Lentamente, las vivencias de los indígenas pasaban a ser, en la pluma del

etnógrafo, parte de un marco de referencia occidental. Finalmente, tenía sentido todo lo que estas gentes hacían. Ningún arqueólogo de esa época que trabajara en la amazonia hubiera siquiera podido soñar con estas unidades tribales en el registro arqueológico y aún menos con las cosmologías y los rituales que brotaban de los textos etnográficos.

Las divergentes miradas del etnógrafo y del arqueólogo se articularon particularmente en el trabajo de Gerardo Reichel-Dolmatoff. Él, no solo produjo un volumen de información etnográfica de alta calidad para la amazonia, sino que diseñó el mapa de la prehistoria de Colombia; sus etapas, períodos y regiones siguen siendo empleados para definir la prehistoria y son textos obligatorios para quienes deseen abordar con seriedad el tema. Reichel-Dolmatoff construyó un esquema evolutivo que le daba sentido a la prehistoria. Luciendo una magistral capacidad de observación, como etnógrafo describió grupos indígenas de la selva amazónica, los valles interandinos, la Sierra Nevada y algunas comunidades campesinas, y fue capaz de interpretar estos mundos dándoles la coherencia interna que otros habían sido incapaces de reconocer.

Para algunos resulta curioso que el desarrollo del trabajo de Reichel-Dolmatoff como arqueólogo fuera tan diferente de aquel que realizara como etnógrafo (posiblemente Nugent se cuente entre ellos). Como arqueólogo, su propuesta incluye una historia cambiante, gracias a los continuos contactos y desplazamientos que realizan las comunidades humanas, las cuales transforman el paisaje y se adaptan a nuevas geografías. En su primera definición de la prehistoria colombiana (Reichel-Dolmatoff 1965), el relato va desde los primeros cazadores y recolectores hasta la creación de una federación de aldeas, pasando por la vida de los concheros en la Costa Atlántica, los primeros horticultores y el desarrollo de los cacicazgos subandinos. Las imágenes creadas por el relato nos permiten ver la colonización de nuevas tierras por parte de grupos que han adquirido ciertas ventajas productivas. "Este movimiento hacia el sur alejándose de las playas y el océano obviamente implicó una nueva adaptación ecológica, y resulta razonable suponer que el impulso de este movimiento fue el resultado

de la explotación de nuevas fuentes alimentarias" (Reichel-Dolmatoff 1965:62) [4]. El cambio en la prehistoria es explicado como movimiento en la geografía, que a su vez es consecuencia del reemplazo de un tipo de cultivo –la yuca– por otro –el maíz– (Reichel-Dolmatoff 1965:62-67). Por el contrario, a las sociedades en las cuales trabajara como etnógrafo se esforzó por delimitarlas por su tendencia al equilibrio y la estabilidad, logrados gracias a un adecuado manejo ambiental basado en un profundo conocimiento ecológico-chamánico. Se puede entrever en su aproximación etnográfica el "hecho social" de Durkheim, conectando y cohesionando el sistema. Esta es la imagen que produjera en su artículo sobre la cosmología como análisis ecológico (1976). Reichel-Dolmatoff vio un mundo diacrónico en su propuesta arqueológica y un mundo sincrónico en su estudio de las sociedades nativas.

¿Existe una contradicción entre la mirada del etnógrafo y aquella del arqueólogo? ¿Cómo se pueden articular estos mundos? En realidad, no existe ninguna contradicción, si se tiene en cuenta que la mirada sincrónica y la diacrónica son fundamentalmente diferentes. Por ello deben ser tratadas de forma distinta. En la primera es necesario sacrificar el movimiento para obtener una mayor definición de aquello que se ve; en la segunda el movimiento omite el detalle al resaltar las transformaciones sufridas. El problema no radica en estas diferencias, sino en asumir que nuestra imagen sincrónica, obtenida en el presente, es una buena representación de un punto de nuestra imagen diacrónica. Este procedimiento implica suprimir el cambio –la historia– al homogeneizarla y hacerla equivalente con el presente. Es análogo a transformar el movimiento en quietud y, por tanto, considerarlos equivalentes al suprimir su naturaleza. Adicionalmente, con esta táctica es posible inculcar en el lector ideas concretas, aunque las mismas tengan un du-

[4] El texto original dice: "This movement away from the sea/shore and toward the south obviously implied a new ecological adaptation and it is reasonable to suppose that the impulse to this movement was brought about by the exploitation of new food sources." (Reichel-Dolmatoff 1965:62).

doso valor como parte de la realidad que se pretende estudiar. Por ejemplo: "Aproximadamente en el período comprendido entre el 4.000 y el 2.000 antes del presente apareció a lo largo de las planicies innundables de la Pan amazonia un sistema de vida muy similar a aquel de los indígenas amazónicos presentes" (Roosevelt 1999:319). Así, uitotos, shipibo-conibos, kayapos, desanas, yanomamos, waiwaies, jívaros, sirionos, tucunas, guayakis o cualquier otro grupo que practique la agricultura y que uno tenga a bien nombrar se transforman en un ejemplo clásico del período formativo. Más tarde resulta evidente que la autora tenía en mente aspectos mucho más concretos.

> La economía del período formativo se infiere a partir de las formas de los recipientes cerámicos, materiales líticos y restos de flora y fauna encontrados en los sitios. El cultivo de la yuca amarga se infiere por la presencia de rayadores en la cerámica perteneciente a los estilos de los horizontes del bajo amazonas, el Orinoco y las Guayanas. El grosor de los rayadores de los niveles formativos en sitios tales como la Caverna da Pedra Pintada, Ronquín y La Gruta son semejantes a aquellos empleados hoy en día por los indígenas amazónicos para cocinar la mandioca (Roosevelt 1999:323).

Junto con una tecnología particular, asociada a un cultivo, y el detalle del grosor del rayador, nos llega una imagen completa de la prehistoria. Esta imagen no solo es cuestionable, dado que uniforma el pasado, llenándolo de significados difícilmente comprobables, sino que omite mencionar que las condiciones entonces y ahora son completamente diferentes. Esta ha sido una crítica constante al uso del presente para explicar el pasado (Spielman y Eder 1994). En realidad, para emplear "imágenes" sincrónicas en contextos diacrónicos es necesario poder caracterizar y delimitar la variación de los recuentos etnográficos en múltiples sistemas, tales como la economía, la organización social, los rituales y otros más, para usarla como base que explique las variaciones en los comportamientos humanos del pasado. Sin este procedimiento solo se consigue un pasado homogéneo y absurdamente parecido al presente.

Reichel-Dolmatoff (1988), en oposición a Roosevelt, fue capaz de emplear sus observaciones etnográficas para "traducir" o, si se quiere, darles sentido a algunos materiales arqueológicos sin tener por ello que buscar una identidad puntual entre el pasado y el presente. En efecto, en su libro *Orfebrería y chamanismo, un estudio iconográfico del Museo del Oro*, logró crear una hipótesis sobre los símbolos empleados en el pasado, basándose en datos etnográficos. No fue necesario reducir el pasado al presente, sino presentarlo como una alternativa al mismo.

Posiblemente la única articulación entre las dos concepciones de aquel entonces, que usara datos de la amazonia, se encuentra en un breve artículo de Carneiro (1976, 1990). En éste propone un modelo para explicar el origen del Estado; en el caso amazónico, el mismo aclararía por qué allí no se originaron Estados. Las ideas de Carneiro, en una forma resumida, son las siguientes. Para él la actividad guerrera, así como las condiciones ecológicas que afectan la producción agrícola y la densidad de la población, son variables importantes para entender la transformación de las sociedades igualitarias en sociedades complejas o, en su defecto, para explicar que tales transformaciones no se dieran. Con una cantidad de tierra ilimitada para su cultivo y una baja densidad de población, el efecto de la actividad guerrera va a ser el de dispersar la población, preservando la autonomía de los grupos. En este caso no se desarrolla un sistema social complejo, como ocurre en la amazonia. En otras regiones, particularmente en los pequeños valles de la costa peruana, la actividad guerrera lleva a la concentración de la población y obliga a la fusión de diferentes unidades sociales. Con el tiempo, esto forzará un proceso de intensificación –un aumento en la producción–, sin que se dé un aumento significativo en las áreas empleadas para la misma. Esta intensificación inicialmente puede tomar la forma de cambios en las estrategias agrícolas y, posteriormente, llevar al desarrollo de obras de inversión, tales como la creación de sistemas de riego. La administración necesaria para la construcción y mantenimiento de estas obras de infraestructura, así como la necesidad de su protección, forzarán la creación de un sistema social más complejo. Es importante anotar que

la función de la guerra, inicialmente propuesta como una actividad ritual o de venganza, es transformada en un motor para adquirir los recursos necesarios, es decir, las mejores tierras. Carneiro anota que este modelo de circunscripción no solamente puede obedecer a razones de orden ecológico –reducción relativa de las áreas de producción–, sino que podrían ser el resultado de un proceso social en el cual la circunscripción es la consecuencia de una intensa actividad guerrera, en áreas con altas concentraciones de población. Las aldeas yanomamo del interior, caracterizadas por una mayor densidad de población, constituyen una adecuada ilustración de este proceso de circunscripción social. De este modo, a pesar de contar con abundantes tierras, las condiciones sociales forzarían la concentración de la población. Este modelo es uno de los pocos que presenta una sociedad como la de los yanomamo, estudiada desde el punto de vista etnográfico, para ilustrar algunos mecanismos que pudieron actuar en el continuo de la historia.

Varios antropólogos de aquella época no solamente estaban preocupados por el dato etnográfico y su interpretación, sino que en su programa de investigación se encontraba la idea de crear modelos de orden sincrónico y diacrónico que explicaran el desarrollo de las sociedades, como ya se mencionó. Esta labor era parte de un programa de investigación que tenía nombre propio: la evolución cultural. En efecto, la reintroducción de la teoría de la evolución y las interpretaciones derivadas de la misma hacían indispensable esta tarea[5]. El estudio de diferentes sociedades les había permitido inferir categorías que se podían organizar en una secuencia en la cual unos "tipos" reemplazaban a otros en la historia. Con ello se esperaba poder inferir los procesos que contribuían al cambio de una categoría a la siguiente; obviamente, las características y las nomenclaturas empleadas han sido desde entonces un punto

[5] Véanse, por ejemplo, Sahlins y Service (1960); Fried (1964, 1967); Sahlins (1968); Service (1971a, 1971b, 1975) y Cohen y Service (1978), y L. White (1949, 1959), quien ejerciera una importante influencia desde el resurgimiento de esta corriente.

importante en la discusión (Dunnel 1980, 1988). Esta labor, que fuera emprendida por los etnólogos, hoy está casi completamente dominada por los arqueólogos en una época en la cual la evolución cultural ha pasado a un segundo plano en los problemas que se estudia (Carneiro 2003). Los arqueólogos han aprendido, pagando un alto precio, que el registro etnográfico no es representativo del pasado [6], aunque su uso para inferir los procesos y crear analogías sobre el pasado parece estar potenciado (Binford 2001).

## Los etnógrafos y el pasado: la mirada del arqueólogo

Posiblemente la etnografía sea una de las áreas de la antropología que ha sufrido las mayores transformaciones en los últimos años. Ya no se producen, o al menos no en la misma forma, las clásicas etnografías. Progresivamente los etnógrafos se han descubierto a sí mismos en mundos repletos de significados. Las descripciones de las actividades rituales, guerreras o las relaciones de parentesco ya no son suficientes. Ahora los antropólogos ven mundos, en oposición a aquellos que vieran sus antecesores de los años setenta, conectados de múltiples formas a un sistema más amplio. Así se han visto forzados a transformase en intérpretes de universos que son creados y recreados en infinitos niveles llenos de sentido, como lo percibiera Turner (1967) hace ya un tiempo. O han tenido que pensar preguntas tales como: ¿la presentación etnográfica adquiere sus significados dada la interpretación realizada? (Crapanzano 1996). Simultáneamente, han entrado en juego otros elementos que describen y ubican al etnógrafo no solo como un descriptor de la realidad, sino como un creador de la misma; un ser más que compite como los miembros de la comunidad por conocimientos, poder y prestigio (Metcalf 2002). Los intereses

[6] Para el caso de los cazadores y recolectores, véase Shott (2001).

y la propia historia del antropólogo son revelantes cuando se intenta examinar su interpretación. En los tiempos posmodernos, los antropólogos se centran aún más en las etnografías y en la discusión de los significados que en la etnología, área en la cual se elaboraban las teorías antropológicas no hace mucho. Esta etnografía no es ajena a la amazonia; dos publicaciones recientes (Whitehead 2002; Raffles 2002) indican cómo estas nuevas preguntas y contextos surgen en las descripciones y análisis realizados por los etnógrafos que allí trabajan.

Es dentro de esta nueva visión que ha llegado a las puertas de la amazonia un repentino interés de parte de algunos etnógrafos por la historia. Hasta hace muy poco, los etnólogos, embelezados con estas sociedades exóticas, habían sido capaces de "dibujarlas" sin historia, en un solo presente continuo (Wolf 1982). La relación de Occidente con ellas tenía una sola dirección; por ello nunca se preguntaron cómo ellas habían interpretado a Occidente. Era claro, entonces, que el mundo exótico debía ser visto desde el otro lado del espejo (Sahlins 1995). Lentamente, se fue dibujando un mundo más completo. A las nuevas preguntas se les ha sumado el papel de la relación entre las comunidades y el ámbito a lo largo de los tiempos (Myllyntaus 2001). Así han podido ser "descubiertas" otras formas de categorizar la naturaleza, diferentes de aquellas que habitan los occidentales (Descola 1996). El paisaje mismo puede ser entendido como un componente primordial en las interacciones sociales –por ejemplo, lazos de parentesco–, al otorgarles significado (Gow 1995; Morphy 1995), o lleno de "componentes" de otros tiempos que indican e invitan a continuar una relación. Por ejemplo, Rival (1998:237) anota que

> ... cuando un joven huaorani inesperadamente descubre algunas plantas útiles en una parte de la selva con la cual no se encuentra familiarizado, usualmente las atribuye, con un notorio placer, a las actividades de gentes del pasado. Si decide que estos cultígenos fueron dejados por sus ancestros fallecidos –generalmente los abuelos– puede ver estas plantas como una invitación para mudarse de forma permanente y legítima a esta parte de la selva... (Rival 1998:237).

Se trata de una historia –interacciones sociales y ambientales– que indica cómo las transformaciones generadas por las diferentes comunidades representan una parte integral del presente y de la historia pasada y futura. A partir de este nuevo enfoque nos sorprendemos inclusive con las relaciones que Occidente ha establecido al describir el mundo amazónico. Quedamos atónitos cuando comprendemos que Wallace y Bates, en su viaje por el bajo río Amazonas, describieron la naturaleza, primigenia para los europeos, desplazándose a lo largo de un canal que no era otro que el resultado de la historia (Raffles 2002). Historia que los antropólogos habían sido incapaces de comprender, en parte por su precaria formación en "ciencias naturales", en parte por la falta de esquemas que permitieran la integración (Posey 1998).

Estas nuevas preguntas y enfoques que brotan de la etnografía tienen mucho que ver con el quehacer de los arqueólogos. En esta oportunidad son los etnógrafos quienes miran a los arqueólogos para explicar el presente, y no los arqueólogos a estos para recrear el pasado. Es, sin lugar a dudas, necesaria una nueva mirada a la historia y una reinterpretación. ¿Qué puede ofrecer la arqueología y qué puede tomar la etnografía en este nuevo esquema?

Whitehead (1998) ha descrito la posición en la cual se encuentra la antropología en el presente como una disyuntiva entre dos frentes. Por una parte, se encuentra ante las bases epistemológicas de la representación de los "otros" en la etnografía, la historia y la interpretación arqueológica, por otra, debe enfrentar que estas representaciones son contingentes, desde categorías particulares como naturaleza-cultura-sociedad, evolución-proceso-estructura y ecología-economía-ambiente. Evidentemente, cuando Whitehead habla de antropólogos incluye un amplio rango de especialidades, y con ellas, una diversidad en las definiciones de los términos que los mismos emplean. Omitir estas diferencias nos puede llevar a una discusión absurda. Una discusión en la cual podríamos estar de acuerdo por el simple hecho de no entender a qué se refiere el "otro".

Surgen, entonces, preguntas como: ¿Qué han querido decir los etnógrafos cuando hablan del pasado? ¿A qué profundidad del pasado están dispuestos a explorar? Rival, refiriéndose a la interpretación histórica de Balée, dice:

> Lo que realmente él quiere decir con historia es las adaptaciones indígenas a la conquista española y las dinámicas biológicas y políticas posteriores a la misma. La historia en su modelo nunca ha sido vista como el resultado de las contradicciones sociales y los conflictos políticos anteriores a la conquista sino siempre como una reacción a eventos externos que invariablemente afectan el desarrollo y las tendencias evolutivas "regresivas", es decir revirtiendo el desarrollo. La principal limitante que las sociedades nativas enfrentaron después de la Conquista fue el severo colapso demográfico que experimentaron (Balée 2002:13).

Ella misma (Rival 2002), en su libro describe una sociedad salida casi de la nada que representa el pasado. Una historia oscura, que no deja ver siquiera unos pocos años, ubicados en un pasado que está lejos de tener las dimensiones del pasado arqueológico. Evidentemente, en los últimos años se han recuperado nuevos datos sobre la prehistoria amazónica, y muchos más esfuerzos se realizan para entender los contextos de los mismos. Algunos arqueólogos se están aproximando a definir, en historias locales, aquello que los antropólogos de los años sesenta veían en las sociedades que estudiaban. Sin embargo, quedan aún cuestiones por resolver relativas a cómo este movimiento diacrónico se debe asociar con la imagen sincrónica que se produce en el presente etnográfico.

La arqueología amazónica se encuentra en una disyuntiva semejante a aquella que afrontara a principios de los años setenta. En efecto, cuando Lathrap creó su modelo de selva tropical, el paso lógico hubiera sido estudiar las secuencias locales para poder entender la variabilidad en el modelo adaptativo propuesto. Lamentablemente, esta no fue la "solución"; otra vía recorrió la discusión arqueológica. Hoy, la arqueología se enfrenta a una disyuntiva semejante: contribuir al enten-

dimiento del registro etnográfico con datos y enfoques innovadores, desde una perspectiva amplia y temporalmente profunda, o complacer a la etnografía con datos producidos bajo la tutela del etnógrafo. Algunos arqueólogos, trabajando con las comunidades que describen los etnógrafos, han aportado a crear algunas de las herramientas necesarias para construir un puente que comunica el pasado con el presente, como parte de un proceso[7]; sin embargo, queda por ver qué clase de presente y pasado deseamos construir. En palabras de Sahlins, "después de todo, la historia que construimos es nuestra historia".

## Referencias

Balée, William L.

2000 Family and Time. *Ethnohistory* 47(2):399-422.

Barreto, Cristiana

1998 Brazilian Archaeology from a Brazilian Perspective. *Antiquity* 72:573-581.

Boas, Franz

1896 The Limitations of the Comparative Method in Anthropology. *Science*, n.s., 4:901-908.

1996 (1920) The Methods of Ethnology. En R. Jon McGee y Richard L. Warms (eds.) *Anthropological Theory. An Introductory History*. Mayfield Publishing Company, Londres-Toronto pp. 130-137.

Binford Lewis

2001 *Constructing frames of reference. An analytical method for archaeological theory building using ethnographic and environmental data sets*. University of California Press. Berkeley y Los Angeles, California.

[7] Me refiero, para el caso particular de la amazonia noroccidental, a los trabajos de Politis. Véase, por ejemplo, Politis (1996, 1999, 2000).

Carneiro, Robert

1976 (1970) A Theory of the Origin of the State. En Peter J. Richerson y James McEvoy III (eds.) *Human Ecology an Environmental Approach*. University of California, Davis, Duxbury Press, North Sciluate, Massachusetts, pp. 239-249.

1990 Chiefdom-Level Warfare as Exemplified in Fiji and the Cauca Valley. En J. Haas (ed.) *The Anthropology of War*. Cambridge University Press, Wilshire, pp. 190-211.

2003 *Evolutionism in Cultural Anthropology. A Critical History*. Westview Press, Boulder Colorado.

Chagnon, Napoleon

1968 *Yanomamo, the Fierce People*. Holt, Rinehart and Winston, Nueva York.

Clastres, Pierre

1972 *Chronique de Indiens Guayaki*. Librairie Plon, París.

Ember Melvin y Carol R. Ember

2000 Testing Theory and Why the "Units of Analysis" Problem is not a Problem. *Ethnology* 39(4):349-363.

Cohen Ronald y Elman R. Service (eds.)

1978 *Origins of The State: The Anthropology of Political Evolution*. Institute for the Study of Human Issues, Philadelphia.

Crapanzano, Vincent

1996 (1982) Hermes' Dilemma: the Masking of Subversion in Ethnographic Description. En R. Jon McGee y Richard L. Warms (eds.) *Anthropological Theory. An Introductory History*. Mayfield Publishing Company, Londres-Toronto pp. 498-512.

Descola, Philippe

1996 Constructing Natures: Symbolic Ecology and Social Practice. En Philippe Descola y Gísli Pálsson (eds.) *Nature and Society. Anthropological Perspectives*. Routledge, Londres, Nueva York, pp. 82-102.

Dunnell, Robert

1980 Evolutionary Theory and Archaeology. *Advances in Archaeological Method and Theory* 9:35-99.

1988 The Concept of Progress in Cultural Evolution. En Matthew H. Nitecki (ed.) *Evolutionary Progress*. University of Chicago Press, Chicago, pp. 169-194.

Fried, Morton

1964 Anthropology and the Study of Politics. En Sol Tax (ed.) *Horizons of Anthropology*. Aldine Publishing Company, Chicago, pp. 181-190.

1967 *The Evolution of Political Society*. Random House, Nueva York.

Goldman, Irving

1967 Status Rivalry and Cultural Evolution in Polynesia. En Ronald Cohen y John Middleton (eds.) *Comparative Political Systems. Studies in the Politics of Pre-Industrial Societies*. The American Museum of Natural History, The Natural History Press, Garden City, Nueva York, pp. 375-395.

1970 *The Ancient Polynesian Society*. The University of Chicago Press, Chicago-Londres.

1972 *The Cubeo: Indians of the Northwest Amazon*. Illinoiis Studies in Anthropology, University of Illinois Press, Urban.

1975 *The Mouth of Haven: An Introduction to Kwakiutl Religious Thought*. John Wiley and Sons, Nueva York.

1993 Hierarchy and Power in the Tropical Forest. En Henderson y P. Netherly (eds.) *Configurations of Power: Holistic Anthropology in Theory and Practice*. Cornell University, Ithaca, pp. 137-159.

Gow, Peter

1995 Land, People, and Paper in Western Amazonia. En Erick Hirsch y Michael O'Hanton (eds.) *The Anthropology of Landscape. Perspectives on Place And Space*. Clarendo Press, Oxford, pp. 42-62.

Herrera, Leonor

1989 Amazonia colombiana. En *Colombia prehispánica*. Instituto Colombiano de Antropología, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, pp. 201-210.

Holmberg, Allan

1969 *Nomads of the Long Bow: the Siriono of Eastern Bolivia*. Natural History Press, Garden City, New Jersey.

Kroeber, A. L.

1939 *Cultural and Natural Areas of Native North America*. University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, Vol. 39, University of California Press, Berkeley.

Lathrap, Donald W.

1968 The "Hunting" Economies of the Tropical Forest Zone of South America: an Attempt at Historical Perspective. En R. B. Lee y I. Devore (eds.) *Man the Hunter*. Aldine Publishing Company, Chicago, pp. 23-29.

1970 *The Upper Amazon*. Thames and Hudson, Southampton, Gran Bretaña.

Meggers, Betty

1954 Environmental Limitation on the Development of Culture. *American Anthropologist* 56:801-824.

1957 Environment and Culture in the Amazon Basin: An Appraisal of the Theory of Environmental Determinism. En *Studies in Human Ecology*, Social Science Monographs No. 3, Panamerican Union, Washington, pp. 71-89.

1971 *Amazonia: Man and Culture in a Counterfeit Paradise*. Aldine Publishing Company, Chicago.

Meggers, Betty y Evans Clifford

1961 An Experimental Formulation of Horizon Styles in the Tropical Forest Area of South America. En Samuel Lothrop (ed.) *Essays in Pre-Columbian Art and Archaeology*. Harvard University Press, Boston, pp. 372-388.

1983 Lowland South America and the Antilles. En J. D. Jennings (ed.) *Ancient South Americans*. San Francisco, Freeman, pp. 287-335.

Metcalf, Peter

2002 *They Lie, We Lie. Getting on With Anthropology*. Routledge, Londres-Nueva York.

Morphy, Howard

1995 Landscape and the Reproduction of the Ancestral Past. En Erick Hirsch y Michael O'Hanton (eds.) *The Anthropology of Landscape. Perspectives on Place and Space*. Clarendo Press, Oxford, pp. 184-209.

Munck, Victor de

2000 Introduction: Units for Describing and Analyzing Culture and Society. *Ethnology* 39(4):279-292.

Myllyntaus,Timo

2001 Environment in Explaining History. Restoring Humans as Part of Nature. Encountering the Past in Nature. En Timo Myllyntaus y Mikko Saikku (eds.) *Essays in Environmental History*. Ohio University Press, Columbus, pp. 141-160.

Neves, Eduardo

1999 Changing Perspectives in Amazonian Archaeology. En G. C. Politis y B. Alberti (eds.) *Archaeology in Latin America*. Routlege, Londres, pp. 216-243.

Nugent, Stephen

1982 "Civilization" "Society" and "Anomaly" in Amazonia. En C. Renfrew, M. Rowlands y B. Segraves (eds.) *Theory and Explanation in Archaeology*. Academia Press, Nueva York, pp. 231-240.

Oyuela, Augusto

1998 *Las preguntas y respuestas de la arqueología amazónica colombiana: 30 años de historia marginal*. Documento borrador presentado a la comisión regional de ciencia y tecnología, Colciencias, 29 de marzo de 1998, Bogotá (sin publicar).

Politis, Gustavo

1996 Moving to produce: Nukak Mobility and Settlement Patterns in Amazonia. *World Archaeology* 27(3):492-511.

1999 Plant Explotation Among the Nukak Hunter-Gatherers of Amazonia; Between Ecology and Ideology. En Chris Gosden y Jon Hather (eds.) *The Prehistory of Food Appetites for Change*. Routledge, Londres- Nueva York, pp. 99-126.

2000 Patrones de descarte de los nukak: Implicaciones para la arqueología de los cazadores-recolectores. *Arqueología del Área Intermedia* 2:99-124.

Posey, Darrell

1998 Diachronic Ecotones and Anthropogenic Landscapes in Amazonia: Contesting the Consciousness of Conservation. En William Balée (ed.) *Advances in Historical Ecology*. Columbia University Press, Nueva York, pp. 104-118.

Raffles, Hugh

2002 *In Amazonia. A Natural History*. Princenton University Press, New Jersey.

Reichel, Elizabeth

1987 Asentamientos prehispánicos en la amazonia colombiana. En *Colombia amazónica*. Universidad Nacional de Colombia, FEN, Bogotá, pp. 127-156.

Reichel-Dolmatoff, Gerardo

1965 *Colombia. Ancient Peoples and Places*. Thames and Hudson, Londres – Frederick A. Praeger Publishers, Nueva York.

1968 *Desana: Simbolismo de los indios tukano del Vaupés*. Departamento de Antropología, Universidad de Los Andes, Bogotá.

1972 *San Agustín: a Culture of Colombia*. Thames and Hudson, Londres.

1976 Cosmology as Ecological Analysis: a View From the Rain Forest. *Man* 11:307-318.

1988 *Orfebrería y chamanismo, un estudio iconográfico del Museo del Oro*. Compañía Litográfica Nacional, Medellín.

Rival, Laura

1998 Domestication as a Historical and Symbolic Process: Wild Gradens and Cultivated Forest in the Ecuatorian Amazon. En William Balée (ed.) *Advances in Historical Ecology*. Columbia University Press, Nueva York, pp. 232-250.

2002 *Trekking Through History. The Huaorani of Amazonian Ecuador*. Columbia University Press, Nueva York.

Roosevelt, Anna

1999 The Maritime, Highland, Forest Dynamic and the Origins of Complex Culture. En *The Cambridge History of the Native Peoples of the Americas, Vol. III. South America*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 264-349.

Sahlins, Marshall D.

1968 *Tribesmen*. Prentice-Hall, Englewood Cliffs, New Jersey.

1995 *How "Natives" Think: About Captain Cook, for Example*. University of Chicago Press, Chicago.

2000 The Discovery of the True Savage. En *Culture in Practice*. Zone Books, Nueva York, pp. 353-413.

Sahlins, Marshall D y Elman R. Service (eds.)

1960 *Evolution and Culture*. University of Michigan Press, Ann Arbor.

Service, Elman R.

1971a *Primitive Social Organization: an Evolutionary Perspective*. Random House, Nueva York.

1971b *Cultural Evolutionism: Theory in Practice*. Holt, Rinehart and Winston, Nueva York.

1975 *Origins of the State and Civilization: the Process of Cultural Evolution*. Norton, Nueva York.

Shott, Michael

2001 Crises in Forager Studies, Ethnographic and Archaeological. *Reviews in Anthropology* 29:211-232.

Silverwood-Cope, Peter

1972 A Contribution to the Ethnography of the Colombian Maku. Ph.D. Dissertation, Selwyn College, University of Cambridge.

Spielmann, K. y J. Eder

1994 Hunter and Farmers Now and Then. *Annual Review of Anthropology* 23:203-223.

Steward, Julian H. y Louis Faron

1959 *Native Peoples of South America*. McGraw-Hill, Nueva York.

Turner, Victor Witter

1967 *The Forest of Symbols; Aspects of Ndembu Ritual*. Cornell University Press, Ithaca, Nueva York.

White, Leslie

1943 Energy and the Evolution of Culture. *American Anthropologists* 43:335-356.

1949 *The Science of Culture*. Farrrar, Strauss and Company, Nueva York.

1959 *The Evolution of Culture*. McGraw-Hill, Nueva York.

Whitehead, Neil

1996 Amazonian Archaeology: Searching for Paradise? A Review of Recent Literature and Fieldwork. *Journal of Archaeological Research* 4(3):241-264.

1998 Ecological History and Historical Ecology: Diachronic Modeling Versus Historical Explanation. En William Balée (ed.) *Advances in Historical Ecology*. Columbia University Press, Nueva York, pp. 30-41.

2002 *Dark Shamans. Kanaima and the Poetics of Violent Death*. Duke University Press, Durham & Londres.

Willey, Gordon y Philip Phillips

1958 *Method and Theory in American Archaeology*. University of Chicago Press, Chicago.

Wolf, Eric R.

1982 *Europe and the People Without History*. University of California Press, Berkeley.

Fecha recepción
16/07/2003

Fecha aceptación
02/09/2003

# Actividades domésticas en una unidad residencial prehispánica de la Sabana de Bogotá (Colombia)

Alejandro Patiño Contreras
*Egresado Universidad de Los Andes*

## Resumen

El propósito del presente artículo es establecer si existió una asociación entre las actividades domésticas centradas en el servicio de alimentos y la distribución de cerámicas de origen no local entre los muiscas de la Sabana de Bogotá. En este caso, el análisis está enfocado en una unidad residencial ocupada durante dos períodos, Muisca Temprano y Muisca Tardío. Se encontró que el tipo de actividades realizadas en la unidad residencial cambiaron de un período a otro: mientras que las labores domésticas estuvieron centradas en el servicio de comida en el Muisca Temprano, preparar y almacenar comestibles fue la actividad preponderante en el Muisca Tardío. Sin embargo, la cerámica foránea siguió llegando al sitio a pesar de los cambios en las actividades domésticas.

Palabras clave

Sabana de Bogotá, muiscas, unidad residencial.

## Abstract

The purpose of the present paper is to establish if existed an association between domestic activities centered in the serving of food and the distribution of foreign ceramics among the Muisca of the *Sabana de Bogotá*. The analysis is focused in a residential unit occupied through two periods, Early and Late Muisca. In this case, changes in the nature of domestic activities in the course both periods were documented. Domestic labor was focused in the service of foods and drinks during the earliest occupation, while cooking and storage of groceries and liquids were the main activities during later times. However, the inhabitants of the site acquired foreign goods during the whole occupation in spite of these transformations.

Keywords

Sabana de Bogotá, muiscas, residential units.

El objetivo de este trabajo es evaluar si la adquisición de cerámica foránea tuvo lugar exclusivamente en contextos donde primaba un tipo de faena doméstica enfocada en el servicio de comida y bebida. Esta propuesta está basada en la idea de que las actividades centradas en el servicio y distribución comunal de alimentos fueron escenarios propicios para la consecución de mercancías exóticas, ya que estos eventos parecen haber dado lugar a intercambios y entregas rituales de regalos entre grupos originarios de distintas regiones del área muisca (Langebaek 1992:173; Boada 1998:321-322, 1999:137).

Si la distribución de cerámica foránea y otros bienes no locales está asociada al servicio de alimentos y bebidas, dichas mercancías deberían estar ausentes entre grupos dedicados a otras actividades culinarias, principalmente cocinar y almacenar comestibles. Esta idea se examinará para el caso de una unidad residencial ocupada durante los períodos Muisca Temprano y Muisca Tardío. Aunque solamente se evaluarán los datos de un solo caso, se buscará ver si el cambio de una organización doméstica centrada en el servicio de comida a una basada en almacenar y cocinar alimentos implicó una desaparición de los canales de abastecimiento de cerámica foránea.

Para cumplir con el objetivo, se hizo una comparación entre las proporciones de vasijas y el porcentaje de cerámica decorada de cada período de ocupación. Así mismo, se establecieron las proporciones de cerámica exótica adquiridas en

cada época. Para estas se calculó el error estándar entre 80,95% y 99% de confianza. Los porcentajes se representaron con sus respectivos errores estándar como gráficas de bala (*bullet graphs*) para comparaciones entre proporciones obtenidas de distintas muestras (Drennan 1996:185-187).

## Intercambio y circulación de cerámica foránea en el área muisca

El intercambio a larga distancia de bienes foráneos o exóticos se considera como una de las bases del prestigio y el poder político de los caciques (Helms 1991:341, 343), pero, a diferencia de aquellos bienes empleados para suplir necesidades básicas, los objetos adquiridos en los intercambios a larga distancia son mercancías escasas muy solicitadas, utilizadas en rituales o expuestas en manifestaciones políticas de los líderes de una comunidad (Brumfiel y Earle 1987:4). La información disponible indica que la circulación de bienes foráneos tiene importancia política en la medida que validan el estatus social de las élites que los poseen, mantienen las desigualdades sociales, fortalecen la coaliciones políticas y fomentan el desarrollo de formas de control sobre la población (Frankenstein y Rowlands 1978:76, en Peebles 1987:34; Brumfiel y Earle 1987:3-4; Joyce 1996:40, 43-45). Generalmente, los objetos exóticos circulan en sistemas cerrados donde se adquiere y se intercambia conocimiento esotérico que se considera originario de lugares "lejanos", con una connotación sobrenatural (Helms 1991:334). En este caso, se considera que las personas que viajan a lugares alejados están vinculadas al ámbito esotérico, en la medida que tratan con fenómenos excepcionales y sagrados alejados de lo cotidiano (Helms 1991:336-337).

Sin embargo, en el área muisca la situación con respecto a la circulación de vasijas foráneas era completamente distinta. En este caso, la posesión de bienes no locales no parece haber sido una prerrogativa de las élites. Un reconocimiento sistemático regional realizado en los valles de Fúquene y Susa

(departamento de Cundinamarca) mostró que las cerámicas foráneas aparecieron en asentamientos pequeños de bajo estatus y no sólo en aldeas de gran tamaño, consideradas como el asiento de las entidades políticas que controlaban la zona (Langebaek 1995:131). En una aldea central ubicada en la vereda El Venado (departamento de Boyacá), unidades residenciales distintas a las de la élite conseguían mercancías no locales en el período Muisca Temprano, principalmente vasijas para el tratamiento de la sal (Boada 1998:201). Un estudio petrográfico de cerámicas Herrera de la Sabana de Bogotá muestra vasijas originarias del valle del río Magdalena que hacían parte del mobiliario de estos primeros grupos alfareros (Cardale y Paeppe 1990:100); sin embargo, no es claro si los recipientes importados eran patrimonio de unos pocos o adquiridos por todos los miembros de las aldeas. Por otra parte, en los municipios de Funza y Fontibón (departamento de Cundinamarca), asentamientos de grupos de bajo estatus adquirían bienes foráneos desde el período Herrera (principalmente vasijas para la evaporación de sal) hasta el período Muisca Tardío (vasijas tipo Guatavita Desgrasante Tiestos) (Kruschek 2003:212-213). Si bien ciertas unidades domésticas parecen haber tenido más acceso que otras a cerámica Guatavita Desgrasante Tiestos, las élites no controlaban las redes de distribución de esta cerámica (2003:212-213).

Es probable que las vasijas foráneas circularan junto con bienes como alimentos, sal y tejidos. Entre sociedades de Nueva Guinea, por ejemplo, los intercambios de mercancías raras (principalmente plumas, tiras de piel y adornos de concha) son también oportunidades para adquirir y distribuir hachas de piedra y sal (Rappaport 1987:114-115). Aquí, se considera que la inclusión de "mercancías de subsistencia" en transferencias de mercancías exóticas estimuló la producción bienes de consumo básico (Rappaport 1987:116). No obstante, los intercambios también generan vínculos de alianza entre las partes implicadas, las cuales refuerzan los compromisos adquiridos entre sí cada vez que realizan canjes (Sahlins 1974:185-186, 189).

## Fiestas y vasijas exóticas

Las cerámicas foráneas son generalmente cuencos, jarras, copas o recipientes con forma de campana para la evaporación de sal (Langebaek 1995:129; Boada 1998). Llama la atención que la mayoría de los recipientes importados sean elementos que pudieron ser empleados en fiestas; de hecho, cuencos y jarras se asocian a actividades de servicio de bebidas y comidas, mientras que las copas se relacionan con rituales (Boada *et al.* 1989:67, 70-71, 78). Esto indicaría que los recipientes fueron exhibidos por sus propietarios en reuniones comunales y ceremonias religiosas colectivas con el fin de evidenciar su participación en redes de intercambios cuyos miembros gozaban de prestigio en sus comunidades (Joyce 1996:42-44). En los intercambios del tipo *kula* realizados en las Islas Trobriand, la participación en los canjes rituales de objetos no estaba restringida a los jefes de las aldeas, aunque estos organizaban el *kula* y lograban reunir un número mayor de mercancías (Malinowski 1986:95, 129). Sin embargo, todos los miembros masculinos de las comunidades participaban y contaban con "socios" con los cuales realizar transacciones (1986:103-104). Generalmente, el *kula* daba lugar a fiestas comunales donde se exhibían los elementos adquiridos en los intercambios (1986:78, 177).

Entre los muiscas, las fiestas eran ocasiones para la distribución y el intercambio de bienes exóticos, sobre todo en el período Muisca Tardío (Langebaek 1992:173; Boada 1998:321-322). Además, eran eventos en los cuales los caciques redistribuían los excedentes de producción (Langebaek 1987:50-52) y estimulaban la producción de riqueza y la prestación de servicios entre ellos en forma de trabajo (Boada 1998:296; 1999:139). Empero, la baja cantidad de objetos importados indica que estos no eran fuente de riqueza para sus propietarios (Boada 1998:315).

## Metodología

El caso que será examinado aquí es el de una unidad residencial que fue excavada en el municipio de Funza (Cundinamarca), dentro de los predios del Parque Industrial San Carlos. La excavación del Área AC se realizó dentro de un proyecto de rescate coordinado por el arqueólogo Francisco Romano, de la Fundación Erigaie, durante el año 2001 en los predios del parque. Éste se encuentra localizado a kilómetro y medio del puente sobre el río Bogotá, en el costado norte de la vía que va de Fontibón a Mosquera (Romano 2003:11), en los predios de la antigua hacienda La Ramada. De acuerdo con Broadbent (1974:126), el terrero ocupado por dicha hacienda hizo parte de la parcialidad de Catama, una de las trece que componían el cacicazgo de Bogotá (Braodbent 1974:126). En un reconocimiento regional realizado en los municipios de Funza y Fontibón, Boada (2000:10-11) detectó una serie de asentamientos extendidos y nucleados con una extensión de dos kilómetros cuadrados en la zona ocupada por La Ramada. Esto parece apoyar la idea de que los grupos asentados en el Parque Industrial San Carlos habitaron parte del centro cacical de la zona (Boada 2000:10; Romano 2003:17).

En el área muisca, los sitios de vivienda no están señalados por restos de muros u otro tipo de estructuras. En este caso, los vestigios arqueológicos de los lugares de habitación están compuestos por zonas con bajas densidades de material (que corresponden a espacios de circulación y habitación) rodeadas por acumulaciones de basuras que se concentraron a lo largo del tiempo de ocupación (Boada 1998:44-45; Kruschek 2003:76-80; Romano 2003:19-21). Boada (1998:44-45, 1999:121, 125) llamó a estas áreas compuestas por anillos de basuras y zonas despejadas "unidades residenciales". Para este caso, se decidió usar este concepto como base del análisis del Área AC.

El hallazgo de varias huellas de poste en el pozo de prueba número 223 y su ampliación llevó a suponer la presencia de los vestigios de un área residencial en la zona. Así pues, se delimitó un rectángulo de 6 m x 7 m en los alrededores de estos

pozos. Después, se procedió a excavar una serie de 40 pruebas de pala de 50 cm x 50 cm separados entre sí por una distancia de 50 cm (**Figura 1**). Cada una fue cavada por niveles de 10 cm hasta encontrar suelo estéril. Los lotes de la excavación fueron identificados con las letras AC y un número consecutivo, de modo que la zona donde se realizaron los trabajos recibió el nombre de Área AC.

Como era de esperarse, se encontró que los fragmentos de cerámicas de distintos períodos tendían a concentrarse alrededor de un espacio con bajas cantidades de material arqueológico (**Figura 2**). Así mismo, se presentaron varias huellas de poste en los pozos AC/009, AC/010, AC/033, AC/034 y AC/037. Los rasgos de los pozos AC/033, AC/034 y AC/037 son aparentemente contemporáneos, puesto que aparecieron en el nivel 4, entre 30 cm y 40 cm de profundidad. Los rasgos de las pruebas de pala AC/009 y AC/010 se hallaron entre 50 cm y los 60 cm de profundidad, de modo que es probable que correspondan a una parte de una estructura más antigua.

A primera vista, la disposición de los rasgos indica que la zona fue ocupada por una vivienda de forma más o menos circular que tuvo un diámetro de 4,5 m ó 5 m. Los diámetros y las profundidades de los rasgos se presentan en la **Tabla 1**. También se hallaron 42 fragmentos de arcilla quemada con impresiones de varas, lo cuales parecen ser parte del recubrimiento de una estructura de cañas o bahareque. Las frecuencias más altas de estos objetos ocurren en los niveles 3 (entre 20 cm y 30 cm) y 4 (entre 30 cm y 40 cm), donde hubo en total 14 y 16 elementos respectivamente. Dos (2) elementos se identificaron en el nivel 1; seis (6) en el nivel 2; tres (3) en el nivel 5, y uno (1) en el nivel 6. También se observaron varias depresiones rellenas de tierra suelta, cerámica, huesos y pedazos de carbón en los pozos AC/029 y AC/031 a una profundidad de 40 cm (**Tabla 1**). Rasgos similares fueron encontrados en las viviendas excavadas por Cifuentes y Moreno (1987:58) durante un trabajo de arqueología de rescate realizado en Candelaria La Nueva.

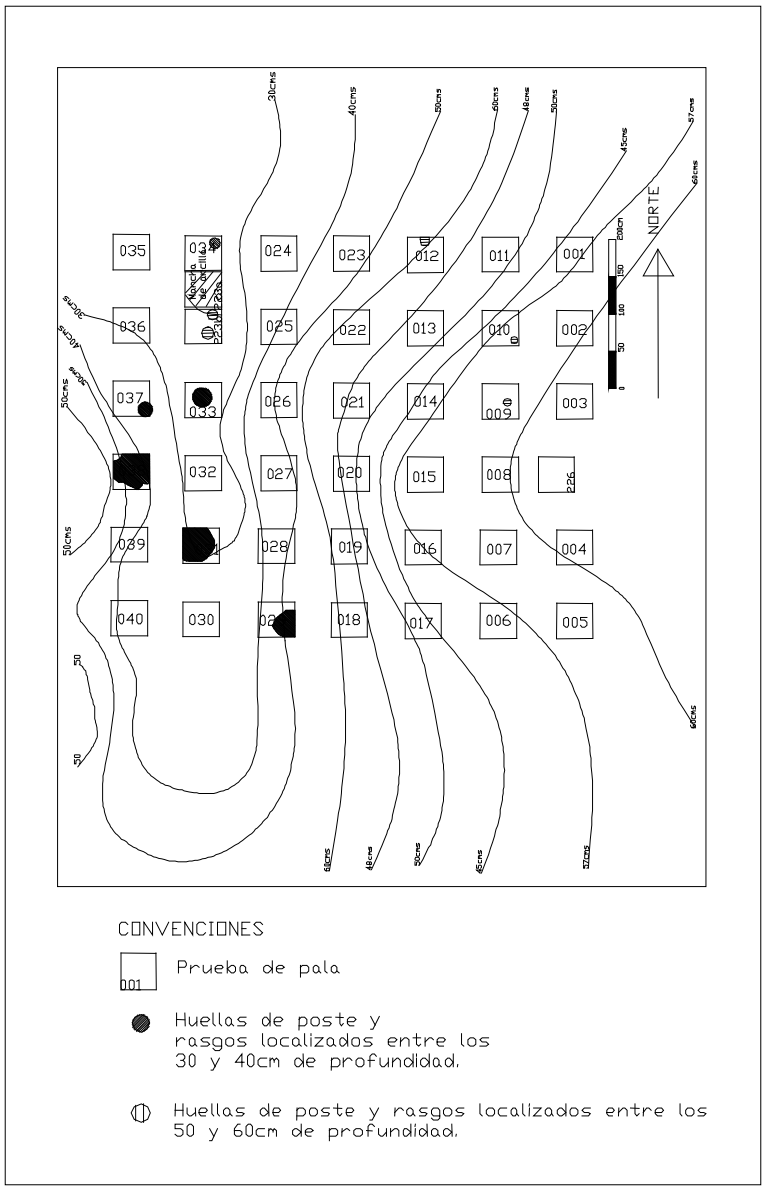



**Figura 1**
Plano de las excavaciones.

**Figura 2**
Porcentajes de tipos cerámicos de los períodos Muisca Temprano y Muisca Tardío. [1]

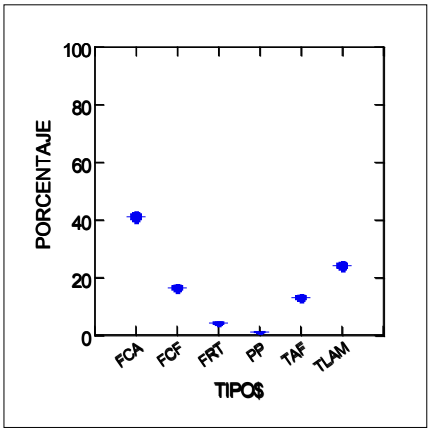



**Figura 2 a**
Porcentajes de tipos cerámicos del período Muisca Temprano.

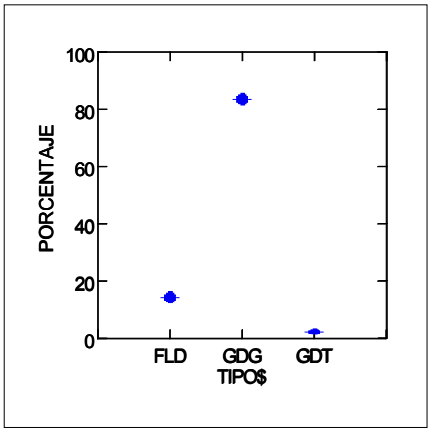



**Figura 2 b**
Porcentajes de tipos cerámicos del período Muisca Tardío.

[1] Convenciones: FCA (Funza Cuarzo Abundante), FCF (Funza Cuarzo Fino), FLD (Funza Laminar Duro), FRT (Funza Roca Triturada), GDG (Guatavita Desgrasante Gris), GDT (Guatavita Desgrasante Tiestos), PP (Pubenza Polícromo), TAF (Tunjuelo Arenoso Fino), TLAM (Tunjuelo Laminar), VTG (Valle de Tenza Gris).

| Pozo | Diámetro | Profundidad |
|---|---|---|
| AC/009 | 11 cm | 10 cm |
| AC/010 | 9,2 cm | 8,5 cm |
| AC/033 | 23 cm | 12 cm |
| AC/037 | 17 cm | 10 cm |

**Tabla 1**
Diámetros y profundidades de las huellas de poste del Área AC.

## Cerámica y cronología

La cerámica fue clasificada con base en los criterios establecidos por Broadbent (1984:39-60) y Cardale (1981a:71-125). Entre los tiestos hallados en el Área AC hay fragmentos que parecen corresponder a recipientes de cuerpo globular, cuello corto con bordes evertidos, labios redondeados, agudos o planos y varias asas. Los diámetros de estas vasijas eran de 15 cm a 20 cm. Recipientes de este tipo fueron incluidos en un grupo llamado Ollas. En esta categoría entraron también vasijas con forma de tecomate. Así mismo, se identificaron piezas de vasijas con cuerpo glubular o semiglobular con hombros aquillados, bocas restringidas con diámetros que oscilan entre 8 cm y 10 cm, cuellos largos (con una altura mayor a 4 cm) con bordes rectos o ligeramente evertidos. Estos recipientes fueron bautizados como Jarras. Otro tipo de vasijas encontradas son los cuencos hemisféricos, los cuencos con hombros aquillados y las "Ollas-cuenco", vasijas sin asas con cuerpo semiglobular con un hombro aquillado, boca amplia, paredes gruesas, de 7 mm de espesor aproximadamente (Boada *et al.* 1989:72). Siguiendo los parámetros de Boada *et al.* (1989:67-80) y Langebaek (1995:169, 171, 173, 177, 179) para las relaciones entre las formas de ciertas vasijas y sus funciones, se asumió que las jarras eran empleadas para contener y servir líquidos; los cuencos, para beber, contener y servir alimentos líquidos o sólidos; las ollas, como recipientes para cocinar, almacenar líquidos y sólidos o fermentar bebidas alcohólicas, y las ollas-cuenco, para almacenar, cocinar o fermentar alimentos. Con estos ele-

mentos, se asume que una proporción alta de ollas indica la ocurrencia de actividades centradas en cocinar y almacenar alimentos, mientras que los cuencos y las jarras señalan el servicio de alimentos y líquidos. Las ollas-cuenco indicarían actividades de almacenamiento de alimentos sólidos y líquidos.

Los tipos cerámicos más abundantes en la muestra del Área AC son el Guatavita Desgrasante Gris, el Funza Cuarzo Abundante y el Tunjuelo Laminar (**Tabla 2**). El Guatavita Desgrasante Gris está asociado a tres fechas de C14 recogidas en el municipio de Zipaquirá: 1430 ± 25 DC, 1440 ± 50 DC y 1490 ± 30 DC (Cardale 1981a:13). Estos datos indican que el Guatavita Desgrasante Gris puede ser localizado cronológicamente en los siglos XV y XVI DC. El Tunjuelo Laminar está relacionado con dos muestras de carbón recogidas en Las Delicias que arrojaron las fechas 770 ± 70 DC y 940 ± 60 DC (Enciso 1995:154). La segunda fecha está asociada también a fragmentos de cerámica Funza Cuarzo Fino (Enciso 1995:154). En cuanto al Funza Cuarzo Abundante, no se cuenta con fechas para este material; sin embargo, Broadbent (1984:63-64) lo considera posterior al Mosquera Roca Triturada y al Mosquera Rojo Inciso, y anterior al Funza Cuarzo Fino. De acuerdo con Broadbent (1984:63), el Funza Cuarzo Abundante tiene rasgos similares al Funza Cuarzo Fino y al Mosquera Rojo Inciso, principalmente la decoración y la pasta.

En menor número se identificaron los tipos Tunjuelo Arenoso Fino, Funza Roca Triturada, Funza Laminar Duro, Guatavita Desgrasante Tiestos y materiales del período Herrera (Mosquera Roca Triturada, Mosquera Rojo Inciso, Zipaquirá Desgrasante Tiestos y Zipaquirá Rojo sobre Crema) (**Tabla 2**). Estas se consideran las cerámicas más tempranas de la Sabana de Bogotá (Broadbent 1971:186-188; Cardale 1981a:47; 1981b:7-12), asociadas a una serie de fechas de C14 que las ubican entre los siglos VI AC y I DC (Cardale 1981a:57). El Guatavita Desgrasante Tiestos apareció junto con muestras de carbón que fueron datadas entre los siglos XV y XVI DC (Cardale 1981a:13), lo cual indica que es contemporáneo del Guatavita Desgrasante Gris; así mismo, este tipo se encontró con una muestra de carbón recogida en el municipio

| Tipo | Porcentaje | Frecuencia |
|---|---|---|
| Mosquera Rojo Inciso | 0.27 | 17 |
| Mosquera Roca Triturada | 0.25 | 16 |
| Zipaquirá Rojo sobre Crema | 0.27 | 17 |
| Zipaquirá Desgrasante Tiestos | 0.60 | 38 |
| Tunjuelo Arenoso * | 7.67 | 484 |
| Tunjuelo Laminar | 14.18 | 896 |
| Guatavita Desgrasante Gris | 28.85 | 1821 |
| Guatavita Desgrasante Tiestos | 0.78 | 49 |
| Valle de Tenza Gris | 0.02 | 1 |
| Funza Roca Triturada | 2.49 | 157 |
| Funza Laminar Duro | 4.93 | 311 |
| Funza Cuarzo Fino | 9.66 | 610 |
| Funza Cuarzo Abundante | 24.17 | 1526 |
| Pubenza Polícromo | 0.65 | 41 |
| Desconocido 1 | 0.05 | 3 |
| Desconocido 2 | 1.03 | 65 |
| Sin Identificar | 0.33 | 21 |
| Ráquira Desgrasante Arrastrado y Chocontá Vidriado | 3.80 | 240 |
| **Gran Total** | 100 | 6313 |

* Menciona como Tunjuelo Arenoso Fino Pintado; sin embargo, la denominación Tunjuelo Arenoso se refiere a la misma cerámica (Broadbent 1984).

**Tabla 2**
Cantidades y porcentajes de la cerámica recuperada en las excavaciones del Área AC.

de Cota, que arrojó la fecha 1320 ± 125 DC (McBride 1992, en Langebaek 1995:197). El Tunjuelo Arenoso Fino no está asociado a fechas de C14, mas Broadbent (1961:345) informa que esta cerámica apareció en cantidad abundante en los niveles inferiores de sus excavaciones en Tunjuelito; con base en este hallazgo (Broadbent 1961:345-346), consideró que el Tunjuelo Arenoso Fino es más temprano que los materiales del período denominado por esta autora "Chibcha Clásico"

(múcuras, copas y vasijas antropomorfas con pasta laminar de color amarillo o castaño claro con inclusiones de tiestos, baño rojo y decoración pintada, conformadas por motivos lineales en rojo oscuro y negro sobre fondos blancos), abundantes en la capa vegetal y la superficie (Broadbent 1961:345-346). No hay referencias para la cronología del Funza Roca Triturada y el Funza Laminar Duro.

Al ver las asociaciones entre ciertos tipos y fechas de C14, puede decirse que las cerámicas más tardías en el Área AC pertenecen al Guatavita Desgrasante Gris y al Guatavita Desgrasante Tiestos, mientras que los tipos más tempranos son el Mosquera Roca Triturada, el Mosquera Rojo Inciso, el Zipaquirá Desgrasante Tiestos y el Zipaquirá Rojo sobre Crema. En un período intermedio, se encuentran el Tunjuelo Laminar y el Funza Cuarzo Fino. Con esta premisa se examinaron las series de cada pozo del Área AC con el fin de determinar si las excavaciones por niveles permitían establecer una cronología relativa para la unidad residencial.

Inicialmente, se encontró que los datos obtenidos en la mayoría de las pruebas de pala no podían ser empleados para establecer una seriación general satisfactoria. Se observó que las series obtenidas eran erráticas y que porcentajes notables de material tardío aparecían en niveles bajos, mientras que cerámicas del período Herrera se presentaban en los niveles superiores. Estas alteraciones eran más patentes en los pozos ubicados en las zonas más profundas. No obstante, la información de trece pruebas de pala pudo ser usada para establecer una cronología relativa para el Área AC. Dichas pruebas son: AC/015, AC/017, AC/018, AC/019, AC/020, AC/021, AC/028, AC/030, AC/032, AC/033, AC/037 y AC/040 (**Tabla 3**). En estos pozos, el Guatavita Desgrasante Gris aparece en un porcentaje predominante entre 0 cm y 20 cm de profundidad con respecto a otras cerámicas. Así mismo, el tipo Funza Laminar Duro tiende a aparecer en porcentajes altos en niveles donde el Guatavita Desgrasante Gris abunda, lo cual indica que estas cerámicas son contemporáneas en el Área AC. Kruschek (2003:36,42) también considera este tipo como perteneciente al Muisca Tardío en varios sitios de los municipios de Funza y

Fontibón. Por otra parte, los tipos Tunjuelo Laminar, Funza Cuarzo Abundante, Funza Cuarzo Fino y Tunjuelo Arenoso Fino son abundantes entre 20 cm y 40 cm de profundidad, donde los porcentajes de Guatavita Desgrasante Gris decrecen con respecto a los niveles superiores. Este hecho permitió establecer que estas cerámicas son más tempranas que el Guatavita Desgrasante Gris dentro del Área AC. Sin embargo, se encontró un porcentaje alto de Funza Cuarzo Abundante en el primer nivel de la prueba AC/020 (**Tabla 3**).

**Tabla 3**
Frecuencias de tipos cerámicos por nivel en pruebas de pala con estratigrafía. [2]

| AC/015 | | | | | | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Nivel | Mri | Mrt | Zrc | Zdt | Taf | Tlam | Gdg | Gdt | Frt | Fld | Fcf | Fca | Pp |
| 0-10 cm | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 13,95 | 9,30 | 41,86 | 2,33 | 2,33 | 4,65 | 9,30 | 13,95 | 0,00 |
| 10-20 cm | 0,00 | 0,00 | 5,26 | 0,00 | 5,26 | 5,26 | 47,37 | 5,26 | 0,00 | 10,53 | 0,00 | 21,05 | 0,00 |
| 20-30 cm | 0,00 | 1,69 | 0,00 | 0,00 | 10,17 | 5,08 | 23,73 | 0,00 | 6,78 | 3,39 | 10,17 | 32,20 | 1,69 |
| 30-40 cm | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 33,33 | 0,00 | 0,00 | 16,67 | 0,00 | 0,00 | 33,33 | 0,00 |

| AC/017 | | | | | | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Nivel | Mri | Mrt | Zrc | Zdt | Taf | Tlam | Gdg | Gdt | Frt | Fld | Fcf | Fca | Pp |
| 0-10 cm | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 3,51 | 8,77 | 15,79 | 22,81 | 0,00 | 5,26 | 7,02 | 14,04 | 17,54 | 0,00 |
| 10-20 cm | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 11,54 | 16,67 | 33,33 | 0,00 | 0,00 | 2,56 | 8,97 | 25,64 | 0,00 |
| 20-30 cm | 4,88 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 9,76 | 24,39 | 26,83 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 9,76 | 14,63 | 0,00 |
| 30-40 cm | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 100 | 0,00 | 0,00 |

[2] Convenciones: MRI (Mosquera Rojo Inciso), MRT (Mosquera Roca Triturada), ZRC (Zipaquirá Rojo sobre Crema), ZDT (Zipaquirá Desgrasante Tiestos), TAF (Tunjuelo Arenoso Fino), TLAM (Tunjuelo Laminar), GDG (Guatavita Desgrasante Gris), GDT (Guatavita Desgrasante Tiestos), VTG (Valle de Tenza Gris), FRT (Funza Roca Triturada), FLD (Funza Laminar Duro), FCF (Funza Cuarzo Fino), FCA (Funza Cuarzo Abundante), PP (Pubenza Polícromo).

**Cont. Tabla 3**
Frecuencias de tipos cerámicos por nivel en pruebas de pala con estratigrafía.

| AC/018 | | | | | | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Nivel | Mri | Mrt | Zrc | Zdt | Taf | Tlam | Gdg | Gdt | Frt | Fld | Fcf | Fca | Pp |
| 0-10 cm | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 2,27 | 1,14 | 9,09 | 44,32 | 0,00 | 1,14 | 10,23 | 4,55 | 20,45 | 2,27 |
| 10-20 cm | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 6,12 | 22,45 | 22,45 | 0,00 | 8,16 | 2,04 | 10,20 | 22,45 | 4,08 |
| 20-30 cm | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 32,00 | 16,00 | 0,00 | 8,00 | 4,00 | 8,00 | 28,00 | 0,00 |

| AC/019 | | | | | | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Nivel | Mri | Mrt | Zrc | Zdt | Taf | Tlam | Gdg | Gdt | Frt | Fld | Fcf | Fca | Pp |
| 0-10 cm | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 10,00 | 47,50 | 5,00 | 2,50 | 7,50 | 5,00 | 22,50 | 0,00 |
| 10-20 cm | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 15,79 | 36,84 | 0,00 | 5,26 | 0,00 | 21,05 | 10,53 | 0,00 |
| 20-30 cm | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 33,33 | 13,33 | 0,00 | 0,00 | 6,67 | 20,00 | 20,00 | 0,00 |
| 30-40 cm | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 100 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 |

| AC/020 | | | | | | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Nivel | Mri | Mrt | Zrc | Zdt | Taf | Tlam | Gdg | Gdt | Frt | Fld | Fcf | Fca | Pp |
| 0-10 cm | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 7,50 | 12,50 | 25,00 | 5,00 | 0,00 | 0,00 | 10,00 | 25,00 | 0,00 |
| 10-20 cm | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 5,13 | 15,38 | 35,90 | 0,00 | 0,00 | 7,69 | 12,82 | 17,95 | 0,00 |
| 20-30 cm | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 7,69 | 23,08 | 23,08 | 0,00 | 7,69 | 7,69 | 7,69 | 23,08 | 0,00 |

| AC/021 | | | | | | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Nivel | Mri | Mrt | Zrc | Zdt | Taf | Tlam | Gdg | Gdt | Frt | Fld | Fcf | Fca | Pp |
| 0-10 cm | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 4,84 | 0,00 | 38,71 | 0,00 | 6,45 | 9,68 | 8,06 | 25,81 | 0,00 |
| 10-20 cm | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 15,38 | 17,95 | 28,21 | 0,00 | 2,56 | 1,28 | 6,41 | 26,92 | 1,28 |
| 20-30 cm | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 32,00 | 28,00 | 0,00 | 0,00 | 4,00 | 8,00 | 24,00 | 0,00 |
| 30-40 cm | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 |

| AC/028 | | | | | | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Nivel | Mri | Mrt | Zrc | Zdt | Taf | Tlam | Gdg | Gdt | Frt | Fld | Fcf | Fca | Pp |
| 0-10 cm | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 11,76 | 11,76 | 17,65 | 0,00 | 5,88 | 0,00 | 23,53 | 29,41 | 0,00 |
| 10-20 cm | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 20,00 | 40,00 | 0,00 | 20,00 | 0,00 | 20,00 | 0,00 | 0,00 |
| 20-30 cm | 25,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 50,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 25,00 | 0,00 | 0,00 |
| 30-40 cm | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 100 | 0,00 |

| AC/030 | | | | | | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Nivel | Mri | Mrt | Zrc | Zdt | Taf | Tlam | Gdg | Gdt | Frt | Fld | Fcf | Fca | Pp |
| 0-10 cm | 0,00 | 0,00 | 2,74 | 2,74 | 2,74 | 13,70 | 35,62 | 0,00 | 1,37 | 2,74 | 6,85 | 26,03 | 1,37 |
| 10-20 cm | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 6,25 | 25,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 25,00 | 37,50 | 0,00 |
| 20-30 cm | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 53,85 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 15,38 | 23,08 | 0,00 |
| 30-40 cm | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 100 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 |

| AC/032 | | | | | | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Nivel | Mri | Mrt | Zrc | Zdt | Taf | Tlam | Gdg | Gdt | Frt | Fld | Fcf | Fca | Pp |
| 0-10 cm | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 11,76 | 35,29 | 5,88 | 0,00 | 0,00 | 5,88 | 29,41 | 0,00 |
| 10-20 cm | 0,00 | 0,00 | 10,53 | 0,00 | 0,00 | 10,53 | 21,05 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 21,05 | 15,79 | 0,00 |
| 20-30 cm | 0,00 | 0,00 | 50,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 50,00 | 0,00 |

| AC/033 | | | | | | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Nivel | Mri | Mrt | Zrc | Zdt | Taf | Tlam | Gdg | Gdt | Frt | Fld | Fcf | Fca | Pp |
| 0-10 cm | 2,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 16,00 | 30,00 | 0,00 | 0,00 | 4,00 | 16,00 | 32,00 | 0,00 |
| 10-20 cm | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 10,00 | 10,00 | 0,00 | 10,00 | 0,00 | 10,00 | 20,00 | 0,00 |
| 20-30 cm | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 33,33 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 16,67 | 50,00 | 0,00 |

| AC/037 | | | | | | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Nivel | Mri | Mrt | Zrc | Zdt | Taf | Tlam | Gdg | Gdt | Frt | Fld | Fcf | Fca | Pp |
| 0-10 cm | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 13,51 | 27,03 | 0,00 | 5,41 | 2,70 | 10,81 | 21,62 | 0,00 |
| 10-20 cm | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 37,50 | 12,50 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 37,50 | 12,50 | 0,00 |
| 20-30 cm | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 33,33 | 0,00 | 66,67 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 |
| 30-40 cm | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 |

| AC/040 | | | | | | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Nivel | Mri | Mrt | Zrc | Zdt | Taf | Tlam | Gdg | Gdt | Frt | Fld | Fcf | Fca | Pp |
| 0-10 cm | 0,00 | 0,00 | 2,94 | 0,00 | 5,88 | 20,59 | 35,29 | 0,00 | 2,94 | 2,94 | 8,82 | 20,59 | 0,00 |
| 10-20 cm | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 4,55 | 18,18 | 27,27 | 0,00 | 4,55 | 4,55 | 4,55 | 27,27 | 0,00 |
| 20-30 cm | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 50,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 0,00 | 50,00 | 0,00 | 0,00 |

**Cont. Tabla 3**
Frecuencias de tipos cerámicos por nivel en pruebas de pala con estratigrafía.

En la medida que el Guatavita Desgrasante Gris es un marcador del período Muisca Tardío (Langebaek 1995:173, 175; Kruschek 2003:35, 42-49; Romano 2003:59), los tipos cerámicos Funza Cuarzo Abundante, Tunjuelo Laminar, Funza Cuarzo Fino, Tunjuelo Arenoso Fino y Funza Roca Triturada pueden ser considerados del período anterior, es decir, el Muisca Temprano. La inclusión de estos tipos dentro de dicho período ya había sido propuesta por Kruschek (2003:33-35, 38-42, 47-49) para el caso del Funza Cuarzo Abundante, el Funza Cuarzo Fino y el Tunjuelo Arenoso Fino, y por Romano (2003:59) para el Tunjuelo Laminar. Aunque este último considera que el Funza Cuarzo Fino corresponde a la etapa tardía del período Herrera (2003:59). En el caso del Área AC, se ubicó el Funza Cuarzo Fino en el período Muisca Temprano, puesto que este aparece en altos porcentajes en niveles donde el Funza Cuarzo Abundante, el Tunjuelo Laminar y el Tunjuelo Arenoso también se presentan en proporciones notables (**Tabla 3**).

Se hallaron cerámicas del período Herrera en las pruebas de pala AC/015, AC/017, AC/018, AC/030, AC/032, AC/037 y AC/040. Sin embargo, estaban en los niveles superiores, entre 0 cm y 20 cm de profundidad. Únicamente se recogieron fragmentos de Zipaquirá Rojo sobre Crema y Zipaquirá Desgrasante Tiestos entre los 20 cm y 30 cm de profundidad en las pruebas AC/032 y AC/037 (**Tabla 3**). Sin embargo, la cerámica Herrera es frecuente sobre todo en los niveles superficiales, aun en pruebas con estratigrafía clara. Esto llevó a suponer que este material pudo llegar de otro sector durante remociones de basuras, así que se optó por no incluir la cerámica del período Herrera en el análisis.

## Acceso a cerámica foránea en el Área AC

Los habitantes del Área AC parecen haber accedido a cerámica originaria de otras regiones. Los tipos foráneos son el Guatavita Desgrasante Tiestos, la cerámica para sal representada por ejemplares de Funza Roca Triturada y Pubenza

Polícromo (Cardale 1976:347). El Guatavita Desgrasante Tiestos, variantes Baño Rojo y Baño Blanco, se reporta como extraño en asentamientos del departamento de Boyacá (Sáenz 1986:175, 178; Boada 1987:71; Lleras 1989:66). Para el departamento de Cundinamarca, Broadbent (1971:188) reporta que el Guatavita Desgrasante Tiestos se da en cantidades elevadas solamente en colecciones recogidas en Guatavita, Tocancipá y Sopó. En algunos sitios de la Sabana de Bogotá, el Guatavita Desgrasante Tiestos aparece en bajas proporciones, como sucede en Las Delicias (Enciso 1995:8), San Jorge (Suba) (O'Neill 1972:138) (**Tabla 2**) y el municipio de Funza (Bernal 1992:134, en Langebaek 1995:171; Kruschek 2003:36).

En las seriaciones establecidas para el Área AC, el Guatavita Desgrasante Tiestos se presenta en porcentajes altos en niveles donde el Guatavita Desgrasante Gris es común, así que ambas cerámicas se consideraron contemporáneas. Además, el Guatavita Desgrasante Tiestos aparece únicamente en los primeros niveles, entre 0 cm y 20 cm de profundidad, por lo que se consideró material tardío.

El Pubenza Polícromo presenta una pasta color naranja (anaranjado 5YR 7/6, 2,5YR 6/8) y una decoración polícroma formada por líneas rectas, horizontales, verticales y oblicuas pintadas sobre un baño blanco con colores rojo y negro. El tipo Pubenza Polícromo está asociado a tres fechas de C14 en el sitio Pubenza III: 985 ± 100 AP (965 DC); 630 ± 60 AP (1320 DC) y 560 ± 70 AP (1390 DC) ver Cardale (1976:347); también Peña (1991:48) reporta la fecha 830 ± 60 DC asociada a materiales Pubenza Polícromo. Estos datos sugieren que este tipo fue producido entre los siglos IX y XIV DC. Pero con base en la información disponible para el Área AC, se estableció que aparece en proporciones altas en niveles donde aumenta la cantidad de cerámica Tunjuelo Laminar y Funza Cuarzo Abundante, de modo que el Pubenza Polícromo se consideró contemporáneo a materiales del Muisca Temprano.

En el Área AC, se encontró que los bordes del tipo Funza Roca Triturada corresponden a fragmentos de vasijas campaniformes empleadas en la elaboración de sal. Al igual que la cerámica Zipaquirá Desgrasante Tiestos para sal, los

fragmentos de cerámica Funza Roca Triturada presentan una superficie interna compacta y bien pulida, así como una cara exterior rugosa (Cardale 1981a:111-127). Esto contrasta con el inventario de formas reportado para este tipo, el cual consta principalmente de jarras con cuellos pronunciados y ollas (Broadbent 1984:47)[3]. Por otra parte, la presencia de vasijas para sal señala que los habitantes del Área AC participaron de algún modo en esta actividad económica. La cerámica Funza Roca Triturada tiende a presentarse en proporciones altas en niveles donde la cantidad de Tunjuelo Laminar aumenta con respecto al Guatavita Desgrasante Gris, indicador de la ocupación del período Muisca Tardío. Esto sugiere que la circulación de sal entre los habitantes de la unidad doméstica tuvo lugar durante la ocupación del período Muisca Temprano. Se aprecia un comportamiento diferente de este tipo solamente en la prueba AC/021, donde el Funza Roca Triturada aumenta en los niveles superiores. La baja proporción de Funza Roca Triturada (2,49% de toda la cerámica del Área AC y 4,23% de la muestra del período Muisca Temprano, **Figura 2a**) indica que estas vasijas no eran comunes y que pudieron ser traídas de centros productores de sal como Zipaquirá, Nemocón o Tausa (Cardale 1981a:18; Langebaek 1987:74).

La cerámica para sal (representada por el Funza Roca Triturada en este caso) aparece en cantidades mayores que las cerámicas Guatavita Desgrasante Tiestos y Pubenza Polícromo. En efecto, 63,56% de todas las vasijas exóticas es cerámica para sal, mientras que el 19,84% pertenece al Guatavita Desgrasante Tiestos y un 16,60% de la muestra es del Pubenza Polícromo. En este caso, la mercancía exótica más común son las vasijas para sal. Las diferencias entre las proporciones observadas de material foráneo son altamente significativas en este caso ( $\chi^2 = 101{,}960$ g.l. $= 2$ $\rho < ,0001$ ).

[3] Cuando se revisaron las colecciones de Broadbent guardadas en el Laboratorio de Arqueología del Instituto Colombiano de Antropología e Historia, se encontraron varios fragmentos de cerámica para sal etiquetados como Funza Roca Triturada.

Ahora bien, los bordes de Pubenza Polícromo recogidos en el Área AC corresponden a cuencos. No se hallaron bordes de Guatavita Desgrasante Tiestos, aunque los fragmentos de este tipo son tiestos decorados muy finos. Según Broadbent (1984:61), las vasijas Guatavita Desgrasante Tiestos fueron usadas con fines ceremoniales en el período tardío de la época precolombina, de modo que es posible que cumplieran esta función en el Área AC. Con respecto a toda la cerámica Muisca Tardía, el 2,25% pertenece al Guatavita Desgrasante Tiestos (**Figura 2 b**). Por su parte, al Pubenza Polícromo pertenece el 1,10% de toda la muestra del Muisca Temprano (**Figura 2 a**).

En resumen, el inventario de la cerámica exótica del Área AC está conformado por vasijas para sal y recipientes Pubenza Polícromo y Guatavita Desgrasante Tiestos. Las vasijas para sal y Pubenza Polícromo son las mercancías foráneas adquiridas durante el período Muisca Temprano, mientras que las vasijas Guatavita Desgrasante Tiestos son los menajes exóticos recibidos durante el período Muisca Tardío. Estos datos indican que la circulación de mercancía foránea hacia el Área AC se mantuvo en los períodos Muisca Tardío y Muisca Temprano.

## Actividades domésticas realizadas en el Área AC

La cerámica del período Muisca Temprano se concentra en altas cantidades en la periferia de los pozos AC/010 y AC/007 (**Figura 3**). Se hallaron 87 bordes, de los cuales un 36,78% ($\eta = 32$) corresponde a ollas; 50,57% ($\eta = 44$), a cuencos; 1,15% ($\eta = 1$), a ollas-cuenco; un 1,15% ($\eta = 1$), a jarras, y 10,35% ($\eta = 9$) son bordes que no pudieron ser relacionados con una forma específica de recipiente, de modo que se les puso en la categoría "Sin identificar".

Un gráfico de bala muestra que la proporción de cuencos es mayor que la de ollas, ollas-cuenco y jarras (**Figura 4**). En este caso, la proporción de cuencos es significativamente más alta que la de otras clases de recipientes ($\chi^2 = 87{,}885$ g.l. = 4 $\rho < ,0001$ ). Así pues, la alta cantidad de cuencos indica que

el servicio de alimentos y bebidas fue la principal actividad realizada dentro del Área AC durante el período Muisca Temprano. Curiosamente, la cantidad de jarras es minúscula con respecto a la de cuencos.

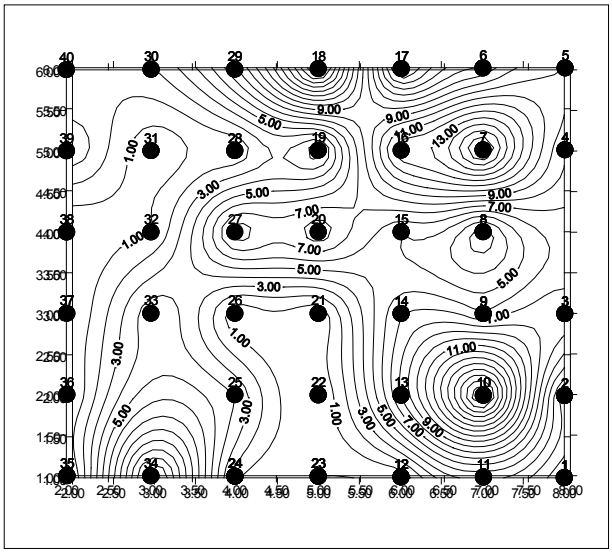


**Figura 3**
Distribución espacial de tiestos Muisca Temprano.

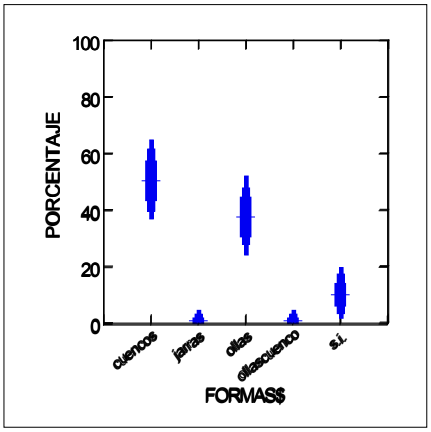
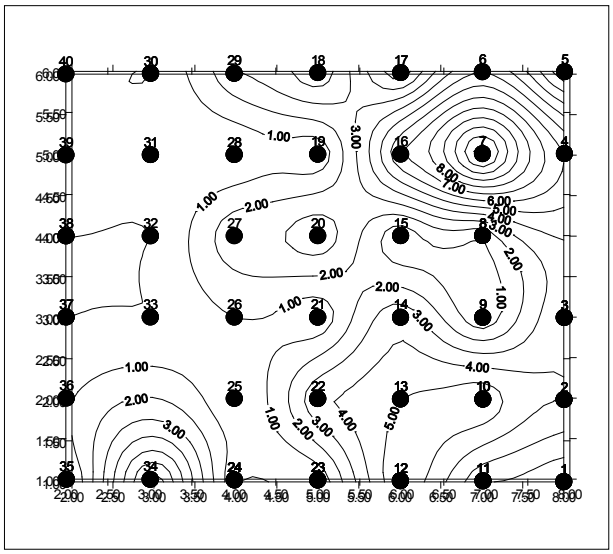



**Figura 4**
Porcentajes de vasijas del período Muisca Temprano.

La distribución espacial de la cerámica Muisca Tardía es muy distinta de la disposición de las basuras de épocas anteriores. En este caso, las concentraciones más altas se encuentran solamente alrededor del pozo AC/007 (**Figura 5**). Posiblemente esto indique un cambio en la organización y el uso del espacio dentro de la unidad residencial. De la muestra de bordes del período Muisca Tardío, 6,98% ($\eta = 3$) son cuencos, 74,42% ($\eta = 32$) son ollas y 13,95% ($\eta = 6$) son jarras. Una proporción del 4,65% ($\eta = 2$) de todos los bordes se incluyó en la categoría "Sin identificar". En una gráfica de bala, puede observarse que la proporción de ollas es mayor que la de cuencos y jarras (**Figura 6**). Para este caso, las diferencias observadas entre las proporciones de recipientes de distinto tipo son significativas ($\chi^2 = 56{,}814$ g.l. = 3 $\rho < ,0001$). De este modo, todo indica que la principal actividad doméstica dentro de la unidad residencial durante el período Muisca Tardío era preparar y almacenar alimentos sólidos y líquidos.

**Figura 5**
Distribución espacial de tiestos Muisca Tardío.



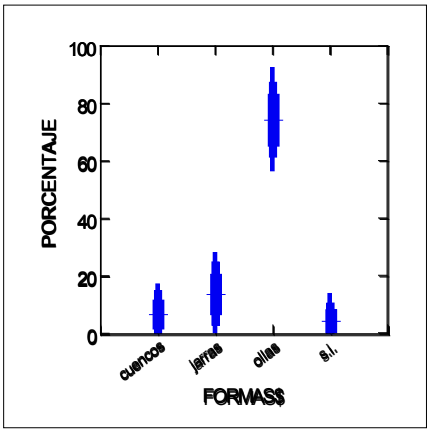



**Figura 6**
Porcentajes de vasijas del período Muisca Tardío.

En resumen, se observa que hubo un cambio a lo largo del tiempo en el tipo de actividades domésticas que se realizaban dentro del Área AC. Los datos señalan que la principal faena en la unidad residencial era el servicio de alimentos durante la ocupación Muisca Temprana. Posteriormente, en el período Muisca Tardío, las labores domésticas consistían principalmente en cocinar y almacenar comestibles.

Según Joyce (1996:37), las vasijas para servicio presentan una decoración elaborada. De acuerdo con esta idea, esto se debe a que un grupo podía ganar prestigio con la exhibición de un menaje muy elaborado en eventos comunales (Joyce 1996:37-38). En consecuencia, podría pensarse que el cambio de labores domésticas centradas en el servicio de alimentos a labores de preparación y acumulación implicaba una disminución notable del porcentaje de vasijas decoradas. Este parece ser el caso del Área AC. Aquí se observa una coincidencia entre la disminución de cerámica decorada del período Muisca Temprano al Muisca Tardío y el paso de actividades de servicio a actividades de cocina. De hecho, el porcentaje de cerámica decorada del período Muisca Temprano es de 13,38% ($\eta$ = 497), mientras que la proporción de materiales ornados del período Muisca Tardío es de 7,75% ($\eta$ = 169) (**Figura 7**). En varios asentamientos en Funza y Fontibón, la distribución

de cerámica decorada es muy restringida en el período Muisca Tardío, mientras que el número de recipientes ornados tiene una repartición más amplia en los períodos Herrera y Muisca Temprano (Kruschek 2003:183-187, 190-191). Este hecho se interpreta como la manifestación de un proceso de centralización política experimentado por las comunidades nativas de la Sabana de Bogotá durante el Muisca Tardío, cuando la zona empezó a ser regida por una sola capitanía y las diferencias de estatus se hicieron más conspicuas que en épocas anteriores (Kruschek 2003:187, 190). Según este enfoque, el acceso a cerámica decorada se hizo más limitado entre grupos distintos a la élite durante esta época (Kruschek 2003:187).

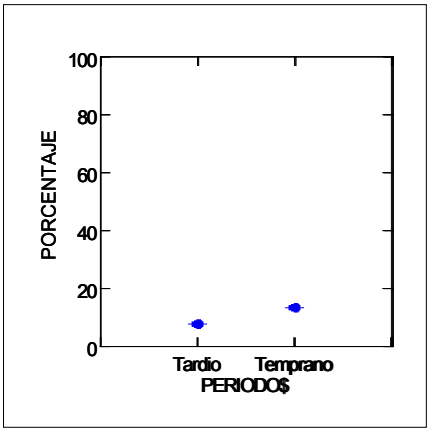



**Figura 7**
Porcentajes de cerámica decorada de los períodos Muisca Temprano y Muisca Tardío del Área AC.

## Conclusión

Como se señaló anteriormente, el tipo de actividades realizadas en la unidad residencial cambió de una época a otra. Así pues, las faenas domésticas pasaron de enfocarse en el servicio de alimentos a la preparación y acumulación de comestibles. Pese a estas transformaciones, las mercancías foráneas continuaron llegando al Área AC a lo largo del tiempo, principalmente como vasijas para sal (Funza Roca Triturada), recipien-

tes para servicio de alimentos (Pubenza Polícromo) y rituales (Guatavita Desgrasante Tiestos). Para este caso, los datos indican que no hay ninguna relación entre el tipo de actividades domésticas realizadas en la unidad residencial y el acceso a bienes foráneos.

Así pues, se encontró que la clase de actividades realizadas en la unidad residencial del Área AC cambió del período Muisca Temprano al período Muisca Tardío. En la primera ocupación, las labores domésticas estaban enfocadas en el servicio de alimentos y bebidas. Posteriormente, las actividades caseras estaban centradas en cocinar y almacenar comida. Aun así, los ocupantes de la unidad residencial adquirieron cerámica exótica de una época a otra a pesar de los cambios en las actividades domésticas. En este caso, esto sugiere que la obtención de cerámica foránea no tiene relación con el tipo de las actividades domésticas realizadas en la unidad residencial en cada período, sobre todo con eventos centrados en el servicio de alimentos y bebidas. Pero ya que el análisis presentado aquí se centra en una sola unidad residencial, no es posible generalizar. De hecho, es necesario estudiar otros casos con el fin de corroborar si lo encontrado en el Área AC también ocurrió en otras unidades residenciales de la Sabana de Bogotá.

## Referencias

Boada, A. M.

1987 *Asentamientos indígenas en el valle de la Laguna (Samacá-Boyacá)*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Bogotá.

1998 *Bases of Social Hierarchy in a Muisca Central Village of the Northeastern Highlands of Colombia*. Tesis de doctorado, Universidad de Pittsburgh, Pittsburgh (sin publicar).

1999 Organización social y económica en la aldea muisca de El Venado-Valle de Samacá, Boyacá. *Revista Colombiana de Antropología* 35:118-145.

2000 *Patterns of Regional Organization in the Sabana de Bogotá, Colombia (Funza, Mosquera and Fontibón municipios)*. Heinz Foundation, Pittsburgh (sin publicar).

Boada, A. M.; S. Mora y M. Therrien

1989 *Estilos cerámicos: territorios y gentes. Prospección arqueológica en el sector Puente de Boyacá-Santa Sofía. Oleoducto Central de los Llanos*. Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá (sin publicar).

Broadbent, S.

1961 Excavaciones en Tunjuelito: informe preliminar. *Revista Colombiana de Antropología* X:341-346.

1971 Reconocimientos arqueológicos de la laguna de La Herrera. *Revista Colombiana de Antropología* XV:171-213.

1974 Situación del Bogotá chibcha. *Revista Colombiana de Antropología* XVII:117-131.

1984 Tipología cerámica en territorio Muisca, Colombia. *Revista de Antropología* 2(1-2):35-72.

Brumfiel, E. y T. Earle

1987 Specialization, Exchange and Complex Societies: an Introduction. En E. Brumfiel y T. Earle (eds.) *Specialization, Exchange and Complex Societies*. Cambridge University Press, Cambridge, pp. 1-9.

Cardale, M.

1976 Investigaciones arqueológicas en la zona de Pubenza, Tocaima-Cundinamarca. *Revista Colombiana de Antropología* XX:335-496.

1981a *Las salinas de Zipaquirá. Su explotación indígena*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Bogotá.

1981b Ocupaciones humanas en el Altiplano Cundiboyacense. *Boletín del Museo del Oro* 4:1-10.

Cardale, M. y P. de Paeppe

1990 Resultados de un estudio petrológico de cerámicas del periodo Herrera provenientes de la Sabana de Bogotá y sus implicaciones arqueológicas. *Boletín del Museo del Oro* 27:98-119.

Cifuentes, A. y L. Moreno

1987 *Proyecto de rescate arqueológico de la avenida Villavicencio. Barrio Candelaria La Nueva, Bogotá*. Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá (sin publicar).

Drennan, R.

1996 *Stadistics for Archaeologists: A Commonsense Approach*. Plenum Press, Nueva York.

Enciso, B. E.

1995 *Ruinas de un poblado muisca en el valle del río Tunjuelito. Urbanización Nueva Fábrica -antes Industrial Las Delicias- Bogotá*. Colcultura-Ican, Bogotá (sin publicar).

Helms, M.

1991 Esoteric Knowledge, Geographical Distance and the Elaboration of Leadership Status. Dinamics of Resource Control. En T. Rambo y K. Gillogly (eds.) *Profiles in Cultural Evolution*. Ann Arbor, Michigan, pp. 333-350.

Joyce, R. A.

1996 Social Dynamics of Exchange: Changing Patterns in the Honduran Archaeological Record. En C. H. Langebaek y F. Cárdenas A. (eds.) *Caciques, intercambio y poder: interacción regional en el área intermedia de las Américas*. Universidad de Los Andes, Bogotá, pp. 31-45.

Kruschek, M.

2003 *The Evolution of the Bogotá Chiefdom: A Household View*. Tesis de doctorado, Universidad de Pittsburgh, Pittsburgh (sin publicar).

Langebaek, C. H.

1987 *Mercados, poblamiento e integración étnica entre los muiscas. Siglo XVI*. Banco de la República, Bogotá.

1992 *Noticias de caciques muy mayores*. Universidad de Los Andes, Universidad de Antioquia, Bogotá.

1995 *Regional Archaeology in the Muisca Territory. A Study of the Fúquene and Susa Valleys*. University of Pittsburgh Memoirs in Latin American Archaeology, University of Pittsburgh, Universidad de Los Andes, Pittsburgh-Santafé de Bogotá.

1996 Patterns of Human Mobility and Elite Finances in 16th Century Northern Colombia and Western Venezuela. En C. H. Langebaek y F. Cárdenas Arroyo (eds.) *Caciques, intercambio y poder: interacción regional en el área intermedia de las Américas*. Universidad de Los Andes, Bogotá, pp. 155-174.

Lleras, R.

1989 *Arqueología del alto valle de Tenza*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Bogotá.

Malinowski, B.

1986 *Los argonautas del Pacífico occidental*. Ed. Península, Barcelona.

O'neill, D. H.

1972 *San Jorge, a Late Terraced Site on the Sabana de Bogotá*. Tesis de doctorado, University of California, Riverside (sin publicar).

Peebles, C.

1987 Mountville from 1000 to 1500 A.D. as seen from 1840 to 1985 A.D. En R. Drennan y C. Uribe (eds.) *Chiefdoms in the Americas*. University Press of America, Lanham, pp. 21-41.

Peña, G.

1991 *Exploraciones arqueológicas en la cuenca media del río Bogotá*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Bogotá.

Rappaport, R. A.

1987 *Cerdos para los antepasados. El ritual de la ecología de un pueblo de Nueva Guinea*. Siglo XXI, España.

Romano, F.

2003 *¿Usted con quién se casa? Documentando 2500 años de organización social en una comunidad central de la Sabana de Bogotá (Funza, Cundinamarca)*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Bogotá (sin publicar).

Sáenz, J.

1987 *Investigación arqueológica en el Bajo Valle de Tenza*. Tesis de pregrado, Universidad de Los Andes, Bogotá (sin publicar).

Sahlins, M.

1974 *Stone Age Economics*. Tavistock Publications, Londres.

Fecha recepción
28/04/2003

Fecha aceptación
13/06/2003

# Momificación prehispánica en la Cordillera Oriental colombiana

Alejandra María Valverde Barbosa

*Egresada Universidad de Los Andes*

## Resumen

El debate sobre quiénes habitaron la Cordillera Oriental colombiana sigue vigente desde la etnohistoria y la arqueología. Las fuentes etnohistóricas indican que esta área era habitada por grupos diferentes e independientes como los muiscas, laches, guanes, entre otros. Algunos arqueólogos están de acuerdo en esto, pues para ellos dicha independencia es evidente en la tipología cerámica. Sin embargo, otros sugieren que tales clasificaciones no son las más acertadas. En este artículo se recopila el debate acerca de homogeneidad o heterogeneidad en esta área, con el fin de abordarlo con el estudio de las momias procedentes de esta región, para así entender las relaciones políticas, económicas, sociales y culturales entre grupos y en cada uno de ellos.

Palabras clave

momificación,
homogeneidad cultural,
heterogeneidad cultural,
Cordillera Oriental.

## Abstract

The debate about the people who lived in the oriental colombian cordillera is still alive since the ethno history and the archeological finds that are happening to this present day. The ethno historical information shows that this area was inhabited by independent and different groups such as the muiscas, laches, guanes, and among others. Some archaeologists agree with this because, for them, this independence is evident in the ceramic typology that has been found over time. However, other archeologists suggest that these answers are not the correct ones. In this article the homogeneity – heterogeneity debate in this area is gathered with the purpose of investigating this subject by means of the mummies that come from this region, to understand the political, economic, social and cultural relationships at the heart of the group and among groups.



Keywords

mummification, cultural homogeneity, cultural heterogeneity, Oriental Mountain Range.

## Introducción [1]

La reconstrucción de la organización y distribución de los grupos que habitaron el altiplano cundiboyacense y sus áreas vecinas ha sido el tema de diversos trabajos arqueológicos y etnohistóricos, cuyas explicaciones han generado diversos debates. La etnohistoria ha sido una valiosa fuente de información para responder la pregunta por quiénes habitaron esta zona en el siglo XVI; de allí surge la división del territorio entre muiscas, laches, guanes y otros. Estos límites han sido el punto de partida de trabajos arqueológicos, los cuales buscan ratificar las fronteras por medio del registro material, asumiendo que dichos límites entre grupos étnicos fueron los mismos a través del tiempo. Por ende, la arqueología de esta región se ha dedicado a establecer tipologías cerámicas que buscan relacionar grupos étnicos y territorios con material arqueológico a partir de lo descrito en el siglo XVI (Perdomo 1974).

Sin embargo, esta homogeneidad que surge al delimitar territorios, habitantes y distintos registros materiales ha sido cuestionada, entre otros, por análisis de tipología cerámica. La crítica también se enfoca en la imagen estática y homogénea

[1] Este artículo presenta los resultados de la monografía de grado "Análisis funcional de la momificación prehispánica. El caso de altiplano cundiboyacense", dirigida por Víctor González y presentada al Departamento de Antropología de la Universidad de Los Andes en julio de 2002.

que se tiene de los diferentes grupos, ya sean muiscas, laches o guanes. Se argumenta que tal visión es el resultado de la total aceptación de las crónicas escritas a partir del siglo XVI, que suscitó debates acerca de la asumida homogeneidad. Es fundamental señalar que este enfoque en los estudios de cultura material ha sido criticado por inconveniente, no solamente para la arqueología de esta región, sino también para la arqueología de Colombia, pues se considera que los estudios que se basan en el análisis de cultura material y grupos sociales específicos asumen relaciones dudosas. Igualmente, se considera que esta homogeneidad y heterogeneidad culturales desvían el interés de los arqueólogos a temas y relaciones simplistas que poco ayudan a entender las sociedades prehispánicas (Langebaek 1995).

Dentro del proyecto para el registro oficial de bienes muebles del Patrimonio Nacional, financiado por el Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), se realizó la sistematización de información sobre momias arqueológicas. De este proyecto surgió la idea de estudiar las momias para analizar las relaciones entre grupos de la Cordillera Oriental. La búsqueda de información sobre dichas momias y la documentación de las mismas permitieron crear una base de datos que presentara de manera organizada la información recopilada en este proyecto. Con ella se pudo analizar el papel de la momificación en las relaciones políticas, económicas, sociales y culturales entre los grupos y dentro de ellos.

El objetivo general de esta investigación fue estudiar la importancia de la figura del ancestro momificado como imagen de relación y/o diferenciación entre los grupos prehispánicos laches, muiscas y guanes, entendiendo la importancia de las momias como justificación para acceder a territorio y estatus político. A partir de allí, la pregunta que surgió fue esta: ¿el tratamiento del cuerpo momificado evidencia la existencia o no de homogeneidad dentro y entre los grupos muiscas, lache y guane?

Este artículo no pretende ser una discusión teórica sobre la organización política de los grupos que habitaron el altiplano cundiboyacense y tampoco es una detallada discusión en torno al debate heterogeneidad-homogeneidad en esta área, más bien, busca aportar información acerca de las momias de este sector de Colombia que brinde una nueva aproximación al tema de las relaciones y límites entre los grupos muiscas, laches y guanes.

## Homogeneidad y heterogeneidad

Al hablar de muiscas, laches y guanes se hace referencia a los grupos descritos por los cronistas a su llegada al altiplano cundiboyacense y al territorio del actual departamento de Santander (**Figura 1**). Estos nombres han sido retomados por los diversos trabajos de arqueología en este sector que se dedican a estudiar y catalogar el registro material de cada grupo.

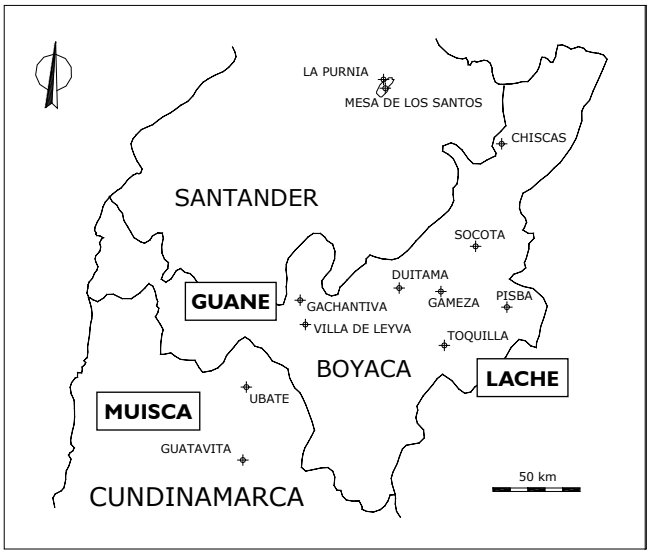



**Figura 1**
Ubicación geográfica de los sitios de procedencia de las momias analizadas y su relación étnica.

Según el trabajo de Falchetti y Plazas (1973), los muiscas habitaron los actuales departamentos de Cundinamarca y Boyacá. En el siglo XVI estaban divididos en el territorio bajo el dominio del zipa, el cual "se extendía hasta Saboyá, al norte, límite con los indios muzos; al noreste hasta Chocontá; hasta Fusagasugá y Tibacuy en el sur, límite con los indios panches..." (Falchetti y Plazas 1973:4); en el territorio bajo el dominio del zaque, cuyo centro "... estaba constituido por los valles y poblaciones cercanos a Tunja" (Falchetti y Plazas 1973:4) y los territorios independientes, que se extendían al occidente de Tunja "... desde los valles de Leiva y Tinjacá, hasta el rincón de Vélez incluso" (Falchetti y Plazas 1973:8).

Langebaek (1987a, 1987b) considera que estos tres grupos de cacicazgos estaban organizados por relaciones de parentesco en las cuales el prestigio era un factor importante en el poder de los caciques. Igualmente, este autor afirma que en la esfera religiosa existían sacerdotes, los cuales, junto con los caciques, estaban desligados de la producción de alimentos por recibir tributo.

La economía muisca era autosuficiente; sin embargo, sus miembros practicaban el intercambio de productos manufacturados y no manufacturados en diferentes mercados en lugares específicos (Langebaek 1987a, 1987b). Tanto los mercados activos como los desarrollos agrícolas permitieron el sostenimiento de especialistas religiosos y políticos (Lleras y Langebaek 1987).

Falchetti y Plazas (1973) establecen que los muiscas limitaban por el norte con los guanes en los actuales departamentos de Santander y Boyacá. A pesar de que varios cronistas consideraron a guanes y muiscas idénticos, los trabajos etnohistóricos de Morales (1984, 1989) describen a los guanes como un cacicazgo cuyo centro estaba en La Mesa de los Santos (**Figura 1**). También se ha afirmado que guanes y muiscas eran independientes, ya que el cacique guane Guanentá no tributaba a los muiscas (Rodríguez 1940; Giraldo 1941; Ribero 1986). Otros trabajos aseveran que los guanes eran étnica y culturalmente diferentes de los muiscas; la diferencia más evidente se daba en la práctica guane de la deformación craneal

(Rodríguez 1999). Igualmente, se ha afirmado que la cerámica guane difiere de la muisca (Perdomo 1974; Lleras 1989).

Es de resaltar que los españoles describieron a la gente guane como individuos de piel más clara y de mayor estatura que los muiscas, razón por lo cual los habitantes de La Mesa de los Santos eran más admirados que otros grupos de la Cordillera Oriental; de igual manera, las mujeres guane fueron más atractivas para los españoles (Correal y Flórez 1992:288; Rodríguez 1999:52).

Los laches también limitaban con los muiscas (Falchetti y Plazas 1973:11). El cronista fray Pedro de Aguado los describió diferentes de estos en lengua y religión (Silva 1944, 1945). Algunos autores, basados en los cronistas, han afirmado que el territorio denominado "lache" fue habitado por laches y tunebos, pero los límites entre estos grupos son fuente de debate entre investigadores. Según Falchetti (2003), los u´wa, actuales pobladores de la Sierra Nevada del Cocuy y sus alrededores, eran llamados tunebos por los españoles; igualmente, los conquistadores diferenciaban la "Nación de los tunebos" de grupos como los muiscas, laches y guanes. El trabajo de Osborn (1989) con los u´wa explica que las diferencias planteadas por varios autores entre laches y tunebos no existían y que estas surgieron con la llegada de los conquistadores españoles. De igual manera, otros investigadores de la zona consideran que u´wa, tunebo y lache eran una misma comunidad (Rodríguez 1999:37). La discusión sigue abierta.

Tanto muiscas como laches se organizaban en cacicazgos divididos en capitanías; los laches conformaban la confederación independiente del Cocuy a la llegada de los españoles, en el siglo XVI (Wiesner y González 1993:52). Los cacicazgos laches se ubicaban en diferentes pisos térmicos; en los de mayor importancia, como el Cocuy, se ubicaron cerca de los páramos y las nieves, lo cual se explica no solo por la cercanía a tierras aptas para el cultivo de tubérculos, la conservación de los alimentos y las pocas plagas y enfermedades (Langebaek 1987b:34), sino también por razones ideológicas y religiosas, como la idea de la dicotomía, equilibrio y complementariedad entre los diferentes pisos térmicos, según las creencias u´wa

actuales (Falchetti 2003). Cabe resaltar que los autores citados parten de las diferencias planteadas por los cronistas entre estas tres sociedades.

Todo lo que se ha dicho a este respecto en las líneas anteriores busca homogeneizar una zona y un grupo, al delimitarlo bajo un nombre, sea muisca, guane o lache, principalmente según las diferencias en el material cerámico arqueológico. Sin embargo, surge una importante crítica a esta homogeneidad desde el análisis tipológico cerámico. Boada, Mora y Therrien (1988) argumentan que la arqueología del altiplano cundiboyacense se ha dedicado a establecer tipologías cerámicas que brindan parámetros de inclusión y exclusión sin tener en cuenta los movimientos poblacionales en el espacio y en el tiempo. Estos autores apoyan la idea de la heterogeneidad entre los grupos, es decir, no se puede pensar a los muiscas, laches o guanes como sociedades políticas autónomas con límites geográficos bien definidos que se evidencian en las prácticas y la cultura material. Son más bien sociedades que tienen cultura material y prácticas diferentes dentro de sus "límites".

Esta idea se ve apoyada por Lleras y Langebaek (1987), quienes explican que estos grupos tienen rasgos culturales comunes, por ser de la misma familia lingüística e, igualmente, que entre estas tres sociedades existieron relaciones de intercambio con mercados activos, estableciéndose así un contacto constante (Langebaek 1987a, 1987b).

Es importante resaltar que las ideas y trabajos acerca de la homogeneidad y la heterogeneidad en el altiplano cundiboyacense siguen siendo tema de un amplio debate que continúa desde la etnohistoria y la arqueología.

## Prácticas funerarias en el altiplano

El análisis de las prácticas funerarias proporciona información acerca de la organización económica, social y política de una sociedad. Puede tener un enfoque de representación individual al considerar la importancia de la persona por su papel y estatus dentro del grupo. El tratamiento mortuorio representa,

desde esta perspectiva, la importancia que ese individuo tuvo para su grupo antes de morir, por ello en la práctica funeraria los vivos expresan el estatus que tuvo en vida (Brown 1995).

Por otro lado, el análisis puede enfocarse en las necesidades y deseos de los vivos, quienes, por medio del tratamiento funerario, legitiman un orden social y unas estructuras de autoridad, de allí que los tratamientos funerarios sean independientes de la edad y del sexo (Brown 1991, 1995). Ambas perspectivas tienen en común el análisis de las prácticas funerarias como una representación del estatus, por parte de los descendientes del muerto, para legitimar un orden social mediante la imagen del ancestro.

Para el caso concreto del altiplano cundiboyacense, Langebaek (1992) explora la momificación como una manipulación política y como forma de demostrar prestigio mediante la movilización de bienes y energía en el proceso de momificación. Debido a que los cacicazgos funcionaron mediante relaciones de parentesco, los descendientes del cacique muerto expresaban en la momia su estatus, su prestigio y la legitimidad de su posición social privilegiada frente a otros grupos. Estos gastos de bienes y energía reforzaban el prestigio de la familia del muerto y mostraban la posición privilegiada como si fuese natural, de allí que las momias fueran parte importante de su sociedad (Langebaek 1992:20).

Para Boada (1998), el papel de la momia va más allá de demostrar la capacidad de movilizar bienes y energía en la competencia por el prestigio, pues no todos los caciques fueron momificados. Según esta autora, las momias fueron importantes por el estatus político y los derechos sobre la tierra. Debido a la inestabilidad política muisca, la muerte del cacique es un hecho crucial en la organización política de esta sociedad; en este momento su rol es de gran importancia ya que el sucesor debe demostrar los nexos genealógicos con el ancestro momificado.

De igual forma, la figura del ancestro femenino permite mantener y legitimar los derechos sobre el uso de la tierra debido a la matrilinealidad entre los muiscas. En este orden de ideas, la importancia de las momias radica en la necesidad de

mantener y venerar un ancestro para ejercer control político, acceder al derecho de uso de la tierra y demostrar posición y prestigio.

## Recopilación de información sobre momias

La recopilación adelantada hizo parte de una investigación financiada por el ICANH para realizar el registro oficial de bienes muebles del Patrimonio Nacional. Para ello se visitaron los siguientes museos con el fin de recopilar la información existente de las momias conservadas: Museo Nacional, Museo del Oro y Museo Arqueológico Casa Marqués de San Jorge, en Bogotá; Museo Arqueológico de Sogamoso y Museo Arqueológico de Pasca. Bibliográficamente, se consiguieron datos de las momias del Museo Británico, el Museo Universitario de la Universidad de Antioquia, el Museo Casa Bolívar y de una momia desaparecida (Zerda 1972; Cárdenas 1989a, 1998; Correal y Flórez 1992). La información recopilada se consignó en el formato de registro utilizado por el ICANH, en el cual se incluyen datos como la descripción física, los análisis efectuados a la momia, procedencia, datación, bibliografía, entre otros. Las momias registradas proceden de Chiscas y Pisba[2], en el área lache; de La Mesa de los Santos y La Purnia[3], en el área guane, y de Socotá, Villa de Leyva, Toquilla, Ubaté, Guatavita, Gachantivá, Duitama y Gámeza, en el área muisca (**Figura 1**). Es importante anotar la dificultad que significa clasificar las momias en un grupo étnico específico según su lugar de procedencia, debido a los diferentes límites y controversias generados en torno a los territorios de los grupos lache, muisca y guane.

---

[2] Para Falchetti y Plazas (1973), Pisba hace parte del territorio tunebo; sin embargo, en el análisis de los datos se tomará a Pisba como lache de acuerdo con Osborn (1989) y Pérez (citado en Rodríguez 1999:37).

[3] La Purnia está en La Mesa de los Santos; se incluye en el análisis para que el sitio de origen de las momias sea lo más específico posible.

Adicionalmente a la información consignada en el formato, la base de datos también incluye lo referente a los rasgos especiales del tratamiento del cuerpo (RETC) en la **Tabla 1**, señalados así: exposición al fuego (código 1), extracción cultural del cerebro (código 2), deformación craneal (código 3) y enfardelamiento[4] (código 4). Estas categorías especiales se crearon con el fin de analizar más detalladamente la preparación, el tratamiento y la preservación de las momias. De igual forma, se incluyó la información de las coordenadas geográficas de los sitios de procedencia, el número de los materiales de la momia o categorías, y los elementos, es decir, la cantidad de materiales. La información se incluyó en el programa Systat con el fin de analizar los datos recopilados mediante gráficos.

**Tabla 1**
Base de datos resumida.[5]

| Código | Materiales | E | C | Retc | X | Y | S |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| 38-I-776 (Icanh) | 2, 5, 8, 15 | 4 | 4 | 1 | 228 | 150 | Socotá |
| 38-I-777 (Icanh) | 2, 8 | 4 | 2 | 1,3 | 96 | 27 | Guatavita |
| 41-III-2536 (Icanh) | 2 | 1 | 1 | – | 177 | 242 | Mesa de los Santos |
| 41-III-2599 (Icanh) | – | 0 | 0 | 3 | 177 | 242 | Mesa de los Santos |
| 41-III-2603 (Icanh) | – | 0 | 0 | 3 | 177 | 242 | Mesa de los Santos |
| 42-IX-3956 (Icanh) | 2, 3, 7, 8, 14 | 7 | 5 | 4 | 244 | 208 | Chiscas |
| 42-IX-3957 (Icanh) | 2, 7, 8 | 5 | 3 | 4 | 244 | 208 | Chiscas |
| 44-VI-950 (Icanh) | 6, 8 | 5 | 2 | 4 | 244 | 208 | Chiscas |

[4] Enfardelamiento es el proceso de envolver una momia en diferentes capas de textiles, cuero, entre otros, hasta convertirla en fardo.

[5] Convenciones: E (Elementos), C (Categorías), RETC (Rasgos Especiales del Tratamiento del Cuerpo), X (Masculino), Y (Femenino), S (Sitio).

| Código | Materiales | E | C | Retc | X | Y | S |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| 423-A-423 (Icanh) | 2, 8 | 4 | 2 | 2,3 | 97 | 78 | Ubate |
| D-0002 (M. Oro) | 2, 18, 19 | 4 | 3 | – | 176 | 246 | La Purnia |
| D-0009 (M. Oro) | 1, 2, 5, 8, 9, 14, 16, 17, 20, 21, 22, 23, 24 | 23 | 13 | 4 | 246 | 116 | Pisba |
| D-0013 (M. Oro) | 1, 2, 6, 8, 10, 14, 20 | 46 | 7 | 4 | 128 | 119 | Gachantivá |
| Pasca 1 | 2, 3, 6 | 4 | 3 | 4 | 177 | 242 | Mesa de los Santos |
| Pasca 2 | 1, 2, 7, 14 | 5 | 4 | 4 | 185 | 126 | Duitama |
| Pasca 3 | – | 0 | 0 | 1 | 185 | 126 | Duitama |
| Pasca 4 | 1, 2, 7, 14 | 6 | 4 | 4 | 185 | 126 | Duitama |
| U. Antioquia | – | 0 | 0 | – | 244 | 208 | Chiscas |
| G-12.980 (C. Bolívar) | – | 0 | 0 | 3 | 177 | 242 | Mesa de los Santos |
| G-194 (C. Bolívar) | – | 0 | 0 | 3 | 177 | 242 | Mesa de los Santos |
| BM-1838-11-11-1 (M. Británico) | 11, 12, 13 | 14 | 3 | 3 | 130 | 105 | Villa de Leyva |
| BM-1842-11-12-1 (M. Británico) | 2 | 1 | 1 | – | 128 | 119 | Gachantivá |
| S 001-IX (M. Sogamoso) | 2, 8 | 3 | 2 | 3,4 | 244 | 208 | Chiscas |
| S 003-IX (M. Sogamoso) | 2, 8 | 4 | 2 | 1,4 | 244 | 208 | Chiscas |
| S 004-IX (M. Sogamoso) | 2, 9, 10, 11, 12, 17, 18, 21, 24, 25 | 17 | 10 | – | 246 | 116 | Pisba |
| S 005-IX (M. Sogamoso) | 1, 2, 7, 14, 24 | 5 | 5 | 4 | 244 | 208 | Chiscas |
| S 006-IX (M. Sogamoso) | 1, 2, 3, 26 | 14 | 4 | 4 | 244 | 208 | Chiscas |
| S 007-IX (M. Sogamoso) | 1, 2, 4, 14, 26, 27 | 16 | 6 | 4 | 244 | 208 | Chiscas |
| S 008-IX (M. Sogamoso) | 1, 2, 7, 8, 14 | 5 | 5 | 4 | 244 | 208 | Chiscas |
| S 009-IX (M. Sogamoso) | 1, 2, 7, 14, 28 | 10 | 5 | 4 | 244 | 208 | Chiscas |
| S 010-IX (M. Sogamoso) | 2, 8, 9 | 3 | 3 | – | 209 | 124 | Gámeza |
| S 011-IX (M. Sogamoso) | – | 0 | 0 | – | 209 | 124 | Gámeza |
| S 012-IX (M. Sogamoso) | 1, 2, 14 | 3 | 3 | 4 | 244 | 208 | Chiscas |
| S 016-IX (M. Sogamoso) | 1, 2, 4, 8 | 8 | 4 | 4 | 244 | 208 | Chiscas |
| S 018-IX (M. Sogamoso) | 1, 2, 9, 29 | 7 | 4 | 4 | 244 | 208 | Chiscas |
| Desaparecida | 2, 8 | 3 | 2 | – | 210 | 93 | Toquilla |

**Cont. Tabla 1**
Base de datos resumida.

Para ver si el tratamiento del cuerpo momificado evidencia la existencia o no de homogeneidad dentro y entre los grupos muisca, lache y guane (pregunta de investigación), el análisis se enfocó en los individuos de procedencia conocida. En las coordenadas geográficas se analizaron los rasgos especiales del tratamiento del cuerpo y los materiales, incluyendo las categorías y elementos. Es importante resaltar que de 54 individuos en total, únicamente se conocía el lugar de procedencia de 35, los cuales se pueden observar en la **Tabla 1**.

## Análisis de materiales

La muestra arrojó un total de 29 tipos de materiales (**Tabla 2**); los más comunes fueron el textil, los cordones, el enmallado y el cuero. El análisis reveló que existen materiales que hacen parte únicamente del ajuar de los fardos; este fue el caso de Chiscas, en donde los chumbes hechos de cabello, los cordones del enmallado, los bejucos y los chumbes de cabuya pertenecen exclusivamente a los fardos procedentes de este lugar.

| Material | Código |
|---|---|
| Enmallado | 1 |
| Textil-mantas | 2 |
| Chumbe textil | 3 |
| Chumbe pelo | 4 |
| Textil en la boca u otra cavidad corporal | 5 |
| Fibra vegetal | 6 |
| Cabuya-fique | 7 |
| Cordón | 8 |
| Totumo | 9 |
| Orfebrería o materiales metálicos | 10 |
| Dientes | 11 |
| Collar | 12 |
| Conchas | 13 |
| Cuero | 14 |

**Tabla 2**
Códigos de los materiales de las momias analizadas.

| Material | Código |
|---|---|
| Piedras | 15 |
| Mochila | 16 |
| Poporo y palillo | 17 |
| Peine | 18 |
| Cucharas | 19 |
| Cerámica | 20 |
| Gorro | 21 |
| Diadema | 22 |
| Instrumentos musicales | 23 |
| Accesorios en madera o caña | 24 |
| Alfileres | 25 |
| Cordones o fibras del enmallado | 26 |
| Totumo sombrero | 27 |
| Chumbe de cabuya | 28 |
| Bejuco | 29 |

**Cont. Tabla 2**
Códigos de los materiales de las momias analizadas.

Igualmente, el análisis reveló la existencia de materiales que coinciden en individuos enfardelados de diferente procedencia e incluso de diferente área (**Tablas 3-5**). De igual forma, hay artefactos comunes a los fardos y momias procedentes del mismo lugar (**Tablas 6** y **7**). Esto mismo sucede con momias y fardos de diferente procedencia (**Tablas 8** y **9**). Los artefactos en común también están presentes en momias sin enfardelar de distinta procedencia y área (**Tablas 10** y **11**).

| Código | Sitio | Chumbe Textil | Fibra Vegetal |
|---|---|---|---|
| 42-IX-3956 | Chiscas | Presente | Ausente |
| S 006-IX | Chiscas | Presente | Ausente |
| 44-VI-950 | Chiscas | Ausente | Presente |
| Pasca 1 | Mesa de los Santos | Presente | Presente |
| D-0013 | Gachantivá | Ausente | Presente |

**Tabla 3**
Materiales compartidos por momias enfardeladas de diferente procedencia.

| Código | Sitio | Totumo | Accesorios en madera |
|---|---|---|---|
| S 018-IX | Chiscas | Presente | Ausente |
| S 005-IX | Chiscas | Ausente | Presente |
| D-0009 | Pisba | Presente | Presente |

**Tabla 4**
Materiales de fardos del área lache

| Código | Sitio | Objetos de cerámica |
|---|---|---|
| D-0013 | Gachantivá | Presente |
| D-0009 | Pisba | Presente |

**Tabla 5**
Presencia de objetos de cerámica como parte del ajuar en fardos de diferente procedencia.

| Código | Textil | Fardo |
|---|---|---|
| D-0013 | Presente | Presente |
| BM-1842-11-12-1 | Presente | Ausente |

**Tabla 6**
Presencia de textil en el fardo y la momia sin enfardelar procedentes de Gachantivá.

| Código | Textil | Totumo | Poporo y palillo | Gorro | Accesorios en madera | Fardo |
|---|---|---|---|---|---|---|
| D-0009 | Presente | Presente | Presente | Presente | Presente | Presente |
| S 004-IX | Presente | Presente | Presente | Presente | Presente | Ausente |

**Tabla 7**
Materiales que tienen en común la momia sin enfardelar y el fardo procedentes de Pisba.

| Código | Sitio | Textil en la boca | Fardo |
|---|---|---|---|
| 38-I-776 | Socotá | Presente | Ausente |
| D-0009 | Pisba | Presente | Presente |

**Tabla 8**
Presencia de textil en individuos enfardelados y no enfardelados de diferente procedencia.

**Tabla 9**
Presencia de objetos metálicos en individuos enfardelados y no enfardelados de diferente procedencia.

| Código | Sitio | Objetos metálicos | Fardo |
|---|---|---|---|
| D-0013 | Gachantivá | Presente | Presente |
| S 004-IX | Pisba | Presente | Ausente |

**Tabla 10**
Materiales que comparten momias sin enfardelar de diferente procedencia.

| Código | Sitio | Dientes | Collar |
|---|---|---|---|
| BM-1838-11-11-1 | Villa de Leyva | Presente | Presente |
| S 004-IX | Pisba | Presente | Presente |

**Tabla 11**
Artefacto que comparten individuos sin enfardelar de diferente procedencia.

| Código | Sitio | Peine |
|---|---|---|
| D-0002 | La Purnia | Presente |
| S 004-IX | Pisba | Presente |

Igual que en los fardos de Chiscas, existen algunos materiales que pertenecen exclusivamente a momias sin enfardelar; este es el caso de las procedentes de Villa de Leyva, Socotá, La Purnia y Pisba con conchas, piedra, cucharas y alfiler, respectivamente. Estos materiales son objetos únicos en la muestra.

Al analizar los materiales también se tuvieron en cuenta los datos de las categorías y los elementos, es decir, la variedad y cantidad de los materiales, con el fin de ver su relación con los rasgos especiales del tratamiento del cuerpo. Ello sugirió que la mayor cantidad y variedad de materiales se empleó en la elaboración de los fardos; las 18 momias enfardeladas presentan los promedios más altos de categorías y elementos comparados con los otros rasgos especiales analizados en el tratamiento del cuerpo. Los individuos con señales de quema

($\eta = 4$) tienen promedios de 1,25 categorías y 2,25 elementos, para las momias que tienen deformación craneal ($\eta = 8$), el promedio de las categorías y los elementos es 1,1 y 3,1 respectivamente. Debido a la mayor cantidad y variedad de materiales empleados en la elaboración de los fardos, las momias enfardeladas ($\eta = 18$) presentan promedios más altos por categoría (4,5) y elementos (9,7).

## Análisis de los rasgos especiales

La exposición al fuego probablemente estuvo ligada al ritual mortuorio o al proceso de momificación como tal. De las 35 momias analizadas, presentan este rasgo solo cuatro (4) individuos procedentes de Socotá, Guatavita, Duitama y Chiscas. El área guane no reporta esta característica, debido a que posiblemente en La Mesa de los Santos y en La Purnia se hicieron rituales diferentes en los cuales no se utilizó fuego o, si se utilizó, no hizo contacto con las momias, tal y como explica Cifuentes (1989). Igualmente, en este sector el proceso de momificación se dio naturalmente (Cárdenas 1990), por consiguiente el fuego no fue usado para dicho fin.

La deformación craneal está presente en sitios de las tres áreas, más precisamente en La Mesa de los Santos, Guatavita, Ubaté, Villa de Leyva y Chiscas, siendo La Mesa de los Santos el lugar de mayor concentración, aunque no todas las momias procedentes de este lugar presentan este rasgo.

El enfardelamiento se dio en sitios del área lache (Chiscas y Pisba), guane (La Mesa de los Santos) y muisca (Gachantivá y Duitama). Es de resaltar que Chiscas es el lugar en donde se presenta la mayor concentración de esta práctica. Aunque el uso de fardos está extendido en todas las zonas de la muestra, se concentra en la zona lache. Un hecho interesante dentro de la muestra es que en todos los sitios en donde se reportaron fardos existen momias sin este rasgo especial. Para finalizar, solo en Ubaté se reportó un caso de extracción cultural de cerebro.

## Consideraciones finales

En los diferentes sitios analizados del altiplano cundiboyacense y de Santander que representan a los grupos lache, muisca y guane se puede ver en los cuerpos momificados que existen diferencias entre los grupos y dentro de ellos. De igual manera, hay aspectos y elementos compartidos entre y dentro de los mismos, lo que significaría que no se trataba de grupos muy homogéneos o cerrados, sino que existieron fuertes similitudes y relaciones en toda la zona.

Las observaciones planteadas anteriormente permiten establecer la existencia de fardos en los tres grupos analizados, lo cual sugiere que este tratamiento especial al cadáver no se puede usar como indicador étnico o de procedencia geográfica. Para Cárdenas (1989b) el enfardelamiento servía para evitar que los restos de la momia se dispersaran; sin embargo, los resultados de esta investigación señalan a las momias enfardeladas como una posible manera de expresar el estatus y la jerarquía de un individuo muerto y su familia, lo cual se deduce de la cantidad de bienes utilizados en la elaboración de los mismos, ya que las momias sin enfardelar y demás individuos con rasgos especiales en el tratamiento no tienen ni la cantidad ni la variedad de materiales de fardos, además que no todos los individuos momificados eran enfardelados. Estos resultados apoyan la idea de Langebaek (1992) según la cual el gasto de energía y bienes en el proceso de momificación fortalecía el prestigio de la familia del muerto y mostraba tal distinción como algo normal. Los fardos aquí analizados, con más elementos en su ajuar que el resto de las momias estudiadas, hacen pensar que la momificación por enfardelamiento pudo ser una forma de expresar prestigio y riqueza.

Para el caso de Chiscas, los fardos pudieron guardar individuos pertenecientes a un grupo o quizás a una familia de alto prestigio, si se considera la cantidad de fardos de diferentes edades y sexos encontrados en la zona, así como la elaboración y la variedad de los materiales. La idea de que pueden pertenecer a una familia o grupo viene de su hallazgo en un área bien delimitada. Es importante mencionar un caso en Chita,

Boyacá (Suárez y Sanabria 1983:46-47), donde se halló otra necrópolis similar a la de Chiscas. Es posible que allí existiera otro grupo de prestigio para el cual el ancestro fuera la imagen para acceder a territorio y brindar estatus a sus descendientes.

Otro caso interesante es el de La Mesa de los Santos y La Purnia, del área guane. Este sector reportó más variedad en el tratamiento del cuerpo, la posición del mismo y la práctica de la deformación craneal que en todos los demás sitios. Siguiendo a Boada (1998), la característica de la deformación craneal representaría estatus heredado, es decir, se reconoce y diferencia un individuo como miembro de una familia de alta posición. Por otro lado, las momias sin deformación craneal pudieron ser individuos de estatus adquirido, en reconocimiento por las cualidades y características individuales. Para el caso guane, los individuos con deformación pudieron tener una relación de competencia por el prestigio con los individuos no deformados a través del estatus que la momificación representaba. El ancestro de los habitantes de La Mesa de los Santos y La Purnia, como en Chiscas, habría permitido mantener el prestigio y el control del territorio e indicando la capacidad económica de los descendientes.

La deformación craneal no fue exclusiva de los guanes, pues la muestra revela que todos los grupos la practicaron; esto sugiere que esta práctica sirvió como marcador social dentro de los grupos y no como marcador de identidad étnica, tal y como se vio para el caso de La Mesa de los Santos y La Purnia.

Al inicio de este artículo se mencionó la importancia del ancestro femenino en la sociedad muisca. La matrilinealidad, y con ella el derecho de los descendientes a un territorio, se reforzaría al establecer nexos genealógicos con una momia. En otras palabras, en sitios como Villa de Leyva, Ubaté y Toquilla, donde las momias con deformación craneal pertenecen al sexo femenino, se habría utilizado al ancestro para mantener la territorialidad.

Resumiendo, existen similitudes y diferencias entre muiscas, laches y guanes, y dentro de ellos, lo que hace pensar que los grupos que se han delimitado principalmente en la

tipología cerámica no están claramente definidos en el análisis de las momias. Los resultados de este análisis apuntan más bien a la existencia de diferentes grupos no necesariamente aislados, en los cuales la figura del ancestro jugó un papel importante, quizás por la inestabilidad política de estas sociedades cacicales, al permitir el acceso a un territorio y al reforzar el estatus y la jerarquía.

Los estudios de momias de Colombia son recientes y escasos, e infortunadamente se carece de datos arqueológicos que arrojen luz sobre la momificación en este sector. Mucha información acerca de las momias de la Cordillera Oriental proviene de las crónicas, por lo que algunos investigadores ven dichas descripciones y sus interpretaciones con poca credibilidad, y las tienen como información superficial y especulativa. Pero estos datos son los únicos que hasta el momento existen para proponer interpretaciones y entender el tema. Como se mencionó al inicio, el artículo presenta información con una nueva aproximación al estudio sobre momias y su aplicación en el análisis de las relaciones dentro de los grupos muisca, lache y guane, y entre ellos, con la esperanza de ser el inicio de múltiples estudios en el área.

La investigación también aspira a promover nuevos estudios y aclarar nuevos interrogantes acerca de esta zona y el estudio de las momias. Es conveniente aportar más información del altiplano cundiboyacense y de Santander, lo cual puede iniciar con la visita, y posterior documentación, a otros museos y colecciones que tengan momias de esta área, incrementándose así el número de la muestra en la base de datos. Es también importante realizar diversos análisis a las momias; radiografías y tomografías computarizadas ayudarían a conocer la composición de los fardos de Chiscas mediante la ayuda de métodos no destructivos.

Otro tipo de análisis tendría que ver con estudios de patologías y nutrición, para aportar datos acerca de la economía de las sociedades de esta zona. Los análisis de ADN ayudarían a establecer si los fardos encontrados en Chiscas pertenecen o no al mismo grupo familiar. Por último, un análisis más detallado de los materiales de las momias aquí registradas aportaría

interesantes datos acerca de las relaciones de intercambio de productos entre zonas, así como la relación de ese intercambio con objetos de prestigio y la organización política de estas sociedades.

## Agradecimientos

Agradezco los comentarios de los evaluadores anónimos, así como las correcciones hechas por Julián Jiménez. Esta investigación fue posible gracias a la ayuda del ICANH y de los diferentes museos visitados. Asimismo, agradezco a Víctor González Fernández por sus conocimientos, ayuda y comentarios en el desarrollo de esta investigación.

## Referencias

Boada, A. M.

1998 Mortuary traditions and leadership: a Muisca case of the Valle de Samacá, Colombia. En A. Oyuela-Caicedo y J. Scott (eds.) *Recent advances in the archaeology of the northern Andes: in memory of Gerardo Reichel-Dolmatoff*. University of California, Los Angeles, pp. 55-67.

Boada, A. M.; S. Mora y M. Therrien

1988 La arqueología: cultivo de fragmentos cerámicos. Debate sobre clasificación cerámica en el altiplano cundiboyacense. *Revista de Antropología y Arqueología* 4(2):161-197.

Brown, J.

1991 Andean mortuary practices in perspective. En T. Dillehay (ed.) *Tombs for the living*. Dumbarton Oaks. Washington, pp. 391-405.

1995 On mortuary analysis with special reference to the Saxe-Binford research program. En B. Lane (ed.) *Regional approaches to mortuary analysis*. Plenum Press, Nueva York, pp. 3-26.

Cárdenas, F.

1989a La momificación indígena en Colombia. *Boletín Museo del Oro* 25:120-123.

1989 b El enmochilado de Chiscas: un caso de momificación en el siglo XVIII DC para la antropología física actual. En S. Mora, F. Cárdenas y M. Roldan (eds.) *V Congreso de Antropología. Simposio de Arqueología y Antropología Física*. ICAN-Colcultura, Icfes, Universidad de Los Andes, Bogotá, pp. 235-249.

1990 Moque, momias y santuarios: una planta en el contexto ritual. *Revista de Antropología y Arqueología* 6(2):41-58.

1998 Las momias de los antiguos. Rito y poder en Colombia prehispánica. Catálogo de exposición, Museo Universitario, Universidad de Antioquia, Medellín.

Cifuentes, A.

1989 Reseña de un sitio arqueológico en La Mesa de los Santos (Santander). *Boletín de Arqueología* 4(2):33-40.

Correal, G. e I. Flórez

1992 Estudio de las momias guanes de La Mesa de los Santos (Santander-Colombia). *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales* 18(70):283-289.

Falchetti, A.

2003 *La búsqueda del equilibrio*. Academia Colombiana de Historia, Bogotá.

Falchetti, A. y C. Plazas

1973 *El territorio de los muiscas a la llegada de los españoles*. Universidad de Los Andes, Bogotá.

Giraldo, G.

1941 El cementerio indígena de Los Santos. *Boletín de Historia y Antigüedades* 28(315-326):306-322.

Langebaek, C.

1987 a *Mercados, poblamiento e integración étnica entre los muiscas*. Banco de la República, Bogotá.

1987 b Tres formas de acceso a recursos en territorio de la confederación del Cocuy, siglo XVI. *Boletín Museo del Oro* 18:29-45.

1992 Competencia por prestigio político y momificación en el norte de Sudamérica y el Istmo de Panamá. *Revista Colombiana de Antropología* 29:7-26.

1995 Heterogeneidad vs. homogeneidad en la arqueología colombiana. *Revista de Antropología y Arqueología* (11):3-36

Lleras, R.

1989 La arqueología de Santander: Los Guanes. En *Arte de la tierra. Muiscas y guanes*. Fondo de Promoción Banco Popular, Bogotá, pp. 17-21.

Lleras, R. y C. Langebaek

1987 Producción agrícola y desarrollo sociopolítico entre los chibchas de la Cordillera Oriental y la Serranía de Mérida. En R. Drennan y C. Uribe (eds.) *Chiefdoms in the Americas*. University Press of America, Londres, pp. 251-270.

Morales, J.

1984 Etnohistoria Guane. En J. Morales y G. Cadavid (eds.) *Investigaciones etnohistóricas y arqueológicas en el área guane*. FIAN, Banco de la República, Bogotá, pp. 13-72.

1989 Etnohistoria Guane. En P. Mora y A. Guerrero (comps.) *Historia y culturas populares. Los estudios regionales en Boyacá*. Instituto de Cultura y Bellas Artes de Boyacá, Instituto Andino de Artes Populares, Tunja, pp. 83-90.

Osborn, A.

1989 Multiculturalism in the eastern Andes. En S. Shennan (ed.) *Archaeological approaches to cultural identity*. Unwin Hyman, Londres, pp. 141-156.

Perdomo, L. de

1974 *Introducción al estudio de la cerámica muisca*. Tesis de grado, Departamento de Antropología, Universidad de Los Andes, Bogotá (sin publicar).

Ribero, H.

1986 *Un recorrido por la provincia de los indígenas guanes del departamento de Santander: desde la época prehispánica hasta su desaparición*. Tesis de grado, Departamento de Antropología, Universidad de Los Andes, Bogotá (sin publicar).

Rodríguez, H.

1940 Los Guanes. *Revista Estudio* (94-96):312-336.

Rodríguez, J.

1999 *Los Chibchas: pobladores antiguos de los Andes Orientales. Adaptaciones bioculturales*. FIAN, Banco de la República, Bogotá.

Silva, E.

1944 La antigua civilización lache. *Órgano de la Contraloría General de la República* 1(5):82-90.

1945 Contribución al conocimiento de la civilización de los lache. *Boletín de Arqueología* 1(5):371-424.

Suárez, M. y A. Sanabria.

1983 *El ayer y el hoy de la cultura lache*. Tesis de grado, Facultad de Bellas Artes, Universidad de la Sabana, Bogotá (sin publicar).

Valverde, A.

2002 *Análisis funcional de la momificación prehispánica*. El caso de altiplano cundiboyacense. Tesis de grado, Departamento de Antropología, Universidad de Los Andes, Bogotá (sin publicar).

Wiesner, L. y F. González

1993 Etnoarqueología en el norte de Boyacá. *Revista Ambiente y Desarrollo* 1(1):45-60.

Zerda, L.

1972 *El Dorado*. Biblioteca Banco Popular, Bogotá.

Fecha recepción
15/04/2003

Fecha aceptación
18/07/2003

# Estudio de los restos humanos y de fauna del sitio arqueológico Hacienda Malagana

Gonzalo Correal Urrego, Leonor Herrera Ángel, Marianne Cardale de Schrimpff y Carlos Armando Rodríguez

Resumen

En las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo en 1994 y 1995 en el entonces recién descubierto sitio Hacienda Malagana (Valle del Cauca, Colombia) se encontraron varios entierros humanos datados en un período que comprende los dos últimos siglos antes y después del comienzo de la era cristiana, que formaron parte del material cultural que sirvió para definir una nueva cultura, denominada Malagana. En este artículo se presenta el análisis de los restos óseos de estos entierros, complementado con datos sobre la disposición de los cadáveres y los ajuares. También se incluye el análisis de los restos óseos de animales encontrados en las excavaciones. Estos datos complementan los obtenidos en posteriores excavaciones de entierros de la cultura Malagana en otros yacimientos del Valle del Cauca.

Palabras clave

Malagana, restos óseos, Valle del Cauca.

## Abstract

During the 1994-1995 field season at the recently discovered archaeological site at the Hacienda Malagana (Valle del Cauca, Colombia) several human burials were excavated. They were all dated to the Malagana period (final centuries of the first millennium BC and the initial centuries of the following era). In this article the skeletons from these burials are analysed in the context of the individual graves and the accompanying grave goods. The small number of animal bones present at the site are identified. This information complements that from later burials belonging to the Malagana culture excavated at other sites in the Cauca valley.



Keywords

Malagana culture, human burials, Valle del Cauca.

## Introducción

Del sitio arqueológico denominado Hacienda Malagana hay ya información publicada, de carácter general y también sobre temas específicos. Este artículo es un esfuerzo por dar a conocer otro de los aspectos especializados de la investigación: el análisis del material óseo recuperado en las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en el sitio entre finales de 1994 y comienzos de 1995. En la breve reseña del sitio y las investigaciones que se hace a continuación, se asume que a disposición del lector hay fuentes complementarias de información.

La Hacienda Malagana queda en la planicie aluvial del río Cauca (departamento del Valle del Cauca, municipio de Palmira, corregimiento de El Bolo). Sobre los aspectos del hallazgo y posterior saqueo del sitio, véase a Botiva *et al.* (1993) y Herrera *et al.* (2001). En Cardale *et al.* (1994) y Rodríguez *et al.* (1994) se pueden encontrar datos preliminares de las excavaciones de salvamento. En Cardale *et al.* (1999) se analizan las ofrendas y los entierros, dos de las categorías más importantes de hallazgos en las excavaciones de 1994-1995.

En la Hacienda Malagana se definió un nuevo componente arqueológico, que pasó a denominarse cultura Malagana. Sin embargo, en las excavaciones de 1994-1995 se hallaron evidencias de otras tres culturas: la más antigua de ellas, llamada provisionalmente Proto Ilama, parece ser la precursora de

Ilama, la segunda cultura. Estas dos son anteriores a Malagana; posterior a esta, el sitio fue habitado de nuevo por gente de la cultura El Bolo-Quebrada Seca, de la Tradición Sonsoide.

Desde la década del noventa hasta ahora se han descubierto y estudiado otros sitios de asentamiento de la cultura Malagana (véase, por ejemplo, el resumen de Rodríguez 2002). Aunque existen varias fechas de radiocarbono para esta cultura, que abarcan un rango de casi seis siglos antes y después del comienzo de la era cristiana, las de los extremos presentan algunos problemas (Bray *et al.*, en prensa). Aunque de ninguna manera es el caso de descartarlas o ignorarlas, por prudencia es preferible en este momento postular una duración para la cultura Malagana entre los años 100 AC y 300 DC.

Los restos óseos analizados en este artículo corresponden a entierros de la cultura Malagana excavados en un sector de la hacienda alejado de aquel sector donde se concentró la guaquería y se saquearon las tumbas más ricas. Mientras este último sector quedaba en la parte sur del área antiguamente delimitada por una enorme estructura compuesta por terraplenes bordeados por zanjas (Herrera *et al.*, en prensa), el sector excavado arqueológicamente corresponde al extremo nororiental de la estructura y quedó muy cercano al borde interno de esta (**Figura 1**).

Debido en buena parte al origen aluvial de los suelos y a la ausencia de mezcla de humus en los rellenos de las tumbas, estas eran difícilmente detectables en la matriz de excavación, la cual, a su vez, correspondía en parte a un enorme relleno natural o artificial y en parte a estratos aluviales y sedimentos de lagos y pantanos. Así, con frecuencia los entierros se hacían evidentes apenas afloraban los restos óseos. Sin embargo, como se trataba de una excavación en área, a posteriori fue posible identificar el pozo a profundidades menores. Estos pozos eran más bien irregulares, ni rectangulares ni ovoides. Estaban ausentes las cámaras o nichos típicos de los entierros de la cultura Yotoco en la región Calima (para hacer los cuales el terreno no era lo suficientemente estable), así como las antefosas, que se encontraron con frecuencia en Coronado (Herrera y Cardale 1999), otro sitio de entierros de la cultura Malagana.

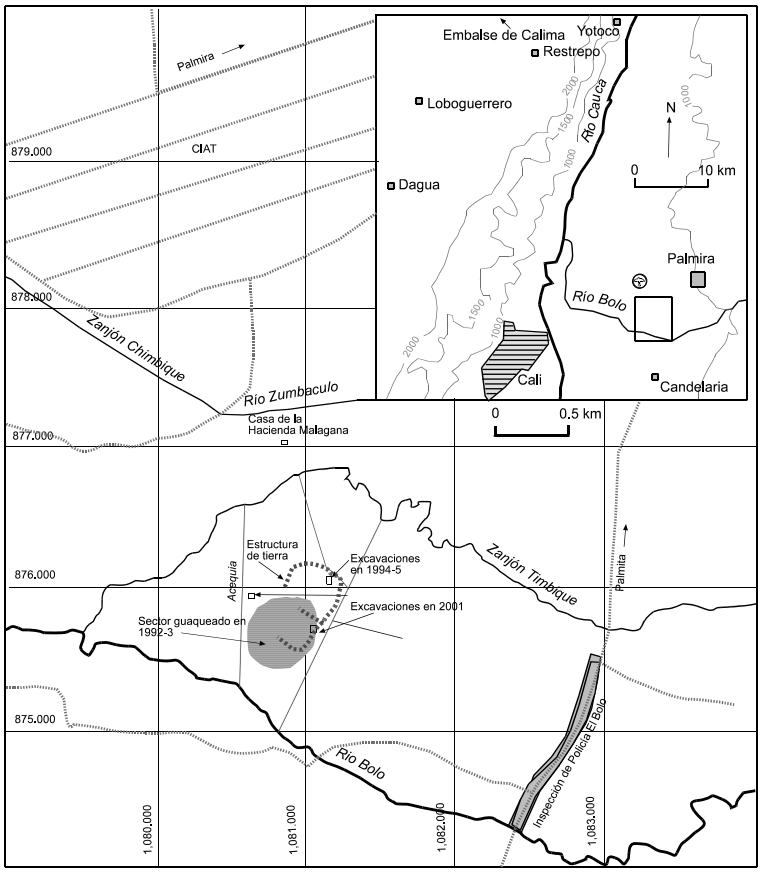



**Figura 1**
Localización de la Hacienda Malagana y de las excavaciones.

Tampoco se detectaron en este sector del sitio los entierros en pozos recubiertos con metates o con bloques de piedra, como sí se reportaron en el sector guaqueado más al sur, en tumbas que contenían ajuares muy numerosos, con piezas de cerámica sobresalientes y objetos de oro (Herrera *et al.* 1994). Huelga decir que en las excavaciones arqueológicas tampoco aparecieron ajuares de esta clase, aunque una variedad de rasgos detectados insinúa la importancia ritual de este sector del sitio. Entre estos rasgos hay ciertas características de los mismos entierros y algunas asociaciones de huesos de animales (posiblemente entierros rituales) y, finalmente, los depósitos rituales de cuarzo y de vasijas antropomorfas que representan mujeres jóvenes sentadas sobre los talones.

Sobre las profundidades de los entierros y otros hallazgos que se describen en este artículo, hay que anotar que en la adecuación del terreno de la hacienda para el cultivo industrial de la caña de azúcar se perdió una capa de por lo menos 50 cm, que correspondió a la ocupación Sonsoide (además de la destrucción de los restos de la estructura que rodeaba el sitio y debía tener alrededor de 2 m de altura). El nivel de la excavación arqueológica estaba 10 cm por debajo de la superficie, en 1994, pero es difícil determinar si también se perdió algo del suelo formado durante la ocupación Malagana y a qué profundidad estaban los entierros antes de las nivelaciones.

La mayor parte de los restos óseos fueron hallados en un avanzado estado de deterioro, debido a la altura del nivel freático y a la formación de concreciones calcáreas que se adhirieron a los restos y alteraron espesores y diámetros.

En terreno, se hizo todo lo posible para que los restos humanos se vieran afectados lo menos posible por la exhumación y transporte al laboratorio. Se utilizó una solución de paraloid para reforzarlos y a los cráneos se los recubrió además con alginato y luego con yeso como protección. Una vez transportados a Bogotá, fue necesario someter el material osteológico a un tratamiento de consolidación en el antiguo entonces Centro de Restauración de Colcultura.

## Restos humanos

En las excavaciones llevadas a cabo entre 1994 y 1995 en la Hacienda Malagana (**Figura 2**), se registraron diecisiete (17) enterramientos humanos que comprenden nueve (9) adultos y ocho (8) niños. En los casos en que fue posible la determinación de la posición del cadáver, esta corresponde a decúbito dorsal con los miembros extendidos (entierros Nos. 1, 4, 6, 7, 11, 12, 14, 15, 16); el entierro No. 2, muestra igualmente posición decúbito dorsal, pero con los muslos dirigidos hacia la derecha, las piernas flejadas sobres estos y los antebrazos sobre la región abdominal.

Todos los entierros son primarios. Sin embargo, conviene señalar que se dieron algunas particularidades específicas, como la observada en el entierro No. 7, al cual le fue colocada una mandíbula que no corresponde con el cráneo; este elemento debió ser colocado al momento de la inhumación. Otra modalidad funeraria en el sitio de Malagana consistió en el entierro de cráneos aislados, como ocurre en el No. 5, que corresponde a un niño, y el No. 17, en el que se encontraron restos que corresponden a una pared craneal muy desintegrada y piezas dentarias. Los esqueletos se encontraron orientados hacia el norte, a excepción de los entierros Nos. 2 y 16, que fueron colocados en posición oriente-occidente con el cráneo hacia el este. Siete de los cráneos estudiados (Nos. 2, 4, 6, 7, 12, 15 y 16) muestran deformación craneal artificial del tipo tabular erecta (compresión occipital) [1].

Además de los casos de este tipo de deformación ya descritos por Galarza (1981) para el municipio de Los Santos (departamento de Santander), se deben mencionar cinco casos (cráneos Nos. 1, 2, 3, 5, 6) referidos por José Vicente Rodríguez (1990) en el sitio de Guabas (municipio de Buga, departamento del Valle del Cauca).

---

[1] Los cráneos con deformación craneal del sitio arqueológico Hacienda Malagana fueron sometidos a Rx con la colaboración de Dr. Fernando Medina, M. D., con el fin de facilitar la observación lateral, la elaboración de diagramas sagitales y la determinación de ángulos de oblicuidad.

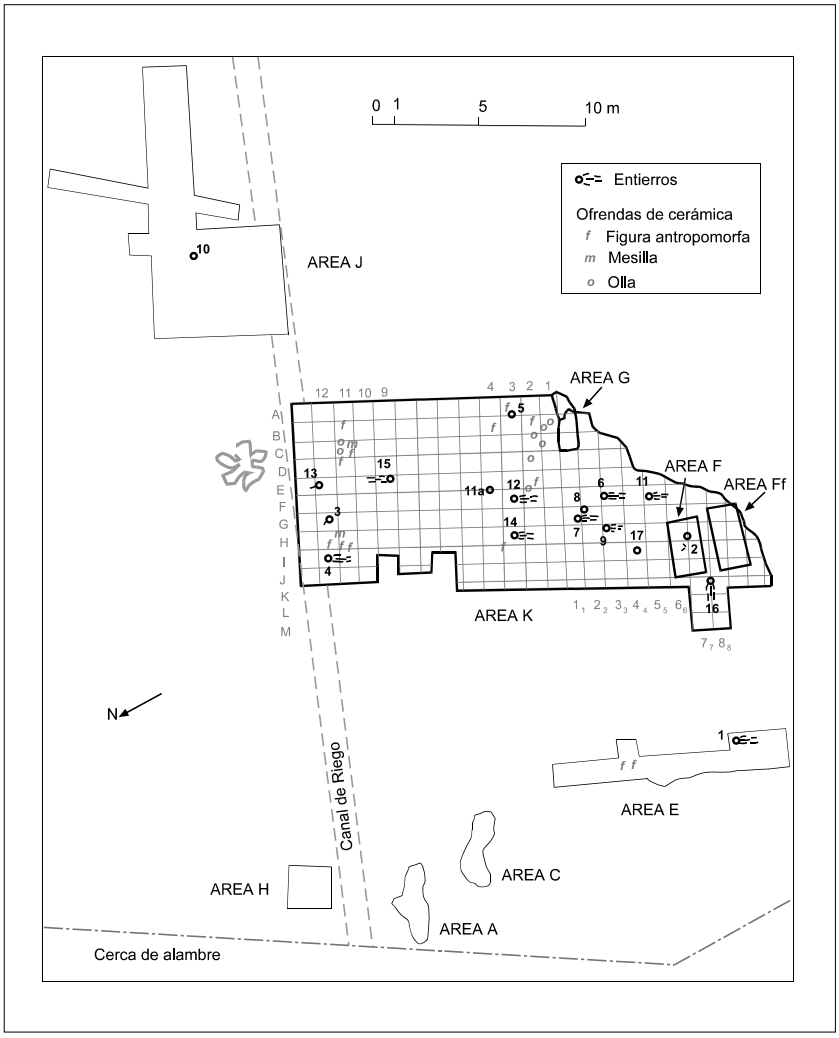



**Figura 2**
Excavaciones en la Hacienda Malagana (1994-1995) y ubicación de los entierros.

## Criterios para el análisis

*Determinación del sexo*: para esta determinación se tuvieron en cuenta los criterios sustentados por Montagú (1960), Brothwell (1981), Comas (1983), Ubelaker (1989) y Buikstra y Ubelaker (1994).

*Determinación de la edad*: En la determinación de la edad de muerte fueron tenidos en cuenta los modelos elaborados por Stewart (1970), Brothwell (1981), Comas (1983), Skinner y Lanzemby (1983), Lovejoy (1985), Lovejoy *et al.* (1985), Walker y Lovejoy (1985), Krogman e Iscan (1962), Ubelaker (1989) y Buikstra y Ubelaker (1994). Como modelo de categorías de edad se tomó el establecido en Standards for Data Collection from Human Skeletal Remains (Buikstra y Ubelaker 1994), así:

# F = # Fetal (antes del nacimiento)

# I = # Infante (desde el momento del nacimiento hasta los tres años)

# C = # Niño (3-12 años)

# AO = Adolescente (12-20 años)

# YAd = Adulto Joven (20-35 años)

# MAd = Adulto Medio (35-50 años)

# OAd = Adulto Viejo (más de 50 años)

Los procedimientos correspondientes a puntos de referencia y medidas del esqueleto craneal y poscraneal fueron orientados igualmente por los criterios propuestos por Moore-Jansen y Jantz (1989). En la determinación de medidas, características no métricas, observaciones dentales y patologías óseas, se siguieron las recomendaciones de la Asociación de Paleopatología (Jerome *et al.* 1994). Para la determinación de los grados de atrición dental, se tuvieron presentes las pautas recomendadas por Brothwell (1987) y Buikstra y Ubelaker (1994); para los grados de resorción alveolar, las de Brothwell (1981), y para el

estudio de variantes no métricas, a Salas y Pijoam (1982), así como las recomendaciones del comité para la base de datos de restos óseos de la Asociación Estadounidense de Paleopatologia.

*Determinación de la talla*: estas mediciones se basaron en las tablas de Genovés (1967).

## Características de los restos humanos de los entierros

A continuación se presentan datos sobre el contexto de hallazgo y las principales características de los restos humanos analizados. En la **Tabla 1** se resumen estos datos.

### Entierro No. 1 (área E, cuadrícula C)

El entierro estaba orientado noreste-suroeste. El esqueleto, bastante completo, se encontró a metro y medio de profundidad y como ajuar contenía una aguja de hueso en la región del tórax, y en la pelvis, una concha y un caracol (**Figuras 3** y **4**). El biólogo Rafael Contreras identificó el caracol como un gasterópodo marino de la especie *Fasciolaria princeps*, al cual se le retiró la voluta del cuerpo; en cuanto al bivalbo, su estado de conservación era regular, pero parece tratarse de un ejemplar de agua dulce, aunque también tiene alguna similitud con ejemplares marinos de la familia Tersinidae.

El cadáver, de un adulto medio, de sexo masculino y 1,63 m de estatura, estaba en posición decúbito dorsal con los miembros extendidos. No muestra deformación craneal artificial, ni alteraciones óseas de carácter cultural. Fracturas *post mortem* afectan el parietal derecho y la región temporal así como el parietal izquierdo y toda la región facial izquierda. Hay pérdida de la región maxilar. Las medidas del cráneo y de los huesos del esqueleto poscraneal de éste y los siguientes entierros están resumidas en las **Tablas 2** y **3**.

| Unidad de excavación | | | Orientación | Posición | | | Características esqueleto | | | | | Modificaciones culturales | | Patológias dentales | | | | | | Poscr. | Ajuar |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| No. | Área | Cuadrícula | | Cráneo solo | Decúbito dorsal | Otro | Edad | Sexo | Huesos wormianos | Dientes pala | | Cráneo deformado | Dientes con facetas | Hipoplasia | Desgaste | Caries | Pérdida | Cálculo | Abceso | Enfermedad articular degenerativa | |
| 1 | E | | NS | | X | | medio (35-45 años) | M | X | | | | | | X | – | X | | | X | 1 concha y 1 caracol marino, 1 aguja (?) roto en hueso |
| 2 | F | | | | X | X | 20-24 | F | | X | | X | X | | X | – | X | X | | | |
| 3 | K | G/12 | | | | | adulto joven? | I | | X | | no hay datos | X | | | | | | | | 2 ollas burdas |
| 4 | K | I/11-12 | NS | | X | | 20-24 | M | | | | X | | X | X | – | X | | | | alcarraza |
| 5 | K | B/3 | | X | | | niño | I | | | | | | | | – | | | | | cuenco, dec. pint. |
| 6 | K | $F/2_2$-$4_4$ | NS | | | | medio (35-45 años) | M | | | | X | | | | – | | | X | | alc. ave estilizada, 2 cuentas de cristal de roca en la boca |
| 7 | K | $G/1_1$-$2_2$ | NS | | X | | adulto joven | M | | | | X | | | X | | | | | | |
| 7a | | mandíbula postiza | | | | | | I | | | | | | | | | X | | | | |
| 8 | K | $G/2_2$ | NS | | | | niño | I | | | | | | | | | | | | | |
| 9 | K | $G-H/3_3$ | NS | | X | | niño (4-5 años) | I | | | | | | | | | | | | | cuenco Malagana Inciso |

**Tabla 1**
Características de los entierros.

**Cont. Tabla 1**
Características de los entierros.

| Unidad de excavación | | | Orientación | Posición | | | Características esqueleto | | | | Modificaciones culturales | | Patológias dentales | | | | | | Poscr. | Ajuar |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| No. | Área | Cuadrícula | | Cráneo solo | Decúbito dorsal | Otro | Edad | Sexo | Huesos wormianos | Dientes pala | Cráneo deformado | Dientes con facetas | Hipoplasia | Desgaste | Caries | Pérdida | Cálculo | Abceso | Enfermedad articular degenerativa | |
| 10 | J | D-I/2-5 | | | | | adulto | I | | | | | | | | | | | | |
| 11 | K | F/$5_5$-$6_6$ | NS | | | | infantil | I | | | ? | X | | | | | | | | |
| 11a | K | E-F/4 | | X | | | | I | | | | | | | | | | | | 1 argolla miniatura y 1 dije en forma de olla, tallado en piedra verde |
| 12 | K | F/1-3 | NS | | X | | adulto joven | M | | | X | | | X | X | X | | | | 1 cristal (entero, sin perforar), 1 caracol terrestre (*Plekocoileus*), 1 concha |
| 13 | K | E/11-12 | | | X | | 4-5 | I | | | | | | | | | | | | |
| 14 | K | H/2-3 | NS | | X | | 5-6 | I | | | | | X | | X | | | | | |
| 14a | K | H/3-4 | | | | | adulto? | I | | | | | | | | | | | | cuenco aquillado |
| 15 | K | E/9-10 | | | | | adulto joven | F | | | X | | X | X | | X | | | | |
| 16 | K | K-L/$7_7$-$8_8$ | EW | | X | | | F | | | | | | X | X | | | | | |
| 17 | K | I-$4_4$ | | X | | | | I | | | | | | | | | | | | 1 collar en oro (1 ave, 100 cuentas), 12 cuentas jade (?), 3 de cristal de roca |

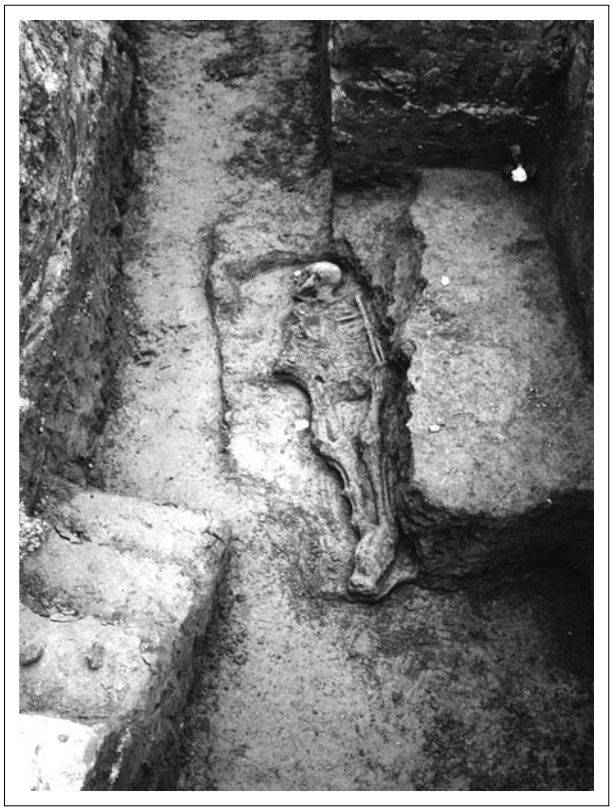


**Figura 3**
Esqueleto No. 1
(área E, cuadrícula C).

**Figura 4**
Ajuar del entierro
No. 1. La aguja de hueso
mide 7,2 cm de largo,
la concha 6,5 cm y el
caracol 13,6 (área E).

**Tabla 2**
Medidas del cráneo.

| Número de Entierro | | 1 | 2 | 4 | 6 | 7 | 12 | 15 | 16 |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Medidas | Edad | adulto medio (35-45) | adulto joven (20-24) | adulto joven (20-25) | adulto medio | adulto joven | adulto joven | adulto joven | adulto |
| | Sexo | Masculino | Femenino | Masculino | Masculino | Masculino | Masculino | Femenino | Femenino |
| 1. Medidas del cráneo | | | | | | | | | |
| 2. Largo máximo | | 176 | | 134 | 140 | 135 | | 157 | 145 |
| 3. Ancho máximo | | 138 | | | 155 | 154 | | 141 | 152 |
| 4. Ancho bizigomático | | | | 135 | | 137 | | | |
| 5. Altura máxima | | 133 | | | 122 | 129 | | 132 | |
| 6. Largo de la base del cráneo | | | | | | | | | |
| 7. Longitud de la base facial | | | | | | | | | |
| 8. Ancho máximo alveolar | | | 41 | 43 | | 52 | 45 | 46 | |
| 9. Largo máximo alveolar | | | | 50 | | | | 51 | |
| 10. Ancho biaricular | | | | 136 | 141 | 134 | | | 120 |
| 11. Ancho biastérica | | 112 | | | | | | | |
| 12. Altura facial superior | | | 71 | 63 | 60 | 64 | 73 | 65 | |
| 13. Ancho mínimo frontal | | 99 | 98 | 98 | 97 | 100 | 102 | 95 | |
| 14. Ancho facial superior | | | | 129 | | | | | |
| 15. Altura nasal | | | | 41 | 46 | 47 | 48 | 44 | |
| 16. Ancho nasal | | | | 29 | 28 | 26 | 30 | 26 | |
| 17. Ancho orbital | | 41 | 43 | 42 | 41 | 39 | | 44 | |
| 18. Altura orbital | | 33 | 33 | 32 | 34 | 36 | 35 | 32 | |
| 19. Ancho biorbital | | | | 105 | 106 | | | | |
| 20. Ancho interorbital | | 25 | 21 | 25 | 24 | 26 | | 26 | |
| 21. Cuerda frontal | | 114 | 110 | | 106 | 112 | 112 | 101 | 103 |
| 22. Cuerda parietal | | 110 | | | 96 | | | | 97 |
| 23. Cuerda occipital | | 96 | | | | | | | |

**Cont. Tabla 2**
Medidas del cráneo.

| Número de Entierro | | 1 | 2 | 4 | 6 | 7 | 12 | 15 | 16 |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Medidas | Edad | adulto medio (35-45) | adulto joven (20-24) | adulto joven (20-25) | adulto medio | adulto joven | adulto joven | adulto joven | adulto |
| | Sexo | Masculino | Femenino | Masculino | Masculino | Masculino | Masculino | Femenino | Femenino |
| 24. Largo de foramen magnum | | | | | | | | | |
| 25. Ancho de foramen magnum | | | | | | | | | |
| 26. Anchura himastoidea | | 109 | | 107 | 122 | | | | 105 |
| 27. Altura mastoidea | | 31 | | | 35 | | | | |
| 28. Anchura biyugal | | | | | 124 | | | | |
| 29. Anchura bimaxilar | | | | 100 | | | | 99 | |
| 30. Proyección sigomaxilar | | | | | | | | | |
| 31. Altura malar máxima | | | | 25 | | | | 23 | |
| 32. Proyección globular | | 4 | | | 5 | 2 | | | |
| 33. Proyección frontal | | 22 | | | | 22 | | | |
| 34. Proyección parietal | | 27 | | | | | | | |
| 35. Proyección occipital | | 20 | | | | | | | |
| 36. Altura de Newton | | 26 | 28 | 30 | 27 | 38 | 44 | 31 | 27 |
| 37. Altura del cuerpo mandibular | | | | 28 | 27 | 35 | 37 | 30 | |
| 38. Grosor del cuerpo mándibular | | 11 | 12 | 13 | 12 | 14 | 11 | 11 | |
| 39. Ancho bigomial | | 102 | 101 | 95 | 102 | 103 | | 96 | |
| 40. Ancho bicondilar | | | | 123 | 124 | 125 | | | |
| 41. Ancho mínimo de la rama | | 30 | 31 | 35 | 36 | 40 | 32 | 31 | |
| 42. Ancho máximo de la rama | | | | 45 | 44 | 47 | | | |
| 43. Altura máxima de la rama | | | | 56 | 53 | 51 | | | |
| 44. Altura coromoidea | | 63 | | 56 | 57 | 53 | | | 56 |
| 45. Largo mandibular | | 105 | | 103 | 105 | 107 | | | |

**Tabla 3**
Medidas del esqueleto poscraneal.

| Número de Entierro | | 1 | 4 | 6 | 7 | 12 | 15 | 16 |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Medidas | Edad | adulto medio (35-45) | adulto joven (20-24) | adulto joven (20-25) | adulto joven | adulto joven | adulto joven | adulto |
| | Sexo | Masculino | Masculino | Masculino | Masculino | Masculino | Femenino | Femenino |
| 1. Largo máximo de la clávicula | | | | | | | | |
| 2. Diámetro sagital (a. P) clávicula | | | | | | | | |
| 3. Diámetro vertical de la clávicula | | | | | | | | |
| 4. Altura del omoplato | | | | | | | | |
| 5. Anchura del omoplato | | | | | | | | |
| 6. Largo máximo del húmero | | | 272 | | | 275 | | |
| 7. Ancho epicondilar del húmero | | 65 | 52 | | | 54 | 49 | |
| 8. Diam. vertical max. cabeza del húmero | | | 41 | | | 37 | | |
| 9. Diam. max. parte media del húmero | | 23 | 24 | | 21 | 25 | 19 | 21 |
| 10. Diam. mínimo parte media del húmero | | 16 | 19 | | 18 | 20 | 15 | 14 |
| 11. Largo máximo del radio | | 240 | | | | | | |
| 12. Diam. sagital parte media del radio | | 15 | | | | | | |
| 13. Diam. transv. parte media del radio | | 12 | | | | 13 | 13 | |
| 14. Largo máximo del cúbito | | | | | | | 10 | |
| 15. Diam. dorso palmar del cúbito | | 14 | 17 | | 18 | 230 | | |
| 16. Diam. Transversal del cúbito | | 13 | 11 | | 13 | | 12 | |
| 17. Largo fisiológico del cúbito | | | | | | | 15 | |
| 18. Circunferencia mínima del cúbito | | 40 | 38 | | 45 | | | |
| 19. Largo anterior del sacro | | | | | | | | |
| 20. Ancho superior anterior del sacro | | | | | | | 111 | |
| 21. Diam. transversal max. del sacro | | | | | | | | |
| 22. Altura máxima hueso cotal | | | | | | | 191 | |

| Número de Entierro | | 1 | 4 | 6 | 7 | 12 | 15 | 16 |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Medidas | Edad | adulto medio (35-45) | adulto joven (20-24) | adulto joven (20-25) | adulto joven | adulto joven | adulto joven | adulto |
| | Sexo | Masculino | Masculino | Masculino | Masculino | Masculino | Femenino | Femenino |
| 23. Ancho iliaco | | | | | | | | |
| 24. Largo del pubis | | | | | | | | |
| 25. Largo del isquión | | | | | | | | |
| 26. Largo máximo del fémur | | 415 | 372 | 408 | 373 | 375 | 370 | |
| 27. Diámetro bicondilar del fémur | | 69 | 65 | 68 | 64 | 66 | 71 | |
| 28. Ancho epicondilar del fémur | | 51 | 51 | 52 | 51 | 50 | 50 | |
| 29. Diámetro maxilar cabeza del fémur | | 46 | | 43 | 38 | 40 | 41 | |
| 30. Diámetro subtrocanterino sagital (a.d) fémur | | 34 | 28 | 29 | 28 | 29 | 26 | 23 |
| 31. Diámetro subtrocanterino transverso fémur | | 29 | 30 | 32 | 30 | 32 | 31 | 28 |
| 32. Diámetro sagital (a.d) parte media del fémur | | 28 | 27 | 30 | 28 | 29 | 27 | 25 |
| 33. Diam. trans. parte media del fémur | | 25 | 26 | 28 | 27 | 25 | 29 | 23 |
| 34. Circunferencia parte média fémur | | 84 | 85 | 93 | 85 | 84 | 86 | 75 |
| 35. Largo máximo tibia | | | 305 | | 311 | | 306 | |
| 36. Ancho epificial max. tibia proximal | | 28 | | 32 | 58 | | 69 | |
| 37. Ancho epificial max. tibia distal | | 30 | | 27 | 43 | | 42 | |
| 38. Diam. max. tibia en foramen nutriente | | 36 | 31 | 37 | 34 | 36 | 31 | 32 |
| 39. Diámetro transverso tibia en foramen nutriente | | 23 | 23 | 21 | 26 | 24 | 23 | 22 |
| 40. Circunferencia tibia en foramen nutriente | | 93 | 87 | 20 | 93 | 105 | 91 | 90 |
| 41. Longitud máxima del peroné | | | | | 295 | | | |
| 42. Largo máximo parte media del peroné | | 14 | 16 | 15 | 17 | | 18 | 17 |
| 43. Largo máximo del calcáneo | | | | | 69 | | | |
| 44. Ancho medio del calcáneo | | | | | 35 | | | |

**Cont. Tabla 3**
Medidas del esqueleto poscraneal.

*Patología de piezas dentarias*: presenta pérdida en la hemimandíbula derecha, del primero y segundo incisivos, de los premolares primero y segundo y del tercer molar. Se observa raspado sobre todo el borde alveolar de la hemimandíbula derecha y parcialmente sobre el borde alveolar de la hemimandíbula izquierda. Hay apiñamiento y giroversión sobre el canino y primer premolar izquierdos, y la superficie oclusal del segundo incisivo izquierdo presenta atrición. Se observa resorción alveolar acentuada.

*Patología en esqueleto poscraneal*: la extremidad proximal de radio derecho y radio izquierdo está afectada por enfermedad articular degenerativa (EAD).

*Variables no métricas morfológicas*: como características no métricas, solamente son observables huesos wormianos en la sutura lamdoidea.

## Entierro No. 2 (área F)

El área F, donde se localizó este entierro, se excavó al principio de la temporada de campo; hacia el final, esta área quedó englobada en la ampliación hacia el sur del área K, más exactamente en las cuadrículas G y H/66. Antes de alcanzar la profundidad de los restos óseos, que estaban a 1,40 cm, se encontraron desperdigados varios objetos: dos cuentas discoidales pequeñas y una alargada ciega (de piedra verde las tres), otra de cristal de roca, un fragmento de una aguja o punzón de hueso pulido, dos fragmentos de hueso de venado, parte de una mandíbula de venado (**Figura 5**), un fragmento de un metate de piedra y fragmentos cerámicos que incluyen uno de la cara de una figura antropomorfa que parece usar máscara. También se detectaron concentraciones de tierra quemada y de cerámica; las últimas, que contenían fragmentos grandes, continuaban hasta la profundidad a la cual estaban los restos humanos. De estos solo la cabeza estaba relativamente bien conservada; del cuerpo quedaban algunos pocos huesos muy

deteriorados, cuya distribución permite apenas sugerir una posición original del cuerpo (**Figura 6**), posiblemente decúbito dorsal con los muslos dirigidos hacia la derecha y hacia el norte y las piernas flejadas sobre estos; los antebrazos pudieron estar recogidos sobre la región abdominal. Se trataba de un adulto joven (20-24 años), de sexo femenino.

*El cráneo*: como rasgo muy característico en el cráneo se observa deformación craneal artificial del tipo tabular erecto, a lo que se suma compresión *post mortem* con marcada plagio-cefalia derecha (**Figura 7**). El ángulo de oblicuidad es de 92 º.

*Patología y alteraciones en piezas dentarias*: falta primer premolar superior derecho; se observa leve atrición sobre superficie incisal de los incisivos primero y segundo derecho e izquierdo y en primeros molares superiores. Faltan el segundo incisivo derecho y el primer incisivo izquierdo inferiores (pérdida *post mortem*); la atrición afecta el segundo incisivo inferior izquierdo y el primer incisivo inferior derecho. Es importante la presencia de facetas sobre las superficies oclusales del segundo premolar izquierdo y del segundo molar inferior izquierdo, así como en el segundo premolar inferior derecho y segundo molar inferior

**Figura 5**
Restos de venado (*Odocoileus virginianus*); extremidad distal de húmero (izquierda), fragmento de escápula (arriba derecha), extremidad de radio (centro), escápula (derecha abajo), mandíbula (abajo). Área K o F, tumba 2 - relleno pozo.

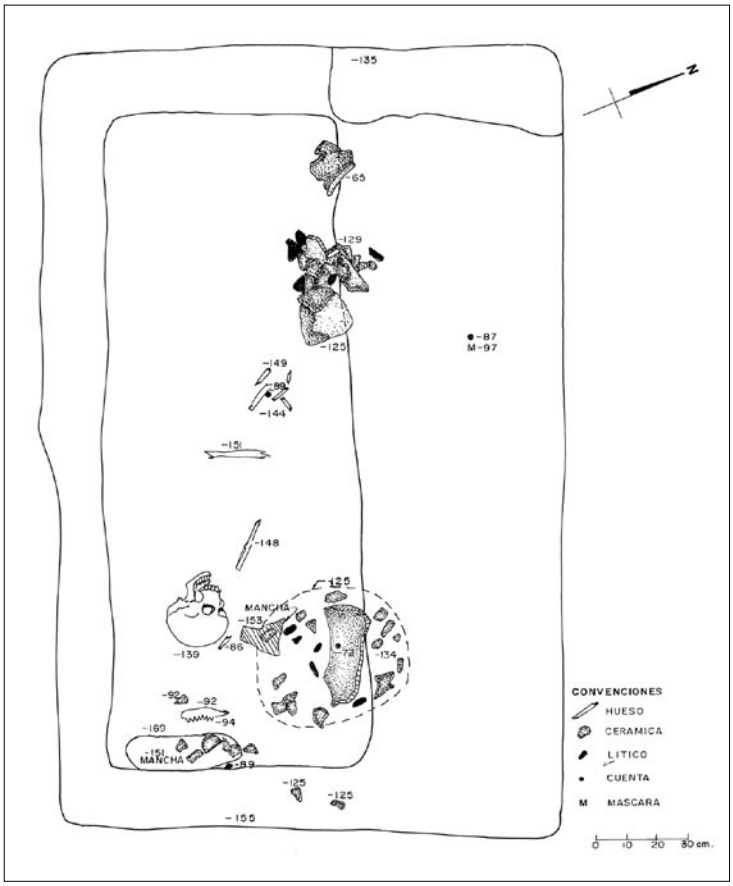



**Figura 6**
Entierro No. 2 (área F).

**Figura 7**
Entierro No. 2, norma lateral, frontal y lateral del cráneo que muestra deformación artificial tipo tabular erecta (área F).

derecho. No aparecen caries ni en las piezas dentarias de la arcada superior ni en las de la arcada inferior. Se aprecia resorción moderada en piezas dentarias superiores e inferiores, a excepción del tercer molar. Se observan cálculos en los incisivos centrales superiores; aparece opacidad en segundos y terceros molares inferiores derecho e izquierdo. Los incisivos superiores derechos e izquierdos muestran forma de pala.

*Variantes no métricas*: no se aprecian rasgos discretos.

## Entierro No. 3 (área K, cuadrícula G/12)

A una profundidad de apenas 25 cm (35 cm de la superficie original de la excavación) aparecieron fragmentos de un cráneo colocado boca abajo, junto a algunos fragmentos de huesos muy deteriorados, entre ellos, huesos largos (**Figura 8**). No hubo evidencias de ajuar; sin embargo, se puede anotar que este entierro limita con una concentración independiente de ofrendas conformada por tres vasijas que representan mujeres sentadas sobre los talones y una pequeña mesa de cerámica, sobre la cual se había puesto una cuenta alargada y ciega de lidita verde (véase la ilustración de estos objetos en Cardale *et al*. 1999: Figs. 18 y 29).

El material de que se dispone –apenas unos pocos restos que comprenden un cráneo muy deteriorado y huesos en avanzado estado de desintegración (fragmentos de pared craneal, de maxilar y mandíbula y diafisiarios)– no posibilita un análisis detallado. Solo se puede afirmar que, por el hecho de encontrarse la hemimandíbula derecha con el tercer molar en erupción, podría tratarse de un individuo adulto joven. No fue posible su identificación sexual.

Las piezas dentarias disponibles permiten observar la presencia de incisivos en forma de pala y de facetas que afectan el tercio superior de la cara bucal en segundo y tercer molares inferiores permanentes. También se aprecia fluorosis en el segundo incisivo, el canino y el primer premolar superiores izquierdos.

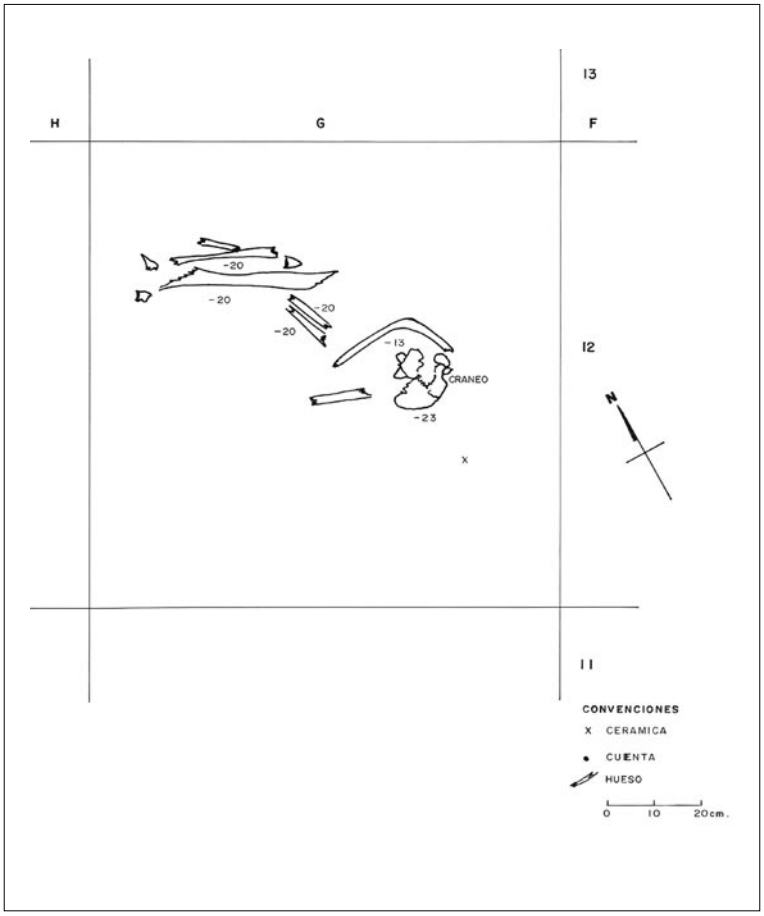



**Figura 8**
Entierro No. 3 (área K, cuadrícula G/12).

## Entierro No. 4 (área K, cuadrículas I/10-11)

El cráneo de este entierro se detecta a partir de los 25 cm (35 cm bajo la superficie inicial de la excavación). Entre la cintura y las rodillas muestra un disturbio causado por un hueco cavado en época precolombina; los huesos de esta parte del esqueleto se encontraron revueltos dentro de este hasta una profundidad de 1 m (**Figura 9**). El carbón recogido en el sector no disturbado del entierro fue fechado en 90 ± 60 AC (Beta-84437), (Cardale *et al.* 1999:7).

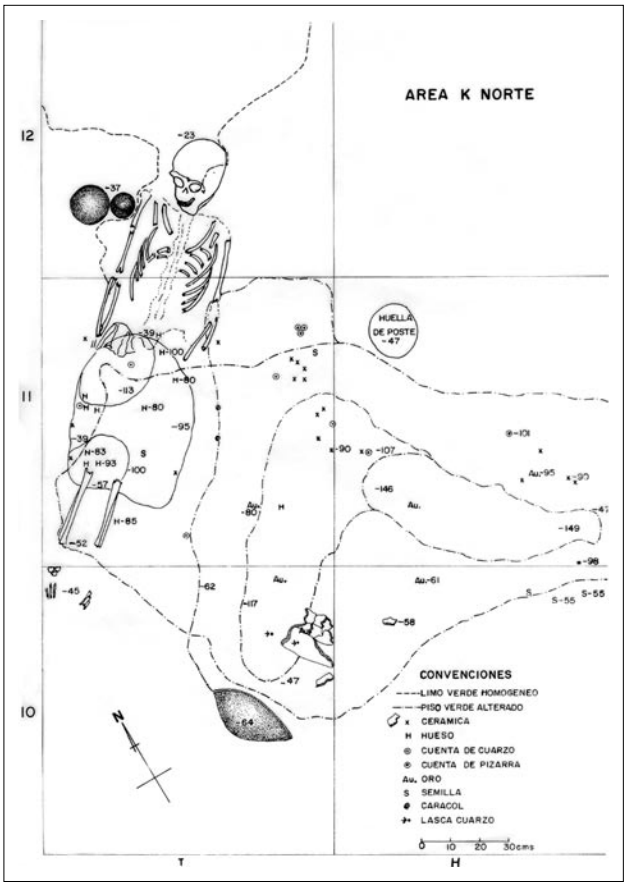



**Figura 9**
Entierro No. 4 (área K, cuadrículas I/10-12).

Como ajuar contenía dos vasijas subglobulares de boca ancha y cuello evertido, sin decoración (**Figura 10**), que estaban colocadas boca abajo, junto al hombro derecho del esqueleto. Colindaba este entierro por el occidente con la concentración de ofrendas mencionada en la descripción del entierro No. 3. El cadáver estaba en posición decúbito dorsal con los miembros extendidos. Era de un adulto joven (20-24 años), de sexo masculino y 1,52 m de estatura.

*Deformación craneal*: tabular erecta (**Figura 11**). En norma lateral se aprecia una acentuada deformación frontooccipital, a la que se unen fracturas por hundimiento *post mortem*, que afectan regiones frontal temporal y parietal derecha e izquierda. El ángulo de oblicuidad es de 95º.

*Patología y alteraciones dentales*: se observa la pérdida precoz del segundo molar izquierdo superior y atrición muy avanzada en todas las piezas dentarias superiores, con mayor incidencia en el primer molar izquierdo, en donde alcanza el límite del cuello. Hay fractura del primer incisivo superior izquierdo, con pérdida de la corona. Los incisivos centrales superiores muestran giroversión mesial; igualmente, en estas piezas dentarias son reconocibles líneas de hipoplasia en el esmalte. En las piezas dentales inferiores hay marcada atrición (**Figura 12**), con mayor incidencia en incisivos y caninos; también el grado de atrición en el primer molar derecho es considerable. En los terceros molares se observa un proceso de erupción y una fractura en el primer molar derecho superior. Las piezas dentarias superiores e inferiores muestran opacidad, que afecta principalmente incisivos, caninos y premolares.

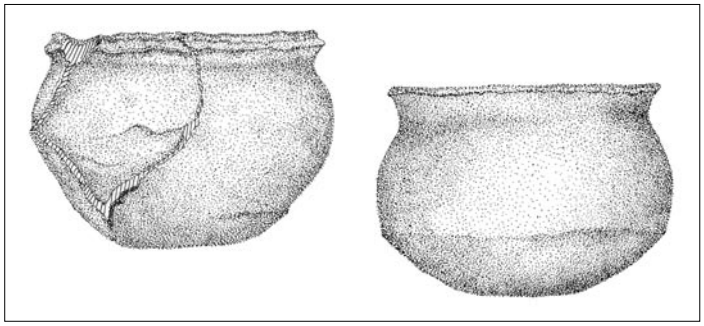


**Figura 10**
Ajuar del entierro No. 4. Las vasijas miden 10 cm de alto.

**Figura 11**
Norma lateral y frontal, cráneo del entierro No. 4. Se observa deformación fronto-occipital. (área K, cuadrícula I / 10 - 11, 12-40cm).

**Figura 12**
Mandíbula del entierro No. 4, con caries bucal y atricción grado 4 +.

## Entierro No. 5 (área K, cuadrículas A/3 y B/3)

En este entierro, que se encontró entre los 65 y 90 cm de profundidad, solo se inhumó la cabeza de un niño, pues no había ninguna otra evidencia del esqueleto poscraneal. Estaba colocada encima de una especie de morro de tierra verde. Como ajuar se encontró una alcarraza recubierta con un baño rojo, la cual tenía un hueco pero le faltaba parte de la base anular (**Figura 13**); estaba colocada al oriente y muy cerca del cráneo.

## Entierro No. 6 (área K, cuadrícula $F/3_3$)

Este entierro estaba a un metro de profundidad, orientado al noreste-suroeste (**Figura 14**). Como ajuar se encontró un cuenco con decoración pintada, colocado cerca de la parte superior del cráneo. Se trataba de un adulto medio, de sexo masculino y 1,61 m de estatura, colocado en posición decúbito dorsal con los miembros extendidos. Como rasgo especial, en el cráneo se observa deformación craneal artificial del tipo tabular erecta (**Figura 15**).

*Patología y alteraciones en piezas dentarias*: en la maxila solamente se conservan los caninos derecho e izquierdo, los cuales muestran marcada atrición dentaria que no solamente afecta la corona, sino que alcanza el nivel de las raíces dentarias. Hay opacidad en el esmalte. En la mandíbula faltan todas las piezas dentarias, a excepción del primer incisivo derecho y el canino y primer premolar derechos. Se aprecia un defecto óseo, correspondiente a absceso alveolar, en el segundo premolar derecho. En la hemimandíbula izquierda se observa erosión sobre el reborde alveolar.

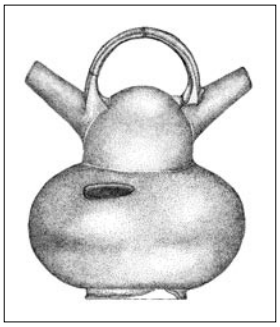
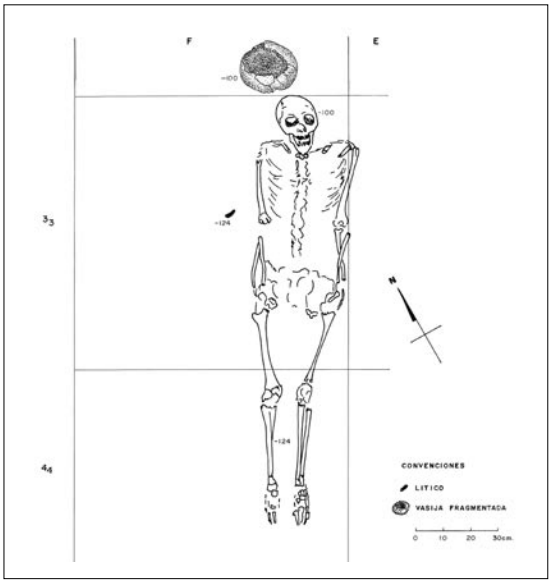


**Figura 13**
Entierro No. 5,
vasija con baño rojo que
mide 11 cm de alto.

**Figura 14**
Entierro No. 6.



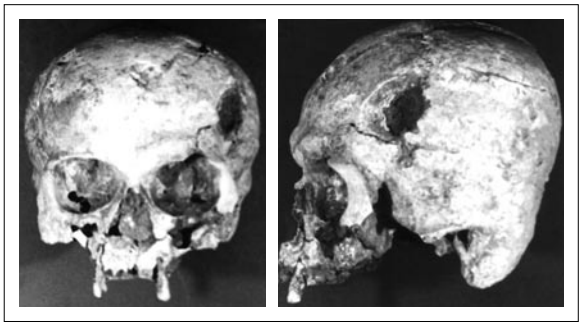



**Figura 15**
Norma frontal y lateral,
cráneo del entierro No. 6
con deformación tipo
tabular erecta (área
K, cuadrícula F/$3_3$).

## Entierro No. 7 (área K, cuadrículas G/$1_1$-$3_3$)

Este entierro estaba a una profundidad entre 1,45 y 1,62 m, con orientación noreste-suroeste (**Figura 16**, centro). El ajuar consistió en una alcarraza cuya parte superior tiene la forma de un ave estilizada, a la cual le faltaba un pito cuando fue enterrada (**Figura 17**, arriba); estaba colocada cerca al peroné derecho del esqueleto. En la boca se colocaron dos cuentas de cristal de roca, una en cada carrillo. Una muestra de carbón recogida en esta tumba fue fechada en 140 ± 60 a.C. (Beta-79224) (Cardale *et al.* 1999:7). El entierro corresponde a un adulto joven, de sexo masculino y de 1,53 m de estatura, colocado en posición decúbito dorsal con los brazos y piernas extendidas (**Figura 16**).

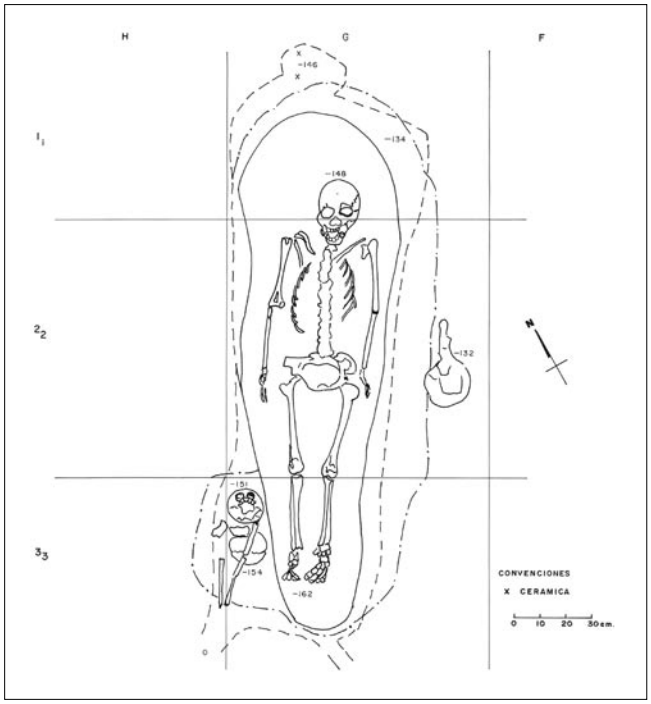



**Figura 16**
Entierros 7, 8, 9. Abajo a la izquierda el entierro No. 9, en el centro y completo, el entierro No. 7, a la derecha el entierro No. 8 (a la altura de la pelvis del entierro No. 7).

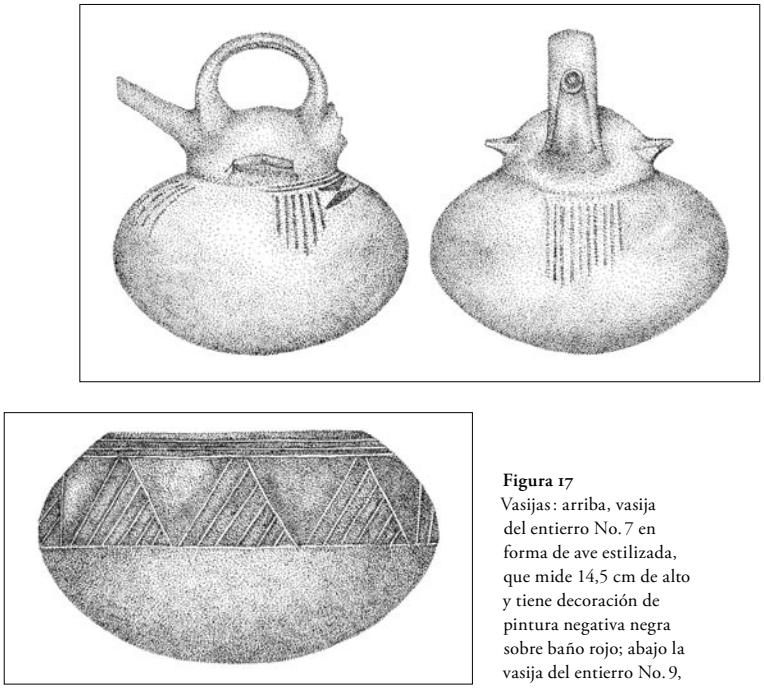


**Figura 17**
Vasijas: arriba, vasija del entierro No. 7 en forma de ave estilizada, que mide 14,5 cm de alto y tiene decoración de pintura negativa negra sobre baño rojo; abajo la vasija del entierro No. 9, un cuenco inciso típico del estilo Malagana, que mide 5,7 cm de alto.

Como rasgo cultural muy significativo, debe señalarse que la mandíbula, colocada en aparente posición anatómica, no corresponde al cráneo. No existe duda alguna en cuanto al reemplazo de la mandíbula en este entierro, al parecer en el mismo momento de practicarse la inhumación. Sorprenden las proporciones y robustez de esta mandíbula (**Tabla 2**). El cráneo muestra deformación artificial de tipo tabular erecta (**Figura 18**). El ángulo de oblicuidad es de 96º.

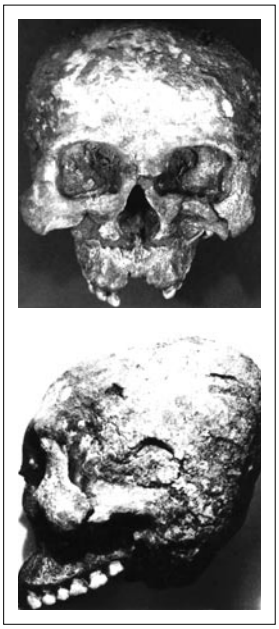


**Figura 18**
Entierro No. 7, norma frontal y lateral del cráneo, que muestra deformación del tipo tabular erecta (área K, cuadrículas G/11-22).

*Patología dental*: en el maxilar superior se desprendieron (al parecer *post mortem*) el primero y segundo incisivos izquierdos y el primer incisivo derecho; falta el tercer molar derecho. Se aprecia opacidad (fluorosis) tanto en los molares como en los caninos. En la mandíbula, que, como se señaló atrás, no corresponde con el cráneo, hay pérdida del primero y tercer molar, con obliteración de los respectivos alvéolos. Se perdió igualmente el segundo molar izquierdo. Todas las piezas dentarias de la mandíbula muestran fluorosis. Una resorción alveolar de ligera a media afecta las piezas dentales superiores; se observa atrición dental en las piezas dentales de la maxila, que alcanza el grado 4 de Brothwell (1987:108). Hay atrición en las superficies oclusales de los molares, alcanzando los grados 4+ y 5. La mayor atrición está asociada a los primeros incisivos derecho e izquierdo, donde alcanza el estadio 6. En los segundos incisivos la atrición alcanza el estadio 5.

## Entierro No. 8 (área K, cuadrícula $G/2_2$)

Se halló a una profundidad de hasta los 1,36 cm, sin ajuar. Se trata de un entierro primario de un niño (infante) cuyos restos se encontraron en avanzado estado de deterioro (**Figura 16**, derecha).

## Entierro No. 9 (área K, cuadrículas G y $H/3_3$)

Se trata de otro entierro con los restos muy deteriorados. Estaba orientado noreste-suroeste, a una profundidad de 1,33 m (**Figura 16**, izquierda). Este entierro forma parte, con el 8 y el 7, de un conjunto cuyos pozos traslapan. Como ajuar contenía un cuenco con decoración incisa (**Figura 17**, abajo). Se trata del entierro de un niño (4-5 años), de sexo indeterminable, en posición decúbito dorsal. En el material disponible no aparecen rasgos anatomopatológicos, ni en piezas dentarias ni en los restos del esqueleto poscraneal.

## Entierro No. 10 (área J, cuadrículas D/1-5)

Comprende solamente las costillas y las vértebras de un adulto, razón por la cual no es posible hacer determinación de edad y sexo ni medidas u observaciones morfológicas generales. El carácter del enterramiento, con pocos restos, sugiere que se trata de un entierro secundario.

## Entierro No. 11 (área K, cuadrículas $F/5_5$-$6_6$)

A metro y medio de profundidad, con los restos orientados en dirección noreste-suroeste (**Figura 19**). No contenía ajuar. El entierro es de un infante, de sexo no determinable, colocado en posición decúbito dorsal, con los miembros extendidos. Como característica particular, se aprecia la desviación y abombamiento lateral derecho del frontal, rasgo que puede ser el resultado de la aplicación de una tablilla occipital con el objeto de inducir la deformación craneal de tipo tabular erecta.

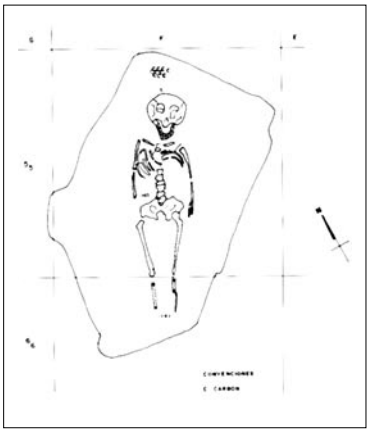


**Figura 19**
Entierro No. 11 (área K, cuadrícula F/55).

*Patología dental*: en todas las piezas dentales, tanto en mandíbula como en maxila, se presenta fluorosis. No obstante la corta edad del individuo, se aprecia atrición moderada en forma de facetas, en los primeros caninos derecho e izquierdo.

## Entierro No. 11 a (área K, cuadrículas E-F/4)

De este entierro se conservaron solo algunos pedazos de cráneo muy deshechos y disturbados, de manera que no es posible hacer determinación alguna. Como ajuar contenía una argolla diminuta de oro y un dije en forma de vasija, tallado en piedra verde (**Figura 20**).

**Figura 20**
Ajuar del entierro No. 11 a; el dije de piedra mide 1,2 cm de alto y la argolla 4 mm de diámetro.

## Entierro No. 12 (área K, cuadrículas F/2 y 3)

Estaba a una profundidad de 1,10 m, con orientación noreste-suroeste, acompañado de varios objetos: un caracol terrestre (identificado por Rafael Contreras como *Plekocheilus* sp.), un poco más abajo del hombro derecho, y, junto a los huesos de los pies, una concha y un cristal de cuarzo sin perforar, así como algunas lascas de piedra (**Figura 21**). Se trataba de un adulto joven, de sexo masculino, de 1,53 m de estatura, colocado en posición decúbito dorsal con los miembros extendidos.

*Características del cráneo*: a la deformación tubular erecta del macizo craneal, se añade la desviación del eje transversal en sentido derecha-izquierda. El ángulo de oblicuidad es de 101º.

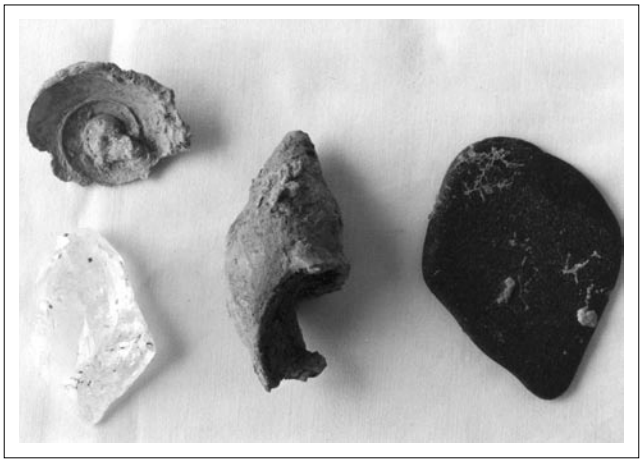


**Figura 21**
Ajuar del entierro No. 12; el caracol grande mide 6,5 cm de largo.

*Patología dental*: en el segundo molar derecho superior se aprecia una fractura de la corona. En el tercer molar derecho superior se registra pérdida de la corona con posible origen en caries. Los incisivos y caninos superiores derechos e izquierdos muestran atrición que corresponde con el estadio 4. En los premolares superiores derecho e izquierdo se observa atrición correspondiente al grado 3. En la arcada izquierda superior hay lesión abcesaria en el primer molar, que se perdió por esta causa. Igualmente, se destruyó la corona del segundo molar superior izquierdo, con origen en caries. Se observa leve giroversión de los incisivos centrales superiores. En la superficie ocluso lingual del tercer molar izquierdo y el segundo derecho se observa atrición en faceta. En la mandíbula hay atrición correspondiente al estadio 5, que afecta los incisivos derechos e izquierdos. Hay pérdida de la corona en el primer molar derecho; el segundo molar derecho está afectado por caries oclusal. En la hemimandíbula izquierda se registró pérdida de la corona en el segundo premolar y se observa atrición facetaria en el primero y segundo molares. Se registra resorción alveolar ligera a media en premolares y molares.

## Entierro No. 13 (área K, cuadrículas E/11-12)

A un metro de profundidad se detectó un conjunto de algunos huesos, sin evidencia de ajuar (**Figura 22**). pertenecían a un infante (4-5 años), de sexo no determinable, colocado en posición probablemente extendida, que no se pudo determinar, pues solamente se dispone de maxila, mandíbula, paredes craneales y unos pocos huesos en avanzado estado de deterioro.

Los molares, caninos e incisivos de la hemimandíbula derecha muestran fluorosis, e igualmente aparecen manchas en el primer molar de leche. En las piezas dentales del maxilar superior hay opacidad en los incisivos superiores derechos e izquierdos y giroversión mesial de los incisivos centrales.

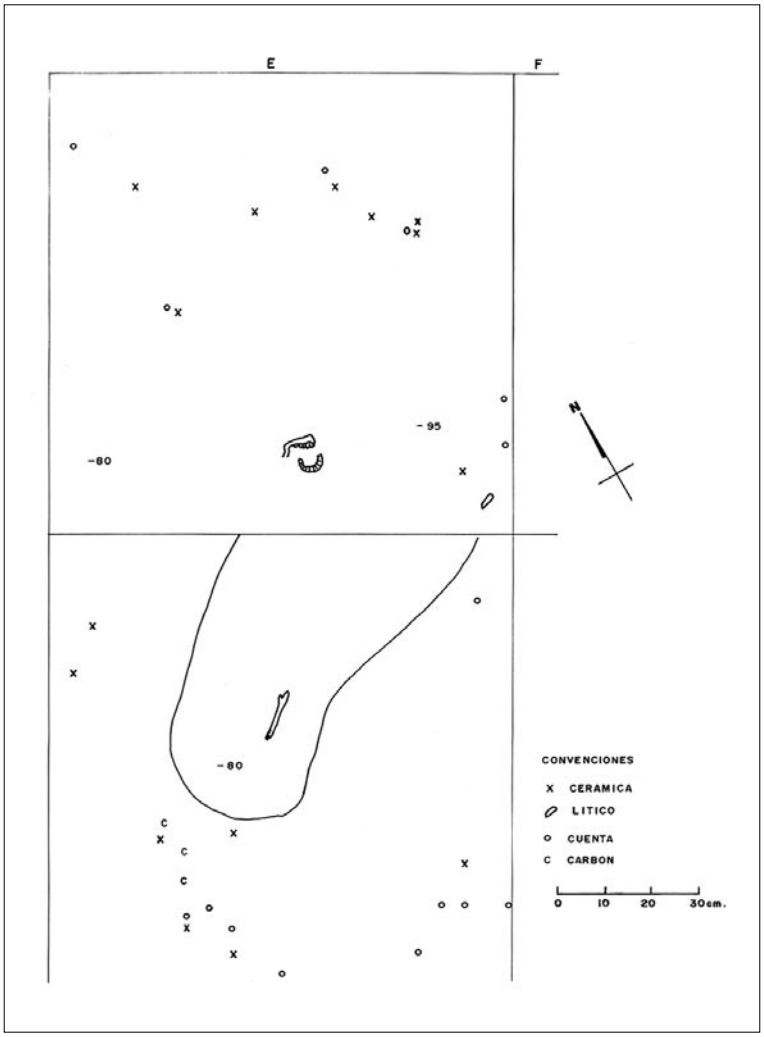



**Figura 22**
Entierro No. 13.

## Entierro No. 14 (área K, cuadrículas H/3-4)

A 1,20 m de profundidad, con orientación noreste-suroeste, sin evidencias de ajuar. Al parecer, esta tumba cortó otra anterior (14 a en la **Tabla 1**), de la cual solo quedaron los incisivos de un adulto, cerca de los cuales se encontró un cuenco aquillado que posiblemente era el ajuar de esta primera tumba (**Figura 23**). El entierro de la más tardía era de un niño (5-6 años), de sexo indeterminable, colocado en posición decúbito dorsal con los miembros inferiores extendidos y posiblemente también los superiores. Sólo se dispone de la mandíbula, de piezas dentales superiores sueltas y de fragmentos de huesos largos de las extremidades (radio, tibia, fémur y húmero).

En la mandíbula, las superficies oclusales del canino y primer molar derechos están afectadas por caries. En los incisivos y caninos se aprecia fluorosis, rasgo igualmente presente en incisivos superiores, caninos y molares. El primer incisivo superior derecho muestra líneas de hipoplasia.

**Figura 23**
Cuenco que formaba parte del entierro 14 a; mide 16 cm de diámetro.

## Entierro No. 15 (área K, cuadrículas E/9-10)

Estaba a 1,20 m de profundidad y su orientación era suroeste-noreste. No contenía evidencias de ajuar, pero al costado derecho, paralela al cuerpo y en el borde del pozo, se observó una huella de color oscuro delgada (5 cm) y larga, como de un palo, que se prolongaba más de 50 cm a ambos extremos de los restos óseos (**Figura 24**). Es difícil afirmar que se trate de un elemento cultural que acompañara al entierro (por ejemplo, parte de una parihuela). Se trataba de un adulto joven, de sexo femenino, de 1,52 m de estatura, colocado en posición decúbito dorsal con los miembros superiores e inferiores extendidos. Hay deformación craneal tabular erecta y deformación *post mortem* (**Figura 25**). El ángulo de oblicuidad es de 97 º.

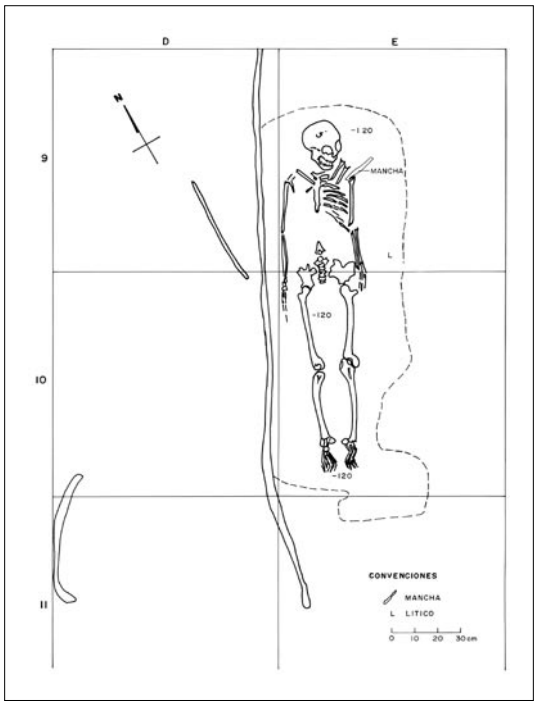



**Figura 24**
Entierro No. 15.

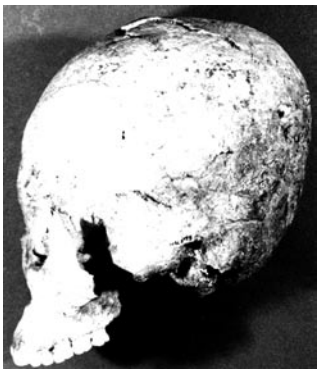


**Figura 25**
Norma lateral del cráneo del entierro No. 15, que muestra deformación tipo tabular-erecta y deformación posmortem. (área K, cuadrículas E/9-10).

*Patología dental*: hay pérdida del premolar superior derecho y lesión alveolar; también hay pérdida del segundo premolar derecho superior. Como rasgo patológico importante debe señalarse también hipoplasia del esmalte (grado medio) que afecta los incisivos centrales superiores, incisivos laterales y caninos. Una atrición correspondiente al grado 4 afecta incisivos centrales y laterales superiores, mientras que en molares derechos e izquierdos se aprecia atrición moderada. En la mandíbula hay pérdida *post mortem* del primer molar derecho; hay también pérdida en la hemimandíbula izquierda del segundo premolar y de los molares segundo y tercero. Atrición moderada afecta los incisivos y molares. Tanto los incisivos como el primer molar izquierdo muestran opacidad.

## Entierro No. 16 (área K, cuadrículas K-L/$7_7$-$8_8$)

Este entierro estaba a casi un metro de profundidad, con orientación sureste-noroeste. Cerca de la parte superior del cráneo se encontró un pito de alcarraza y una piedra. Un pozo precolombino posterior había afectado la tibia y el peroné derechos,

que se encontraron a una profundidad mayor. Afuera de lo que se podría llamar el pozo de la tumba, pero aledaño a este y a una profundidad menor, se detectó un pozo con un relleno marcadamente diferente que contenía un fragmento grande de metate; no se puede asegurar que formara parte del entierro. Se trata de un adulto de sexo femenino, colocado en posición decúbito lateral con los miembros extendidos. La destrucción del macizo facial y de parte de la mandíbula dificulta algunas observaciones. El ángulo de oblicuidad es de 94º.

*Patología dental*: en la mandíbula puede reconocerse caries bucal en el cuello del tercer molar inferior derecho, atrición que alcanza el grado 4+. El primer premolar inferior derecho perdió la corona, y se registra apiñamiento de los incisivos centrales, segundo inferior derecho y canino inferior derecho. Atrición correspondiente al estadio 5 afecta los incisivos en la hemimandíbula izquierda y el primer molar, en el cual alcanza el grado 4+.

## Entierro No. 17 (área K, cuadrícula I/$4_4$)

De este entierro solo se detectaron unos fragmentos aislados de paredes craneales en avanzado estado de desintegración y piezas dentarias afectadas por disturbios posteriores, que profundizaban hasta 1,52 m. Estas evidencias sugieren que solamente fue enterrada la cabeza. Estaba acompañado por un collar de cuentas de oro con un colgante en forma de ave, 12 cuentas de jade y tres de cristal de roca.

## Restos aislados

Además de los enterramientos ya descritos, aparecen en varios sectores de las excavaciones restos aislados que incluyen vértebras, costillas, falanges, paredes craneales, clavículas, omoplatos, fragmentos de hueso largo y piezas molares. La distribución de estos elementos se registra en la **Tabla 4**.

| Unidad de Excavación | | Clase de hueso | Contexto |
|---|---|---|---|
| Área | Cuadrícula | | |
| K | G-H/$1_1$ | 2 fragmentos de una vertebra dorsal humana | 9 cm. Posiblemente proviene del entierro hipotético de un adulto, disturbado por el No. 14 |
| K | H/7-8 | Fragmento de omoplato | A 100 cm. de profundidad dentro de un pozo de 110 x 40 cm. |
| K | H/7-8 | 2 fragmentos de costilla | |
| K | H/7-8 | 1 metacarpiano | |
| K | H/$1_1$ | Falange | Pozo con "basura" que incluye fragmentos de revestimiento de uno o más fogones y muchas cuentas de lidita verde, cristal de roca y algunas de oro. A 100-110 cm. de prof. |
| K | I-J/$4_4$-$3_3$ | 3 incisivos | 80-100 cm. |
| | | 1 canino de leche | |
| | | 17 fragmentos de pared craneal | |
| K | J/3 | 3 fragmentos de tibia | 23 cm. |
| K | J/4 | 1 clavícula | 25-35 cm. |
| | | 1 metatarsiano | |
| K | G/6 | canino | En un pozo muy grande con aspectos rituales |
| K | I/$3_3$ | Fragmento de pared craneal | A 120-130 cm. de profundidad en un pozo junto al entierro No. 17. Posiblemente se trate de un entierro anterior cortado por la tumba nueva |
| K | J/4 | Clavícula | 25-35 cm. |
| | | Metatarsiano | |
| K | E/8 | Fragmento tibia | En el mismo pozo gigante que el G/6 |
| J | | Fragmentos de mandíbula que incluyen dos molares | |
| K | E/9 | Molar | Probablemente del entierro No. 15 |
| K | I/11 | Falange de niño | |
| K | K/$6_6$ | Corona de molar | |

**Tabla 4**
Huesos humanos aislados.

# Reconstrucción de las características de la población

## La estatura

Aplicando las tablas de Genovés (1967) a siete fémures (cinco masculinos y dos femeninos), se obtuvo una estatura media en centímetros de 154,3 (más o menos 3,42 cm) para los hombres y de 145,7 (más o menos 3,82 cm) para las mujeres. Conviene señalar que los promedios son similares a los obtenidos por Medina y Romero (2000:61) para la población de Coronado (Palmira, Valle del Cauca): hombres, 158,96 cm (promedio 3,42) y mujeres, 147,20 cm (más o menos 3,82). Tallas medias similares se anotan en material de El Cerrito (Valle del Cauca), de acuerdo con las medidas obtenidas por J. V. Rodríguez *et al.* (2001). Lo mismo se puede decir de los restos provenientes de Guabas (Buga, Valle del Cauca) por J. V. Rodríguez (1990:188).

Conviene igualmente señalar que en ejemplares descritos por Rodríguez (1990) también se observa deformación fronto-occipital (tabular erecta) y que en ejemplares de Malagana son muy acusadas las líneas de inserción muscular, especialmente en la protuberancia occipital externa de las líneas nucales y apófisis mastoideas, lo que sugiere una gran actividad de los músculos del cuello, rasgo también señalado por J. V. Rodríguez (1990:188) para los cráneos de Guabas.

## Medidas del cráneo y del esqueleto poscraneal

Las **Tablas 2** y **3** (ver pp. 192-195) muestran 45 medidas tomadas en el cráneo y 44 en el esqueleto poscraneal. Para los diámetros craneales solamente se utilizó material correspondiente a individuos adultos de los dos sexos (8 casos). En las medidas del esqueleto poscraneal sólo se utilizaron huesos en los que la restauración fue posible, especialmente los largos. Muchas de las medidas del cráneo no tienen valor como material para morfología comparada, dada la deformación craneal o las alte-

raciones *post mortem*, ocasionadas por el medio en que se practicaron las inhumaciones (suelos húmedos con nivel freático muy alto, que dificultan la conservación de los huesos).

## Índices Craneales

El estado del material objeto de estudio permite únicamente la obtención de los siguientes índices.

*Índice craneal horizontal*: debido a la deformación craneal artificial presente en los cráneos Nos. 2, 4, 6, 7, 12, 15 y 16, no fue posible obtener en ellos este índice. Solamente pudo establecerse la relación centesimal entre la anchura y la longitud craneal. En el ejemplar No. 1, que no muestra ningún tipo de deformación, el índice obtenido corresponde a 78,40 (mesocráneo).

*Índice transversal fronto-parietal*: en cinco casos (Nos. 1, 6, 7, 11 y 16), en los cuales fue posible establecer este índice, que expresa la relación entre el ancho frontal mínimo y la anchura del cráneo, se obtuvo una medida X, que corresponde a 67,40 y configura el tipo de metriométopo.

*Índice facial superior*: el cráneo No. 4 permitió establecer este índice, que expresa la relación porcentual entre el diámetro nasión-prostión y el diámetro bicigomático. El valor obtenido corresponde a 48,83 (euriemo).

*Índice nasal*: en los cráneos Nos. 4, 6, 7, 12 y 15, la relación anchura-altura de la nariz, expresada en términos porcentuales, configura el tipo hipercamerrino como predominante. La X obtenida para este índice sobre los cráneos Nos. 5, 6, 7, 12 y 15, corresponde a 61,67.

*Índice orbitario*: este índice, que expresa la relación porcentual entre la anchura y la altura de las órbitas; se tomó en los cráneos que permiten su obtención (Nos. 1, 2, 4, 6, 7, 11 y 15). La medida X correspondiente a este índice es 122,87, configurándose por consiguiente el tipo hipsiconco.

*Índice mandibular*: este índice, que expresa la relación centesimal entre la longitud total de la mandíbula y la anchura bicondilia, solamente pudo verificarse en los cráneos Nos. 4 y 6, con un valor medio X de 84,15.

*Índice de anchura mandibular*: en los cráneos Nos. 4 y 6 se obtuvo una medida X de 80,05 para este índice, que expresa la relación porcentual entre la anchura bigoniaca y la anchura bicondilia.

## Índices del esqueleto poscraneal

El estado de los restos del esqueleto poscraneal solo permite la obtención en el fémur de los índices mérico y pilástrico, y en la tibia, el índice cnémico, y la determinación del índice crural.

*Índice mérico*: expresa la relación porcentual entre el diámetro anteroposterior subtrocanterismo y el diámetro transverso subtrocanterismo. El valor medio obtenido para los fémures correspondientes a los entierros Nos. 1, 4, 6, 7, 12, 15 y 16 es de X = 92,99, lo que configura el tipo eurimérico.

*Índice pilástrico*: expresa la relación porcentual entre el diámetro anteroposterior en el punto medio de la diáfisis y el diámetro transverso en el punto medio de la diáfisis. El valor medio obtenido para este índice –que expresa la relación centesimal entre el diámetro transverso y el diámetro anteroposterior– sobre los fémures correspondientes a los entierros Nos. 1, 4, 6, 7, 12, 15 y 16, fue de X = 68,63 (euricnemia).

*Índice crural*: la relación porcentual entre la longitud de la tibia y la longitud del fémur sólo pudo obtenerse en material osteológico correspondiente a los entierros Nos. 4, 7 y 15, con un valor de X = 82,68.

*Medidas de las piezas dentales*: para estas medidas, se utilizaron las tablas de medición dental y morfología del Standards for Data Collection from Human Skeletal Remains (Buikstra y Ubelaker 1994). Las medidas se practicaron sobre las piezas dentarias de la arcada izquierda (**Tabla 5**).

## Patología del esqueleto poscraneal

Los huesos largos correspondientes a los entierros Nos. 1, 2, 3, 4, 9, 11, 12, 15, 16 y 18 fueron sometidos al estudio de rayos X con la colaboración del Dr. Fernando Medina, sin encontrarse rasgos patológicos significativos ni líneas de Harris. Solamente en los restos correspondientes a los entierros Nos. 1, 8 y 17 aparecen rasgos compatibles con enfermedad articular degenerativa, que, como bien se sabe, tuvo alta incidencia en nuestras poblaciones precolombinas. En el entierro No. 1 esta enfermedad puede distinguirse en las alteraciones de los bordes articulares (exostosis), que afectan las extremidades proximales de los radios y cúbitos. En los entierros Nos. 8 y 18 afecta principalmente las vértebras lumbares.

## Análisis de isótopos en huesos humanos

Con la colaboración del Dr. Arthur Aufderheide[2] se encuentran en proceso de análisis las muestras para determinación de isótopos, lo que permitirá establecer la dieta predominante en la población de Malagana.

[2] Departamento de Patología y Laboratorio de Medicina, Escuela de Medicina Universidad de Minnessota.

| No. | Mediciones | Medidas de la mandíbula | | | | | | | | Medidas de la maxila | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | | M3 | M2 | M1 | PM2 | PM1 | C | I2 | I1 | I1 | I2 | C | PM1 | PM2 | M1 | M2 | M3 |
| 1 | Diámetro mesodistal | | | | | | 6,5 | 7,0 | 6,0 | | | | | | | | |
| | Diámetro bucolingual | | | | | | 7,0 | 7,5 | 6,5 | | | | | | | | |
| | Altura de la corona | | | | | | 8,0 | 7,0 | 6,0 | | | | | | | | |
| 2 | Diámetro mesodistal | 9,0 | 10,0 | 8,0 | 7,0 | 7,0 | 7,5 | 7,0 | | 9,5 | 7,0 | 8,5 | 6,5 | 7,5 | 10,0 | 8,5 | |
| | Diámetro bucolingual | 10,0 | 10,5 | 8,0 | 7,5 | 6,5 | 7,0 | 6,0 | | 7,0 | 5,5 | 8,0 | 9,0 | 8,0 | 10,5 | 9,0 | |
| | Altura de la corona | 6,5 | 6,0 | 6,5 | 7,0 | 8,5 | 7,0 | 7,0 | | 9,0 | 8,0 | 9,0 | 8,0 | 7,0 | 8,0 | 6,5 | |
| 3 | Diámetro mesodistal | | 11,0 | 12,5 | 8,0 | | | | | | 7,0 | 9,0 | 7,5 | | 9,0 | 10,0 | |
| | Diámetro bucolingual | | 10,5 | 11,0 | 6,5 | | | | | | 6,0 | 8,5 | 9,5 | | 10,0 | 12,0 | |
| | Altura de la corona | | 7,0 | 7,5 | 8,0 | | | | | | 10,0 | 9,5 | 9,0 | | 6,5 | 6,0 | |
| 4 | Diámetro mesodistal | | 10,0 | 11,0 | 6,5 | 6,0 | 7,0 | 6,0 | | 8,0 | | 8,5 | 8,0 | 7,5 | 10,0 | 9,0 | 11,0 |
| | Diámetro bucolingual | | 10,0 | 9,0 | 7,5 | 7,0 | 8,0 | 6,0 | | 7,5 | | 7,5 | 8,0 | 8,5 | 11,0 | 10,0 | 11,0 |
| | Altura de la corona | | 7,5 | 9,0 | 7,0 | 6,0 | 7,0 | 5,0 | | 7,0 | | 7,0 | 5,0 | 5,0 | 7,0 | 8,0 | 7,5 |
| 6 | Diámetro mesodistal | | | | 7,0 | 6,0 | 7,0 | | | | | 8,0 | | | | | |
| | Diámetro bucolingual | | | | 8,0 | 8,0 | 7,5 | | | | | 8,5 | | | | | |
| | Altura de la corona | | | | 7,0 | 6,0 | 8,0 | | | | | 8,0 | | | | | |
| 7 | Diámetro mesodistal | 12,0 | | 11,5 | 8,0 | 8,0 | 7,0 | 7,0 | 6,0 | | | 9,0 | 8,5 | 9,0 | 11,0 | 10,5 | 10,0 |
| | Diámetro bucolingual | 11,0 | | 11,0 | 8,0 | 7,0 | 8,0 | 7,0 | 6,5 | | | 7,0 | 8,0 | 8,0 | 11,0 | 11,0 | 9,0 |
| | Altura de la corona | 5,0 | | 6,0 | 8,0 | 8,5 | 9,0 | 7,0 | 5,0 | | | 8,5 | 7,0 | 6,5 | 6,5 | 7,0 | 5,0 |
| 12 | Diámetro mesodistal | 11,0 | 13,0 | 12,5 | | 9,0 | 8,0 | 7,0 | 6,0 | 9,0 | 8,0 | 10,0 | 9,5 | 9,5 | | | 11,0 |
| | Diámetro bucolingual | 11,0 | 10,0 | 11,0 | | 8,0 | 8,0 | 6,5 | 6,0 | 7,0 | 7,0 | 10,0 | 8,0 | 9,0 | | | 11,0 |
| | Altura de la corona | 8,0 | 5,0 | 5,0 | | 7,0 | 6,0 | 7,5 | 6,0 | 9,0 | 9,0 | 8,0 | 7,5 | 8,0 | | | 5,0 |
| 15 | Diámetro mesodistal | | | 11,5 | | 7,0 | 7,5 | 7,0 | 6,0 | 8,0 | 7,0 | 8,0 | 8,0 | 7,0 | 11,0 | 8,0 | 8,0 |
| | Diámetro bucolingual | | | 10,0 | | 6,0 | 6,5 | 5,5 | 5,0 | 7,0 | 7,0 | 8,5 | 8,0 | 7,0 | 10,5 | 10,0 | 8,5 |
| | Altura de la corona | | | 5,0 | | 6,0 | 7,5 | 6,0 | 7,0 | 8,0 | 7,5 | 8,5 | 7,5 | 7,0 | 7,5 | 7,0 | 6,0 |

**Tabla 5**
Medidas dentales.

## Estudio de los restos de fauna

Los restos óseos animales obtenidos en las excavaciones comprenden restos identificables que incluyen vertebrados e invertebrados y fragmentos pequeños y elementos diafisiarios o epifisiarios cuyo tamaño y deterioro no permite la correspondiente identificación taxonómica.

### Vertebrados

Comprenden principalmente mamíferos, pero también hay vértebras de peces y los restos de un reptil (serpiente). Los restos de aves se encuentran en baja proporción y corresponden a fragmentos de huesos largos cuya identificación taxonómica no fue posible realizar. También se hallaron cáscaras de huevo de ave (pozo G).

Saíno (*Tayassu* s.d.): los restos de este género, procedentes del área G (área K, perfil de la pared sur: 35-55 cm), corresponden a un individuo en estado fetal (**Figura 26**); fueron colocados junto con el huevo de ave mencionado arriba, rasgo que sugiere el carácter ritual de esta asociación.

Cusumbo (*Nasua nasua*): los restos de este animal fueron hallados en el área K, cuadrículas H-J/11 (120-125 cm) (**Figura 27**).

Venado (*Odocoileus* s.d.): La **Tabla 6** muestra la distribución de los restos de este animal (**Figura 5**).

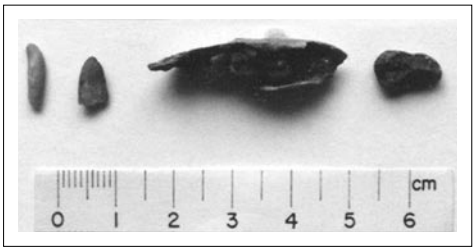



**Figura 26**
Fragmento de mandíbula (centro), caninos (izquierda) y molares (derecha) de saíno (*Tayassu* sp.), área K-Pozo G, 35-55 cm.

**Figura 27**
Mandíbula de cusumbo (*Nasua nasua*). (área K, cuadrículas H-I/11, 120-125 cm).

**Tabla 6**
Distribución de los restos de venado.

| Unidad de excavación | | | Hueso |
|---|---|---|---|
| Área | Cuadrícula | Profundidad | |
| K | A/3 | estrato 7 | Incisivo |
| K | A/11 | estrato 7 | Rótula |
| K | B/2 | 48 cm | Fragmento de Húmero |
| K | C/8 | 100-120 cm | Extremidad distal metatarso |
| | E/10 | | Hueso Calcaneo y Falange |
| Tumba F | | relleno pozo | Extremidad distal de húmero y fragmento de radio |
| K | $F/3_3$-J/2 | | Incisivo |
| K | $G/7_7$ | 100 cm | Astragalo |
| K | L | 55-65 cm | Fragmento de omoplato |
| K | H-I/11 | 120-125 cm | Fragmento de asta |
| K | F, I/2 | | Incisivo |
| K | F, I-J/4 | | Fémur fragmentado |
| K | K-2/5 | | Fragmento húmero |
| Zona del pozo del entierro 17 | $I-J/5_5$ | | Hueso Calcaneo |
| K | F/10-11 | | Fragmento de asta |
| K | $K/6_6$ | | Fragmento de asta |
| K | $I/5_5$ | | Fragmento craneal |

Ratón: se encontró en el área K dentro del pozo que ocupan las cuadrículas H-J/11 (45-60 cm) detrás de un fogón. Con el resto disponible (incisivo), solo es posible establecer que corresponde a la subfamilia Sigmodontinae.

Perro (*Canis* sp.): su registró se efectuó en el área Ff. Los restos comprenden hemimandíbulas, caninos, molares y algunos restos del esqueleto poscraneal (húmeros, fémur, tibia, omoplato, falanges) todos fragmentados (**Figura 28**).

Peces: están representados por dos vértebras: la primera se registra en la unidad de excavación E/10 (24-33 cm) y la segunda en la B/11 (34 cm), ambas en el área K (**Figura 29**).

Aves: esta clase tiene poca representatividad en la muestra analizada. Pueden identificarse algunos fragmentos diafisiarios que no permiten establecer taxonomías; los huesos de ave muestran la distribución que se presenta en la **Tabla 7**.

Reptiles: la clase de los reptiles está representada solamente por el esqueleto de una serpiente, encontrada en el área G (**Figura 30**), cuya determinación genérica o específica es imposible dada la carencia del cráneo.

**Figura 28**
Hemimandíbulas (izquierda) y caninos (derecha) de perro (*Canis* sp.) (área Ff).

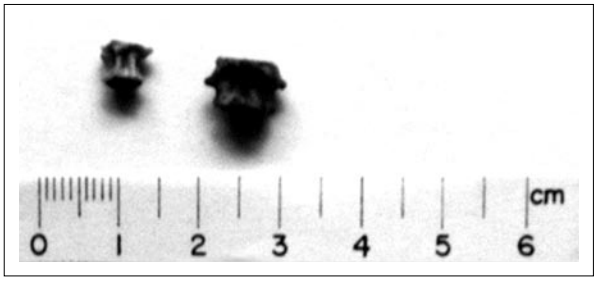



**Figura 29**
Vértebras de peces. (área K, cuadrícula E/10, 24-53 cm y cuadrícula B/11, 34 cm).

| Unidad de excavación | | | Hueso |
|---|---|---|---|
| Área | Cuadrícula | Profundidad | |
| A | Entierros 4 | | Fémur |
| K | C/1 | 100 cm | Húmero |
| K | G/7 | 116 cm | Radio |
| K | H/11 | 60-80 cm | Fémur |
| K | A-C/10-11 | | Húmero |
| K | A-C/10-11 | | Coracoide |

**Tabla 7**
Distribución de huesos de ave.

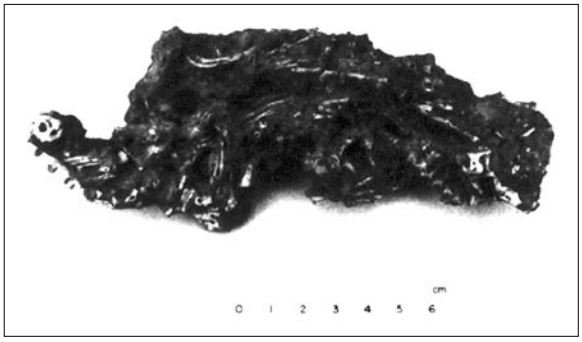



**Figura 30**
Esqueleto de serpiente. Área G.

## Invertebrados

Incluyen moluscos terrestres, caracoles del género *Neocyclotus* (**Figura 31**), cuya distribución aparece en la **Tabla 8**, y un bivalbo de género *Anadara notabilis*[3]. Se trata de un molusco marino frecuente en el Atlántico occidental, desde Carolina del Norte y Bermudas hasta el norte de Uruguay (Díaz y Puyana 1994:47). Este molusco fue registrado en la unidad de excavación área K, cuadrícula D/9 (**Figura 32**).

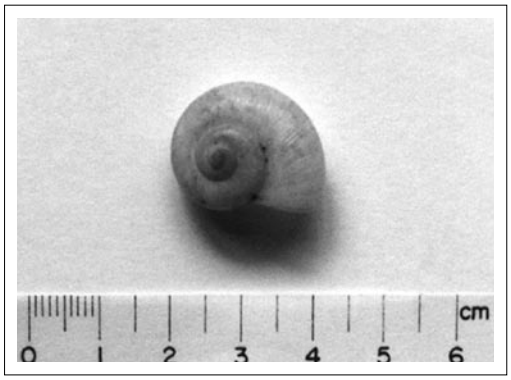



**Figura 31**
Caracol del género *Neocyclotus*, del cual se encontraron ejemplares en varios puntos y profundidades del área K.

**Tabla 8**
Distribución de los caracoles.

| Unidad de excavación | | | Hueso |
|---|---|---|---|
| Área | Cuadrícula | Profundidad | |
| K | A/2 | 53-63 cm | 3 |
| K | A/5 | sin profundidad | 1 |
| K | B/12 | (2) 43-53 cm<br>(2) 67 cm<br>(4) 63-80 cm<br>(2) 34 cm<br>(3) sin profundidad | 13 |
| K | B/13 | 43-53 cm | 7 |
| K | C/2 | sin profundidad | 1 |

[3] Roding, en 1798.

| Unidad de excavación | | | Hueso |
|---|---|---|---|
| Área | Cuadrícula | Profundidad | |
| K | D/10 | 80-100 cm | 2 |
| K | D/11 | 125 cm | 3 |
| K | D/12 | 35-43 cm | 1 |
| K | E/8 | 15-20 cm | 5 (1) |
| K | E/11 | sin profundidad | 6 |
| K | F/6 | 80-123 cm | 2 |
| K | F/10 | en el borde de la superficie del piso verde | 1 |
| K | F/11 | (14) 40 cm<br>(3) 20-25 cm | 18 |
| K | H/11 | (2) 60 cm<br>(9) ? | 12 |
| K | G/6 | (2) 90-100 cm<br>(1) 80 cm | 3 |
| K | G/12 | sin profundidad | 1 |
| K | J-I | 40-45 cm | 1 |

**Cont. Tabla 8**
Distribución de los caracoles.

**Figura 32**
Concha de bivalvo marino del género *Anadara notabilis* (área K, cuadrícula D/9, 30-40 cm).

## Fragmentos óseos no identificables

En su mayor parte, corresponden a fragmentos diafisiarios muy pequeños y en proporción mínima a fragmentos de costilla o a fragmentos epifisiarios que no permiten identificaciones taxonómicas; su distribución se encuentra en la **Tabla 9**.

**Tabla 9**
Fragmentos óseos no identificables.

| Unidad de excavación | | | Hueso |
|---|---|---|---|
| Área | Cuadrícula | Profundidad | |
| K | A/3 | 86 cm bajo nivel | 1 |
| K | A/10 | 63-73 cm | 3 |
| K | B/13 | sin profundidad | 1 |
| K | C/3 | sin profundidad | 1 |
| K | C/4 | 80 cm | 1 |
| K | C/10 | 63-83 cm | 1 |
| K | C/11 | 43-53 cm | 1 |
| K | D/8 | 80-100 cm | 1 |
| K | D/11 | 53-63 cm | 2 |
| K | D/12 | 35-43 cm | 2 |
| K | E/7 | 57 cm | 1 |
| | E/8 | sin profundidad | 2 |
| K | E/10 | 43-53 cm | 1 |
| | Pozo F | | 1 |
| K | F/9 | sin profundidad | 1 |
| K | F/11 | 110 cm | 1 |
| G | | | 12 |
| | G/4 | sin profundidad | 8 |
| K | G/5 | 70 cm | 1 |
| | G/7 | sin profundidad | 1 |
| | G/10-11 | | 2 |
| | H/8 | | 1 |
| K | H/11 | sin profundidad | 2 |
| | H/12 | | 1 |
| Pozo Fogón | $H/1_1$ | | 1 |
| | I/2 | | 2 |

| Unidad de excavación | | | Hueso |
|---|---|---|---|
| Área | Cuadrícula | Profundidad | |
| K | I/3 | 45 cm | 1 |
| | $I/3_3$ | | 1 |
| K | $I/5_5$ | 60-70 cm<br>70-80 cm | 3 |
| K | I/10 | 42 cm | 1 |
| Pozo | I/11 | 55-60 cm | 2 |
| | I/13 | | 1 |
| K | $I-J/4_4$ | 70-80 cm | 2 |
| IJ | Pozo Fogón | | 1 |
| | $I-J/4_4-3_3$ | | 14 |
| | J/4 | | 2 |
| K | E/10-11 | 73-80 cm | 2 |
| K | B/11 | 34 cm | 2 |
| K | $J/4_4$ | Pozo redondo<br>de fogón | 1 |
| K | H/I | 63-95 cm | 2 |
| K | Estrato B | 55-65 cm | 3 |
| K | F/3 | 90-100 cm | 1 |
| J | G | 40-50cm | 2 |
| K | $I-J/4_4$ | | 1 |
| J | I/1-2 | 60-80 cm | 2 |
| J | I/2 | 68-76 cm | 1 |
| J | K | 60-70 cm | 1 |
| K | Fogón | 80-90 cm | 1 |
| K | | 80 cm | 1 |
| K | D/2 | 35-43 cm | 2 |
| K | B/3 | | 1 |
| K | I/10 | 42 cm | 1 |
| K | | 43-53 cm | 1 |
| K | F/9 | | 1 |
| K | Pozo | 45 cm | 1 |
| K | Pozo-Fogón | 70-80 cm | 1 |
| K | $I/5_5$ | 70-80 cm | 1 |
| K | G/11 | | 1 |

**Cont. Tabla 9**
Fragmentos óseos
no identificables.

## Artefactos de hueso y asta

*Punzones de hueso*: fueron elaborados con astillas diafisiarias; muestran bordes convergentes desde la base hasta su extremo proximal. En sus dos caras se aprecian huellas de uso consistentes en líneas paralelas al eje. El primero de estos artefactos está asociado al área K, cuadrícula H-I/11 (pozo fogón) y el segundo al área K, cuadrícula $J/3_3$ (35-40 cm). Las dimensiones de estos punzones fragmentados son, respectivamente, de 40 x 11 x 3 mm y 67 x 5 x 3,5 mm (**Figura 33**).

*Espátulas*: una espátula de hueso elaborada sobre una astilla diafisiaria, cuyas dimensiones son de 34 x 6 x 3 mm. Hay una fractura hacia su extremo distal. Su registro corresponde a la unidad de excavación área K, cuadrícula A/11 (35-43 cm). Una espátula de asta de venado (**Figura 34**), proviene del área F y mide 34 x 10 x 4 mm. Las dos muestran sección transversal plano-convexa.

*Raspadores lanceolados*: comprenden tres elementos elaborados sobre diáfisis de huesos largos y tienen bordes curvos convergentes que rematan en un extremo anterior ligeramente agudo. Provienen, respectivamente, de las unidades de excavación área K, cuadrícula $K/6_6$, área F (60-70 cm) y área F (60-70 cm). Las dimensiones de estos elementos son, en su orden, de 44 x 17 x 4 mm, 42 x 27 x 5 mm y 38 x 17 x 6 mm.

*Fragmentos de artefacto tubular*: corresponde a un instrumento de aproximadamente 8 mm de diámetro. Fue registrado en el área K, cuadrícula D/1 (estrato B, a 70 cm bajo nivel). Este artefacto muestra hacia uno de sus extremos tres líneas incisas paralelas (**Figura 34**).

*Cuenta de asta de venado*: muestra contorno alargado, sección oval y perforación central. Sus dimensiones son de 16 x 5 x 3 mm. Este elemento proviene del área K, cuadrícula D/1 (estrato B, a 70 cm bajo nivel) (**Figura 34**).

**Figura 33**
Artefactos de hueso y asta (de izquierda a derecha): espátula de asta de venado (Entierro 2, área K o F, 80 cm), espátula de hueso (área K, cuadrícula A/11, 35-43 cm), punzones de hueso (área K, cuadrícula J/$3_3$, 35-40 cm, área K, cuadrículas H-I/11 pozo fogón), fragmento de artefacto tubular con incisiones (área K, cuadrícula D/1 estrato B, 70 cm), cuenta de asta de venado (área K, cuadrícula D/1 estrato B, 70 cm), raspador de hueso lanceolado (Entierro 2, área F o K, 1,10 m).

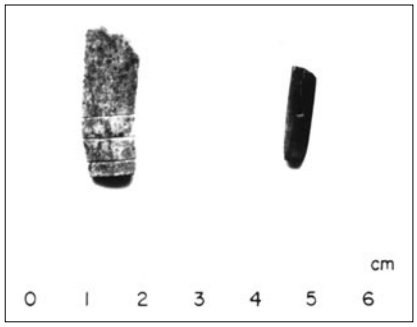



**Figura 34**
Detalle del fragmento tubular con incisiones (derecha) y de la cuenta de asta de venado (izquierda).

## Agradecimientos

A las varias instituciones que patrocinaron esta investigación: Instituto Vallecaucano de Investigaciones Científicas (Inciva), Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República (FIAN), Asociación Pro-Calima, Museo del Oro, Alcaldía de Palmira, Cuerpo de Bomberos de Palmira, Batallón Codazzi de Palmira, Museo Arqueológico

Julio César Cubillos de la Universidad del Valle, Universidad Nacional de Colombia, Universidad del Cauca, Instituto Geográfico Agustín Codazzi y Gobernación del Valle del Cauca.

A los varios colegas que participaron en la Minga de Malagana, a los dueños del predio, al Ingenio Providencia, al Ingenio Castilla.

A los doctores Felipe Cárdenas, del Departamento de Antropología de la Universidad de Los Andes, y a la antropóloga Claudia Delgado Paz, por su ayuda con las determinaciones de restos óseos; al Dr. Walter Webes, de la Universidad de Sao Paulo, por su colaboración en algunas determinaciones métricas; al doctor Rafael Contreras, por algunas identificaciones de conchas; al señor Esteban Gómez y al Centro de Restauración de Colcultura, por su valiosa ayuda en las restauraciones. A nuestros auxiliares en diferentes momentos de la investigación y de la preparación de este artículo: Yolanda Jaramillo, Sandra Mendoza, Alejandra Gómez, Jairo Panqueva, Diana Villada y Laura Quintero.

## Referencias

Bray, W. *et al.*

En prensa Lords of the Marshes: The Malagana People. En M. Schrimpff (ed.) *Calima and Malagana. Art and Archaeology in Southwestern Colombia*. Pro Calima Foundation, Bogotá.

Brothwell, D. R.

1981 *Digging Up Bones. The Excavation, Treatment and Study of Human Skeletal Remains*. University Press, Oxford.

1987 *Desenterrando huesos. Excavación, tratamiento y estudio de restos del esqueleto humano*. Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México.

Botiva, A.; E. Forero y L. García

1993 Malagana y la fiebre del oro; la destrucción de la evidencia cultural. *Procaña* 23:32-33.

Buikstra, J. y D. H. Ubelaker

1994 *Standards for Data Collection from Human Skeletal Remains*. Arkansas Archeological Survey Research Series No. 44.

Cardale de Schrimpff, M.; L. Herrera y C. A. Rodríguez

1994 El Proyecto Arqueológico Malagana. *Revista Colombiana de Antropología* XXXI: 265-270, Bogotá.

Cardale de Schrimpff, M.; L. Herrera; C. A. Rodríguez e Y. Jaramillo

1999 Rito y ceremonia en Malagana. *Boletín de Arqueología* 14(3):1-109.

Comas, J.

1983 *Manual de antropología física*. Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México.

Díaz, J. M. y Puyana M.

1994 *Moluscos del Caribe colombiano: Un catálogo ilustrado*. Colciencias, Fundación Natura, Invemar, Bogotá.

Galarza, M. E.

1981 *La deformación craneal en Colombia*. Tesis de grado, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Genovés, S.

1967 Proportionality of the long bones and their relation to stature among mesoamericans. *American Journal of Physical Anthropology* 26:67-77.

Herrera, L.; D. Patiño y M. Cardale de Schrimpff

En prensa Las estructuras de tierra en la hacienda Malagana. *Arquelogía del Área Intermedia No. 7*, Bogotá.

Herrera, L. y M. Cardale de Schrimpff

1999 *Coronado. Excavaciones de rescate en cementerios prehispánicos en Palmira, Valle del Cauca*. Informe final presentado a la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Bogotá.

Herrera, L.; M. Cardale de Schrimpff y W. Bray

1994 Los sucesos de Malagana vistos desde Calima. Atando cabos en la arqueología del suroccidente colombiano. *Revista Colombiana de Antropología* XXI:145-174, Bogotá.

Herrera, L.; A. Gómez y M. Cardale de Schimpff

2001 El patrimonio arqueológico al otro lado del espejo: el caso de la comunidad de El Bolo. En D. Patiño (ed.) *Arqueología, patrimonio y sociedad*. Sociedad Colombiana de Arqueología, Universidad del Cauca, Popayán, pp. 75-108.

Jerome, C. *et al.*

1994 *Recomendaciones del comité para la base de datos de restos óseos*. Asociación de Paleopatología. Publicado en inglés, Detroit, 1991 (versión en español, publicada en Bogotá).

Krogman, W. y M. Iscan

1962 *The Human Skeleton in Forensic Medicine*. Charles C. Thomas Publisher, Springfield, Illinois.

Lovejoy, C.

1985 Dental Wear in the Libben Population: Its Functional Pattern an Role in the Determination of Adult Skeletal Age at Death. *American Journal of Physical Anthropology* 68:47-46.

Lovejoy, C.; T. Meindl; T. Pryzbeck y P. Mensforth

1985 Chronological Metamorphosis of the Auricular Surface of the Ilium: A New Method for the Determination of Adult Skeletal Age at Death. *American Journal of Physical Anthropology* 68:15-28.

Medina, A. M. y W. M. Romero

2000 *Reconstruccion paleodemográfica de la población del cementerio de Coronado-Palmira (Valle del Cauca)*. Informe final presentado al Instituto Vallecaucano de Investigaciones Científicas, Bogotá.

Montagú, M. F.

1960 *A Hand Book of Anthropometry*. Charles C. Thomas Publisher, Springfield, Illinois.

Moore-Jansen, P. H. y R. L. Jantz

1989 *Data collection Procedences for Forensic Skeletal Material*. Forensic Anthropology Center. Report of Investigations No. 48. The University of Tennessee, Department of Anthropology, Knoxville.

Rodríguez, C. A.

2002 *El Valle del Cauca prehispánico. Procesos socioculturales antiguos en las regiones geohistóricas del alto y medio Cauca y la costa Pacífica colombo-ecuatoriana*. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades, Universidad del Valle, Fundación Taraxacum, Cali-Washington D. C.

Rodríguez, C. A.; L. Herrera y M. Cardale de Schrimpff

1995 El proyecto arqueológico Malagana, 1994. *Boletín de Arqueología* 8(3):59-70, Bogotá.

Rodríguez, J. V.

1990 Antropología física de la población prehispánica del suroccidente de Colombia. *Cespedesia* 1-17(59):181-208.

Rodríguez, J. V.; S. Blanco y P. J. Botero

2001 *Medio ambiente y adaptación de una comunidad agroalfarera temprana de El Cerrito, Valle del Cauca*. Informe presentado a la Universidad Nacional de Colombia, el Instituto Vallecaucano de Investigaciones Científicas y el Municipio de El Cerrito, Bogotá.

Salas, M. H. y C. M. Pijoan

1982 Algunos problemas metodológicos y técnicos en el estudio de las variantes no métricas del cráneo. En *Estudios de antropología biológica*. I Coloquio de Antropología Física, Universidad Nacional Autónoma de México, Cuidad de México, pp. 295-328.

Skinner, M. y R. Lanzemby

1983 *Found Human Remains. A Field Manual for the Recovery of the Recent Human Skeleton*. Archeology Press, Simon Fraser University, Burmaby, B. C.

Stewart, T. D.

1970 *Personal Identifications in Mass Disasters*. National Museum of Natural History, Smithsonian Institution, Washington.

Ubelaker, D. H.

1989 *Human Skeletal Remains, Excavation, Analysis, Interpretation*. 2 ed., Manual on Archeology 2, Smithsonian Institution, Washington.

Walker, R. A. y C. Lovejoy

1985 Radiographic changes in the clavicle and proximal femur and their use in the determination of skeletal age at death. *American Journal of Physical Anthropology* 68:67-78.

Fecha recepción
28/06/2003

Fecha aceptación
02/09/2003

# Construyendo el pasado. Cincuenta años de arqueología en Antioquia

Sofía Botero (ed.)

Departamento de Antropología, Museo Universitario,
Universidad de Antioquia, Medellín, 2003

Reseñado por Wilhelm Londoño

*Egresado Universidad del Cauca*

El texto está divido en seis artículos que reseñaré con un breve comentario. El de Piazzini presenta una discusión interesante que une la epistemología de esta práctica disciplinaria temprana con su entorno político. En el marco de la plataforma teórica que Piazzini describe para Arcila, unas líneas de este último manifiestan que: "Para el antropólogo verdadero que actúa ante el indígena, no puede existir un compromiso religioso, ni plataforma política e ideológica que obedecer. Su consigna es solamente perseguir la presencia del fenómeno humano, descubrir su realidad, analizar su contenido y tratar de formular necesidades básicas" (p. 21).

Como se desprende del comentario de Arcila, los antropólogos "verdaderos" son aquellos anclados en una postura epistemológica que supone la existencia del "fenómeno humano" allá, en un mundo fenoménico al cual es posible acceder por el método.

Por ello, el plan de enseñanza de la arqueología en la Universidad del Cauca, cuando estuvo en manos de Julio Cubillos, amigo personal de Arcila[1], suponía formar a los educandos en un sistema taxonómico que describía tipos sociales a los cuales era posible acceder por la identificación de una serie de rasgos que se encontraban con las adecuadas técnicas de excavación y se reseñaban con las maneras correctas de dibujarlos.

Desde esta mirada cientificísta, para los antropólogos de la época era impensable que el deseo de progreso de los indígenas constituyera una *plataforma política e ideológica*; a pesar de su sesgo evolutivo, Arcila, con la inocencia propia de todo colonialismo, señala: "Los problemas de tierras de los indios de Antioquia son los mismos problemas de los indios de América: el despojo lento de sus tierras y la depredación de sus propios valores biológicos y culturales. Nuestros gobiernos no han sabido utilizar hasta donde es posible la fuerza que existe en estas masas humanas, para canalizarlas hacia el progreso nacional" (p. 22).

Lo que estaba en la superficie del discurso de Arcila, y no se pone de relieve, en vista de que el artículo se orienta hacia una historia de las ideas, es la construcción del indígena como un ser carente que debe ser completado por las instituciones normalizadoras del Estado.

El segundo artículo nos introduce en el campo de la antropología física. En este apartado de la obra, Javier Rosique aborda las contribuciones de Arcila al estudio biológico de las poblaciones nativas. La obra inicia con una formulación pragmática: "... el origen del hombre americano se convirtió en un tema de blancos, políticamente inofensivo y ajeno a los movimientos sociales indí-

[1] En la ceramoteca de la Universidad del Cauca se conserva la correspondencia de Arcila con Cubillos; el día 16 de diciembre de 1958, Cubillos escribe: "Esta como contestación a la tuya de julio 18 del presente año, cuya característica sobresaliente responde a una frialdad oficial que no sé como se te ocurrió conmigo, que de sobra sabes no he cambiado sino en el calendario, porque en la amistad hacia ti sigo siendo incólume". Como se puede apreciar, Cubillos reclama a Arcila que en aras de la amistad, de las ideas que los pudieran unir, abortara la "frialdad oficial" que Arcila profesaba ezquisoidemente, siendo una persona como científico y otra como ser humano, en un divorcio insostenible en la actualidad.

genas" (p. 45); es decir, la discusión sobre el origen del hombre americano, la cual conllevaba análisis somáticos que encadenarían biológicamente a las poblaciones asiáticas con las americanas, según este autor, nunca estuvo estructurada en los paradigmas de la normalización que hicieron carrera en el siglo XIX y durante todo el siglo XX hasta la década del setenta; sin embargo, estos discursos sí posibilitaron que la matematización, la transparencia del lenguaje numérico, creara un abismo insondable en la historia americana verdadera, aquella que se producía con el uso de reactivos químicos, cuyo uso en los procesos de investigación era presentado en ecuaciones numéricas que supuestamente emergían de una lógica externalista desligada de situaciones políticas; en consecuencia, los mitos, esas taxonomías de lo concreto que ayudaban a que la vida primitiva fuese menos miserable, fueron condenados por la antropología física a ser reductos primitivistas que la ciencia afortunadamente había superado.

En tercer lugar están los artículos de la pareja Santos. En este apartado de la obra se ofrece un panorama amplio de las primeras investigaciones arqueológicas en Antioquia, orientadas a la formulación de los fenómenos arqueológicos y su comportamiento espacio-temporal (p. 73). Después de estas apreciaciones generales, el texto nos lleva a presenciar la emergencia de la arqueología de rescate y a ver cómo, desde esta práctica disciplinaria, no se generaron cambios epistemológicos importantes, pero sí la definición de nuevos fenómenos arqueológicos de gran relevancia, como por ejemplo una secuencia que une en un mismo espacio el uso en el Holoceno de restos vegetales y, posteriormente (6000 AP), la introducción de cultígenos, y la emergencia de alfarería (5000 AP). A pesar de lo relevante que pueda resultar esta especificidad del registro arqueológico antioqueño, la pareja Santos, por ejemplo, nunca señala cómo en la definición de estos fenómenos se alteraron las denominaciones Ferrería, Marrón Inciso, Pueblo Viejo y Picardía, las cuales –se da por sentado– constituyen convenciones ineludibles en el debate arqueológico de Antioquia; sin embargo, esta taxonomía tiene serios problemas de orden teórico, ya que conjuga, según se puede inferir de las denominaciones, criterios geográficos (Pueblo Viejo debe ser el lugar donde se encontró una cerámica con ciertas especificaciones que desconocemos) con criterios estilísticos (Marrón Inciso), lo cual viola una regla

elemental de la sistemática, que reza que en la comparación de dos o más unidades de análisis los atributos que las definen deben guardar coherencia entre sí.

Después del trabajo de la pareja Santos encontramos el de Obregón. En este aparte, además de presentar las discusiones ya señaladas anteriormente, como el énfasis en una arqueología histórico-cultural, el uso implícito de definiciones sobre categorías de análisis, etc., Obregón plantea de manera concreta que la transformación disciplinaria en Antioquia que él registra es producto de una apertura a nuevas ideas y del contacto de la academia local con otras fuentes analíticas. A diferencia del artículo anteriormente señalado, supone que ha existido una tendencia desfavorable en la arqueología de Antioquia, que presenta en cuadros aislados los procesos tempranos, desconectados de sus relaciones con agrupamientos asociados al uso de la alfarería y a modos de uso del espacio, propios de agenciamientos sedentarios.

A pesar de la agudeza en las apreciaciones de Obregón, su discurso cae fácilmente en los determinantes arbóreos de la taxonomía neoevolucionista, ya que para él constituye un "avance" el reporte de sitios de ocupación nucleados que hablan claramente de algún tipo de jerarquía. ¿No valdría la pena auscultar otro tipo de relaciones más rizomáticas que lleven a fundamentar o desechar de una vez por todas, por ejemplo, la existencia de patrones nucleados de ocupación asociados al manejo de una horticultura no excedentaria?

El quinto artículo pertenece a Francisco Aceituno y está orientado a dar cuenta de los resultados sustantivos de las ocupaciones en un vector espacial, que se denomina "bosque premontano", en la Cordillera Central. Aceituno comienza su reflexión señalando que antes de la década del noventa existía un "estereotipo" de cazadores-recolectores que se comenzó resquebrajar cuando, desde investigaciones realizadas en el suroccidente del país, se señaló que las estrategias económicas de estas sociedades no se fundamentaban en la adquisición de grandes cantidades de proteína provenientes de la explotación de biomasa asociada a megafauna; también se argumentó que los recursos alimentarios de estos grupos provenían no solo de la disponibilidad de lo mismos en el espacio sino de la alteración del medio por el manejo de cultígenos y la creación de jardines, en términos generales. Entonces, ¿por qué se los sigue llamando cazadores-recolectores?

También, el artículo de Aceituno propone varios elementos que supongo deben entrar a formar parte del paradigma reflexivo en la enculturación de los nuevos arqueólogos para que se libren de las taras positivas, tan acentuadas en la academia local; en el caso de la discusión sobre la emergencia de los cultivos, las evidencias de manejo de cultígenos disociados de pautas de asentamiento sedentarios nos deben llevar a considerar que para la sedentarización sí es indispensable el manejo agrícola del suelo, pero para la implementación de este proceso no es necesaria la nucleación; como lo señala Aceituno, la manipulación del medio para la creación de jardines (estrategia "r") asegura la adquisición de ciertos recursos vegetales y aun animales, sin que esto signifique la sedentarización.

Por último, está el artículo de Botero sobre la interpretación de los documentos tempranos de la colonización hispana en Antioquia. A diferencia de lo que señala la autora –"Aquí, la pretensión no es hermenéutica" (p. 187) –, debemos anotar que toda lectura resulta en una nueva versión de la primera textualización, y, como lo mostró Vincent Crapanzano (1986:51-76), esta es la base de la hermenéutica. Sería imposible realizar una lectura no interpretativa de lo que escribieron Cieza de León, Robledo o cualquier otro escribano, cronista o militar del imperio español del siglo XVI; en consecuencia, ¿es posible utilizar las crónicas para complementar el registro arqueológico, lo que en últimas busca Botero? Personalmente, creo que no, y tal vez el ejercicio inverso resulte más congruente; es decir, cabe preguntarse si es posible utilizar el registro arqueológico para señalar la episteme del siglo XVI.

A pesar de que Botero no lo plantea en términos tan explícitos, muestra de manera tangencial que, al igual que los arqueólogos están fascinados por la complejidad social, los cronistas del siglo XVI veían por todos lados "señores", "jefes" y "caciques", lo cual replicaba "de manera incierta la jerarquía y estructura ideológico-política propias de la monarquía española del siglo XVI, al igual que la gran cantidad de denominaciones como `pueblos´, `provincias´, `reinos´ y `comarcas´" (p. 194). Desde esta óptica, el gran aporte de Botero ha sido proporcionar elementos para que en Colombia se comprenda que lo que se ha venido haciendo desde la discusión sobre complejidad social en los últimos 15 años ha sido

construir un registro arqueológico que se ajusta a los prejuicios teóricos de todos los académicos enculturados en la teoría de los bienes de élite y de los intercambios funcionales.

Lamentablemente, Botero no aborda esta polémica de lleno y se centra en descubrir en las crónicas elementos para comprender un pasado real; por ejemplo, en los comentarios que hace de la narrativa de Robledo, en su contraste con la de Sardela, manifiesta que:

> En este punto del relato creemos necesario revisar la información que nos ofrece el escribano Juan Bautista Sardela sobre la travesía de las huestes invasoras, desde el momento que dejan el valle de Aburrá hasta llegar a las provincias de Currume y de ahí pasar a los que él denomina "provincias de hevexico" en donde se funda la ciudad de Antiochia; este relato corresponde a casi la mitad de su crónica, el cual es sorprendentemente rico en detalles sobre el largo y penoso viaje que significó para los españoles atravesar despoblados y montañas "ásperas y fragosas", y acerca de la manera como los indígenas intentaron defender sus tierras y repeler a los invasores (p. 197).

Después de esta líneas, Botero señala que el relato es importante para "conocer la sociedad hevexico"; esto supone que la crónica se toma como una descripción real, como una escritura resultante de lo que cualquier "cristiano" en sus cabales podría reseñar; sin embargo, como ya ha sido señalado por diversos historiadores (Barona 2000), las crónicas fueron dispositivos de la memoria imperial para redibujar la realidad de América y sepultar los trazos significativos que anclaban a las sociedades nativas. Dentro de los tropos más frecuentes en este proceso de normalización, la dureza del paisaje que reseña Botero en Sardela fue axial para argumentar una remodelación del territorio a cargo de las huestes imperiales; junto con lo agreste de la geografía, la "imbecilidad" del indígena, su polilingüismo y politeísmo, constituyeron los ejes alrededor de los cuales se argumentó la necesidad de una intervención militar, política y religiosa. Por ello, desde una perspectiva crítica, las crónicas, más que enseñar, "esconden", y tal vez ahí radiquen las disonancias que ellas presentan al ser comparadas con datos arqueológicos:

> Los conquistadores al parecer conocieron bien las provincias de Ori, Caramanta y Cartama, lo cual no nos permite suponer que sus referencias no sean confiables, a pesar de que se convierten para nosotros en un pequeño enclave inexplicable en términos socioeconómicos, y hasta donde sabemos, difícil de sustentar en términos arqueológicos (p. 209). ☙

## Referencias

Barona, Guido

2000 Memoria y olvido: pasión, muerte y renovación de la colonización del imaginario. En Cristóbal Gnecco y Marta Zambrano (eds.) *Memorias hegemónicas, memorias disidentes. El pasado como política de la historia*. ICANH–Universidad del Cauca, Bogotá, pp. 121-149.

Crapanzano, Vincent

1986 Hermes´dilema: the masking of subversion in ethnographic description. En James Clifford y George Marcus (eds.) *Writing Culture. The poetics and politics of ethnography*. University of California, Berkeley, pp. 51-76.

# Etnias del norte

Chantal Caillavet

Casa Velásquez, IFEA, Abya Yala, Quito, 2000

Reseñado por Anne Rose de Fontainieu

*Universidad de París*

*Etnias del norte* es el más reciente libro de la etnohistoriadora francesa Chantal Caillavet, que desde hace más de 20 años se ha dedicado al estudio de las sociedades autóctonas y coloniales de los Andes septentrionales. Estudió los procesos de reconstrucción cultural, fruto de la confrontación de los *habitus* andino y mediterráneo, privilegiando el discurso indígena a través de una lectura o relectura de fuentes primarias. Gracias al análisis de la toponimia y de los textos de la época del contacto, y tomando en cuenta que durante mucho tiempo los incas no habían invadido esa zona, obtuvo ciertas informaciones sobre los grupos preincaicos. En ese libro se aborda el conjunto de sus investigaciones norecuatorianas, más precisamente de la zona de Otavalo (norte de Quito), territorio del grupo étnico del mismo nombre. De hecho, la trama estructural del libro está conformada por sus trabajos

*Revista de Arqueología del Área Intermedia* 5: 246–249 (2003) © ICANH

anteriores, reunidos en tres capítulos. El propósito principal de su estudio es diferenciar lo aborigen de lo alógeno, para una mejor comprensión de los sincretismos.

El primer capítulo sistematiza todas las referencias lingüísticas sobre el parcelario de Otavalo, determinando asociaciones lexicográficas, geográficas y arqueológicas, y haciendo hincapié, por ejemplo, en el papel fundamental de los cultivos de inundación en la agricultura prehispánica. Por el estudio de las técnicas agrarias, la autora muestra un manejo autóctono del ecosistema, muy racional, y lo compara con el español. Nos enseña también que la idea de una frontera étnica fuerte entre Quito y Otavalo podría ser una invención incaica, la cual se correspondería totalmente con la idea que tenemos hoy de los incas. Sin embargo, Chantal Caillavet sostiene que no habrían tenido el tiempo suficiente para tener un impacto real en la toponimia. Es aquí donde se vislumbra el prejuicio de la autora, que la toma como una de sus fuentes privilegiadas. En todo caso, ciertas fronteras no serán cruzadas de nuevo. Es así que las minas de sal de Salinas, en el piedemonte caliente, ahora fuera de su territorio, no se explotarán más, al menos por los otavaleños. Ese primer capítulo, en el cual el territorio se encuentra disectado por sus distintas caras o, más bien, escrituras, pone en escena el grupo otavalo con su capacidad de ocupación del espacio en los paisajes que él mismo crea.

El segundo capítulo trata lo económico. A la luz de la tradición textil prehispánica, vista bajo el prisma colonial, se figuran continuidades y rupturas. Es así que las técnicas de fabricación de la producción doméstica femenina y el uso cultural de los tejidos continúa existiendo, aunque los beneficios cambian de mano. La mujer, depositaria principal de ese capital simbólico, asegura su transmisión. A la vez creadora de una identidad cultural, de un patrimonio a transmitir, y fiadora del buen funcionamiento de las relaciones entre vencedores y vencidos, sus mantas de algodón son el tributo, el papel de la mujer ha sido revisitado. El hecho mismo de que en la economía doméstica la economía de bienes simbólicos mantenga sus exigencias específicas –pero también se confunde con la economía, en el sentido de que su producción equivale a plata– sugiere un estatuto femenino totalmente singular. Sin rebasar los límites de una retórica demasiado subjetiva, se puede decir que la relectura de esas estrategias de reproducción nos enseña a escaparnos de un esencialismo oscurantista.

El tercer capítulo abre el tema de las creencias locales y de la integración de los ritos españoles, o sea, de la formación de los sincretismos ideológicos que caracterizan América Latina en su conjunto. Abriendo el tema del estatuto sociorracial, tan particular en el Ecuador, donde la palabra mestizo hasta el día de hoy no existe, la autora pone de relieve la existencia de una sociedad muy conservadora, hasta su propia aceptación, y sienta las bases de una reflexión más amplia sobre el sincretismo ideológico. Así, en los subcapítulos ulteriores nos revela los problemas de comunicación en los actos cotidianos entre españoles e indígenas e intenta demostrar cómo se pudo crear un lenguaje ritualizado que, sin duda, "la virtuosidad del barroco" importado ayudó a formalizar. Además, insiste en que la existencia de una gestualidad muy sofisticada y de un lenguaje no verbal, muy rico en las costumbres autóctonas, favorecieron la adopción del ritual español. En otros términos, nos sugiere allí que las formas sincréticas son las respuestas creativas de las sociedades locales que se ven obligadas a repensar su universo a partir de un imaginario importado.

El cuarto capítulo reúne distintos textos con una relación geográfica y testamentos indígenas. Estos últimos nos hacen visualizar realidades mezcladas, reelaboraciones culturales en las cuales los destinos individuales de los caciques revelan la organización social del campo político, donde se mide, por medio de la transmisión de bienes materiales, la evolución del trabajo de representación de los agentes del poder, así como las mentalidades y estructuras sociales y familiares prehispánicas.

En resúmen, *Etnias del norte* es una compilación de informaciones que se pueden tomar como datos arqueológicos. No obstante, sin querer empañar la vigencia de tales tradiciones, cabe señalar que ese tipo de textos (legados de testamentos, testimonios en litigios agrarios, rituales de posesión de tierras, etc.) si bien reflejan el discurso indígena, también participan de la construcción histórica. Como diría Pierre Bourdieu, hay que reconstruir la historia del trabajo histórico de "deshistorización" permanentemente. El contenido está compuesto de muchos puntos de partida, dibuja nuevos planteamientos. Por otro lado, tanto la perennidad como los cambios de las características culturales legibles acá permiten el proceso de reescritura de una historia a largo plazo.

Así, se trata de un trabajo fundamental de paleografía orientado hacia un conocimiento más global de la historia de poblaciones sin escritura. Herramienta indispensable para arqueólogos, siempre en búsqueda de informaciones concretas y de confrontación con datos etnográficos e históricos. Una multitud de pequeños detalles tejen una red acogedora para la construcción de una memoria supuestamente menos alienada. ☙

# Investigación arqueológica y preservación del patrimonio en las Américas

Robert D. Drennan
y Santiago Mora (comps.)

Colección Científica, Instituto
Nacional de Antropología e Historia de México
(INAH), México D.F., 2002

Reseñado por Carlos Andrés Barragán
*Instituto Colombiano de Antropología e Historia*

El texto es la traducción al español del libro *Archaeological Research and Heritage Preservation in the Americas*, publicado por la Society for American Archaeology (SAA) en el año 2001 (Drennan y Mora 2001). En las dos versiones se reúnen trece artículos (más un prefacio y una introducción de los compiladores) en los que se desarrollan experiencias sobre la relación entre la investigación arqueológica y la preservación del patrimonio arqueológico en el continente americano. Los antecedentes de estos trabajos fueron: una reunión preparada por el Comité de las Américas de la SAA y el National Park System (NPS) en Anaheim, otra realizada en Ciudad de México, en abril y octubre 1994, respectivamente, y un taller llevado a cabo en Nashville, en abril de 1997.

*Revista de Arqueología del Área Intermedia* 5: 250–258 (2003) © ICANH

En términos generales, las perspectivas académicas reunidas en el libro presentan un inquietante panorama de las dificultades y los avances en materia de investigación y preservación del registro arqueológico. Éste se hace útil para un amplio público interesado o que trabaje directamente aspectos relacionados con el patrimonio arqueológico, como políticos, burócratas, arqueólogos, antropólogos y restauradores –a pesar de que el papel de estos últimos en la conservación del patrimonio no es considerado más que de una forma tangencial en algunos de los artículos incluidos en el libro–. Para el caso de los arqueólogos(as), en especial, es un llamado a tomar acciones propositivas frente al tema en los campos educativo, legislativo, administrativo, privado y estatal, y hacer conciencia de su responsabilidad histórica para el futuro de la disciplina, es decir, para la labor de las nuevas generaciones de investigadores.

María Luz Endere y Gustavo G. Politis presentan un panorama general del desarrollo de la arqueología en Argentina (los marcos teóricos y los contextos políticos en los que se ha desenvuelto su práctica), en el cual especifican la transformación de los marcos legales para la protección del patrimonio arqueológico, el papel de los investigadores(as), el cuidado de las colecciones y la interacción con algunas comunidades indígenas.

Para el caso de Canadá, Pierre Nadon desarrolla el contexto legal de protección de los recursos arqueológicos en los territorios federales (jurisdicción del gobierno); describe el papel de Parks Canada y la oficina de Archaeological Services, el Canadian Museum of Civilizations y el Department of Canadian Heritage con respecto a la preservación de sitios arqueológicos abiertos al público y la selección y conformación de colecciones arqueológicas.

Santiago Mora Camargo expone una interesante caracterización de los enfoques teóricos de la arqueología practicada en Colombia, con el objetivo de contextualizar los usos políticos que se han hecho del patrimonio arqueológico y que inciden directamente sobre la forma en que se concibe y practica la preservación del patrimonio arqueológico, particularmente por el Estado (específicamente, Instituto Colombiano de Antropología e Historia –ICANH– y Museo del Oro), y sobre la manera en que se desarrollan proyectos específicos llevados a cabo por instituciones sin ánimo de lucro, como la Fundación Erigaie.

Para el caso cubano, Pedro P. Godo describe una trayectoria modesta, en cuanto a la investigación arqueológica se refiere, caracterizada por un contexto histórico cultural que privilegia en su discurso la presencia de los españoles y los africanos y, en menor medida, un componente étnico indígena o nativo. El autor esboza el contexto legislativo para la protección del patrimonio arqueológico en el siglo XX, sus límites y la labor conjunta del Departamento de Arqueología (parte del Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente) y del Ministerio de Cultura en la protección y divulgación del patrimonio arqueológico a través de proyectos en curso, como el Atlas Arqueológico de Cuba.

La preservación del patrimonio arqueológico en Estados Unidos es ilustrada con las perspectivas de William H. Doelle y Lynne P. Sullivan. El primer autor retoma el modelo de preservación de materiales arqueológicos trazado por William D. Lipe (1974, 1976, citado por Doelle) para Norteamérica, para luego actualizarlo a las necesidades contemporáneas de preservación del patrimonio. Analiza el papel de las publicaciones como medio para la preservación de la información e ilustra su experiencia como arqueólogo en el sector privado (arqueología de rescate) presentando el proyecto de preservación arqueológica desarrollado en el Valle del río San Pedro, en Tucson, Arizona. Sullivan, por su parte, analiza los criterios que definen qué se preserva y qué no, el marco legal vigente, las dificultades estratégicas y presupuestales concernientes a la curaduría de colecciones arqueológicas depositadas en museos y el vertiginoso aumento de las mismas. Igualmente, el autor hace énfasis en el potencial que tienen las colecciones arqueológicas para resolver y/o posibilitar nuevas preguntas de investigación, partiendo de dos experiencias personales de trabajo con colecciones de museos. La primera, conformada a comienzos del siglo XX por las investigaciones de los arqueólogos M. R. Harrington y Arthur C. Parker, en el sudoeste de Nueva York (y a cargo del New York State Museum), y la segunda, con la colección New Deal Era, conformada por los hallazgos de Thomas M. N. Lewis y Madeline Kneberg en la década de 1930 en el terreno en que se construyó la represa TVA, actualmente bajo la curaduría del Frank H. McClung Museum, en la Universidad de Tennessee.

Alejandro Martínez Muriel, Jeffrey R. Parsons y M. Elisa Villalpando aportan perspectivas sobre la experiencia mexicana. Martínez se enfoca en la investigación arqueológica y la restauración en sitios monumentales, su importancia en el imaginario, la identidad y el nacionalismo cultural de los mexicanos. También expone el papel del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) como entidad gubernamental encargada de la investigación, protección y divulgación del patrimonio arqueológico. Parsons desarrolla su experiencia como investigador y la de otros arqueólogos en el Valle de México para sustentar la importancia de volver a las viejas colecciones arqueológicas y posibilitar, por ejemplo, la comparación de varios sitios correspondientes al período Clásico –particularmente, Teotihuacán– o probar nuevas herramientas tecnológicas, como el análisis de activación neutrónica y los rayos X fluorescentes en materiales como la obsidiana –e incluso a la cerámica– para rastrear su lugar de origen. Por su parte, Villalpando evidencia los escasos recursos destinados por el Estado para la investigación y la preservación del patrimonio cultural en el norte de México, en Sonora (región caracterizada por la ausencia de vestigios monumentales). Consecuentemente, gran parte de la financiación de la investigación se ha buscado y realizado con el apoyo de instituciones norteamericanas, como ha ocurrido con los trabajos de la autora y Randall McGuire en el Valle del río Altar. La arqueóloga también sintetiza su experiencia de trabajo con la comunidad y la recepción de un nuevo componente histórico –el prehispánico– en una comunidad que principalmente se considera heredera de un pasado hispánico y que actualmente está dedicada a la agricultura y la cría de ganado.

Sobre el caso peruano, Rafael Vega-Centeno Sara Lafosse presenta cuatro experiencias resultado de proyectos de investigación de largo plazo, que desde un principio, o de manera paulatina, han puesto en práctica un enfoque que le da preeminencia tanto a la investigación como a la preservación y al trabajo con las comunidades. La primera corresponde al Proyecto Arqueológico Huaca Pucllana (PAHP), bajo la dirección de Isabel Flores, en la municipalidad de Miraflores (casco urbano de Lima). La segunda experiencia es la del Centro Mallqui de Bioarqueología (CMB), ubicado en la ciudad de Llo, bajo la dirección de la arqueóloga Sonia Guillén y cuyo principal objetivo es la preservación de restos orgánicos. La tercera experiencia es el Proyecto Arqueológico

Tablada de Lurín (PATL), cuyo objetivo es la investigación de un cementerio prehispánico en el área metropolitana de Lima con el apoyo de la empresa Cementos Lima y la Universidad Católica de Lima, bajo la dirección de Krzysztof Makowski. La cuarta experiencia retomada por el autor es el Proyecto Arqueológico Sicán (PAS), dirigido por Izumi Shimada en el bosque de Poma (costa norte de Perú). Todas ellas tienen en común haberse desarrollado en espacios poco favorables para la preservación del patrimonio, en parte por la exigua aplicación de la legislación vigente y en parte por el alto índice de afectación de sitios arqueológicos dado el crecimiento y aumento de centros urbanos y la acción de saqueadores.

Los investigadores Lilliam Arvelo y Édgar Gil exponen de manera crítica su experiencia personal en la implementación del proyecto de salvamento Arqueología de Rescate en el Área de Afectación del Sistema Hidráulico Yacambú Quíbor (PARYQ), en el noroeste de Venezuela, específicamente en alto el río Yacambú y en el valle de Quíbor. Alrededor de esta experiencia, los autores desarrollan los problemas de conservación y divulgación y su interacción con la población.

Algunos de los aspectos más relevantes que con cierta reiteración aparecen en los textos, sobre los cuales hacen énfasis los compiladores (Drennan y Mora), son: su preocupación por el papel y la posición ética de los arqueólogos(as) con respecto a la destrucción implícita que conlleva la investigación científica de los registros arqueológicos *in situ* y las posibilidades reales de que la información recolectada (material, descriptiva, analítica) pueda ser utilizada posteriormente por nuevas generaciones de investigadores para dar solución a nuevos interrogantes y ser releídas con nuevas tecnologías. De acuerdo con las perspectivas incluidas en el libro y en otros contextos (véase Edson 2004), en este proceso de conservación es evidente que los sesgos que determinan qué bienes arqueológicos se deben preservar –en el ámbito académico, cultural y estatal– son en extremo complejos y hacen de esta faceta un reto académico, intelectual y político para los arqueólogos. Lo anterior, por supuesto, con el deseo de concertar los criterios y las medidas para maximizar la protección del patrimonio arqueológico.

A este respecto, es preciso señalar que la preocupación por la utilización de colecciones arqueológicas resultado de excavaciones hechas con anterioridad y la formación de nuevos registros es acentuada por la actitud despectiva –más o menos extendida– de algunos investigadores a la hora de trazar una división tajante entre la investigación empírica y la conservación de los registros arqueológicos, incluso menospreciándola como una labor menos importante o menos prestigiosa. Esta situación, sobre la cual se detienen a considerar varios de los autores en el libro, es palpable en la formación de los estudiantes de arqueología en los departamentos de antropología. En el caso colombiano, por ejemplo, los laboratorios de arqueología en los departamentos carecen de una trayectoria de conservación que les permita proporcionar a los estudiantes un material básico de referencia (ordenado y en buen estado de conservación) con el cual aproximarse a preguntas de investigación; de esto se desprende también el poco respeto o relevancia que le puedan encontrar a la preservación y sistematización de los materiales arqueológicos (véase Drennan y Mora:11; Parsons:185; Sullivan:168). La preocupación o negligencia por el cuidado de este tipo de colecciones, en el caso colombiano, está marcada por los intereses coyunturales académicos e individuales de quien se encuentre dirigiendo los diferentes departamentos. La investigación en los laboratorios podría ser tomada como un punto de partida obligatorio para las prácticas de campo y las tesis de pregrado y posgrado, con el fin de minimizar el impacto de un recurso no renovable, como lo es el arqueológico.

Las nociones de patrimonio cultural, por supuesto, no están libres de ser guiadas por las lógicas de mercadeo capitalista. En la medida que los procesos de explotación de recursos naturales y la ejecución de obras de infraestructura han aumentado en los países del continente americano –particularmente en Latinoamérica–, desde la década de 1960, también lo ha hecho la demanda de profesionales que se encargan de preservar el patrimonio arqueológico. Sin embargo, la puerta que se abrió con la arqueología de rescate –en términos presupuestales y de eventuales prácticas para estudiantes de pregrado, por ejemplo– ha sido aprovechada, en muy pocos casos, con preguntas de investigación sólidas, acomodadas, por supuesto, a las limitantes intrínsecas de estos proyectos de salvamento. En Colombia, el auge de la arqueología de rescate y su paulatina decadencia han producido una exacerba-

ción de las dificultades laborales de los arqueólogos(as), no tanto como gremio académico, sino como clase trabajadora absorta en un árido ambiente burocrático. La marcada estratificación y la remuneración desigual (McGuire y Walker 1999) que caracteriza gran parte de estos proyectos son aspectos que influyen directamente en el poco matiz académico que puedan guardar y en el lamentable acuerdo tácito de mediocridad entre empresas y arqueólogos(as) para cumplir con una reglamentación y recibir futuros contratos, respectivamente.

En Colombia, por ejemplo, existen arqueólogos(as) con más de cincuenta trabajos de rescate a cuestas que no han tenido nunca el más mínimo interés en hacer público parte de los resultados encontrados –esto sin considerarlos en términos de calidad y, menos aún, sin preguntar por el paradero final y estado de los restos materiales ni por la posibilidad futura de accederlos–. Sin duda, como lo desarrolla extensamente Drennan en su aparte sobre la importancia de las publicaciones consideradas como un patrimonio en sí mismas, y el acceso a ellas (pp. 23-51), ahorrar esfuerzos para lograr que los resultados de las investigaciones logren su máxima cobertura es equivalente a algo inclusive peor: a saquear un sitio. La diferencia entre los procedimientos, reconociendo que en los dos es intrínseca la destrucción del sitio, es que del trabajo de los arqueólogos(as) se deriva la posibilidad de preservar e interpretar un contexto que permite responder a cuestionamientos sobre los grupos humanos en el pasado y no simplemente llenar las expectativas de coleccionistas fetichistas. ¿Por qué se tolera esta situación y no se aplican medidas para terminar con los monopolios en la arqueología de rescate? En este punto, autores como Doelle –nuevamente siguiendo la perspectiva de Lipe– concuerdan en que no debería haber ninguna diferencia entre la arqueología de contrato y la investigación arqueológica tradicional (véase Drennan:35). Tiene sentido también la propuesta de Endere y Politis de concertar (pp. 136, 138) un código de ética profesional. Igualmente podría pensarse en dar estímulos a quienes se preocupen por hacer públicos los resultados de los trabajos de rescate, experiencia que, como la describe Doelle (p. 58), puede tener efectos positivos.

El problema de la difusión de la información producida y de los resultados de las investigaciones arqueológicas es también una preocupación común para los investigadores. Actualmente,

adelantos tecnológicos como Internet abren nuevas puertas para el manejo y almacenamiento de grandes cantidades de información. Esta vertiente digital es discutida con cierta asiduidad en los comités editoriales de muchas de nuestras revistas, con el objetivo de encontrar salida a las difíciles situaciones presupuestales que las instituciones afrontan para el sostenimiento de sus publicaciones seriadas. Y si bien tiene grandes ventajas al considerar aspectos como la distribución, cuando esta se piensa como un servicio gratuito (véase el caso del *Boletín del Museo del Oro*: http://www.banrep.gov.co/museo/home4.htm), el almacenamiento electrónico de información no está exento de padecer los mismos problemas que los sistemas de almacenamiento tradicionales de materiales impresos, como las bibliotecas o los archivos (véase Drennan:40-51), incluso en términos de inversión, mantenimiento y actualización. Lo anterior sin tomar en cuenta el acceso desigual a este servicio. Retomando la importancia de conservar y hacer accesibles las versiones completas de los informes arqueológicos, señalada por Drennan, quizás el paso más seguro por ahora –dado el factor efímero de la tecnología– sea complementar las nuevas tecnologías con los espacios tradicionales de publicación: series monográficas académicas, libros, artículos, capítulos de libros, divulgación, etc.

Para finalizar, otro punto importante tratado por los autores es el que se refiere a los tipos de participación de las comunidades donde se realizan investigaciones arqueológicas –concebidas por los autores como "nativas" cuando su origen es indígena o "locales" cuando no. Su grado de envolvimiento con la preservación del patrimonio arqueológico presenta contrastantes posiciones que van desde la apatía hasta un involucramiento total, en el cual reglamentan las actividades de los arqueólogos (véase, por ejemplo, el Native American Grave Protection and Repatriation Act, Nagpra) y el futuro de las colecciones. Teniendo en cuenta los límites de aplicación de la legislación sobre protección del patrimonio arqueológico –y acorde con los casos expuestos en el libro–, la participación de la comunidad en las investigaciones constituye la mejor estrategia y es con seguridad la que promete mejores resultados para avanzar y obtener resultados positivos en la preservación del patrimonio cultural representado por los vestigios arqueológicos de las sociedades del pasado.

Así mismo, el panorama legislativo que se puede observar a través de los casos expuestos es igualmente variado y complejo; y a pesar de los casos en los que se han alcanzado metas significativas en este aspecto, su implementación y ejecución continúa dejando mucho que desear. Sobre este tema y tomando en cuenta las experiencias de varios de los autores, la mejor estrategia también es la divulgación en las comunidades de la importancia de preservar el patrimonio arqueológico a través de proyectos de investigación en los cuales éstos tengan un papel activo. ☙

## Referencias

Drennan, Robert D. y Santiago Mora Camargo (eds.)

2001 *Archaeological Research and Heritage Preservation in the Americas*. Society for American Archaeology, Washington DC.

Edson, Gary

2004 Heritage: Pride or Passion, Product or Service?. *International Journal of Heritage Studies* 10(4):333-348. Routledge, Londres.

McGuire, Randall H. y Mark Walker

1999 Class confrontations in Archaeology. *Historical Archaeology* 33(1):159-183. Society for Historical Archaeology, Bethlehem.

# Arqueología colombiana. Ciencia, pasado y exclusión

Carl Langebaek

Colciencias, Bogotá D.C., 2003

Reseñado por Franz Flórez

*Instituto Colombiano de Antropología e Historia*

¿Qué puede tener de colombiana una forma moderna de conocer el pasado como la arqueología?, ¿en qué consiste su cientificidad?, ¿qué ha descubierto del pasado esa arqueología?, ¿cómo ha contribuido esa forma de conocer el pasado a excluir o juzgar los grupos humanos estudiados? Estos son algunos de los interrogantes a los que este texto trata de responder. Para ello, se plantea como objetivos "presentar el desarrollo histórico de la disciplina [arqueológica en Colombia], ayudar a comprender quiénes y por qué se han ocupado de ella, hacer un inventario de los debates que se han formulado y de las respuestas que se han obtenido (…) la genealogía de los conceptos y narrativas de la arqueología y (…) el análisis de la forma como ciertos temas [han sido considerados] más importantes que otros" (pp. 13-14). Las referencias a la arqueología en el mundo son presentadas en la medida en que se consideran "importantes para entender lo que sucedió en

Colombia". Se cuestionan, además, dos mitos sobre la disciplina: que en el país no se ha producido "conocimiento teórico" y que su establecimiento se remonta a mediados del siglo XX, "siempre gracias a ideas foráneas". Los objetivos planteados se pueden dividir en tres grupos. Los humanistas, que se interesan por los individuos y por sus opiniones, trayectorias académicas y personales; los disciplinarios, que tratan de ubicar las preguntas, temas y debates "arqueológicos" en un contexto académico nacional e internacional, y los más ambiciosos, que tratan de encontrar sentido al fluir de individuos y debates sobre "el pasado" dentro de un contexto "nacional" (Colombia) y disciplinario (arqueología) en particular.

Con Heráclito, podemos decir que estamos ante un texto que trata de dar cuenta no solo del flujo sino de la manera como surgió ese largo río que sería la "historia de la arqueología colombiana", que va a desembocar en el vasto océano de la arqueología mundial en el que, por cierto, las arqueologías y arqueólogos(as) del Tercer Mundo son referentes que poco agitan ese mar de debates y corrientes contrapuestas. Peor aun, los arqueólogos y arqueólogas de Colombia escasa y ocasionalmente son considerados interlocutores por parte de sus vecinos "teóricos", los antropólogos(as) nacionales, o "temáticos", los historiadores de la Conquista o la Colonia. Un indicador de ello es que por lo general en los balances nacionales de cada una de esas disciplinas no se menciona si ha habido o no aportes desde la arqueología a los debates transdisciplinarios. Este relativo ensimismamiento del gremio puede tener su razón de ser en que la identidad de la disciplina es frágil.

En el texto se trata de caracterizar con ciertos términos al menos seis lenguajes o seis maneras de "hacer arqueología" que se practican desde su institucionalización académica (universitaria) en la década de 1960: a) la normativa, que estaría más interesada en la descripción y el difusionismo como instancia explicativa apoyada en conceptos como áreas culturales, rasgos típicos, horizontes o tradiciones; esta herencia se remonta a los discípulos de Paul Rivet, como Luis Duque Gómez, quien tuvo gran influencia profesional e institucional entre las décadas de 1950 y 1990; b) la difusionista-ecológico-chamánica, representada casi exclusivamente por la obra de Gerardo Reichel-Dolmatoff, quien no formó sucesores, aunque sí influyó en la manera de concebir la

"prehistoria nacional" entre las décadas de 1960 y comienzos de la década de 1990; c) la procesual, que trata de encontrar modelos generales que expliquen las regularidades del comportamiento humano, ejemplo de lo cual es el trabajo del autor del texto, que lleva poco más de una década tratando de evaluar algunos modelos neoevolucionistas que intentan explicar el surgimiento de "sociedades complejas" en diferentes áreas del territorio colombiano (Langebaek 1995, 1998, 2000, 2001; Langebaek *et al.* 1998, 2002; Langebaek y Dever 2000, 2002; Langebaek y Piazzini 2003); desde esa óptica, el autor ha publicado varios textos de divulgación que sintetizan, desde una perspectiva alterna a la de Duque o Reichel, la "prehistoria nacional" (Langebaek 1992a, 1992b, 1993, 1996), así como otros en los que busca hacer un puente entre arqueología, antropología e historia para discutir la naturaleza de la diversidad cultural actual (Langebaek 1998, 1999); d) la arqueología histórica, que toma en cuenta documentos escritos y variables simbólicas para destacar el papel de los individuos o contextos sociales particulares o para explicar procesos de largo plazo que atañen a la arqueología (cf. el volumen especial de la *Revista de Antropología y Arqueología* No. 13 de 2001-2002, publicada por la Universidad de Los Andes); e) la arqueología marxista, que tuvo en las décadas de 1970 y 1980 un desarrollo más notable en México y Perú que en Colombia, donde, según Langebaek señala, "más que una realidad es un proyecto", y destaca que si bien "no hay muchos arqueólogos en Colombia que, de manera explícita, se llamen a sí mismos marxistas (…) algunos de los mejores trabajos tienen, directa o indirectamente, influencia marxista" (p. 208), y f) la arqueología posprocesal, que abarcaría diversas corrientes que cuestionan la legitimidad de la perspectiva procesual o señalan sus limitaciones interpretativas.

Esta disparidad de criterios recientes sobre qué es la arqueología y qué estudia (para no mencionar los de comienzos del siglo XX y de ahí para atrás, cuando ni siquiera se consideraba que debiera haber excavaciones o trabajo de campo) no solo dificulta su caracterización disciplinaria sino que lleva a pensar que el rótulo de "arqueología colombiana" tiende a resultar inexacto. De paso, las disputas sobre la cientificidad de uno u otro tipo de práctica hacen difícil saber qué tipo de reconstrucción del pasado está más cerca de la verdad (algo que no preocupa a algunas de las corrientes posprocesuales). Ante estas diferencias, que nos

impedirían observar un río o proceso histórico de la "arqueología colombiana", en el texto se propone que "una de las pocas cosas que une a los arqueólogos es su interés por los objetos viejos" (p. 18). Es decir, se parte de un supuesto positivista (y no lo digo en sentido peyorativo) según el cual los objetos y ruinas persisten en el tiempo junto con sus significados (contextos de producción, uso, desecho), y eso permite que la arqueología se practique y exista tal y como la conocemos. Así, conocer el pasado es un proceso que necesariamente está (o estuvo) mediado por colecciones de objetos (tal como proclaman en sus estatutos buena parte de los museos).

La narración del libro se remonta hasta el siglo XVIII, cuando "el interés por objetos viejos" no era ocupación ni preocupación exclusiva de especialistas en el pasado –arqueólogos(as)–, cuando no existía, en su sentido institucional, arqueología ni había siquiera una quebrada, sino un "río seco" formado por la precipitación o confluencia ocasional de ciertas ideas acerca de objetos viejos. Una vez pasada la llovizna de intervenciones de los interesados (Francisco José de Caldas, Alexander von Humboldt, José Celestino Mutis, Manuel del Socorro Rodríguez), quedaba el cauce seco, formado por artículos, algunos libros y cierto interés por coleccionar o contemplar esos objetos. Pero no había dolientes o instituciones que asumieran esa herencia. Estas surgieron en la segunda mitad del siglo XIX, junto con la publicación de textos de arqueología (de Ezequiel Uricoechea, Vicente Restrepo o Liborio Zerda) que trataban de balancear la objetividad y el sentimiento patriótico sobre el pasado y buscar por qué ocurrieron ciertos cambios o formas de organización en las sociedades descubiertas por los conquistadores.

La conversión del arroyuelo esporádico en ese río permanente que hoy parece fluir a medida que se acumulan excavaciones, informes, libros, artículos, museos, decretos sobre el cuidado del patrimonio arqueológico, textos de historia de la arqueología y reseñas de esos textos, en otras palabras, "el proceso histórico de la arqueología colombiana", comenzaría con su institucionalización como disciplina autónoma en las décadas de 1930 y 1940, gracias al surgimiento de asociaciones arqueológicas y "etnológicas", antecedentes del Instituto Etnológico Nacional, en donde se capacitaron más formalmente "los pioneros" de la arqueología nacional.

Vistos en retrospectiva, tenemos curas, cronistas y criollos ilustrados cuyos intereses ocasionalmente encontraron en esos objetos, entre los siglos XVII y XIX, un medio para reforzar sus posiciones políticas o cuestionar los supuestos de otros "expertos". Para mediados del siglo XIX ya se contaría con "especialistas en el pasado", pero solo hasta un siglo después (hacia 1940-1950) se puede hablar de arqueólogos(as) profesionales que dedicaron su vida a "hacer arqueología" y obtuvieron su subsistencia de producir opiniones sobre el pasado, conocidas gracias a informes, revistas, libros, conferencias, museos o clases en las que se formaron nuevas generaciones de relevo. Otro medio siglo después se presenta el debate sobre la calidad de esos especialistas y se plantea que no basta un pregrado, sino que se hace indispensable contar con un posgrado o varios en arqueología (especialización, magíster, doctorado, posdoctorado) que aseguren las condiciones mínimas para producir conocimiento arqueológico. Colciencias, a su turno, plantea que esos individuos solo serán visibles nacional e internacionalmente en tanto estén afiliados a grupos de investigación reconocidos por esa institución. Pero esto ya es harina de otras "exclusiones", que se sale del espectro temático considerado por el texto.

Surgen, pues, especialistas en el pasado. Pero ¿dependía y depende de estos individuos y su interés por "objetos antiguos" la generación de conceptos y narrativas?, ¿es posible atribuir a ciertos individuos que ciertos temas (determinismo ambiental, fundamentación de identidades en el pasado, evolución y degeneración de las razas, difusionismo como principio explicativo, racismo, diversidad cultural, complejización social) se consideren relevantes o dejen de serlo? Al ser un texto de divulgación pensado para un público no especialista, no es explícita la manera como se presentan, por un lado, los autores y sus avatares personales y, por el otro, "la genealogía de los conceptos y narrativas de la arqueología" y la "forma como ciertos temas se han considerado más importantes que otros". Aquí hay una tensión en el texto, surgida, en parte, de la manera como es definida u objetivada la disciplina para hacer posible no solo "su" historia sino para darle sustento a la crítica del "mito fundacional" de los arqueólogos(as) profesionales actuales, que remitirían su oficio al período de formación de los pioneros (década de 1940) y a la introducción de perspectivas de investigación foráneas (francesas, norteamericanas).

La crítica al mito fundacional y al "colonialismo académico" puede resultar efectiva, pero a costa de definir la arqueología como un interés por el pasado no mediado por una formación profesional y unas reglas que establecen cómo y en qué contextos es válido relacionar cierto tipo de objetos o lugares con individuos o grupos. Esta manera desinstitucionalizada de entender la disciplina es más propia del discurso posmoderno (y la arqueología posprocesual) que de una historia modernista como la que se ofrece en este texto, y supone la continuidad en el tiempo de nociones como verdad, sujetos racionales, la oposición pasado/presente u "objetos viejos". De ser tomada en su sentido literal esta definición de la arqueología, serían arqueológicas todas las opiniones sobre objetos viejos de los no especialistas. El texto comienza por recordar que los arqueólogos no pueden "reclamar ser los *únicos* encargados de estudiar el pasado remoto" (p. 17), pues hay mucha gente por fuera de la arqueología que se interesa por él. Sin embargo, no es claro por qué esas otras formas de interés no son relevantes en el recuento histórico hecho por Langebaek. La respuesta puede hallarse hacia el final del texto, donde se critica el relativismo epistémico que ataca a la ciencia por "presumir que una sola forma de conocer es legítima [pero] no siempre acepta que cada una de las formas de conocer sea del todo arbitraria. No cualquier persona dice cualquier cosa sobre el pasado" (p. 210). Langebaek cuestiona que la arqueología sea hegemónica (excluyente) o esté al servicio de las élites (p. 211) y propone que, en lugar de asumir que "el conocimiento del mundo es relativo a las condiciones en que se genera" (de lo cual se deriva que toda interpretación sobre el pasado es política e interesada), se acojan los criterios de evaluación modernos (verdadero/falso, objetivo/subjetivo, opinión/conocimiento). Con la práctica arqueológica "rigurosa" y la "contrastación de propuestas" se mostraría, entonces, que "la sociedad actual es arbitraria" y habría una "ciencia comprometida, preocupada por desenmascarar viejas y nuevas formas de exclusión" (p. 212). En este punto, la "genealogía de conceptos" y la relevancia de ciertos "temas" tendría que ver más con el compromiso de algunos individuos que con diversas maneras de construir epistémicamente el objeto de estudio (el pasado). Este enfoque le confiere un tinte de romanticismo a la práctica

arqueológica "comprometida" y "rigurosa": el sujeto buscaría una verdad ajena a la historia, revelando la falsedad de formas de exclusión surgidas históricamente.

Así se revela uno de los valores liberales que estructura el texto y anima a Colciencias a invitar a los científicos colombianos a "salir de los círculos académicos especializados y presentar los avances de su campo de investigación científica o de desarrollo tecnológico a un público amplio", esto es, a divulgar el pensamiento ilustrado porque la información verdadera tiende a desplazar a la falsa (en la que se basan las exclusiones), siempre y cuando sea posible el libre mercado de opiniones, al margen de las leyes de producción de ese tipo de informaciones y por encima de los conflictos y contradicciones sociales. Colciencias insiste en ilustrar al gran público al modo volteriano, cuando es un hecho que parte de que la idea que el público tiene sobre la arqueología debe más a las películas de Indiana Jones, a la *guaquera* de video juego (Tomb Raider), al "orientalismo arqueológico" de Discovery Channel o al mito de El Dorado que a la lectura del *Manual de arqueología colombiana* de Lucía Rojas de Perdomo (en su edición de lujo) o a la visita a museos. Basta recordar la calculada e ingenua invocación de hace dos décadas de un conservador, Kent Flannery, en su "palustre dorado", que justificaba hacer arqueología porque la gente consumía textos sobre las "civilizaciones perdidas". Con todo, este barco de papel puede que sobreviva al pantano de la arqueología mediática y nos ayude a no seguirnos bañando más de dos veces en el mismo charco de lugares comunes, fruto de la falta de memoria institucional y generacional. De hecho, los funcionarios de Colciencias deberían revisar el texto a ver si cambian algunos de los criterios con los cuales crean bases de datos en las que equiparan la investigación (y los resultados) de profesiones liberales y humanistas.

De otro lado, es necesario hacer algunas precisiones sobre las "formas de hacer arqueología" tipificadas en el texto y la historización de una "arqueología colombiana". El término no hace referencia a la creación de conceptos o debates disciplinarios con origen en el país sino a la manera como diferentes formas de practicar la arqueología se articulan con el proceso de inventarse como "nación" con una identidad propia. Actualmente, este es un problema particularmente agudo, pues, en el contexto de la globalización, esa identidad no se construye desde una tradición

propia (un río del tiempo colombiano) sino desde la confluencia de ese río con el vasto océano de la modernización sin maquillaje: el credo del libre mercado, el liberalismo político y la soberanía de las diferencias culturales que supongan el respeto de las dos primeras "libertades" es lo que nos espera. Este contexto determinaría las formas de hacer arqueología en Colombia, toda vez que no son encausadas solo por las fronteras del territorio nacional y ese intento de pacto social incluyente moderno que fue la Asamblea Nacional Constituyente y la Constitución Política de 1991. ¿Qué significa hacer arqueología en Colombia para colombianos, cuando unos cinco millones han emigrado al exterior y otros dos millones han sufrido el destierro interno, por cuenta de la inviabilidad económica y social del país?

Cuestión aparte, el texto considera tácitamente la "arqueología normativa" como superada por las otras. Esta tendencia se excluiría sistemáticamente a mediano plazo desde instancias institucionales (estatales, privadas, arqueología por contrato), en cuyos lugares los practicantes de las otras "formas de hacer arqueología" son ahora docentes, funcionarios o consultores. Este tipo de arqueología (y su mezcla con las arqueologías posprocesuales en trayectorias individuales, con mayor o menor fortuna) es la que practican las generaciones formadas en las décadas de 1980 y 1990 (en las universidades Nacional y de Antioquia y, en menor medida, en la del Cauca y los Andes); la practican en proyectos de arqueología requeridos en estudios de impacto ambiental, surgidos junto con la construcción de obras de infraestructura. La "arqueología de rescate" es un producto directo de la formación de identidad nacional a partir del Estado (el que define qué es patrimonio, por qué y quién puede y debe preservarlo y estudiarlo), así como una actividad que no requiere mayor cualificación profesional y depende, en buena medida, de la idoneidad del profesional de turno.

La arqueología procesual está en relativo auge. Hay un posgrado en la Universidad de Los Andes, que la impulsa, y los criterios con los cuales se financian proyectos en la FIAN, el ICANH o Colciencias tienen ese perfil. Pero ese auge tiende a convertirse en un lastre, como pasó con la "arqueología normativa", que era legitimada y financiada desde esas mismas instituciones hace menos de una década.

La arqueología posprocesual no existe más que como proyecto, pues su práctica formal supondría, aparte de una contradicción en los términos (institucionalizar una perspectiva crítica de las verdades institucionalizadas), restar fondos a las dos anteriores o cuestionar la legitimidad de esas inversiones en investigación desde el Estado o sectores privados. Más que por su relativismo, esta tendencia es criticable por su romanticismo.

La arqueología marxista sería practicada, de acuerdo con el texto, en forma "implícita". Pero el problema es que algo va de asumir categorías como totalidad o lógica dialéctica y materialista, en la obra de un Gordon Childe, a versiones "posprocesuales" como las de Luis Bate, Thomas Patterson, pasando por las supuestamente más ortodoxas de Luis Lumbreras y José Luis Lorenzo. La pregunta es si estas reflexiones son cultivadas en alguno de los departamentos donde se enseña antropología en el país. De no ser discutidas sistemáticamente, puede ocurrir que una teoría creada para dar cuenta del surgimiento del capitalismo como fenómeno histórico (el "marxismo"), se aplique a otras épocas. El materialismo histórico resultaría una teoría ahistórica: nos haría ver un devenir dotado con una estabilidad dinámica, sujeto a un patrón de complejización social progresivo que puede ser detectado en un único pasado y extrapolado *al* futuro o *al* presente. La impronta teleológica de Hegel en Marx sería así acogida por una arqueología procesual neoevolucionista "marxista". Habría que preguntarse qué supuestos marxistas han sido replanteados al tratar de hacer comprensible la "historia" desde ciertos proyectos de arqueología: ¿la contradicción inherente al desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción?, ¿la reducción de la organización de la vida en común a la producción de bienes de subsistencia?, ¿la producción de excedentes alimentarios como condición para el intercambio de bienes con los cuales se benefician unos pocos "protocapitalistas"? El problema de la "arqueología marxista" es de fundamentación, a riesgo de asumir los lugares comunes que llevaron a la esquematización metodológica y la aridez teórica a la "historia marxista".

Por su parte, la "arqueología histórica" es un rótulo que concilia la construcción del mismo objeto de estudio desde dos disciplinas diferentes. Se puede discutir más a fondo si la adopción de ciertas técnicas y fuentes documentales define un campo de conocimiento o si estamos ante otra forma de practicar la

"(nueva) historia cultural" que surgió ante el replanteamiento del alcance y naturaleza de las generalizaciones hechas por los historiadores acerca del papel de los sujetos (y las subjetividades) en el cambio de las estructuras.

Estos apuntes señalan algunos temas polémicos. Y es la polémica que puede despertar en pregrados y posgrados, nacionales y extranjeros, lo que tal vez haga meritorio en el futuro este texto, cuando sea superado por otros o revaluado por el autor mismo. Porque de la polémica y las discusiones basadas en la clarificación de supuestos y enfoques teóricos depende la subsistencia y renovación de una comunidad académica. O, dicho de otra manera, el mantenimiento del cauce disciplinario que intuyó Heráclito.

Queda preguntarse qué ocurre con ese cauce, y para dónde va. Un canto israelita dijo al respecto que "Todos los ríos van al mar, pero el mar no se llena. Al lugar adonde los ríos corren, allí vuelven a correr. Todas las cosas son fatigosas, y nadie es capaz de explicarlas. El ojo no se harta de ver, ni el oído se sacia de oír. Lo que fue, eso será; y lo que ha sido hecho, eso se hará […] Hay algo de lo que se pueda decir: `Mira, ¿esto es nuevo?´ Ya sucedió en las edades que nos han precedido. No hay memoria de lo primero, ni tampoco de lo que será postrero. No habrá memoria de ello entre los que serán después". Si este texto nos ayuda a hacernos conscientes de esos ritos del eterno retorno, tal vez veamos que si bien no hay nada nuevo bajo el sol, sí puede ocurrir que nos percatemos de que el sol no brilla tanto ni tan bien como se dice en los manuales de pregrado y posgrado (nacionales o no). ☙

## Referencias

Langebaek, Carl

1992a *Noticias de caciques muy mayores. Origen y desarrollo de las sociedades complejas en el nororiente de Colombia y norte de Venezuela*. Universidad de Antioquia, Bogotá.

1992b Siempre hay más de un camino... Dos sociedades complejas: incas y muiscas. *Crónicas del Nuevo Mundo* 4:50-64. Cinep, El Colombiano, Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá.

1993 Arte precolombino - culturas. En *Gran Enciclopedia de Colombia, Temática 6, Arte*. Círculo de Lectores, Bogotá, pp. 27-42.

1995 *Regional archaeology in the Muisca territory. A study of the Fúquene and Susa Valleys*. University of Pittsburgh Memoirs in Latin American Archaeology No. 9. University of Pittsburgh, Universidad de Los Andes, Pittsburgh.

1996 *El oro y las culturas precolombinas*. Colina, Medellín.

1998 Indígenas de hoy y de ayer. En *Nueva Historia de Colombia*, vol. IX. Planeta, Bogotá, pp. 101-127.

1999 El reto de la diversidad en Colombia. En H. Gómez (comp.) *¿Para dónde va Colombia?* Tercer Mundo, Bogotá, pp. 140-148.

2000 Cacicazgos, orfebrería y política prehispánica: una perspectiva desde Colombia. *Arqueología del Área Intermedia* 2:11-45.

2001 *Arqueología regional en el Valle de Leiva: procesos de ocupación humana en una región de los Andes orientales de Colombia*. Informes Arqueológicos 2. ICANH, Bogotá.

Langebaek, Carl (ed.)

1998 *Tierradentro: 2000 años de historia en una región del sur de Colombia*. Universidad de Los Andes, Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá (sin publicar).

Langebaek, Carl y Alejandro Dever

2000 *Arqueología en el bajo Magdalena: un estudio de los primeros agricultores del Caribe colombiano*. Informes Arqueológicos No. 1. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Universidad de Los Andes, Bogotá.

2002 Estudio regional en las bahías del Parque Tayrona: arqueología, medio ambiente y desarrollo de sociedades complejas. *Boletín de Arqueología* 17(1):2-16.

Langebaek, Carl y Emilio Piazzini

2003 *Procesos de poblamiento en Yacuanquer-Nariño: una investigación arqueológica sobre la microverticalidad en los Andes colombianos (siglos X a XVIII DC)*. ISA, Bogotá.

Langebaek, Carl, Andrea Cuellar y Alejandro Dever

1998 *Medio ambiente y poblamiento en la Guajira: investigaciones arqueológicas en el Ranchería medio*. Universidad de Los Andes, Bogotá.

Langebaek, Carl; Emilio Piazzini; Alejandro Dever e Iván Espinoza

2002 *Arqueología y guerra en el Valle de Aburrá: estudio de cambios sociales en una región del noroccidente de Colombia*. Universidad de Los Andes, Bogotá.

# Habitantes tempranos de la selva tropical lluviosa amazónica. Un estudio de las dinámicas humanas y ambientales

Santiago Mora

Pittsburgh, University of Pittsburgh, 2003

Reseñado por Mercedes Eugenia Bravo

*Egresada Universidad Nacional de Colombia*

La ecología cultural promulgada por Steward y seguida por Lathrap es el primer referente que se toma para llamar la atención sobre la aplicación y mantenimiento en las décadas del sesenta y setenta del estudio de la ocupación humana del Amazonas. Desde las posturas de Steward y su repercusión en el trabajo de Lathrap, se refuerza el papel de un determinismo ecológico que impuso en dichas décadas una forma reduccionista de comprender el comportamiento cultural y social de los cazadores y recolectores de la amazonia, marcado por la adaptación a un medio considerado como limitante.

*Revista de Arqueología del Área Intermedia* 5: 270–273 (2003) © ICANH

Se señala así la forma como los datos arqueológicos sobre cazadores-recolectores en todo el mundo, desde el enfoque de la ecología cultural, contribuyen a generar y afirmar la acción pasiva humana en relación con la selva tropical. Desde esta postura teórica, las investigaciones e interpretaciones respaldadas por datos arqueológicos consecuentes o suficientes impulsaron el cambio hacia una visión más dinámica del ecosistema, más ligada a entender los cambios internos de este tipo de paisajes.

Resulta importante en el libro el énfasis que se hace en el enfoque de Lathrap sobre "las culturas de selva tropical", que promueve un nuevo punto de vista de flexibilidad y diversidad adaptativa en contraste con la ecología cultural. Sin embargo, aun la investigación arqueológica de la ocupación humana de las selvas tropicales estará limitada en la medida que considera a los grupos de cazadores y recolectores de selva tropical como descendientes de agricultores que tuvieron que adaptarse a las nuevas condiciones con un nivel económico y social caracterizado como de sociedades menos complejas.

Los datos construidos desde esta perspectiva ecológica cultural reduccionista, en los años sesenta y setenta, implicaron una evaluación de las teorías y de las interpretaciones, que en la década siguiente llevó a incorporar variables tecnológicas y demográficas como factores importantes del cambio social.

Las diferentes formas de estudiar la ocupación de la selva tropical del Amazonas muestran un cambio de ideas acerca de la relación entre acción humana y paisaje, en medio del intricado juego de teoría, datos etnográficos y arqueológicos. En este contexto, los datos arqueológicos se inscriben teniendo en cuenta su influencia en disciplinas como la antropología, la etnografía y la ecología y en el estudio de la ocupación de las selvas tropicales durante las diferentes décadas del siglo XX.

Así, los datos del sitio de Peña Roja no permiten sostener la tradicional división entre agricultores y horticultores tempranos, y promueven la idea de grupos con mucha iniciativa, capacidad de intervención y conocimiento de su hábitat selvático tropical.

Frente al paradigma, ya clásico, del poblamiento temprano del continente por grupos especializados en caza de grandes mamíferos y ocupantes de espacios abiertos, el libro corrobora el papel activo de la información arqueológica en la confrontación de las visiones y versiones de diferentes disciplinas. Los datos su-

ministrados concuerdan con los acumulados para la ocupación temprana del norte de Suramérica (Ardila y Politis 1989; Gnecco 1997, 2000), en relación con la diversidad adaptativa y la imposibilidad de mantener una interpretación basada en el determinismo de los límites del medio (Ardila y Politis 1989; Gnecco 1990, 2000).

Los datos arqueológicos del sitio también son consecuentes con la no homogeneidad de los cambios que se habrían producido en diferentes hábitats durante la frontera entre el Pleistoceno y el Holoceno. Para el caso de Peña Roja, no sufrió grandes transformaciones en esta transición climática, excepto las ocasionadas por variables locales (Gnecco 1995).

En el contexto de las discusiones adelantadas desde hace unos años (Gnecco 1999, 2000a, 2003; Zambrano 2000) sobre la forma en que debe o no –o puede o no– la arqueología participar en un potencial diálogo sobre el pasado con otras voces, este libro permite ver cómo los datos arqueológicos influyen y cambian la forma de comprender el pasado desde el presente desde la participación del grupo indígena de los nonuya, que se encontraba en el momento de la investigación en la construcción de su identidad respecto a los demás grupos indígenas de la región.

Estudios etnográficos contemporáneos (por ejemplo, sobre los nukak) ayudan a comprender aspectos de uso de las palmas hace 9.000 años aproximadamente. La continuidad en su uso desde la ocupación temprana se determinó también a través de análisis de fitolitos e industria lítica, y es de especial interés el desarrollo de un programa pionero de experimentación con semillas carbonizadas. Así, surge una clasificación y análisis estadísticos consecuentes con el estudio de la distribución del carbón en el sitio, la frecuencia y ubicación de las semillas carbonizadas y los líticos clasificados en una industria de molienda.

En definitiva, son nuevos estudios que buscan comprender la diversidad ambiental y el impacto humano en las selvas y conocer la ocupación de la amazonia incorporando diversas variables sociales y ecológicas encaminadas a determinar las opciones y no los límites del medio. Así, el libro, poco a poco, introduce en el proceso de investigación e interpretación del sitio Peña Roja, haciendo a los lectores participes activos en cada paso. ☙

## Referencias

Ardila, Gerardo y Gustavo Politis

1989 Nuevos datos para un viejo problema y discusiones en torno del doblamiento de América del Sur. *Boletín del Museo del Oro* 23:3-45. Banco de la República, Bogotá.

Gnecco, Cristóbal

1990 El paradigma paleoindio en Suramérica. *Revista de Antropología y Arqueología* VI (1). Departamento de Antropología, Universidad de Los Andes, Bogotá.

1995 Paleoambientes, modelos individualistas y modelos colectivos en el norte de los Andes. *Gaceta Arqueológica Andina* 24:5-11.

1997 Paisajes antropogénicos en el pleistoceno final y holoceno temprano en Colombia. *Revista de Antropología y Arqueología* 10:45-61.

1999 *Multivocalidad histórica. Hacia una cartografía postcolonial de la arqueología*. Departamento de Antropología, Universidad de Los Andes, Bogotá.

2000a *Ocupación temprana de bosques tropicales de montaña*. Serie Estudios Sociales, Universidad del Cauca, Popayán.

2000b Historias hegemónicas, historias disidentes: la domesticación de la memoria social. En *Memorias hegemónicas, memorias disidentes. El pasado como política de la historia*. Ministerio de Cultura, Icanh, Universidad del Cauca, Popayán.

2003 Arqueología en Colombia: el proyecto científico y la insubordinación histórica. En *Arqueología al desnudo. Reflexiones sobre la práctica disciplinaria*. Serie Estudios Sociales, Universidad del Cauca, Popayán.

Zambrano, Carlos V.

2000 La inacabada y porfiada construcción del pasado: política, arqueología y producción de sentido en el Macizo Colombiano. En *Memorias hegemónicas, memorias disidentes. El pasado como política de la historia*. Ministerio de Cultura, Icanh, Universidad del Cauca, Popayán.

# Galindo, un sitio a cielo abierto de cazadores-recolectores en la Sabana de Bogotá (Colombia)

María Pinto Nolla

Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Bogotá D.C., 2003

Reseñado por Carlos Eduardo López

*Universidad Tecnológica de Pereira*

La publicación del texto sobre las excavaciones en el sitio de Galindo es un aporte significativo para el desarrollo de la arqueología en Colombia. Se trata de un logro más de las pocas tesis doctorales terminadas en nuestro país, que da continuidad, además, al programa de estudios sobre el paleoambiente y ocupaciones humanas tempranas en la Sabana de Bogotá, secuencia de investigaciones iniciadas décadas atrás por los investigadores Gonzalo Correal y Thomás van der Hammen. La publicación de este texto ocurre de manera casi simultánea con la aparición de otra tesis de doctorado publicada por Channah Niewenhuis (2002) en la Universidad de Amsterdam. La posibilidad de contar con los datos y reflexiones presentados en estos dos trabajos debe ser vista como un peldaño más en la construcción del conocimiento de los primeros habitantes del interior del continente suramericano, particularmente en las tierras altas de la Cordillera Oriental.

*Revista de Arqueología del Área Intermedia* 5: 274–278 (2003) © ICANH

Del trabajo de la investigadora María Pinto es ampliamente destacable su acercamiento metodológico, tanto en campo como en laboratorio. Siguiendo la técnica francesa del *décapage*, sus excavaciones demuestran las posibilidades que brinda para la excavación cuidadosa de sitios, como los formados alrededor del antiguo lago pleistocénico de la Sabana de Bogotá. Cuidadosamente ilustrados en planchas y fotografías, se presentan los artefactos y demás evidencias, con su ubicación tridimensional exacta. La autora interpreta que en el sitio ocurrieron cuatro niveles de ocupación, tres de ellos precerámicos, con una cronología que demuestra la presencia humana desde por lo menos 8745 AP hasta épocas agroalfareras. En los pisos identificados, además de miles de artefactos líticos, se encontraron restos de fauna y enterramientos humanos.

Con el mismo rigor que se asume la información recuperada en campo, se presentan los acercamientos metodológicos y los resultados de un completo análisis de laboratorio de los artefactos líticos, ecodatos, restos óseos y cerámicos. A partir de los aportes de estudios líticos ampliamente desarrollados a nivel mundial en la década del ochenta, y siguiendo las reflexiones metodológicas y experimentales de especialistas franceses como Jacques Tixier, Pinto se plantea un proceso detallado para abordar el estudio de la *cadena operatoria*. Esta mirada de contexto brinda nuevas luces acerca de los cazadores-recolectores que ocuparon sitios a cielo abierto en la altiplanicie bogotana desde comienzos del Holoceno.

Los acercamientos y análisis pioneros por parte de Gonzalo Correal (1990) de los conjuntos líticos encontrados en los sitios de El Abra y Tequendama abrieron las puertas al conocimiento de estos desarrollos tempranos. El reto planteado por estudios posteriores, como éste, ha sido complementar el entendimiento de la organización de la tecnología, así como replantear algunos aspectos a la luz de los datos apoyados por nuevas opciones metodológicas y técnicas. En este sentido, la clasificación propuesta por Pinto para el conjunto de artefactos "se desarrolló alejada de las tipologías existentes, fundamentadas en criterios morfológicos para las industrias del precerámico en Colombia". La investigadora buscó construir la clasificación "en conjunción con el estudio de producción-función, en la cual lo importante no es la forma global del objeto sino la parte activa que lo convierte o no en efi-

caz para realizar las actividades cotidianas del grupo". Al respecto, se efectuaron detallados estudios tecnológicos de todos los artefactos, incluyendo los instrumentos propiamente dichos y todo el conjunto de desechos de talla; fue fundamental el apoyo de estudios traceológicos de huellas de uso en los instrumentos, análisis realizados por la arqueóloga Channah Niewenhuis (2002).

Sin lugar a dudas, y siendo consciente de la evolución del conocimiento como proceso deseable de la dinámica de la ciencia, se lograron avances con relación al conocimiento previamente estructurado. Con estos análisis se corrobora que los artefactos presentan una similitud técnica y tipológica a lo largo de los períodos representados (p. 71), tanto en Galindo como en la Sabana de Bogotá en secuencias cronológicas similares. También se ratifica que los materiales excavados (asociados a la clase Abriense, de acuerdo con la propuesta inicial de Correal, Hurt y van der Hammen) son difíciles de analizar por las características de la materia prima y el uso ocasional que se les dio, pues estos artesanos tempranos desarrollaron poca complejidad y dejaron escasas huellas y retoques. Es destacar de la investigación que se lograron avances en el análisis detallado de los productos de talla, núcleos y soportes, lo que presenta con mayor claridad las características principales de la denominada tecnología Abriense. En este sentido, fue posible establecer relaciones inmediatas con sitios contemporáneos excavados en otros sectores de la Sabana de Bogotá, como Checua y Aguazuque. No obstante, en Galindo no aparecieron instrumentos de hueso como en Checua, ni manos con bordes desgastados relacionadas con uso de vegetales (Groot 1992). Tampoco aparece la complejidad simbólica y funeraria de Aguazuque (Correal 1990). Aunque los resultados de Galindo son importantes, no incluyen la complejidad de otros sitios contemporáneos.

La predeterminación, intencional o no, de instrumentos líticos fue uno de los asuntos que interesó particularmente a María Pinto. En ese aspecto, el estudio aporta elementos novedosos y complementarios para una discusión central, que sigue abierta, sobre los alcances y características de las denominadas clases Abriense y Tequendamiense. En este debate se compara el conjunto de artefactos con características simples en contraste con elaborados y complejos utensilios provenientes de las tierras bajas tropicales del aledaño valle del río Magdalena (López 1999).

La publicación de la excavación de Galindo y su detallado análisis era muy necesaria, más aún en medio de una comunidad académica arqueológica mal acostumbrada en la última década a la presentación de datos y análisis incompletos al ritmo de la arqueología de rescate. Por eso, reitero la importancia de contar con buenos datos primarios, en contraste con algunas tendencias actuales que pretenden interpretar y discutir todo a la ligera, sin contar con buenos datos básicos de partida. Desafortunadamente, este estudio demoró demasiado en aparecer a la luz pública; los datos centrales en torno a la cronología y los acercamientos y procesos metodológicos utilizados son una fuente importante en la formación y práctica arqueológica, en un medio relativamente poco dinámico como el nuestro, que requiere de buenas propuestas o guías metodológicas. En cuanto a los aspectos teóricos de la discusión sobre los cazadores-recolectores o las problemáticas sobre el poblamiento de América y la ocupación temprana de Colombia, se hace una revisión general, pero no es la intención central de la autora profundizar en estos temas. Es una lástima que en el libro las referencias bibliográficas sobre estudios líticos sean tan escasas; tampoco es notoria una actualización que incluya referencias a trabajos recientes sobre el precerámico en Colombia de Cavelier y Mora (1995), Aceituno (1997) y Gnecco (1998, 2000). Además, autores que se encuentran citados en el texto no aparecen en la bibliografía, siendo estas referencias importantes para el tema.

Una pregunta final gira en torno a la continuidad de las investigaciones en la Sabana de Bogotá. Es necesario que una infraestructura institucional, como la del Instituto de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional, marque derroteros de investigación para seguir canalizando los esfuerzos realizados y las grandes potencialidades del precerámico en la Sabana de Bogotá y en otras regiones de nuestro país.

Esperamos, para el bien de la arqueología colombiana, que los futuros estudios no dependan de caprichos individuales y que se pueda dar continuidad a los trabajos sistemáticos iniciados décadas atrás, que produjeron trabajos fundamentales para la discusión de los primeros ocupantes del continente suramericano. El estudio de procesos y materiales complejos, como los conjuntos tempranos del valle del río Magdalena, requiere de acercamientos

muy detallados como los propuestos en este texto, en buena hora publicado por la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales (FIAN). ☙

## Referencias

Aceituno, Javier

1997 La cadena tecnológica: modelo de análisis de los conjuntos líticos. *Boletín de Antropología* 28(11):146-167.

Cavelier, Inés y Santiago Mora (eds.)

1995 *Ambitos y ocupaciones tempranas en América Tropical*. Fundación Erigaie, ICAN, Bogotá.

Correal, Gonzalo

1990 *Aguazuque: Evidencias de cazadores, recolectores y plantadores en la altiplanicie de la Cordillera Oriental*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Bogotá.

Gnecco, Cristóbal

1998 Paisajes antropogénicos en el Pleistoceno final y Holoceno temprano en Colombia. *Revista de Antropología y Arqueología* 10(1):45-61.

2000 *Ocupación temprana de bosques tropicales de montaña*. Universidad del Cauca, Popayán.

Groot, Ana María

1992 *Checua, una secuencia cultural entre 8500 y 3000 años antes del presente*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Bogotá.

López, Carlos Eduardo

1999 *Ocupaciones tempranas en las tierras bajas del Magdalena medio, Sitio 05-YON-002, Yondó, Antioquia*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Bogotá.

Nieuwenhuis, Channa

2002 *Traces on TropicalTools: A Functional Study of Chert Artefacts from Preceramic Sites in Colombia*. Archaeological Studies, Leiden University, Leiden.

# El Valle del Cauca prehispánico

Carlos Armando Rodríguez

Universidad del Valle,
Fundación Taraxacum, Cali, 2002

Reseñado por Leonor Herrera Ángel y
Marianne Cardale de Schrimpff

Años atrás, Carlos Armando Rodríguez (1992) publicó una síntesis de la historia prehispánica del Valle del Cauca. Aunque dirigida (muy encomiablemente, por demás) a "toda la comunidad vallecaucana, pero en especial a los profesores de secundaria del área de Ciencias Sociales, en cuyas manos está la enseñanza de la historia regional", este volumen, en la biblioteca de las arqueólogas autoras de esta reseña, ostenta banderitas de colores y tiras de papel para marcar las páginas o secciones consultadas con frecuencia. Además de haberlo trajinado personalmente, también ha sido el libro ideal para recomendar a quienes han querido iniciarse en el tema.

*Revista de Arqueología del Área Intermedia* 5: 279–285 (2003) © ICANH

Su nueva síntesis inevitablemente toca algunos aspectos tratados en la anterior, pero es, tanto por orientación como por contenido, diferente, novedosa y de un cubrimiento geográfico más amplio (se extiende hasta Antioquia e incluye la Costa Pacífica). Como de la primera, de esta se puede decir que es de consulta obligatoria para el tema de la arqueología del suroccidente de Colombia.

Para empezar, transcurren diez años entre la publicación de los dos libros y esa década coincide a grandes rasgos con el auge de la arqueología de rescate. Mucha de la información obtenida en estos proyectos estaba, por así decirlo, "oculta" en informes inéditos, con frecuencia farragosos o largísimos; peor aún, de difícil acceso. En esta circunstancia radica una de las fortalezas del libro: el autor dedicó considerables esfuerzos a seguir la pista a estos informes y logró revisarlos, extractando lo más relevante. Los varios autores reseñados pueden encontrar que si bien no están de acuerdo con las interpretaciones que el autor propone a partir de sus datos, el trabajo de cada uno ha sido tratado con respeto e imparcialidad. Este libro suscitará polémicas (principiando por las planteadas más adelante en esta reseña), pero no resquemores. Lo último es de resaltar, entre otras cosas porque este libro se escribió durante el terrible descalabro económico de la Universidad del Valle, que significó para quienes allí trabajan estrecheces económicas y pérdida de patrimonio; para el autor, además, el sacrificio de sus proyectos más ambiciosos. Su energía no se tornó en frustración, sino que se volcó en este libro, que fue sacado adelante con poquísimos recursos económicos, pero con la cooperación de buena voluntad que el autor tiene la capacidad de inducir. Este, que lleva algo así como dos décadas de dedicación a la arqueología de la región, muestra su dominio del tema y es evidente, aunque no explícita, la importancia de su propia contribución al conocimiento de la zona.

El libro comprende dos partes. La segunda, de menor extensión, está dedicada a las sociedades de la Costa Pacífica colombo-ecuatoriana. La primera se centra en la región del alto y medio Cauca y comprende cuatro capítulos, cada uno de los cuales, a su vez, se subdivide en series de sociedades, todas acompañadas por un mapa con la localización de los sitios arqueológicos mencionados en el texto y un muy completo cuadro de dataciones. Para cada sociedad, el contenido incluye una descripción minuciosa

del medio ambiente, las pautas de poblamiento y entierro, los materiales culturales característicos, los sitios donde se han encontrado y lo más relevante de estos; entre la información incluida se le da mucha importancia a la antropología física. Finalmente, como ilustraciones, este libro trae unos muy agradables dibujos a lápiz, artísticos y generalmente fieles, si bien, de vez en cuando se encuentra algún error, como por ejemplo en la Figura 26, en la que las líneas que representan la estructura de las ligaduras sobre la parte superior de los brazos de la vasija antropomorfa van en una sola dirección. En la realidad van en dos direcciones, para indicar una estructura trenzada. Se omitieron además las ligaduras de los brazos del bebé.

En la introducción, el autor explica su propósito: producir una obra de síntesis organizada bajo un "paradigma holístico multidisciplinario a escala macroespacial", que supla el déficit de modelos interpretativos (p. 18). El modelo de análisis utilizado proviene de la Arqueología Social, que surgió y tuvo su auge hacia 1970. No es del caso aquí entrar a discutir esta orientación teórica, algo que ha hecho recientemente, por ejemplo Gassón (2002), sino su materialización en el libro reseñado.

Para explicar los cuatro conceptos básicos de esta orientación teórica (región geohistórica, formación social, modo de vida y cultura), el autor se vale de citas textuales de algunos de sus más conocidos exponentes (Bate, Sanoja, Vargas), que aunque provienen de publicaciones de finales de la década del noventa, suenan tan densas y enrevesadas como hace tres décadas, contrastando con el lenguaje sencillo y el contenido concreto del resto del libro. Las citas aparecen primero en la introducción y se repiten en una extensa nota de pie de página, un poco más adelante.

El esquema evolutivo adoptado para interpretar y organizar la información comprende dos grandes etapas. La primera, de sociedades de cazadores-recolectores antiguos (9000-3500 AC), se subdivide a su vez en dos "modos de vida": cazadores especializados y recolectores. La segunda etapa, de sociedades tribales (3500 AC-1550 DC), se subdivide también en dos modos de vida: el igualitario, que perdura hasta más o menos 1300 AC, y el jerárquico-cacical. Dentro del último se consideran las primeras sociedades cacicales (Ferrería, Quimbaya Clásico, Ilama, Yotoco, La Balsa) y las sociedades jerárquicas-cacicales del milenio precedente a la conquista española (Quimbaya Tardío, Sonso,

Bolo-Quebrada Seca). Este esquema presenta a primera vista una aparente incongruencia: si bien las categorías se establecen a partir de "modos de vida", unas se definen por la forma de explotación económica y otras por la organización social.

Paralelamente a este esquema evolutivo, propio de la Arqueología Social, el autor propone un esquema de periodización para el suroccidente de Colombia y el noroccidente del Ecuador, en tres períodos (I, II, III) el último subdividido en IIIA, IIIB, IIIC. Los límites cronológicos concuerdan a grandes rasgos con los de las etapas del esquema detallado en el párrafo anterior. Esta propuesta aparece por primera vez en una extensa nota de la página 74; de ahí en adelante se hace ocasionalmente referencia a estos períodos y subperíodos. Al llegar al final del libro, se encuentra de nuevo el mismo texto, pero ahora conformando el capítulo de las Conclusiones. El principal reparo que se le podría hacer a esta periodización es su manejo práctico: si uno se encuentra de sopetón con el período IIIB, puede tener problemas para ubicarse mentalmente en la posición indicada, por lo menos mientras aprende bien los números. Por otro lado, obvia el uso de términos como clásico, posclásico, integracionista, que no son populares entre todos los arqueólogos.

En estos períodos o subperíodos, algunas de las divisiones propuestas son debatibles. El caso más notable es el de una "sociedad Yotoco", que engloba los tres primeros siglos DC en los sitios de Malagana, Coronado, La Cristalina y Santa Bárbara. Carlos Armando Rodríguez no es el único arqueólogo que considera como una sola las culturas Yotoco y Malagana. Para las autoras de esta reseña, sin embargo, las diferencias son evidentes. Es un tema demasiado complejo para tratarlo en todos sus aspectos en una reseña, y nos referiremos aquí solo a algunos puntos. Aunque tanto Yotoco, en la región Calima, como Malagana, en la planicie del Valle del Cauca, vienen a continuación de Ilama, de las dos, la cultura Malagana nos parece mucho más cercana a su ancestro. Para mencionar algunos rasgos, mientras en la cerámica Malagana continuó usándose la decoración incisa con los mismos motivos decorativos, dentro de un repertorio ahora ampliado, en la cerámica Yotoco, en cambio, la incisión se perdió. En ambas cerámicas se encuentra pintura negativa, una técnica dominada inicialmente por la cultura Ilama; sin embargo, mientras en la Malagana encontramos la misma importancia que se da en la

Ilama a los motivos geométricos rectilíneos, en la Yotoco se reemplazan por otros motivos, generalmente curvilíneos y con una simetría distinta. Las máscaras de tamaño natural se encuentran tanto en tumbas de la cultura Ilama como en las de Malagana, pero están totalmente ausentes de las tumbas Yotoco. Además, en esta última cultura la figura de la mujer, modelada en cerámica, oro u otros materiales, está prácticamente ausente, a pesar de su importancia tanto para la época Ilama como para época Malagana. El hecho de clasificar Malagana y Yotoco aparte tiene implicaciones adicionales: casi toda la información osteológica citada por Rodríguez para la población Yotoco es, a nuestro juicio, de esqueletos que clasificaríamos como de la cultura Malagana.

La distribución de sitios Ilama propuesta es otro punto debatible. Si bien es más que probable que su presencia en el valle geográfico del río Cauca no se limitara a la hacienda Malagana, no todos los arqueólogos aceptarían la totalidad de los mencionados (p. 103) y tal vez excluirían a Farfán (con cerámica bastante diferente), Coronado (hasta donde sabemos, no se encontró cerámica Ilama clásica, aunque sí piezas que se consideran de transición) y La Cristalina (las dos supuestas tumbas Ilama no tenían ajuar de ninguna clase).

Por otra parte, es difícil aceptar que la cultura Yotoco durara hasta 1100 DC y, más aún, que coexistiera durante 500 años con expresiones culturales Sonso. A nuestro parecer, los contextos de las fechas de radiocarbono para la última mitad del primer milenio después de Cristo son ambiguos y se dejan interpretar de varias maneras. Hemos argumentado (Cardale *et al.* 1989:23-29) que existen motivos para descartar cada una de las fechas tardías para Yotoco, o habría que aceptarlas con cautela y en forma provisional. Por otro lado, un cuerpo sólido de fechas para numerosos sitios sonsoides demuestra la presencia en la región de las versiones tempranas de esta familia de culturas a partir del siglo VII o VIII DC. Si dos sociedades tan distintas hubieran ocupado el mismo territorio durante medio milenio, encontraríamos más evidencia de interacción.

Finalmente, habría que hacer unas observaciones acerca de cómo en este libro se emplean algunas categorías analíticas prestadas de la etnología y la antropología social. Con alguna frecuencia, al tratar el tema de las representaciones o la presencia de restos óseos de animales en contextos funerarios, se usa el

termino "totémico" (pp. 196-197, 326). Totemismo en etnología indica la estrecha relación que diferentes individuos o sectores de una sociedad (generalmente, grupos de parentesco) tienen o establecen, cada uno con una especie animal diferente. El totemismo es muy común, pero es apenas una de las varias formas como los grupos humanos incorporan otras especies animales en sus cosmologías particulares. Aunque teóricamente sea posible reconocer el totemismo en el registro arqueológico, en la práctica es difícil y se debe tener el cuidado de sustentarlo.

Al describir las sociedades jerárquicas cacicales, se menciona la presencia de "linajes", lo cual es muy probable. Lo debatible es la forma como se postula su origen: "El control de la fuerza de trabajo dentro de un mismo grupo de parentesco y la integración de varias unidades domésticas permite el surgimiento de linajes" (p. 70). Su significado ortodoxo en antropología social es amplio: un grupo de parentesco consanguíneo de descendencia unilineal a partir de un ancestro común (Schusky 1965:77). Así, los linajes son unidades básicas de parentesco, que pueden existir tanto en grupos que habitan en aldeas como en grupos con otros patrones de asentamiento.

Queremos llamar la atención también sobre el uso del concepto "chamán", y aquí la crítica se dirige no solo al autor reseñado, sino a muchos otros arqueólogos colombianos o colombianistas (incluidas nosotras). Como sucede en los cuentos de hadas con la expresión "había una vez", o sea, décadas atrás, el término se aplicaba a una de las varias clases de especialistas religiosos: a aquel que para el desarrollo de sus funciones entra en trance. Este puede ser inducido por ejercicios, sonidos, ayuno y vigilia o por el consumo de alucinógenos. Pero también hay quienes tienen la capacidad innata para ello, y algunos etnólogos de la vieja escuela establecían una relación con la anormalidad psíquica: histéricos con una disposición psicopática para ejercer un mayor influjo en sus funciones físicas vegetativas (Dittmer 1960:128). Cuando las autoras hicieron trabajo de campo entre los cunas colombianos, encontraron allí varias clases de especialistas médico-religiosos: *kantule* (cantor-flautista), *ina tuledi* (médico herbalista), *apsoket* (experto en el canto contra las epidemias), *asuted* (perforador de narices), etc. *Nele* no había en ese momento, pero era una categoría reconocida por los cunas colombianos, en cuya tradición oral figuraban algunos famosos, como Nele de Kantule. Para este

especialista, que tenía la capacidad de establecer contacto con los espíritus, se reservaba el apelativo de chamán. Entre los cunas, el chamán se reconocía, al nacer, por un redaño (membrana o repliegue) en la mollera. Hoy en día el chamán campea en la arqueología colombiana. Aparece por doquier, pues el término se usa como sinónimo de especialista religioso. El interrogante que queremos plantear es si esta generalización en el uso contemporáneo del término ilumina u obscurece nuestro precario entendimiento de lo religioso en la época precolombina.

No sobra reiterar que aunque no estamos de acuerdo con todas las premisas de este libro, el suscitar polémicas constructivas es también uno de sus aspectos positivos, y opinamos, sin reservas, que es una publicación que no debe faltar en la biblioteca de arqueólogo alguno interesado en el suroccidente del país. ☙

## Referencias

Cardale de Schrimpff, Marianne; Warwick Bray y Leonor Herrera

1989 Reconstruyendo el pasado en Calima. Resultados recientes. *Boletín Museo del Oro* 24:3-33.

Dittmer, Kunz

1960 *Etnología general*. Fondo de Cultura Económica, México.

Gassón, Rafael

2002 Antecedentes históricos de la Arqueología Social en Venezuela. Ponencia a la III Reunión Internacional de Teoría Arqueológica en Suramérica. Universidad de Los Andes, Bogotá.

Rodríguez, Carlos Armando

1992 *Tras las huellas del hombre prehispánico y su cultura en el Valle del Cauca*. Inciva, Cali.

Schusky, Ernest L.

1965 *Manual for Kinship Analysis*. Holt, Rinehart and Winston, Nueva York, Chicago, San Francisco, Toronto, Londres.

# Sobre los autores


- Lilliam Arvelo-Jiménez

Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas, IVIC (Caracas, Venezuela). Correo electrónico: larvelo @medicina.ivic.ve

- Hugo Benavides

Departamento de Antropología en Fordham University (Nueva York, Estados Unidos). Correo electrónico: benavides@fordham.edu

- Gladys Gordones Rojas

Museo Arqueológico de la Universidad de Los Andes (Mérida, Venezuela). Correo electrónico: gordones@ula.ve

- Lino Meneses Pacheco

Museo Arqueológico de la Universidad de Los Andes (Mérida, Venezuela). Correo electrónico: lmeneses@ula.ve

- Santiago Mora

Departamento de Antropología en Saint Thomas University (Fredericton, Canadá). Correo electrónico: mora@stu.ca

- Alejandro Patiño Contreras

Antropólogo egresado de la Universidad de Los Andes (Bogotá D.C., Colombia). Correo electrónico: alejopatino78 @yahoo.com

Alejandra María Valverde Barbosa

Antropóloga egresada de la Universidad de Los Andes (Bogotá D.C., Colombia). Correo electrónico: alema81@hotmail.com

Gonzalo Correal Urrego

Exdirector del Instituto de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de Colombia y actualmente Profesor Honorario de la misma (Bogotá D.C., Colombia). Correo electrónico: goncorreal@hotmail.com

Leonor Herrera Ángel

Asociación Pro-Calima (Bogotá D.C., Colombia). Correo electrónico: lherreraa@etb.net.co

Marianne Cardale de Schrimpff

Asociación Pro-Calima (Bogotá D.C., Colombia). Correo electrónico: marianne@procalima.com

Carlos Armando Rodríguez

Director del Museo Arqueológico "Julio César Cubillos" de la Universidad del Valle (Cali, Colombia). Correo electrónico: carodrig@univalle.edu.co

## Sobre los reseñistas

Wilhelm Londoño

Antropólogo egresado de la Universidad del Cauca (Popayán, Colombia). Correo electrónico: wlondono@unicauca.edu.co

Anne Rose de Fontainieu

Estudiante de Doctorado en Arqueología precolombiana en la Universidad de París I, Pantheon, Sorbona (París, Francia). Correo electrónico: afontainieu@gmail.com

Carlos Andrés Barragán

Contratista del Instituto Colombiano de Antropología e Historia, ICANH (Bogotá D.C., Colombia). Correo electrónico: abarragan@mincultura.gov.co

Franz Flórez Fuya

Grupo de Arqueología y Patrimonio, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, ICANH (Bogotá D.C., Colombia). Correo electrónico: mc_cinco_uno@yahoo.fr

Mercedes Eugenia Bravo

Antropóloga egresada de la Universidad Nacional de Colombia (Bogotá D.C., Colombia). Correo electrónico: mercebravo @hotmail.com

Carlos Eduardo López

Facultad de Ciencias Ambientales de la Universidad Tecnológica de Pereira (Pereira, Colombia). Correo electrónico: cel @utp.edu.co

Revista de
ARQUEOLOGÍA
DEL ÁREA INTERMEDIA

# Guía de presentación de textos para autores

Los manuscritos originales sometidos a consideración de la revista ARQUEOLOGÍA DEL ÁREA INTERMEDIA deberán cumplir con las siguientes normas. Para dudas adicionales, por favor envíe sus preguntas a los editores a las siguientes direcciones:

Víctor González Fernández
Instituto Colombiano de
Antropología e Historia
Calle 12 No. 2-41 A.A. 407
Bogotá D.C., Colombia
vgonzalez@mincultura.gov.co
Teléfono: (57-1) 561 9896
Fax : (57-1) 281 1051

Cristóbal Gnecco Valencia
Departamento de Antropología
Universidad del Cauca
Popayán, Colombia
cgnecco@atenea.ucauca.edu.co
Teléfono: (57-28) 234115
Fax: (57-28) 235516

## Formato

El texto –incluye citas, notas a pie de página, tablas, leyendas de figuras, referencias bibliográficas y anexos– debe estar impreso en letra Arial, 11 puntos, a doble espacio, en hojas tamaño carta –21,5 x 28 cm–, con márgenes izquierda y derecha de 2,5 cm y superior e inferior de 3 cm. Todas las páginas deben estar numeradas en orden consecutivo, empezando por la primera.

## Extensión

Los artículos tendrán una extensión máxima de cuarenta (40) páginas, incluyendo las referencias bibliográficas. Los informes tendrán máximo treinta (30) y las reseñas un máximo de tres (3) páginas.

## Copias

A fin de someter el artículo a evaluación por parte del Comité Editorial se debe remitir una copia impresa y una en formato electrónico. Se debe escribir sobre las copias en papel el tipo de procesador de palabras usado –preferiblemente Microsoft Word– y el nombre del archivo electrónico. Un archivo adicional en formato PDF listo para imprimir puede remplazar la versión en papel.

## Información y orden del contenido del artículo

A. Título: el título del artículo, el nombre del autor, la dirección electrónica del autor y su afiliación institucional.
B. Resumen en español (éste no debe exceder 120 palabras).
C. Palabras claves (máximo seis descriptores analíticos).
D. Título traducido al inglés.
E. Un *abstract* (éste no debe exceder 120 palabras).
F. Keywords (máximo seis descriptores analíticos).
G. Texto del artículo.
H. Referencias

## Títulos y subtítulos

Los subtítulos deben dividir el artículo claramente en partes complementarias con una secuencia lógica clara. Debe haber un subtítulo de Referencias (bibliográficas) al final. Se sugiere incluir subtítulos de Introducción y de Conclusiones. Si hay agradecimientos o créditos, se reúnen en un subtítulo antes de Referencias llamado Agradecimientos.

## Notas a pie de página

Las notas a pie de página servirán sólo para comentar, complementar o profundizar información importante dentro del texto. No deben ser notas bibliográficas y no deben exceder diez (10) líneas de texto.

## Citas bibliográficas

Se usa la forma de citas usada en el número 2 (2000) de la revista. Los autores se citan en el texto usando paréntesis, con apellido del autor y/o fecha de publicación y número de página o rango de páginas cuando la cita es específica, sintetiza, o repite lo dicho por el autor. Ejemplo: (Rodríguez 1978:424-427).

Las citas textuales de más de tres líneas o que deban destacarse se escribirán en párrafo aparte, sangrado a la izquierda. Las que se incluyan dentro del texto irán entre comillas.

Los siguientes son ejemplos de la forma de citar. Solo fecha cuando el autor se menciona en el texto, por ejemplo Pérez (1988). Para dos autores: (López y Arango 1970:33); para más de dos obras de un mismo autor y del mismo año se le da a cada obra una letra (a-z) y se cita así: (Díaz 1998a, 1998b); para obras de varios autores en una misma cita, los autores se separan con punto y coma: (Rodríguez 1978; López y Arango 1970:33; Uribe 1991). Citas específicas de dos páginas diferentes: (Rodríguez 1998:25, 420). Cuando se trata de re-impresión se incluye en braquetes la fecha original (Marx 1967[1867]:332). Cuando son más de dos autores se usa "*et al.*" (en cursivas), así: (Uribe *et al.* 1997:66). Cuando se citan figuras o tablas: (Smith 1993:Fig. 3). Una comunicación personal se cita con el nombre completo pero no se lista en Referencias (Daniel Gómez, comunicación personal 1986).

En el caso de las reseñas, cuando cite una idea o un párrafo del texto, la referencia irá de la siguiente forma: (p. 21), ó (pp. 34, 36-38).

No utilice las siguientes convenciones: "ibid.," "op. cit.," "loc. cit.," ni "idem."

Note que se separan autores con punto y coma (;) únicamente hay un espacio entre autor y fecha (no use comas entre autor y fecha). Para separar varias fechas de un autor sí se usa coma. Las páginas se indican con dos puntos (:), separando los números de página con coma y un espacio (Pérez 1925:134, 1936, 1940). No hay espacio en blanco entre fecha y los números de página.

Para rangos de páginas se usa guión y se indican los cambios de las últimas dos cifras, excepto de 100 a 110. Si cambian 3 cifras, se usan los 4 números, así: (Gómez 1925:12-13; Jiménez 1932:122-25; Pérez 1999:102-3, 178) ó (Pérez 1925:95-99; Pérez 1932:895-96; Pérez 1235-1431).

## Referencias bibliográficas

Las referencias bibliográficas deben incluirse al final de todos los trabajos bajo el subtítulo Referencias y deben listarse en estricto orden alfabético. Las referencias de un mismo autor o autores deben citarse en orden cronológico. Cada uno de los siguientes ejemplos presenta un caso específico.

– Libro:
Cárdenas-Arroyo, Felipe
2003 *Datos sobre la alimentación prehispánica en la Sabana de Bogotá, Colombia*. Informes Arqueológicos No. 4. Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), Bogotá D.C.

– Artículo en revista:
Oyuela-Caycedo, Augusto
2002 El surgimiento de la rutinización religiosa: la conformación de la élite sacerdotal tairona-kogui. *Arqueología del Área Intermedia* 4:45-64.

– Artículo en libro:
Legast, Anne
1998 Feline symbolism and material culture in prehistoric Colombia. En Nicholas J. Saunders (ed.) *Icons of Power. Feline Symbolism in the Americas*. Routledge, Londres / Nueva York. pp. 122-154.

– Informe o manuscrito inédito:
Hernández de Alba, Gregorio
1937 *El mito de goranchacha y las excavaciones en la normal de Tunja*. Ministerio de Educación, Bogotá D.C. (sin publicar).

– Varios autores:
Therrien, Monika; Elena Uprimny, Jimena Lobo Guerrero, María Fernanda Salamanca, Felipe Gaitán y Marta Fandiño
2002 *Catálogo de cerámica colonial y republicana de la Nueva Granada. Producción local y materiales foráneos (Costa Caribe, Altiplano Cundiboyacense, Colombia)*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá D.C.

## Nombres y adjetivos gentilicios

Los nombres de períodos, lugares, o personas llevan mayúscula (Bogotá, Pedro Simón, Formativo) pero los adjetivos gentilicios llevan minúscula (piezas tardías, rasgos formativos, caciques muiscas, orfebrería agustiniana, ciudadano bogotano, los campesinos, los taironas). Esto es exactamente contrario al inglés y amerita cuidado por parte del autor.

## Números

Se deletrean números hasta quince (uno, cuatro, diez) y los terminados en ceros (veinte, treinta, mil, cien mil) excepto cuando en la frase se incluyen varios números, listas, o conteos, cuando sí se usan números: "En la excavación se encuentran 23 líticos, 500 tiestos y 2 metates".

Para las fechas, números de identificación, etc., se usan números: "se encontraron cinco pequeñas concentraciones de cerámica, que fueron excavadas en 1999".

Se usan comas para separar cifras decimales y puntos para separar miles, excepto en fechas, números de página, etc., que no llevan punto ni coma (29.525 tiestos fueron excavados con una medida promedio de 6,5 cm de largo en 1999). Esto también es exactamente contrario al inglés.

## Figuras (toda clase de material gráfico)

Todo el material gráfico debe llamarse en el texto, de modo directo o entre paréntesis y debe estar numerado consecutivamente, ordenado en una sola secuencia de "figuras" (Figura 1, Figura 2 etc.). La Figura 1 es la primera ilustración en aparecer y la primera en ser citada en el texto. Debe conservarse estricto orden (La Figura 4 no puede aparecer antes de la Figura 3. La primera vez que se cita la Figura 34 debe estar antes de la primera vez que se cita la Figura 35).

Todo el material gráfico debe proporcionarse en original de óptima calidad, adecuada para impresión. En el caso de fotografías debe adjuntarse una diapositiva o copia en papel tamaño mínimo 20x25 cm. Los gráficos digitales deberán ser formato .JPG sin compresión o .TIFF y tener una resolución mínima de 300 puntos por pulgada y un tamaño mínimo de 6x5pulgadas (15x12 cm ó 1800x1500 puntos). En el caso de mapas o planos deben suministrarse en tinta tamaño mínimo 30x40 cm o en archivo digital en formato vectorial, preferiblemente DXF ó DWG. Bajo cada figura se anotará su respectivo título (Ejemplo: Figura 2. Plano del sitio excavado.)

## Tablas

Todos los listados, cuadros de categorías y tablas de palabras o de números en general se organizan en una sola secuencia de "tablas". La Tabla 1 es la primera en aparecer y la primera en ser citada. Como con las Figuras, las tablas deben seguir estricto orden.

Las tablas deben proporcionarse en formatos de archivo de texto, preferiblemente en formato de Microsoft Word, dentro del texto electrónico y sin fórmulas, macros o formatos especiales. Dentro de cada columna se deben justificar los números por el punto decimal. Sobre la tabla se anota el título (Ejemplo: Tabla 2. Proporciones de tiestos por nivel.)

## Tildes

En la revista usaremos las tildes sobre mayúsculas siguiendo las reglas ortográficas más comunes. Para los casos en que las normas de tildes varían se usa una sola forma a lo largo de todo el volumen. Se usa tilde sobre "o" cuando separa números (Ejemplo: 5 ó 6 veces).

## Medidas

Unidades lineales se expresan en números y abreviación separando éstos por un solo espacio en blanco (5 m, 2 km, 3 cm, 88 mm, 45 lb). La abreviación no se vuelve plural. Si no existe abreviación de uso común se deletrea ("6 arrobas"). Para medidas de volumen y área se usan números en superíndices a la derecha de cada abreviación (Ejemplo: 50 $km^2$, 2 $cm^3$, 3 $m^2$).

## Fechas

Se usan las abreviaturas AP (antes del presente), DC (después de Cristo) y AC (antes de Cristo). En fechas de 14C sin calibrar se indica el rango de error y el número de laboratorio. Ejemplo: 1200 ± 60 AP (Pts-3964). Fechas calibradas se deben indicar claramente. Ejemplo: 2279-2232 cal AC (Programa Oxcal).